

COLECCION REVOLUCIONARIA
TOMO 1-1952-53

MONCADA: ANTECEDENTES Y PREPARATIVOS



DIRECCION POLITICA DE LAS FAR
Sección de Historia

INDICE DE CONTENIDO

	Pág.
Prólogo	7
ANTECEDENTES	11
Una Revolución que Comienza (fragmento)	13
Ante la Historia	14
El Último Aldabonazo	26
Informe del SIM	28
Un sargento llamado Batista	31
Radiograma a los mandos militares	39
Golpe de Estado	40
Proclama al Pueblo de Cuba	62
¡Revolución no, Zarpazo!	65
Declaración de la Universidad de Oriente	68
Acuerdo del Claustro de Profesores de la Universidad de Oriente	69
Declaración del Partido Socialista Popular	70
Declaración de la Federación Estudiantil Universitaria . .	72
Política	75
Declaración del Partido del Pueblo Cubano	101
Carta de Abel Santamaría a José Pardo Llada	106
Carta de Guillermo Alonso Pujol al Congreso	108
Declaración del Congreso	110
Declaración del Consejo Universitario de La Habana	112
La Historia me Absolverá (fragmento)	114
Al Tribunal de Urgencia	116
La Historia me Absolverá (fragmento)	120
Carta de Boris Luis Santa Coloma a Batista	123
Discurso del Comandante Fidel Castro. 26 de Julio de 1963 (fragmento)	124
VIII Aniversario del 26 de Julio (fragmento)	126
Recuento Crítico del PPC	129
Yo Acuso	131
VIII Aniversario del 26 de Julio (fragmento)	132

	Pág.
PREPARATIVOS	135
Discurso del Comandante Fidel Castro. 26 de Julio de 1966 (fragmento)	137
Conferencia del Comandante Fidel Castro. 1º de diciembre de 1961 (fragmento)	139
VIII Aniversario del 26 de Julio (fragmento)	144
Interrogatorio a Fidel	148
Relato del Comandante Juan Almeida Bosque	151
Las circunstancias anteriores al asalto	154
Antes del ataque	161
A once años del Moncada	165
Relato de Haydée Santamaría Cuadrado	167
La Generación del Centenario libra sus primeros combates contra la tiranía	168
El estilo de trabajo de los combatientes del Moncada y de Bayamo	175
Fuimos al Moncada con fe revolucionaria y optimismo en el triunfo	179
Los uniformes de los asaltantes al Moncada	185
Siempre supimos que el asalto al Moncada culminaría en la Victoria	188
Relato de José Suárez Blanco	192
Los artemiseños en el Moncada	194
Recuerdos del ataque	197
Después del asalto	199
Palma: Antesala de Santiago	201
Relato de Israel Tápanes	202
Entrevista a Gabriel Gil	205
Ochenta pesos de tiros	211
Relato de Abelardo Crespo	214
La Acción del Palacio de Justicia	216
Diario escrito en el presidio	220
Manifiesto del Moncada	223
¡Libertad o Muerte!	228
BAYAMO	229
Del Asalto al Cuartel de Bayamo	231
En el Cuartel de Bayamo se escribió otra página heroica ..	234
Relatos de participantes	237

PROLOGO

Con el presente volumen damos inicio a la publicación de una serie de compilaciones de radios, telefonemas, cartas, escritos, discursos, entrevistas, artículos e informaciones periódicas, etcétera, de dirigentes revolucionarios, de personajes enemigos y de políticos y periodistas de disímiles tendencias, sobre los sucesos que han nutrido los últimos veinte años de la historia política de nuestro país, bajo el nombre de "COLECCION REVOLUCIONARIA". La actual documentación se relaciona con los acontecimientos desencadenados a partir del día 10 de MARZO de 1952, con motivo del Golpe de Estado, formativos del preludio condicionante del Asalto al Moncada el 26 de Julio de 1953.

Hechos, documentos y autores son coetáneos. Los últimos participaron, desde diferentes posiciones, en los acontecimientos o, al menos, fueron espectadores de primera fila, por decirlo así. Consiguientemente, a medida que la colección vaya aumentando sus publicaciones, iremos teniendo a la vista, el cuadro actualizado de nuestro pasado histórico más inmediato: los siete años de tiranía pro-yanqui, con sus nebulosos trajines politiqueriles, sus comediantes seudorrevolucionarios y su contrapartida viril, el genuino movimiento revolucionario de los jóvenes de la generación del Centenario del Apóstol José Martí.

A partir de la concusión y el siguiente derrumbe experimentado por el orden burgués-neocolonial el 1ro. de Enero de 1959, los afanes, los trabajos de construcción y las luchas de nuestro pueblo contra sus enemigos nativos y el imperialismo, darán la substancia a cada tomo.

¿Qué justifica la aparición de estas compilaciones? Los datos que ofrece la historia, contienen una relevante importancia para la vida social de nuestro pueblo, por las funciones que pueden y deben cumplir en manos de los revolucionarios en la lucha práctica por la construcción de la nueva sociedad, tanto moral como materialmente; tales funciones son de educación, demostración, y como criterio de la verdad. De esta manera, el enlace de la ciencia histórica con nuestras tareas revolucionarias, como medio de enseñanza comunista en su más amplio significado, tiene carácter de necesidad.

Divulgar y estimular la investigación de los hechos de la historia de nuestro país entre los Oficiales, Clases y Soldados de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, brindándole atención preferente a la juventud, es pues, la más importante de nuestras tareas principales, con la evidente finalidad de contribuir a la elevación de su cultura política, al desarrollo de su conciencia revolucionaria y a su capacitación para el empleo de la experiencia histórica en las tareas prácticas de la Revolución.

La bibliografía dedicada al estudio de los últimos años de la República neocolonial y al de los doce de Revolución Socialista en nuestro país, no es todavía abundante, y aunque en la prensa diaria y publicaciones periódicas, de cierto, se observa con frecuencia la aparición de escritos consagrados a uno u otro hecho o asunto, estos trabajos indudablemente provechosos, no son suficientes y la forma dispersa de su publicación, presenta un obstáculo a los compañeros que en un momento dado quisieran consultarlos. Para nuestros Cuadros y Soldados, debido al quehacer cotidiano de las Unidades Militares, es mucho más difícil el acceso a los documentos de los archivos y a las obras de las bibliotecas.

El motivo del limitado desarrollo de la ciencia histórica en Cuba, fue develado por el Comandante en Jefe, compañero Fidel Castro, al exponer en su discurso del 10 de Octubre de 1968, en La Demajagua, lo siguiente:

“No sé como es posible que habiendo tareas tan importantes, tan urgentes como la necesidad de la investigación en la historia de este país, en las raíces de este país, sin embargo, son tan pocos los que se han dedicado a esas tareas. Y antes prefieren dedicar sus talentos a otros problemas, muchos de ellos buscando éxitos baratos mediante lectura efectista, cuando tienen tan increíble caudal, tan increíble tesoro, tan increíble riqueza para ahondar primero que nada y para conocer primero que nada las raíces de este país”.

Añadiendo, con sentido orientador, que:

“Nos interesa más que corrientes que por snobismo puro se trata de introducir en nuestra cultura, la tarea seria, la tarea necesaria, la tarea imprescindible, la tarea justa de ahondar y de profundizar en las raíces de este país”.

Para trabajar por la consecución de los objetivos propuestos y contribuir muy modestamente a la superación de tales limitaciones, decidimos dar a la publicidad esta “COLECCION REVOLUCIONARIA”. Con ella, anhelamos incentivar la investigación histórica, poniendo al alcance de los compañeros parte del material que es ya de archivo, el cual, además, les será de utilidad

indudable al momento de preparar sus trabajos de clases, así como para enriquecer el contenido de sus exposiciones e intervenciones en los Círculos de Estudio.

Probablemente, mucho de los hechos referidos en la documentación correspondiente al septenio de 1952-1959 serán vistos por vez primera, sobre todo por aquellos que han crecido en estas últimas décadas. Nos interesa sobremanera que la nueva generación dedique sus mejores esfuerzos al conocimiento de las condiciones y circunstancias históricas en que los "Jóvenes del Centenario", comenzaron a labrar la verdadera y definitiva liberación nacional de nuestro pueblo.

Por último, dejamos constancia de nuestro vivo interés por las sugerencias y observaciones críticas de los compañeros, tendientes a mejorar estas publicaciones.

*Sección de Historia
Dirección Política de las FAR*

ANTECEDENTES

La historia de la agresión militar que se consumó el 10 de marzo de 1952 —golpe incruento dirigido por Fulgencio Batista— no empieza, naturalmente, el mismo día del cuartelazo. Sus antecedentes habría que buscarlos muy atrás en la historia de Cuba: mucho más atrás que la intervención del embajador norteamericano Sumner Welles, en el año 1933; más atrás aún que la Enmienda Platt, del año 1901; más atrás que el desembarco del héroe Narciso López, enviado directo de los anexionistas norteamericanos, hasta llegar a la raíz del tema en los tiempos de John Quincy Adams, quien a principio del siglo dieciocho anunció la constante de la política de su país respecto a Cuba: una manzana que, desgajada de España, debía caer fatalmente en manos del Uncle Sam. Son eslabones de una larga cadena de agresiones continentales que no se ejercen solamente sobre Cuba.

Esta marea, este fluir y refluir del oleaje imperial, se marca por las caídas de gobiernos democráticos o por el surgimiento de nuevos gobiernos ante el empuje incontenible de las multitudes. La historia tiene características parecidas en toda América Latina: los gobiernos dictatoriales representan una pequeña minoría y suben por un golpe de estado; los gobiernos democráticos de amplia base popular ascienden laboriosamente y, muchas veces, antes de asumir el poder, ya están estigmatizados por la serie de concesiones previas que han debido hacer para mantenerse. Y, aunque la Revolución cubana marca, en ese sentido, una excepción en toda América, era preciso señalar los antecedentes de todo este proceso, pues el que esto escribe, llevado y traído por las olas de los movimientos sociales que convulsionan a América, tuvo oportunidad de conocer, debido a estas causas, a otro exilado americano: a Fidel Castro.

(Cmdte Ernesto "Che" Guevara: Fragmentos de "Una Revolución que Comienza". Obras 1957-1967, Tomo I, Casa de las Américas, La Habana, 1970).

A distancia he seguido la controversia que sostienen el Presidente Prío y el General Batista acerca de los orígenes, causas y pretextos del golpe militar del 10 de marzo. Ambos representativos me aluden, situándome como poseedor de informaciones en torno de los hechos acaecidos. Y la popular BOHEMIA interrumpe, con un radiograma urgente la quietud de mis horas en alta mar, requiriéndome para que deponga ante el pueblo —bajo juramento de decir verdad— lo que sé y me consta sobre este tristísimo pleito nacional. Estoy, pues, en el deber de ofrecer mi exacto testimonio. Lo haré en forma escrupulosa, con sentido objetivo, libre de pasiones, no sin antes dejar constancia de mi pena por cuanto hay de inferioridad moral en el debate promovido. Escribo desde el "Queen Mary". Los horizontes infinitos que contemplo desde su gran cubierta, la paz espiritual que me acompaña como peregrino de mares serenísimos, nos traen de Cuba la visión de sus angustias de hoy y la esperanza de días mejores que restablezcan los principios civiles y democráticos, esencia vital de su historia republicana.

Espero que las personas a quienes he de mencionar, por estar directamente implicadas o ser coadyuvantes en el necesario esclarecimiento, justificarán que, forzado por las circunstancias, haga luz sobre temas desenvueltos en horas de intimidad, reserva y confianza. Frente al emplazamiento de los indiscretos, descorramos el velo de la verdad, pues callar, después de lo que han dicho el Presidente Prío y el General Batista, sería fomentar nuevas sombras y aceptar responsabilidades que no me alcanzan.

Son del General Batista estas palabras: "Por la seguridad que tenía de lo que se estaba tramando en las altas esferas gubernamentales y de la movilización de las pandillas calorizadas por el Presidente, escribí varias notas al Vice Presidente de la República". Es cierto. Del General Batista recibí durante el primer semestre de 1951, algunas notas escritas de su puño y letra sobre reales o imaginarios complots que se decían, preparados por grupos revolucionarios, y, en especial, por el Dr. Eufemio Fernández. Con el previo conocimiento del líder del PAU llamé a mi casa al Dr. Fernández y le leí el texto de su memorándum. El Dr. Fernández me dijo que esos rumores eran totalmente infundados, que ningún sector revolucionario, a su juicio, proyectaba atentar contra su vida. De

esta conferencia di inmediata información tanto al General Batista como al Dr. García Montes. Pocos días más tarde, ante otra nota confidencial del General Batista, donde me informaba que por nuevos conductos recibía noticias sobre la realidad de esos planes siniestros, volví a hablar con el Dr. Fernández quien, enfáticamente, me expresó: "El General Batista se sobrestima demasiado. Nada hay de verdad en esos informes. Que yo sepa nadie quiere quitarle la vida". Una posterior nota del senador villareño llegó a mis manos y me hizo pensar en la necesidad de desenvolver una actuación de mayor alcance cerca del Primer Ministro Dr. Félix Lancís, con quien he mantenido siempre una sincera amistad. Informé de estos propósitos al General Batista y al Dr. García Montes. Ambos me dieron su aprobación y me autorizaron a entregar al Dr. Lancís el memorándum-denuncia. El Primer Ministro me hizo el honor de venir a verme, y guardando el documento del Ex-Presidente, me prometió su respuesta para después que hablara con el Primer Magistrado. Apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas cuando el Dr. Lancís me exhibió una contestación, llena de precisión, del Presidente Prío. Se sintetizaba así: "Ninguna persona amiga mía puede acometer la empresa de atentar contra la vida de Batista o de cualquier otro adversario político. Quien estuviera envuelto en esos planes dejaría inmediatamente de ser mi amigo y sobre él caería el peso de la Ley. Es claro que un ataque a la vida de Batista haría Presidente a Chibás, como una agresión a Chibás haría Presidente a Batista. Este debe cuidarse de esos amigos que con falsos informes le están amargando la vida". Autorizado por el Primer Ministro, copié la nota que me mostraba como cabal respuesta del Jefe del Estado a las representaciones que le había formulado en nombre del General Batista. Recuerdo que el Dr. García Montes me hizo este comentario: "Es una respuesta atinada que revela, una vez más, que el Dr. Prío es un hombre inteligente". Impuesto el General Batista del resultado de mis gestiones con el Primer Ministro me extendió sus más sinceras gracias y me rogó que le escribiera una carta insertándole el texto literal de la réplica del Presidente Prío, diciéndome, con espíritu precavido, que quería ir llenando su expediente.

El personero del régimen del 10 de marzo ha dicho: "de que eran ciertos aquellos complots puede decirlo el Ministro del Exterior en aquella situación, hoy miembro de mi gobierno, Dr. Miguel Suárez Fernández, quien expresó a los Dres. Saladrigas, Jacomino y García Montes, en dicha oportunidad, que él había aconsejado al Presidente Prío que tomara medidas en evitación de que el atentado criminal se llevara a cabo, sin que por el Primer Magistrado se dictara medida alguna para impedir su consumación". Leyendo y releiendo este párrafo,

me afirmo en la idea de que debe haber algún lapsus en su redacción, pues es inadmisibile, dado el alto sentido del honor que tiene mi amigo el Dr. Miguel Suárez Fernández, que pudiera conocer de la complicidad que para el crimen se atribuye al Jefe del Estado —de cuyo Gabinete formaba parte a la sazón— lo denunciara a su enemigo político, y no hubiera antes promovido una crisis para librarse de una contaminación tan vituperable. El discurso del General Batista es un documento oficial que ha de figurar en los archivos de la República. De ahí que por el buen nombre de nuestras instituciones y por el prestigio personal del ex Presidente del Senado, sugiera la inmediata rectificación de ese enjuiciamiento, a fin de que se salve para la posteridad tan grave error de redacción. Pero es, que además, yo sé cosa distinta de lo que refiere el General Batista, y me consta que el Presidente y las autoridades que le debían obediencia prestaron una protección subrayada al General Batista mediante la asistencia de carros perseguidores y policías, los que le dieron custodia, en ocasión de una boda a la que concurría, en cuyo tránsito se decía habría de ocurrir el atentado de que informó el Dr. Suárez Fernández. Conozco también, por el Dr. García Montes que al ir al despacho del Jefe del Estado, en su condición de líder cameral del PAU, para protestar del atentado realizado al legislador Sr. Escalante, recogió de labios del Presidente referencias a su preocupación y diligencia ante la denuncia en cuestión.

Hay un antecedente que importa destacar. El propio General Batista me mostró el texto de una larga carta que hubo de dirigir —en los primeros meses de 1951— al General Ruperto Cabrera, Jefe del Estado Mayor del Ejército. El Presidente del PAU había pedido una entrevista privada al general Cabrera, fuera del campamento de Columbia, y como Jefe del Ejército le significara que sólo podía recibirlo en su despacho oficial, el senador villareño, al rehusar su comparecencia por razones que alegó, llenó su propósito con un prolijo alegato, donde fijaba su criterio y hacía severas advertencias al Comandante de las milicias nacionales sobre la gravedad de la situación y las responsabilidades de los Poderes Públicos. El actual Presidente de facto dio a conocer ese trascendental documento —en cierto modo admonitorio— a distintas personas y, entre ellas, a los dirigentes y líderes de su partido, muchos de los cuales comentaban: “el General se está preparando y acumulando razones”. Nunca conocí la respuesta del General Cabrera. Creo que los representantes del PAU tampoco. Después del 10 de marzo he sabido que su redacción fue obra del Presidente Prío.

Con motivo de mis acentuadas diferencias con el Dr. Prío, especialmente durante la campaña electoral de la alcaldía de La Habana, algunos fueron a decirme de la inminencia de un

atentado a mi persona proveniente de los predios gubernamentales. En los mismos complots de que habla el General Batista se me incluía como una presunta víctima. A este respecto no me faltaron del senador villareño las advertencias y recomendaciones de que estuviera prevenido. Nunca me sentí alarmado, porque sabía que el Dr. Prío era incapaz de auspiciar venganza de esa naturaleza. Su historia —cualesquiera que sean sus errores políticos— lo presentará siempre sin manchas de sangre y como celoso guardián de las libertades ciudadanas.

Aún recuerdo la misión que me confiara en septiembre de 1947 al pedirme que, cuando viera en New York al General Batista —todavía no candidato a senador— le significara que si llegaba a Presidente de la República le guardaría siempre las consideraciones inherentes a su elevado rango de ex Jefe del Estado y a su destacada posición en la historia de Cuba, invitándolo a que regresara, pues anhelaba que durante su mandato no hubieran exiliados políticos o ciudadanos impedidos de vivir en su Patria. Y a fe que nadie podrá negar que cumplió a cabalidad tan solemnes promesas, las que transmití, con toda exactitud, al líder del 4 de septiembre.

Por eso cuando veo al General Batista empeñado en hacer creer que el Presidente Prío consentía o preparaba planes para matarlo, pienso que desgraciadamente se ha fugado de su espíritu aquel sentido de serenidad y de buen juicio que fue compañero de sus éxitos, y que hoy le estimulan al error, en consorcio de pasiones, los malos consejeros de la ingratitud, el revanchismo y la inconsecuencia.

En marzo de 1951 el General Batista —al que entonces me ligaban lazos de amplia solidaridad política en razón del pacto que dió origen a la “Unión Nacional Opositorista”— me pidió que lo viera en “Kuquine”. Discurríamos acerca de motivos nacionales e internacionales, cuando el ex Presidente me dijo: “¿Has pensado cuál sería tu actitud si el Dr. Prío sufriera un percance, por ejemplo, un fatal accidente de aviación?” Sin mayor esfuerzo le respondí: “Si el Dr. Prío abandona voluntariamente la Jefatura del Estado, o la vacante se produce por causa de su muerte natural, marcharé a cumplir los deberes que me asigna la Constitución asumiendo el Poder, salvo que el Ejército me lo impidiera materialmente”. Batista me respondió: “Pero hay que estar preparado para esa eventualidad y mirar desde ahora a las fuerzas armadas”. La conversación se enderezó entonces hacia un examen de la situación imperante en los institutos militares, con juicios sobre sus Jefes, las promociones septembrinas, los cambios hechos bajo el mando del General Pérez Dámera, y la autoridad e influencia del General Ruperto Cabrera, Jefe del Estado Ma-

yor. Batista evidenciaba que, a pesar de sus ocho años de alejamiento del Campamento, dominaba el tema y llevaba en su memoria una exacta referencia para casi todos los actores del escenario castrense.

A poco el diálogo tomó otros giros. El ex Presidente hablaba de sus deberes para con Cuba, de su presencia y responsabilidad ante la Historia. El general Batista gusta de comentar su destino trascendente como un llamado de servicio y sacrificio por la Patria. A ratos —sea dicho salvando todas las distancias— su palabra parece surgir de un fondo bolivariano o napoleónico, sin la pureza del lenguaje ni la evocación de los clásicos que estuvieron presentes en la elocuencia de aquellos dos “poetas de la acción”.

El senador villareño volvió cautelosamente al tema, se refirió a nuestra identificación y amistad y al mucho bien que, a su juicio, podríamos hacer a Cuba si el destino me situaba en la Jefatura del Estado.

Conozco demasiado a Batista. Son muchos los años que me ha tocado observarlo de cerca. Sé de sus técnicas graduales y envolventes y de su prudencia y reserva naturales. Así, pues, pronto me di cuenta de que el ex Presidente me llamaba a un plan que suponía mi exaltación a la Primera Magistratura del Estado, mediante el desplazamiento por la fuerza del Presidente Prío, con su secuela para el hombre del 4 de septiembre de plenos controles militares y políticos. Cuando nos despedimos me significó: “Estas cosas tan delicadas que hemos hablado deben quedar en la mayor reserva, exclusivamente entre nosotros. Mañana seguiremos charlando. ¿Por qué no vienes a desayunar conmigo?”.

Salí de “Kuquine” envuelto en las mayores preocupaciones que he sentido a lo largo de mi agitada vida pública, pero desde luego, resuelto a emplear los dictados de mi habilidad e inteligencia a fin de desviar al General Batista de la ruta que pretendía tomar, haciéndole saber, sin razonamientos, delicadamente, mi inconformidad con los proyectos que comenzaba a dibujar.

Fue ese mismo día que llamé al Dr. Jorge García Montes, e invocando su honorabilidad le hice depositario de aquella comprometedor conversación, seguro de que sería fiel a la reserva que me prometía. Durante largas horas nos entregamos el Dr. García Montes y yo a la inquietante tarea de examinar los irreparables daños que inferiría a la República el golpe de Estado que se elaboraba. Al día siguiente, muy temprano, estaba yo en “Kuquine”. Mi anfitrión, en la medida que creyó conveniente, me entregó su secreto. “En el Ejército, comenzó diciendo, hay un movimiento de jóvenes oficiales que se encamina a la destitución del Presidente Prío y

a su sustitución por el Vicepresidente de la República. Me tienen por la figura que debe darle tonalidad histórica al movimiento. Si los desoímos, se corre el riesgo de que lo hagan por su cuenta y esto es muy peligroso dada la ausencia que tienen los militares del sentido de orientación política". Aunque no lo decía claramente, me hablaba como si se tratara de un golpe a ejecutar en horas inmediatas. Frente al planteamiento, mis primeros argumentos fueron estos: Un cuartelazo, un ataque al régimen civil y democrático, provocará la unión inmediata de los sectores revolucionarios, y ya verá usted a Prío, a Chibás, a Grau, y a la Universidad perfectamente hermanos y firmes en el combate. La "locura" de Chibás, subrayé, adquirirá resonancias insospechadas. El General recordaba cómo en otras ocasiones —durante la huelga de marzo— el peligro Chibás fue fácilmente vencido. "El gangsterismo, opinó Batista, es un mal que nos lleva a la anarquía y el Ejército y nosotros estamos en el deber de salvar a la sociedad cubana". Por mi parte consigné que el gangsterismo era una deshonra nacional y un mal que debía extirparse, pero sus víctimas, díjele, hasta ahora carecen de relieve, en su mayor parte son miembros de clanes pseudo-revolucionarios, y tales sucesos no han logrado herir en lo profundo la sensibilidad pública. No creo, afirmé, que estos hechos de sangre y la censurable conducta de las autoridades dejándolos sin castigo, sean bastantes para justificar históricamente un alzamiento militar. Revisando mi tesis sobre la misión cumplida por el General Batista le expresé con claridad: "Usted salió del caos y en medio de grandes convulsiones libró a la República de la anarquía y la condujo a la normalidad cívica y a la estabilidad constitucional. Esta es su gran obra. Esto es lo que le aplaudió el Continente. Evite destruirla". Batista pareció sentir la fuerza innegable del argumento, pero me advirtió que a su juicio, estábamos en los linderos de la anarquía, con lo que quería indicarme que se hacía indispensable otro 4 de septiembre. Y como le señalara que podría fracasar en el empeño, ya que los altos mandos estaban en manos de oficiales adictos al Presidente Prío, el soldado-senador, con suficiencia en la palabra, afirmó: "Esos jefes militares serán fácilmente destituidos. En mis planes no cuentan. Lo importante son los mandos en las unidades, y esos estarán a nuestro lado". Y marcando su audacia me expresó: "Quiero que me extiendas, desde ahora, un nombramiento de Ministro de Defensa que hará valer en el Campamento al tiempo de asumir la dirección de las tropas". En esta aventura deseo librate de riesgos personales. Te llamaré a Columbia para que hables al Ejército y a la Nación cuando todo esté perfectamente controlado. Debes situarte cerca del Polígono, en una casa en los repartos, cuya exacta dirección me darás. Allí irán a buscarte soldados

escogidos y te acompañarán donde yo me encuentre". Observaba que el General Batista me exponía gradualmente los detalles de un plan largamente meditado. El Congreso, consignó, si no acepta los hechos, será disuelto o suspendido en sus funciones. Las elecciones se celebrarán en tiempo y con las formalidades previstas, pues el Poder en nuestras manos será un centro de atracción para partidos y núcleos de opinión popular". Desde luego, el Senador Batista ya se veía seguro de su triunfo como candidato presidencial de una gran coalición política.

Quise hacer un último esfuerzo por llamar a la reflexión al Presidente del PAU. Extremando la sinceridad, bajo el peso de infinitas preocupaciones por Cuba, le dije: "General; ¿por qué se precipita?" Usted puede ser otra vez Presidente de Cuba por elección popular. Falta año y medio para los comicios. ¡Cuántos acontecimientos favorables para usted pueden presentarse aún! La fuerza en aumento de Chibás dará lugar a ajustes políticos insospechables, donde usted jugará un papel decisivo". Estas ideas le impresionaron y me pareció, por un momento, que refrenaba sus impulsos convulsivos. Por esa brecha penetró mi última instancia, pidiéndole que desistiera de realizar el golpe militar. Al despedirnos me dijo: "Trataré de detener el movimiento, aunque te ratifico que está muy adelantado".

Cuando el automóvil me conducía por las avenidas del Reparto Miramar en dirección a la casa del doctor García Montes pensaba que en circunstancias tan críticas estaba sirviendo lealmente a la República y ofreciendo al General Batista los más sanos consejos. Quería librarlo del error en que fatalmente ha caído. Hice a García Montes un relato minucioso de mi conversación con su Jefe político. Me felicitó por mi dialéctica y por la decisión de no concurrir a la aventura.

En la tarde de ese día inolvidable me trasladé a mi residencia de Varadero. Desde "Kukine" me llamaron por larga distancia, pero yo estaba ausente, de recorrido por la provincia de Matanzas... A mi regreso hablé brevemente por teléfono con el General Batista, quien me dijo: "El enfermo ha mejorado y se ha suspendido la operación. Nos sentimos alarmados al no localizarte ayer".

Cuando días después vi al Jefe del PAU éste comentó brevemente y con sobriedad: "Pasamos unos ratos muy malos para detener el golpe, pues todo estaba ya dispuesto. Las órdenes en contrario tuve que darlas con dificultad. Hasta fue necesaria mi presencia en una Clínica". De este escabroso asunto no volvimos a hablar, y a medida que los días nos iban acercando a la justa electoral, me afirmaba en la creencia de que todo peligro golpista había quedado eliminado. Hace po-

cas semanas me dijo en París un estimable y veraz caballero que había oído a una persona muy ligada al General Batista decir que por no haber sido yo localizado en Varadero, en la ocasión que he descrito, no se dio el golpe de Estado en marzo de 1951.

Pero si no bastara un relato tan exhaustivo como el que ofrezco para probar que el General Batista conspiraba y se proponía derrocar al gobierno constitucional en marzo de 1951, es el propio líder septembrino quien lo confiesa paladinamente, al decir en su discurso: "Desde algunos meses antes tuve necesidad de frenar los ánimos de un crecido número de oficiales jóvenes para evitar una revolución armada". Sus conversaciones con esos numerosos oficiales de reciente promoción a quienes tenía que contener para que no hicieran trizas de la Constitución de 1940, denotan sus permanentes conexiones y complicidad castrenses, aún en las horas en que exhibía sus mayores fervores democráticos. El PAU era, en lo externo, su apoyo político. Pero sus verdaderos partidos coadyuvantes o decisivos se llamaban "Blanco", "Amarillo" y "Azul", nuevas fuentes del Derecho Público cubano. Con ellos tomaría el Poder, a despecho de que la voluntad popular le fuera adversa. La Política y la Revolución para el General Batista tenían un objetivo fundamental: readquirir y disfrutar el Mando personal.

La noche en que asesinaron al señor Alejo Cossío del Pino presentí la inminencia de una grave crisis. El suceso, por la destacada personalidad de la víctima, cuya hombría de bien todos eran en reconocer, y por la frecuencia e impunidad con que se sucedían los actos gangsteriles, me conmovió en lo hondo. Y aunque pensaba, ingenuamente, que el General Batista había desistido del cuartelazo que me anunció un año antes, venían a mi memoria algunos de los argumentos con que creía influir en el ánimo del líder septembrista para desviarlo de sus planes conspirativos; entre ellos, aquel que rezaba así: "Aun no ha ocurrido un hecho de tanta resonancia como fue en España la muerte de Calvo Sotelo, preludio de la sublevación de los Generales Sanjurjo, Franco y Mola". Y bajo el signo de estas preocupaciones, apremié, a las once de la noche, una comunicación telefónica con el doctor Prío. Se encontraban en mi biblioteca con mi señora y conmigo el Senador Porfirio Pendás y su esposa. Ellos presenciaron mi conferencia con el Jefe de Estado, a quien más o menos dije: "Presidente: La muerte de Cossío del Pino ha provocado una ola justificada de indignación. Como integrante del régimen que presides, me creo autorizado a exhortarte, con todo respeto, para que actúes de modo inmediato y con suprema energía. Te sugiero la urgente sustitución del Jefe de la Policía, la suspensión de las garantías constitucionales, que asumas personalmente la

Jefatura de las Fuerzas Armadas y dictes las otras medidas que sean procedentes para dar una batida en firme a los criminales que, con sus desmanes, están a punto de provocar una catástrofe". Todo fue dicho con indisimulada vehemencia, no exenta de cuidadosa consideración para la autoridad del Jefe del Estado. El Presidente Prío compartió mi criterio, y luego de agradecer mis observaciones, me significó que salía inmediatamente para el Palacio Presidencial, donde reuniría en seguida al Consejo de Ministros. En ningún momento señalé medidas específicas de represión ni aconsejé la detención de persona alguna.

Al terminar mi charla con el Dr. Prío, y siendo la media noche, rogué al Senador Pendás que me acompañara a una conversación con el Ingeniero Carlos Hevia, a quien hablé en forma más libre, señalándole la imperiosa necesidad en que se encontraba el Gobierno de actuar sin mayores titubeos ni vacilaciones para salvaguardar su autoridad y existencia, afectados por esos sucesos de sangre. El Ingeniero Hevia convino en la certeza de estas apreciaciones y nos prometió al Senador Pendás y a mi que a la mañana siguiente vería al doctor Prío recabando, al efecto, una actuación oficial que pusiera coto a esos gravísimos males.

El doctor Carlos Saladrigas —para quien guardo sincera admiración— en ningún momento fue informado de dichos acontecimientos. Fue el trece de marzo de este año, en mi casa, que el Dr. Saladrigas por primera vez habló conmigo de estos sucesos. No incurro en indiscreciones, sí afirmo que la formación jurídica y el sentido del bien público que acompaña al doctor Saladrigas, debieron ofrecerles fundadas razones para aconsejar al General Batista que no diera el golpe militar.

Del Ex Senador son estas afirmaciones: "Mi preocupación fue grande cuando supe por el doctor Jorge García Montes que el Vice Presidente de la República le había manifestado durante un almuerzo sus temores de que el Presidente Prío intentara a mediados de abril o principios de mayo un golpe de Estado". Es de público sabido que me une al doctor García Montes una vieja camaradería y que tengo en alto concepto su probidad intelectual y rectitud de carácter. Nos tratamos fraternalmente, a plena confianza, y las mayores diferencias políticas no han podido disminuir nuestros lazos de recíproca amistad. ¡Quiera nuestra fortuna que resistan también esta prueba de verdades!

Cierto es que a mediados de febrero último fui invitado por el doctor García Montes a una comida familiar en su casa, donde hablamos —como siempre que nos vemos— de lo humano y lo divino. Era natural que nos hiciéramos eco del rumor que rodaba en torno a que el Gobierno pondría al servicio de

la victoria de su candidato presidencial todos los medios a su alcance, e inclusive que comentáramos la posibilidad de que, a esos fines, usara la fuerza pública o hiciera un disparate. No pasamos de un análisis, indiscreto y libre, de la difícil situación que estaba confrontando el país, pero sin fijar conclusiones sobre nada. Y según otras veces nos habíamos dicho teníamos por lógico que el anhelo mayor del Presidente Prío fuera que llegara el 10 de octubre para gozar su vida, libre de los agobios del mando y en la órbita de las seguridades que podía disfrutar.

En esto del golpe de estado que se dice proyectaba el doctor Prío, y que el General Batista esgrime como argumentó Aquiles para justificar el injustificable cuartelazo, priva la leyenda. Me explicaré. Creo que el doctor Prío deseaba presidir unas elecciones de las que surgiera triunfante el Ingeniero Carlos Hevia. A esos fines eran notorios sus empeños. La coalición gubernamental se había articulado con éxito bajo su voluntariosa y personal dirección. En esa hora su psiquis de gobernante no tenía más vibración que la electoral. Algunos cercanos colaboradores le aconsejaron que acentuara un final de mando con mano dura. Siempre respondía: "Si no lo hice al principio, ¿por qué he de hacerlo al término de mi mandato, generando nuevos conflictos de consecuencias incalculables?" La historia del gobierno del Presidente Zayas le hacía pensar que, además de sus otros aciertos, por su defensa de las libertades públicas le perdonarían sus flaquezas. En 1948 no fueron pocos los que le recomendaron que usara la fuerza para asegurar su triunfo personal. Se negó con inquebrantable firmeza. En 1950 resistió todas las tentaciones para forzar, por el fraude o la violencia, el triunfo alcaldicio de su hermano Antonio. La elocuencia de su pasado rechazaba de plano que el doctor Prío proyectara un golpe de Estado para perpetuarse en el mando.

El tres de marzo, después de celebrada la Asamblea Nacional del PNC, lo visité en "La Chata", y al preguntarle sobre ciertos planes que se le atribuían, se echó a reír y me dijo: "Tú me conoces bastante, y sabes que si hasta aquí he llegado en paz respetando las libertades y derechos ciudadanos, a pesar de las injurias y calumnias que en grado nunca visto se me han inferido, ¿cómo voy a destruir toda mi historia revolucionaria y política produciendo un golpe de Estado? Pero es bueno que los auténticos se asusten. Si ven que todo es fácil se irán a dormir la siesta del Poder y no trabajarán. Si se alarman, pensando que todo puede acabarse, ya verás cómo luchan y con qué facilidad ganaremos".

Las inexactitudes y argucias a que acuden los gobernantes para lograr sus objetivos, no son cosa nueva. Recuerdo, al respecto, lo que en 1944 me relató el doctor Eduardo Suárez Ri-

vas de una conversación que había sostenido con el Presidente Batista. El muy distinguido parlamentario analizaba los efectos del voto libre y argüía al Jefe de la Coalición Socialista Democrática sobre una posible derrota, si el candidato a la primera magistratura no lograba levantar emoción popular. El General Batista le significó con énfasis: "No te preocupes. Con cualquiera ganaremos, porque yo no le entrego de ninguna manera al doctor Grau". Y ya sabemos lo que pasó en el Palacio Presidencial el 10 de octubre de 1944.

Un anticipo de los precedentes resultados probados lo ofrecí desde París por conducto de la "Associated Press". Ante mis aseveraciones, el Ex Senador respondió con nuevas alusiones al Presidente Prío, agregando y "ahora su Vice sale con que le ofrecieron a él la Presidencia de la República. ¿No le parece risible todo esto?". Rectifique el General Batista. Yo no soy Vice Presidente del doctor Prío. Yo soy Vice Presidente de la República por la voluntad mayoritaria de la nación. Cerca de un millón de sufragios me elevaron a la segunda posición civil del Estado. Esa investidura democrática conlleva el culto de la dignidad cívica, el juicio ponderado y reflexivo y el pronunciamiento veraz. Por eso en mis controversias políticas me ajusto a esas responsabilidades inseparables del mandato que me confirió el pueblo. No podría decir lo mismo el Presidente de facto quien suele brindarnos, en sus comparecencias públicas, tesis y argumentos de fondo y forma endebles. Un día su fértil imaginación nos ofreció una emocionante escena de familia. Su padre, un soldado de las legiones de los Maceo, le entregó en Banes, para que le acompañara durante toda su vida, como reglas inexorables de conducta, tres libritos: El Tratado de Urbanidad de Carreño, el Catecismo Católico y la Constitución de la República. Un esfuerzo plausible por el mejoramiento de un niño que luego se convertiría en "ese es el hombre", una noble promoción ética, religiosa y cívica. Y ahí quedan, como premio a los afanes paternos, la obra cumplida en estos seis meses de usurpación: la Constitución rasgada, la urbanidad y la civilidad violadas, el catecismo menospreciado.

No son, pues, infundadas mis afirmaciones de que el General Batista conspiraba hace 18 meses contra la estabilidad constitucional, propiciando la destitución del Presidente Prío. Mis asertos representan un testimonio veraz, ayuno de sectarismo político o de enconos personales. Aunque quisiera, no podría borrar la historia de mis responsabilidades junto al líder del 4 de septiembre, ni las horas de buena unidad que compartimos con él y su familia. Este documento, que redactó con mano firme y honorable, es un aporte a la historia exacta de estos tiempos sombríos, y a cuya exposición me he visto obligado por insoslayables requerimientos. Batista, en esta se-

gunda etapa de su mando, en caudillo militar, muestra demasiada arrogancia y altivez, y en líder político prodiga la contradicción y el error. Así se conducen generalmente, los dictadores en sus horas de Poder, para tornarse humildes y tristes cuando llega la derrota, que es forzosa culminación de sus obras infecundas.

En mi reciente estancia en Val d, Isere, en la falda de un desfiladero, leí esta inscripción: "Ruta que siguió Julio César en su invasión a las Galias". A poca distancia veía al majestuoso San Bernardo que holló Napoleón en su campaña de Italia. ¡No fueron madrugones! Eran incomparables hazañas militares. Pues bien, frente a las nieves eternas de los Alpes, recordé los finales de sus vidas extraordinarias y me representé a uno, rodando ensangrentado sobre las gradas del Capitolio romano, y al otro, vencido y prisionero en la cruel agonia del peñón de Santa Elena.

En algunas "Repúblicas Teóricas" de Indo-América existen Julio Césares y Napoleones de bolsillo, engendro de cuartel y con blasones ganados en guerras fratricidas. El peldaño terminal de sus gobiernos es la Patria en ruinas y la indeleble maldición de sus pueblos. Consíentame el General Batista estas referencias históricas que envuelvo en sincerísimos consejos por el bien de la Nación y por su propia dicha personal. Aún está en oportunidad de rectificar su culpabilidad del 10 de marzo, ofreciendo soluciones de paz y de concordia, que se asienten en la inmediata restauración de la Constitución de 1940 y en su renuncia a ser candidato presidencial en las próximas elecciones. Piense que por encima de cualquier interés está el bien supremo de la tranquilidad y el sosiego del país, y no olvide que los honores y el provecho del mando supremo no valen nada frente a las lágrimas y la sangre que puede derramar el pueblo buscando sus libertades perdidas. Y sean las milicias y sus actuales rectores los que, sin deslealtades ni nuevos cuartelazos, en ejercicio de una pulcra grandeza, faciliten, sin demora, la conciliación nacional y el restablecimiento democrático.

Y crea el transitorio Señor de los destinos de Cuba que deseo que goce, en sus años por venir, la dulce felicidad hogareña que me fue dable admirar en su retiro virgiliano de Kuruine, y en la alta y muy confortable torre del Waldorf Astoria, desde donde pudiera predicar otra vez los dogmas de la virtud cívica, y hacernos el regalo de unas nuevas "Sombras de América", corregidas y aumentadas.

("Ante la Historia (Un relato de los meses que precedieron al golpe militar del 10 de marzo)", por Guillermo Alonso Pujol, Vice-Presidente de la República, Bohemia, 5 de octubre de 1952).

Hace cinco siglos el Tribunal de la Inquisición le gritaba a Galileo: ¡Mentiroso! ¡Engañador! ¡Presenta las pruebas de que la Tierra se mueve alrededor del Sol! Galileo no pudo presentar las pruebas físicas del hecho evidente, y fue condenado, pero siguió repitiendo, firme en su convicción moral: “¡Pero se mueve!” “¡Pero se mueve!”

Hace cinco años acusé al ministro de Educación, José Manuel Alemán, de robar los dineros del material y el desayuno escolar y de estar fomentando en Miami un imperio de propiedades inmuebles. El ministro Alemán y todos sus corifeos atronaron el espacio gritando: ¡Mentiroso! ¡Calumniador! ¡Presenta las pruebas! Yo no pude presentar las pruebas físicas de que se estaban robando el dinero del Tesoro Nacional, pero seguí repitiendo, firme en mi convicción moral: ¡Se lo roban! ¡Se lo roban!

Ahora acuso al Gobierno de Carlos Prío de ser el más corrompido de cuantos ha tenido la República hasta el presente y a su ministro de Educación Aureliano Sánchez Arango —que ha sustituido el BAGA por el ASA— de robarse los dineros del material y el desayuno escolar y de realizar grandes inversiones en Guatemala y otras Repúblicas de la América Central.

El domingo pasado, desde esta misma tribuna de orientación y combate, presenté al pueblo pruebas irrefutables de la enorme corrupción del régimen de Prío: fotografías de escuelas y hospitales en la miseria, contrastando con las fincas y palacetes ostentosos de gobernantes que hace poco vivían en la pobreza. Sin embargo, a pesar de que las continuas depredaciones de Machado, Batista, Grau San Martín y Carlos Prío no han conseguido embotar la sensibilidad moral del pueblo cubano, lo que habla muy alto de la firmeza de sus virtudes, mis palabras del pasado domingo no tuvieron la resonancia que la grave situación requería. Cuba necesita despertar. Pero mi aldabonazo no fue, quizás, lo suficiente fuerte. Seguiremos llamando a la conciencia del pueblo cubano.

Por su posición geográfica, la riqueza de su suelo y la inteligencia natural de sus habitantes, Cuba tiene reservado en la historia un grandioso destino, pero debe realizarlo. Otros pueblos asentados en islas que no gozan de situación privilegiada como nuestra patria, han desempeñado en la Historia un papel de preeminencia singular. En cambio, Cuba ha visto frustrado su destino histórico, hasta ahora, por la corrupción y ceguera

de sus gobernantes, cuyo pensamiento, —salvo excepciones—, ha volado siempre a ras de la tierra.

La feliz conjunción de factores naturales tan propicios a un gran destino, unido a la alta calidad de nuestro pueblo, sólo espera la gestión honrada y capaz de un equipo gobernante que esté a la altura de su misión histórica. Ese equipo no puede ser el del Gobierno actual, corrompido hasta la médula, aunque se disfrace de nuevos rumbos para encubrir sus robos, contrabandos y desvergüenzas. Ni la falsa oposición de Batista, que alienta el regreso de los coroneles, del palmacristi, la goma y la ley de fuga. Ni tampoco el grupo de despechados que sigue al ex-presidente Grau. El único equipo gobernante capaz de salvar a Cuba es el del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), con su línea antipactista de la independencia política, que no admite transacciones ni componendas.

¡Compañeros de la Ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y la justicia social! A barrer a los ladrones del Gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo cubano, despierta! ¡Este es mi último ALDABONAZO!

(Último Discurso pronunciado por Eduardo R. Chibás, en la hora doctrinal del Partido del Pueblo Cubano, transmitido por la radio el domingo 5 de agosto de 1951, momentos antes de su suicidio).

CONFIDENCIAL

SEGUNDO ENDOSO

Arch. 8

Ciudad Militar, Febrero 8 de 1952

RESPETUOSAMENTE se devuelve al Jefe Dpto. Dirección del S.I.M., una vez practicada por el oficial que suscribe, la investigación dispuesta por la Superioridad, de la que ha resultado lo siguiente:

PRIMERO: Que desde hace aproximadamente un año, el Oficial informante, con Agentes a sus órdenes, ha estado manteniendo una constante y discreta vigilancia, sobre las actividades del ex-Presidente Batista, en cumplimiento de instrucciones Superiores, y por haberse tenido noticias, de que mantenía relaciones políticas con miembros del Ejército en servicio activo.

SEGUNDO: Que en el curso de estas diligencias, se ha logrado comprobar, que rodean al ex-Presidente Batista, un nutrido grupo de militares retirados, que a su vez, tratan por todos los medios, de mantener contacto con la tropa en activo servicio, previniendo, según han manifestado en conversaciones íntimas, el necesitar del Ejército, para un golpe de Estado, en favor de Batista.

TERCERO: Que el Sábado 26 de Enero último, y en las oficinas del P.A.U., situadas en la calle 17 Nro. 306, en el Vedado, se reunió el ex-Presidente Batista, con un grupo de los referidos militares retirados, entre los que se encontraban el General Tabernilla, Manuel La Rubia, Ugalde Carrillo, Cruz Vidal, Pilar García, y otros, tratándose en dicha reunión, de lo difícil que se presentaba el Panorama político para la aspiración presidencial de Batista, dada la fuerza que adquiriría la coalición de núcleos políticos, apoyantes de la candidatura de Hevia, con el ingreso en la misma del Alcalde Castellanos, discutiéndose las necesidades de llegar al poder violentamente, con el apoyo del Ejército, habiendo informado los Oficiales retirados en cuestión, que contaban con una gran parte de las Fuerzas Armadas, para todo lo que fuera necesario, habiéndose llegado al acuerdo, de que los referidos ex-militares, mantu-

vieran sus contactos y exploraran más el ambiente, para cuando fuese necesario.

CUARTO: Al terminar esta reunión, Batista convocó a los directores de su propaganda, a una entrevista que se efectuó esa misma noche en la finca "Cuquine", en la que se trazaron los planes, para modificar la propaganda de radio y prensa, en el sentido de no defender sólo la candidatura presidencial del referido aspirante, sino el ceñirse a los siguientes tres puntos: Primero—Crear un climax de agitación nacional tendiente a demostrar, que el Gobierno actual carece de fuerza para controlar el orden, mantener la paz pública y garantizar los derechos de propiedad y libre empresa. Segundo—Llevar a la opinión pública, el criterio de que sólo Batista puede restablecer ese equilibrio, que aseguran ellos interrumpido. Y Tercero —No decir solamente: "Batista Presidente", si no utilizar los siguientes slogans: "BATISTA IRA A DONDE EL PUEBLO LO LLEVE", "BATISTA HARA LO QUE EL PUEBLO RECLAME".

QUINTO: Que en la noche del día de ayer, 7 de febrero, se llevó a efecto una nueva reunión en la finca "Cuquine", entre los militares retirados y el ex-Presidente Batista, considerándose lo difícil de su situación política, al unirse el Partido de la Cubanidad con la Coalición que lleva al Ingeniero Hevia como candidato, quedando el P.A.U. con la perspectiva de tener que acudir sólo a las próximas elecciones, habiéndose acordado en esa reunión, acelerar los contactos con militares en servicio activo, al objeto de utilizarlos, si estimasen necesario un golpe de Estado, y al mismo tiempo, aumentar las propagandas, en el sentido expresado, y realizar múltiples agitaciones, estimulando a los jóvenes del Partido, para que realicen atentados personales y promuevan toda clase de alteraciones en el orden público, para colocar a la República en un estado de inquietud y alarma, que pueda justificar la toma del poder por medios ilegales y anti-Constitucionales.

SEXTO: Que esas primeras reuniones, celebradas en el mes de Enero, por Batista y los retirados militares, y más tarde por los directores de su propaganda, fue conocida por Kuchilán, y dio origen a la nota aparecida en su sección de Prensa Libre, del 30 de Enero del año actual.

SEPTIMO: Que a pesar, de haber confirmado, plenamente el Oficial informante, todos estos detalles y haber adquirido la seguridad plena, de que existe una positiva conspiración entre militares retirados, con militares en activo servicio, dada la forma hábil en que se desenvuelve, a lo habitual y fácil que es para los retirados, el penetrar en los recintos militares y el cambiar palabras con quiénes fueron sus subalternos o compañeros, no ha permitido el adquirir una prueba demostrativa de

tales hechos, puesto que hasta el momento no se ha efectuado ninguna reunión, a lo menos conocida por el informante, en la que hayan participado conspiradores y militares sino que todo se ha concretado a contactos directos e individuales, como se han desenvuelto las revoluciones contemporáneas, en estos últimos tiempos.

COMO RESUMEN y de acuerdo con el resultado de éstas investigaciones, el Oficial informante estima, que existe un estado latente de confabulación conspirativa entre el ex-Presidente Batista, y los militares retirados que siguen, con miembros de las Fuerzas Armadas, en los que se incluyen Ejército, Marina y Policía, y a reserva de continuar éstas investigaciones, se permite recomendar respetuosamente, salvo el mejor parecer de la Superioridad, se obtenga de los Jefes de los Regimientos 5, 6 y 7, una atención de vigilancia especial, sobre la entrada a sus respectivos perímetros, de los retirados de las Fuerzas Armadas, restringiéndose en lo posible, éstos contactos, así como las visitas de civiles en zonas militares.

Salvador Díaz-Versón Rodríguez
Capitán S.M.E., D. en S., en el S.I.M.

NOTA: Por ser copia textual, se ha respetado la ortografía original.

(Tomado del expediente No. 33, de 1952, del Servicio Inteligencia Militar).

Los Carnavales de La Habana en el año 1952 no habían alcanzado su particularmente famosa brillantez hasta aquel domingo 9 de marzo. Ni siquiera los vendedores de confetti y serpentinas se sintieron felices en las tres semanas anteriores durante las cuales el consumo de estas fugaces ilusiones en papel de colores había sido mínimo. Ni las carrozas, ni el paseo, ni los disfraces, ni las bengalas; ni las pintorescas comparsas habaneras con su ritmo caliente de tambores, ni la gente misma parecían ganados por el típico ánimo bullanguero de estas tradicionales fiestas criollas. Tan desvaído lució el carnaval hasta el domingo 9 de marzo en que resurgieron sus pasadas glorias y la ciudad se metió entera en una racha de sano júbilo. Algunos viejos llegaron a decir, gangosamente, que la nueva generación de cubanos no sabía divertirse, mientras con esa dulce nostalgia de los ancianos, evocaban los tiempos clásicos en que ellos sí habían agotado hasta el último sorbo de felicidad en la copa multicolor de otras lejanas fiestas de Momo.

En verdad aquel domingo era distinto. Las multitudes se movían como oleadas alegres. Y según caía la tarde el paseo del carnaval del 9 de marzo iba tomando más y más esplendor. Hasta la media noche las calles se mantuvieron colmadas de gente en fiesta, de congas sensuales y de confettis y serpentinas que habían simbolizado la gracia y la jácara. Cansados y felices, los que habían saboreado el carnaval caerían en sus camas como piedras. A las dos de la madrugada casi toda la población habanera dormía profundamente... Pero a esa hora, un pequeño grupo de hombres muy decididos se habían dado cita en una finca contigua a La Habana denominada "Kukine". La junta no duró mucho. Estos mismos individuos habían celebrado ya otras reuniones, siempre con el mismo objeto. La de aquella noche, efectuada en la biblioteca del Jefe del Movimiento tenía el objeto de dar el toque final a los planes que habían venido preparando, ya que nada tenía en común con las fiestas del carnaval.

Poco después de las dos de la madrugada los hombres del grupo se estrecharon las manos y salieron de la finca. Unos cuatro o cinco de ellos abordaron un automóvil que enfiló por entre una doble hilera de pinos australianos, ganaron la carretera pública que cruza frente al lugar, y esperaron. Ha-

brían transcurrido unos diez minutos de estar andando los automóviles que lo seguían, cuando el que ocupaba el General Batista se detuvo debajo de una arboleda, en plena oscuridad, a unos kilómetros del Campamento de Columbia, otro automóvil se acercó y cuatro hombres subieron a él. Todo eso se llevó a efecto en el más absoluto de los silencios. Uno de estos individuos vestía uniforme de oficial del Ejército y se hizo cargo del timón del auto y otro se sentó a su lado. Los restantes optaron por los asientos traseros y una vez instalados en sus puestos se dirigieron también hacia la carretera. El chofer de este carro era el Capitán del Ejército Luis Robaina, que llevaba como pasajeros al Capitán (retirado) Martín Díaz Tamayo, a Francisco Tabernilla Palmero, a Roberto Fernández, ex-oficial adscripto al Ejército y a Fulgencio Batista.

Unos carros perseguidores de la Policía Nacional estaban un poco más adelante y una pareja de tórtolos, que a esa hora de la madrugada se arrullaban, presenciaron atónitos y sorprendidos aquellas maniobras, mientras que un oficial de la Policía, alto y grueso, se dirigía al que parecía jefe en aquella oscuridad y cuadrándose militarmente le preguntó: “¿Qué hago?”. El que estaba dentro del automóvil, que ya antes había sustituido el saco que traía por un jacket, le dijo: “Teniente Salas, salga sin pérdida de tiempo y hágase cargo, con los hombres que le dije, de la Jefatura de la Policía e infórmeme dentro de unos minutos, de acuerdo con el plan establecido”. Aquel automóvil, seguido de las perseguidoras y de otros que le esperaban, salieron raudas y minutos después corría el rumor por toda La Habana de que Batista había entrado en Columbia, esperaban el Capitán Juan Rojas González, como uno

Acompañaban al General Batista en esos instantes un reducido número de hombres, además de los mencionados. El grupo incluyó los capitanes Víctor Dueñas, Roberto García Tuñón, Jorge García Tuñón y los tenientes Armando Echemendía Leyva y Pedro A. Barreras y Pérez. Antes de entrar a Columbia, Batista ordenó a los oficiales encargados de la Aviación, de la Artillería y del Cuerpo de Ingenieros que cumplieran las instrucciones recibidas. En el Campamento de Columbia, esperaban el Capitán Juan Rojas González, como uno de los principales jefes del Movimiento, el Primer Teniente Ignacio Leonard Castell, que estaba al frente de uno de los Batallones, el Capitán Leopoldo Pérez Coughil, a cargo del Tercio Táctico y Señales, con el Capitán Fernando Capestany y González y los hermanos, sub-tenientes Juan y Pedro Chirino y Otaño, que se harían cargo de las comunicaciones telefónicas y de electricidad, y punto clave, básico para el triunfo de la operación, lo era el Primer Teniente Pedro Rodríguez Avila, que estaba al mando de la Compañía Mecanizada, y el que de-

bía mover los tanques en combinación con los vehículos que tenían en encargo de capturar, sanos y protegidos, a los jefes del Ejército —generales, coroneles y comandantes— movimiento que respondió con toda precisión al plan concebido.

En el preciso momento en que el grupo de Batista partía de la finca del General, rumbo al Campamento de Columbia, otros núcleos de hombres vinculados al Movimiento se movían desde lugares separados, pero puntos-clave en la sede del comando supremo del Ejército cubano. Un pequeño destacamento se dirigió hacia la Fortaleza de La Cabaña. Otro hacia La Punta. Desde La Cabaña se dominan: la Bahía de La Habana, el Palacio Presidencial y cierto número de edificios gubernamentales de importancia. Está enlazada estratégicamente al celeberrimo Castillo del Morro, que es el pétreo centinela del puerto habanero. La Punta sirve de cuartel general al Estado Mayor de la Marina de Guerra y es, navalmente hablando, la base más importante de la Isla. El cuartel general de la Policía Nacional radica en el mismo edificio de la Jefatura, ubicado en el mismo sector porteño de La Habana.

Los movimientos de los cuatro grupos estaban perfectamente coordinados, de tal manera que su sincronización, minuto a minuto, se confrontaba en los relojes de los jefes según la hora exacta que trasmitía una radiodifusora local.

El comando que debía hacerse cargo de La Cabaña lo dirigía Francisco Tabernilla y Dolz, militar de carrera, quien como Primer Teniente había secundado a Batista en la germinal Revolución de los Sargentos en 1933. Al Coronel retirado de la Marina, José E. Rodríguez Calderón, se le asignó la tarea de tomar La Punta. El Teniente de la Policía, Rafael Salas Canizares, asumió el mando del grupo encargado de la Jefatura General de la Policía. Y Nicolás Pérez Hernández —líder civil— era el Coordinador del plan. El movimiento revolucionario del 10 de Marzo de 1952 era la culminación de un trabajo conspirativo llevado a cabo durante varias semanas. El plan de acción que embarcaba a Batista y a sus compañeros en la riesgosa pero triunfante misión de derrocar al Gobierno del Presidente Prío, habíase embozado al principio como una genérica insurrección, y así habíanlo sometido un mes antes a la consideración de Batista el grupo mencionado de jóvenes oficiales del Ejército. Desde el instante mismo en que el plan en escorzo quedara en manos de Batista, éste se entregó a la tarea de estudiarlo, revisarlo, modificarlo y perfeccionarlo. Lo importante era que ajustase en todos los detalles a las determinaciones y exigencias del líder revolucionario del 4 de Septiembre como probado maestro de la estrategia. Una vez que Batista tuvo la certeza de que todo estaba previsto, inclusive la eliminación de los riesgos innecesarios, dispúsose a la ejecución del movimiento.

La hora cero se fijó para las dos y cuarenta minutos de la mañana. Se acordó que cuando el plan se hubiese iniciado ya el movimiento no podría detenerse. Las diversas unidades dejaron de comunicarse a las dos en punto. Y roto ya ese contacto, el golpe tenía que proseguir hasta culminar en la victoria o el fracaso. Si fallaba, todos los implicados podían perder la vida.

Mientras los dos automóviles del grupo comandado por Batista se movían hacia el Campamento de Columbia, atravesando el pueblecito de Arroyo Arenas, en la finca "Kuquine" —durmiendo profundamente e ignorando totalmente lo que el cabeza de familia se jugaba— habían quedado la señora de Batista y los hijos de ambos. Cuando ya estaban cerca del Campamento, Batista dijo: "Aquí cambiamos de automóviles". Y el Capitán Robaina, sorprendido por la maniobra detuvo el carro y advirtió a Batista: "Los compañeros de Columbia nos esperan en este carro". No había tiempo para dar explicaciones. El cambio de autos era parte del plan y fue realizado para despistar a quienquiera que pudiese venir siguiéndolos. Estaban ya a una o dos cuadras del Campamento —que tiene cierto número de entradas o postas— cuando Batista anunció que iba a pasar por la Posta Cuatro. Otra vez el Capitán Robaina objetó: "Entiendo que el plan establece que debemos entrar por la Posta Seis". "A pesar de eso" —replicó Batista— "entraremos por la Posta Cuatro".

Poco antes de llegar a dicha entrada, Batista pidió al joven Tabernilla Palmero que le diese la guerrera del Ejército que traía. En la oscuridad, y con los nervios en tensión, Tabernilla le dio a Batista un par de pantalones de soldado que equivocadamente había atinado a recoger del piso del automóvil. Batista se disgustó al ver que no podía ponerse la guerrera como lo había planeado. Estaba ya en el establecimiento militar y traspuesto la entrada, Batista se sintió como el hijo pródigo que volvía al hogar.

Dentro de Columbia le recibió el Capitán Dámaso Sogo, quien lo llevó a la Jefatura del Regimiento Seis, donde otros miembros de la Junta Militar Revolucionaria aguardaban. El Capitán Sogo estaba al servicio como oficial de día.

Todos los suboficiales del Campamento y un buen número de las clases estaban también allí para darle la bienvenida al antiguo Comandante en Jefe. Con entusiasmo delirante y devoción sincera le recibieron todos. Batista se vio ciertamente en apuros para sofrenar sus nobles emociones. Pero... había mucho trabajo por hacer. El plan debía seguir adelante. "Debemos tener sumo cuidado de que no trascienda ningún detalle hasta que tengamos todo debidamente ajustado", señaló Batista. Y siguió diciendo: "¿Han atendido ya las estaciones de radio?" —Se le aseguró que todas las radiodifusoras habían

sido ocupadas militarmente y entonces Batista comenzó a dictar las órdenes complementarias de rigor. Los rangos, en su totalidad, habían sido ganados a la causa revolucionaria al influjo mágico del nombre de Batista. Pero había que tener mucha cautela para consolidar el golpe rápidamente. Un solo fallo, un cálculo erróneo, y todos los comprometidos en la acción podrían ser puestos ante el paredón de fusilamiento. Se ordenó tocar llamada general y las tropas acudieron de inmediato al polígono con sus armas. Batista habló. Sus palabras fueron ahogadas por los vítores de los soldados para quienes él había sido siempre un querido compañero. Los altos jefes que seguían a Batista, entretanto, estaban copando los otros objetivos militares según el plan trazado para la gesta.

Poco después de las dos de la madrugada, Francisco Tabernilla y Dolz a quien se le había confiado la vitalísima acción de tomar la Fortaleza de La Cabaña, se reunió con un grupo pequeño de hombres de Batista, en casa del Teniente Pablo Miranda Rodríguez, en La Habana. Repasaron rápidamente las instrucciones y partieron a cumplir su misión. Las máquinas se movieron por las calles capitalinas, bordeando la bahía hasta llegar al pueblo de Casablanca.

Casablanca es una activa y pequeña población porteña situada al otro lado de la Bahía de La Habana y opuesta por consiguiente a la gran barriada comercial de la ciudad vieja. A esa hora —dos y media de la madrugada— el pueblecito se encontraba sumido en el más profundo sueño. La distancia entre Casablanca y La Cabaña es cosa de unas cuantas cuadras, pero los conspiradores tenían que atravesar el sector que comprende la Estación de Inmigración de Tiscornia para poder llegar a la colonial fortaleza. Confrontaron sus relojes con el minuto que martillaba permanentemente la emisora radial con la que estaban sincronizados los diversos comandos del plan, y se encaminaron resueltos hacia su objetivo. Por varios años, con antelación a 1944, Tabernilla había sido Comandante de La Cabaña y recordaba hasta la última piedra de sus vetustos muros. Conocía también personalmente a muchos de los oficiales y alistados que constituían la guarnición de la plaza. El paso por Tiscornia se hizo sin dificultades, y los revolucionarios se acercaron a las puertas del bastión. Tabernilla iba dando sus instrucciones en voz baja. A llegar a la entrada el centinela le dio el alto. El momento era crítico para los invasores. Suponían al centinela vinculado a la revolución, pero no estaban seguros. Al asomar Tabernilla la cabeza para que le reconociera el guardián, vio que era el Cabo Triana —un amigo— y la entrada a la Fortaleza quedó franqueada para él y sus acompañantes. Eran exactamente las dos y cuarenta de la mañana. El plan se venía desarrollando con precisión cronométrica.

Dentro de la penumbra de La Cabaña, Tabernilla —en voz muy baja— emitía las órdenes correspondientes a sus hombres. Lo primero que había que hacer era rodear las casas de viviendas del oficial Comandante y del alto personal. Las instrucciones fueron de que a ninguno se le permitiera salir de sus viviendas. En el breve espacio de cinco minutos se había consumado la primera fase del copo. Realizado esto, Tabernilla y unos pocos de sus ayudantes efectuaron un rápido recorrido, compañía por compañía y batallón por batallón, explicando a todos que el General Batista había vuelto al Poder. Los soldados, con los ojos somnolientos, salían de sus camas para unirse a los revolucionarios y secundar el movimiento.

Al llegar a la División Motorizada recibieron la bienvenida de otro antiguo compañero, el Capitán Julio Sánchez Gómez, que puso toda la fuerza que mandaba a las órdenes de Tabernilla. Al difundirse por la guarnición la noticia del movimiento de Batista-Tabernilla, el número de adhesiones aumentaba por centenares. Por fin, en el Batallón número Dos, los revolucionarios hallaron a todo el cuerpo en pie, formado y listo para unirse al movimiento.

Apenas había pasado media hora desde el momento en que el grupo había traspuesto la entrada del antiguo bastión. Menos de treinta minutos y la guarnición entera se había sumado a la causa de Batista. Entre vivas a Tabernilla, vivas a Batista y vivas a la República, culminaba la acción que se había encomendado a Tabernilla, quien, entre el alborozo de la victoria, telefoneó al Campamento de Columbia para informarle al General Batista sencillamente: "La misión ha sido cumplida".

Por otra parte, el Coronel retirado Rodríguez Calderón estaba actuando con igual éxito en la Jefatura Naval de La Punta, allí mismo junto al Paseo del Prado y sobre el litoral de La Habana. Rodríguez Calderón no desconocía —cuando se dirigió a cumplir su misión a La Punta— que ni un sólo hombre dentro de esta fortaleza colonial estaba al tanto de los planes revolucionarios, y que, por consiguiente no podía esperar ninguna ayuda de su interior. Una docena escasa de hombres le acompañaba, algunos de ellos alférez de navío. Sorprendieron el fuerte y no hubo problema para entrar. Ya dentro, lograron con gran rapidez que la guarnición se adhiriera al movimiento. Ni un solo disparo había sido hecho durante estas acciones de comando, realizadas a la luz de la luna, con arreglo a un plan, movimientos sincronizados paso a paso, y minuto a minuto; un grupo de hombres valientes y... la experimentada dirección revolucionaria del ex-Sargento Batista. El alba no había despuntado y ya Rodríguez Calderón dominaba la fortaleza de La Punta. Siguiendo las subsiguientes instrucciones recibidas, envió al Capitán Juan Valdés Mendive al Palacio

Presidencial para ofrecerle protección a la familia del depuesto Presidente Carlos Prío.

En La Habana Vieja, el Teniente Salas Cañizares había asumido el mando en la Jefatura de Policía sin el menor problema. Así quedaba terminado el golpe de Estado del 10 de Marzo.

Batista telefoneó a todos los jefes de los Distritos Militares de las provincias y llamaba a su lado a varios de sus más íntimos amigos entre los civiles, para cerciorarse de que el Presidente derrocado permanecía aún en su finca "La Chata", a pocos kilómetros de la capital. Uno de los primeros civiles a quienes Batista llamó fue al Dr. Andrés Domingo y Morales del Castillo, que había desempeñado la Secretaría de la Presidencia durante su administración del período 1940-44. Unos pocos días después del 10 de Marzo Andrés Domingo volvió al mismo cargo.

Haciendo un balance de los acontecimientos de aquella madrugada del 10 de Marzo, Batista me dijo que no había confrontado problema alguno para entrar en Columbia.

"Columbia —la Ciudad Militar— era mi creación y el escenario de los inicios de mi vida pública", me declaró. "Cuando entramos allí esa mañana memorable, el Campamento de Columbia estaba armado y listo para defenderse contra cualquier invasor. Sin embargo, me abrió sus puertas y acogió sin vacilaciones el mensaje de la Revolución del 10 de Marzo. Que lo intenten otros, si quieren. Que utilicen, si les parece los mismos argumentos y que pronuncien las mismas palabras. Jamás podrían entrar en Columbia como lo hicimos nosotros, porque para conseguirlo, hay que hacer algo más que franquear sus postas y sus barracas— hay que penetrar en el corazón de los soldados".

Cuando llegó al Palacio Presidencial la noticia del golpe de Estado de Batista se alertó la Guardia, al tanto que Paco y Antonio Prío corrieron a darle la inesperada noticia a su hermano, el Presidente, que dormía un sueño de lirón en su residencia campestre.

Alrededor de las cinco de la mañana era cuando Prío llegó a Palacio. Desde mucho antes se hallaban reunidos allí varios miembros de su gabinete y algunos de sus más allegados colaboradores políticos. Ninguno subestimaba la extrema gravedad de la situación. Pero nadie, ni el mismo Prío que apenas si empezaba a desperezarse, parecía saber qué hacer. Por lo menos, si alguien aduja alguna idea sobre cualquiera acción inmediata de tipo heroico, faltaríanles a todos la voluntad y lo demás que hubiese hecho falta para ponerla en práctica.

Uno de los ayudantes le sugirió al ya depuesto Presidente que se marchara a una de las provincias donde la guarnición militar le fuese leal todavía para resistir y pelear hasta el

último cartucho. Hubo diversas objeciones, y la idea fue abandonada con más gusto que argumentos convincentes. Prío, indeciso, miraba y oía a unos y otros con los ojos muy abiertos como si viniera de otro mundo. Un asistente le informó a la sazón que un grupo de reporteros insistía en hablarle. Esto dio pie a una larga discusión inútil; y finalmente acordaron redactar una declaración que, en palabras, hablaban de resistencia hasta morir. Pero al ser constatadas posteriormente con la realidad, no pasaron de ser pura cháchara.

A eso de las siete y media de la mañana llegaron a Palacio los muchachos de la Federación Estudiantil Universitaria y pidieron ver a Prío. En múltiples oportunidades recientes aquellos mismos estudiantes habían criticado acerbamente al régimen de Prío. Pero ahora acudían a él para ofrecerle una suerte absurda de solidaridad constitucional al gobernante que ellos mismos habían acusado muchas veces de burlar la Constitución y prostituir la Ley y la administración pública. Venían además, en demanda de órdenes y de armas para coordinar y contribuir al plan de resistencia que, erróneamente, suponían que ya se habría elaborado en Palacio. Se encontraron con un ex-gobierno de gente desmayada. Y, desilusionados y confusos, abandonaron el lugar para volver a la Universidad a dar rienda sueltas a sus desmelenadas arengas contra Batista.

Después de hacer algunas llamadas telefónicas, Prío se percató de que el Distrito Militar de Matanzas todavía le era leal. Acompañado por uno de sus consejeros, marchó a esta ciudad que está a unos cien kilómetros de La Habana. Tenía que moverse con gran cautela. En el trayecto su automóvil fue detenido por un pelotón de soldados. Prío se bajó el sombrero sobre los ojos y tomó su pañuelo en una mano cubriéndose parte del rostro. "Vamos a llevar a mi padre anciano a un médico", dijo el acompañante...

Pero en verdad no había médico en Matanzas ni en parte alguna del mundo capaz de salvar con ninguna pócima a Prío y su régimen. Cuando llegaron a la ciudad ya las tropas se habían pasado a las fuerzas revolucionarias de Batista. La idea de establecer algún punto de resistencia en otra provincia fue desechada después de ponderarla detenidamente. Prío, incapaz de buscar apoyo en el pueblo —que no se lo hubiera dado— regresó a La Habana, asilándose sin más en la Embajada de México. De allí salió poco después por vía aérea hacia el exilio en Miami.

Fulgencio Batista, auxiliado tan sólo por un puñado de hombres valientes y audaces, había triunfado una vez más, derrocando otro gobierno sin derramamiento de una sola gota de sangre...

(Edmund A. Chester: "Un Sargento Llamado Batista", capítulo 28, Editorial Arocha, La Habana, s.f.).

RADIOGRAMA OFICIAL

Cuartel "Cabo Parrado", Ciudad Militar
10 de marzo de 1952

Jefe Regimiento No. 1 "Maceo", Santiago de Cuba,
Jefe Regimiento No. 2 "Agramonte", Camagüey.
Jefe Regimiento No. 3 "Leoncio Vidal", Santa Clara.
Jefe Regimiento No. 4 "Plácido", Matanzas.
Jefe Regimiento No. 8 "Rius Rivera", Pinar del Río.
Jefe Regimiento No. 9 "General C. García", Holguín.
Jefe Regimiento No. 10 de Infantería, Managua.
Director General Academia Militar, Managua.
Director Centro de Cría Caballar, Loma de Tierra.

Comunico a Usted que el General Fulgencio Batista y Zaldivar se ha hecho cargo de las Fuerzas Armadas (PUNTO) Gobierno destituido (PUNTO). Reúna la fuerza inmediatamente y notifíquelo a este Centro (PUNTO) Acuse recibo esta vía haber cumplimentado (PUNTO) De orden del General Fulgencio Batista.

Martín Díaz Tamayo, M.M.
Capitán del Ejército
AYUDANTE GENERAL P. S. R.

Asunto Oficial,
P A S E S E :

M. Díaz, M.M.,
Capitán del Ejército,
AYUDANTE GENERAL P.S.R.

EN CUBA AÑO DEL CINCUENTENARIO

Golpe de Estado

Había decursado, lleno de júbilo popular, el tercer domingo de carnaval. La vida nocturna habanera, en las primeras horas de la madrugada del lunes 10, aparecía tan tranquila como de costumbre. Pero no ocurría así, había quienes no dormían, empeñados en producir acontecimientos de extraordinaria importancia histórica. Dos automóviles salieron, minutos después de las dos ante meridiano, de una conocida finca de Arroyo Arenas. Hombres armados, en traje de civil, ocupaban el primero de dichos vehículos; en el segundo, acompañado de un oficial del Ejército, viajaba un hombre trigueño, de regular estatura y con atuendo deportivo: sobre la abierta camisa blanca un jacket de gabardina impermeable color beige y pantalones gris claro. Si alguien lo hubiera examinado más detalladamente, habría advertido en la cintura del supuesto deportista, introducida entre el negro cinturón, una pistola calibre 38.

Unas cuerdas antes de llegar al campamento de Columbia, el misterioso viajero ordenó a la escolta que le precedía que detuviera el automóvil y dijo a su acompañante:

- Capitán Robainas, vamos a cambiar de máquina aquí....
- General, pero es en esta máquina donde nos esperan....
- Sí, pero mejor vamos en la otra.

La orden del General Fulgencio Batista fue atendida, y una vez hecho el cambio de vehículo, prosiguieron la marcha. Ya cerca de la ciudad militar, FB dio una nueva orden:

- Vamos a entrar por la posta número 4.
- Lo convenido es por la posta número 6 —observó, tímidamente, el oficial.
- Bueno, pero mejor es que nos prevengamos, para evitar alguna celada —adujo el ex-Presidente, mientras consultaba su reloj: eran las 2:43.

Luego de la presentación de armas de rigor y las voces de atención habituales en la disciplina militar, se adelantó a recibir al visitante el Capitán Dámaso Sogo, quien expresó:

—General, vamos a hacia la jefatura del Regimiento seis, donde le esperan los demás miembros de la Junta Militar Revolucionaria.

Los conjurados —Capitanes y Tenientes de la guarnición de Columbia— recibieron con muestras de entusiasmo a su antiguo jefe, quien no podía ocultar su emoción y satisfacción. En seguida, fue informado del acatamiento por parte de todas las clases y soldados allí destacados y de la prisión en sus domicilios de la ciudad militar de todos los jefes y oficiales de alta graduación.

—De acuerdo con nuestros planes —señaló uno de los capitanes— ya tenemos noticias, simultáneamente a su llegada, de que nuestros hombres dominan la fortaleza de La Cabaña, el campo de Aviación, la Marina de Guerra, y el cuartel-maestre general de San Ambrosio. En cuanto a la Policía, el teniente Salas Cañizares se ha encargado de todo y tiene absoluto control de los mandos, habiendo adoptado todas las medidas convenientes....

—Que se tomen toda clase de precauciones —ordenó Batista— para que no se filtren las noticias. ¿Ya se tiene el control de las estaciones de radio?

La respuesta fue afirmativa: quizá recordaba el jefe del PAU que en oportunidad de la deposición de José Eleuterio Pedraza como jefe del Ejército, una indiscreción de un noticiero radial estuvo al punto de dar al traste con su gestión. Una frase dicha a su paso por un militar le recordó aquel hecho:

—El General volvió a ponerse el jacket....

Desde ese instante, el ex-exilado de Daytona tomó el movimiento en sus manos: cursó órdenes precisas, mandó a formar la tropa para arengarla, se comunicó telefónicamente con los principales sectores militares y policíacos y con civiles cuya presencia en el campamento urgió, al mismo tiempo que obtenía la seguridad de que el Presidente Carlos Prío se hallaba en su finca La Chata y de que todos los presupuestos tácticos del sigiloso golpe de estado se desarrollaban sin mayores obstáculos. A uno de los oficiales de alto rango que al requerimiento telefónico puso reparos —presumiblemente el jefe militar de Matanzas, coronel Eduardo Martín Elena— repuso Batista con energía, según el corresponsal de la Prensa Unida, Jay Mallín:

—¡Somos la ley. Cumpla órdenes o resigne el mando!

Quizás insensiblemente el líder septembrista rememoraba la frase célebre de "El Estado Soy Yo". Después cuando tras horas llenas de actividad, con las luces del nuevo día aparecía más seguro el movimiento, vinieron las reuniones para discutir las medidas políticas y administrativas que se adoptarían de inmediato y la redacción de la exposición al país sobre los moti-

vos de los sucesos que desencadenaba sobre la Isla lo fraguado aquella laboriosa madrugada de Columbia, tan distante a la del 4 de septiembre de 1933.

La caída sin Gloria.

El sigilo, sin embargo, no lo había sido tanto como para evitar que minutos después de la entrada de Batista a Columbia la alarmante noticia llegara por los hilos del teléfono a muchas personas: miembros y funcionarios del gobierno, congresistas, periodistas, hombres de negocios, embajadas extranjeras. A pesar de que una fuerte guardia policíaca ocupó las oficinas e instalaciones de la compañía de teléfonos, la sorpresiva nueva estuvo circulando por la madrugada habanera como una descarga eléctrica, levantando de sus mullidos colchones a los prohombres de la Cordialidad.

A las cuatro de la mañana se tenía conocimiento en el Palacio Presidencial de que el ex-inquilino de Kuquine estaba instalado en Columbia, y en tanto se ordenaba a la guarnición palatina la adopción de medidas de defensa de la casa del Ejecutivo, "Paco" y Antonio Prío corrieron a llevar la sensacional noticia a su hermano, que dormía plácidamente en La Chata, donde pasaba el fin de semana con su familia, como acostumbraba.

Minutos después de la cinco, con el semblante demudado por la preocupación, llegó al Palacio Carlos Prío acompañado de sus dos hermanos y de Luis Gustavo Fernández, dirigiéndose rápidamente al tercer piso. Vestía pantalones oscuros y, sobre una camisa deportiva, un sweater color olivo. Ya le esperaban varios miembros de su gobierno y amigos. Otros arribaron casi inmediatamente. Entre los que les rodearon apenas bajó al segundo piso, los ex-ministros Félix Lancís, Segundo Curti, Eduardo Suárez Rivas, Sergio Megías, Luis Casero, Orlando Puente; el senador y jefe auténtico matancero, Diego Vicente Tejera; los representantes José Suárez Rivas, Noel del Pino, Alicia Hernández de la Barca; el Jefe de la Marina, Pedro Pascual Borges con oficiales de su Estado Mayor; René Fiallo, etc.

Ninguno ocultaba la incertidumbre provocada por la gravedad de la situación, y cada cual aconsejaba al Presidente la actitud a seguir.

—Lo que tú debes hacer, Carlos —señaló Fiallo con énfasis— es trasladarte a una de las provincias fieles al gobierno y resistir hasta el final. El pueblo te seguirá en la defensa de la legalidad....

Surgieron de entre los reunidos muchos gritos en contrario, mientras Prío miraba con indecisión a unos y otros. Su expresión era de desorientación.

—Eso sería un disparate— dijo Lancís.

—Si el Presidente se decide a ir al interior —terció “Dieguito”—no podrá pasar vivo de Matanzas. . .

—Señores —advirtió el Jefe del Partido Liberal con solemnidad— yo creo que hay que buscar otra salida, otra fórmula. Se trata de una situación de fuerza, y hay que pensar primero antes de decidirse a algo.

En ese momento, el jefe de publicidad del Palacio, Evelio Rodríguez Ortega, anunció a Prío que los periodistas insistían en ser recibidos por el Presidente. Los presentes deliberaron sobre lo que éste debía declarar.

—Es mejor que se haga por escrito —sugirió alguien y entre varios redactaron una nota que recogía el pensamiento de resistencia hasta entonces latente en la mente de la mayoría, sobre todo en Fiallo. Con una sonrisa forzada, acogió el Jefe del Estado a los representantes de la prensa, mientras interrogaba:

—¿Tienen alguna noticia que darme?

—Ninguna, Presidente —respondió uno por todos—; venimos a que usted nos las dé. . . .

—Bueno, aquí tienen lo que les puedo decir —y alargó el texto de la nota, que fue ávidamente copiada por todos:

—Tengo noticias de que el Estado Mayor del Ejército ha sido tomado por antiguos oficiales que siguen instrucciones del general Batista. Los mandos del Ejército en las distintas provincias han reportado que mantienen su lealtad al régimen legítimo constitucional. No puede pasar inadvertido al pueblo lo que significaría para la República que se rompiera el régimen constitucional cuando todos los partidos se disponían a concurrir a una consulta electoral.

—Yo confío en la moral y en el valor del pueblo de Cuba para oponerse a este intento que la ambición de un hombre ha provocado. Conmino a todos los militares de Cuba para que mantengan su lealtad al juramento de fidelidad prestado a la República; y a los obreros, a los estudiantes, a los campesinos, a los industriales, en una palabra, a todos los cubanos para resistir este alevoso ataque. En los cubanos confío.

Nada más. A seguidas, el Presidente se despidió de los periodistas y continuó su cambio de impresiones, que fueron interrumpidas por un nutrido tiroteo surgido hacia la esquina de Monserrate y Chacón. Algunos de sus amigos se asomaron a los balcones, alarmados y nerviosos, creyendo que se había iniciado el ataque a Palacio. Las ametralladoras comenzaron a funcionar. Puestos en acción inmediatamente, los edecanes trajeron noticias del primer —que resultó único— choque armado del movimiento y de las víctimas del mismo:

—Presidente, ha sido algo alarmante, pero sin importancia. El teniente de una perseguidora vino a intimar a los miembros

de la guarnición para que se sumaran a la rebelión y produjo un encuentro en que hay tres muertos, uno de ellos el sargento Rosendo Hernández, de la guardia presidencial, y algunos heridos.....

Más tarde supe que, en efecto, el teniente de la división radio-represiva, Julián Negret Pineda, del carro perseguidor 108, descendió de éste acompañado del vigilante Escanaverino, dirigiéndose hacia la mansión presidencial. Les salió al paso el sargento Hernández y tras una violenta discusión sobre la sublevación y la actitud de cada cual, se inició el encuentro entre los tripulantes del carro y la guarnición palatina. Los tres mencionados cayeron muertos, y varios heridos fueron conducidos a la enfermería del Palacio, falleciendo uno de ellos posteriormente, el Sargento Sócrates Alvarez, también de la escolta del Presidente. El carro perseguidor atacante desapareció, dejando sus tripulantes sobre el pavimento los cadáveres de sus compañeros, que no fueron recogidos hasta mucho después.

El tiroteo —que alertó a los habaneros residentes en el perímetro del Palacio sobre la existencia de un estado anormal— causó honda impresión en Carlos Prío y sus acompañantes de aquella hora dramática. Alguien sugirió que el gobierno se trasladara al Capitolio Nacional y que en el palacio de las leyes se instalara, simbólicamente. Con esa intención tomaron el todavía jefe del Poder Ejecutivo y algunos de sus amigos un automóvil, pero diez minutos después estaban de regreso, al comprobar que el edificio del Congreso, como todas las dependencias del Estado, estaban ocupadas militarmente. Eran ya pasadas las siete de la mañana y la tensión nerviosa aumentaba cada segundo. En este ambiente, a presencia de sus hombres de confianza, recibió Prío a una comisión de la Federación Estudiantil Universitaria.

Siete y media de la mañana del lunes. Una comisión de la FEU llega a las puertas del Palacio Presidencial. La integran Alvaro Barba, José Hidalgo, Agustín Valero, Danilo Baeza, Orestes Robledo. Les preocupa intensamente la situación general del país, cuyos perfiles exactos desconocen aún. Falta de información —sin radio, sin prensa— la opinión vibra excitada y desconcertada.

El equipo estudiantil llega ansioso al diálogo con el Presidente, cuya real actitud no le consta todavía. ¿Qué hará el Dr. Prío Socarrás, Primer Magistrado de la nación? Por lo pronto, antes de toparse con él, constatan los personeros de la FEU una nerviosidad excesiva. En la mansión presidencial nadie parece saber a qué atenerse, ni en qué ocuparse: todos hablan, mandan, se desdicen.

El propio secretario de la Presidencia —un Orlando Puente absurdamente cargado con una ametralladora portátil— acom-

pañá a los jóvenes visitantes al tercer piso. Como respondiendo a la interrogación que lee en todas las pupilas, profiere excitado, con aire tremebundo:

—¡A mí hay que cogirme peleando!

Mientras ascienden, presencian los comisionados del Alma Máter el ajetreo de los funcionarios y empleados lanzándose sobre los teléfonos en busca de imposibles noticias, corriendo por las escaleras y despachos, pálidos y nerviosos.

El Presidente no se hace visible de momento. Antes hay un tenso cambio de impresiones con colaboradores cercanos suyos. Lancís y Curti ¿son ministros aún, o no lo son? Nadie lo sabe.

Se acercan a los estudiantes:

—¿Ustedes vienen a quedarse en Palacio?

—No, venimos a ofrecer nuestro concurso al Presidente para la defensa de la Constitución y de las leyes.

Los hermanos Suárez Rivas, Casero, el ayudante Presidencial “Rafelito” Izquierdo, el Comandante Manuel de Jesús Hernández, que se hallan allí desde la madrugada anterior, inquieran nuevas.

—Lo que sabemos —manifiestan los de la FEU— es que Colombia y La Cabaña están en manos de Batista, pero nos dicen que en el interior de la República algunos regimientos están en contra. ¿Qué saben ustedes?

—Lo mismo, responde el coro de palaciegos anonadados.

—¿Y qué es lo que han hecho ustedes?

—Bueno.... estamos esperando por las órdenes del Presidente.

Noticias equívocas, “bolas” manifiestas brotan en tal ambiente de inseguridad, de falta de mando. Faltan Rubén de León y Aureliano Sánchez Arango. Se dice que el primero ha sido detenido en Colombia al tratar de dominar la sublevación, aunque nadie le conoce gestos heroicos desde hace muchos años. El ministro de Estado tan provocativo en época de paz, no aparece por parte alguna.

Con estas impresiones desconcertantes, llegan los emisarios de la FEU a presencia de Carlos Prío. El Presidente luce melancólico, pálido, trasnochado. Su célebre tic-nervioso, más frecuente y convulsivo que nunca, produce un efecto desagradable en el que lo observa.

Los estudiantes lo miran un instante con penosa simpatía: después de todo, pese a sus flaquezas políticas y personales, es el representante del poder civil, de esas instituciones que hay que defender en todo momento. Orestes Robledo habla por el grupo:

—Señor Presidente, usted sabe que en muchas ocasiones lo hemos censurado y criticado públicamente cuando estimábamos que su conducta era merecedora de ello, pero en esta ocasión la FEU viene a ofrecerle su concurso en defensa de la Constitución de la República. Estamos al lado suyo por estimar que la Universidad fiel a su tradición revolucionaria y civilista debe respaldar con su acción los derechos democráticos. Estamos a su lado, Presidente, porque estamos de parte de la Constitución y de la ley.... Si ustedes se disponen a resistir, cuente con nosotros.

Prío parece sinceramente conmovido por la oferta generosa, pero su respuesta es vaga, como la del gobernante que siente escapársele el control de los instintos represivos:

—Yo creo —dice preocupado, torciendo a cada minuto el cuello— que el pueblo me respaldará en este momento histórico.... Sí, vamos a resistir el golpe de Estado.... pero todo dependerá de la actitud del pueblo, de los obreros, de los estudiantes.... Por eso agradezco tanto este gesto de ustedes....

—Presidente, indaga Barba, ¿tiene usted en estos momentos una idea clara del alcance de este golpe de Estado y de qué fuerzas apoyan al gobierno todavía?

—Sí, nos hemos comunicado con las demás provincias, y nos informan que en todas ellas las fuerzas se mantienen leales. Batista tiene el control de la provincia de La Habana solamente. Cuenta con La Cabaña, la Marina y la Aviación. Las estaciones de policía, por lo menos hasta estos momentos, están también con el gobierno.

El panorama no era, precisamente, halagüeño. Otro dirigente estudiantil, José Hidalgo, formuló una pregunta nerviosa:

—Presidente, ¿va usted a encabezar la lucha con las armas contra ese cuartelazo?

—Sí, voy a luchar, claro....

—Pero, ¿tiene usted una idea de cómo va a desarrollar esa resistencia?, insistió el joven.

Con reflexión de voz vacilante, nada recia, repuso Carlos Prío:

—Estamos estudiando la situación para proceder de la mejor manera posible.... Lucharé hasta donde me lo permita la situación, por supuesto, no desde Palacio, porque sería inútil, es muy vulnerable al ataque y sería una tontería resistir aquí.

Nadie se explica, si es así, por qué el Presidente y sus colaboradores están todavía en la mansión ejecutiva. Los dirigentes estudiantiles demandan pronunciamientos más precisos:

—En fin, ¿qué hará usted entonces, Presidente?

—Me iría a alguna de las guarniciones leales y desde allí comenzaría la lucha. Creo que no hay otra salida.

Y como si la consecuencia fatal de tanta desorientación viniera por sí sola a subrayarla, comparece Orlando Fuente, siempre con su inverosímil ametralladora a cuestas:

—Presidente, Presidente, balbucea, acaba de llegar un soldado del coronel Calleja y dice que vienen tanques de Columbia sobre Palacio. ¿Qué vamos a hacer?

Como si un infinito cansancio de mandar lo invadiera, Carlos Prío no emite soluciones. La reunión parece caer inútilmente. No pocas figuras palatinas traducen un ansia mal refrenada de huida. Pero los estudiantes no están dispuestos a perder un tiempo precioso:

—Presidente, concreta Agustín Valero, hemos venido aquí a discutir la forma de organizar la resistencia armada al golpe de Estado. En la Universidad no hay armas. Es necesario que se distribuya a los estudiantes para defender al poder constituido. Queremos sinceramente luchar.

Carlos Prío emerge con dificultad de su inercia:

—Está bien. . . . “Dieguito”, ponte de acuerdo con los señores para enviar a la Universidad un cargamento de armas, las que hagan falta. . . . Señores, la reunión ha terminado. Tenemos que actuar rápidamente.

¿Lo habrá contagiado el ejemplo de la FEU? Otros se acercan con ánimos más firmes. Alicia Hernández de la Barca propone a Tejera:

—“Dieguito”, vámonos al Capitolio y nos hacemos fuertes allí.

Es como si la combativa legisladora villareña no abrigara ya esperanzas en el Ejecutivo.

“Tony” Varona, coincidiendo con ello en lo íntimo, pregunta a los estudiantes:

—Ustedes se van a quedar aquí, ¿no?

Los aludidos comprenden que no es su papel sustituir en la defensa de Palacio a un gobierno cuya capacidad de resistencia es ilusoria.

—No, contestan, nos vamos a la loma y allí esperaremos las armas. Vamos a ver lo que podemos hacer. . . .

Cuando los dirigentes de la FEU salieron rumbo a la Universidad, tornó el coro de incondicionales a insistir en sus sugerencias a Prío Socarrás, quien con mirada ausente y un sombrero de jipi en la mano, escuchaba silencioso. Un timbrado telefónico interrumpió la conversación.

El Presidente se dirigió al aparato y tomó el auricular. Luego de escuchar unos segundos, dio las gracias y expresó con forzada energía:

—Lo que deben hacer ustedes es mandar telegramas a Columbia declarando que están con el gobierno constituido.

Y una vez liquidada la charla por larga distancia, se volvió a sus circunstancias con desgano:

—Era el Coronel. . . . Dice que continúa siendo fiel al gobierno, y que lo único que yo tengo que hacer es no dejarme coger. . . .

—Ya ve, Presidente, lo que yo decía —insistió Fiallo—: tú puedes hacerte fuerte en uno de esos regimientos que te son fieles y resistir con el apoyo del pueblo, que seguramente está dispuesto a defender la legalidad del gobierno. . . .

Una voz imperiosa interrumpió al consejero presidencial. Bruscamente, "Paco" Prío conminó a su hermano:

¡Vámonos de aquí!

Todos volvieron la vista hacia el senador pinareño, quien comprendiendo la inquietud nerviosa que lo dominaba y que se traslucía en su gesto, se repuso para agregar en alta voz, también, pero en tono más conciliador, mientras abarcaba con un ademán todo lo que le rodeaba:

—Tú no puedes hacer que maten a toda esta gente. Sería una carnicería terrible. Si fuera cuestión tuya personal, yo sé que te quedarías, pero no puedes permitir que maten a toda esta gente. . . .

Aunque a esa hora, pasadas las ocho de la mañana, Carlos Prío descendió a la planta baja, aún continuaba indeciso. Permaneció durante algunos minutos en el garaje, en la misma actitud vacilante, hasta que resolvió tomar un automóvil de chapa particular. A su lado ocuparon asiento su hermano Antonio y los legisladores matanceros Tejera y Megías; y junto al chofer se instaló el ayudante, teniente coronel Rafael Izquierdo. Detrás marchó el automóvil con chapa oficial número 49, con miembros de la escolta personal del Presidente. Con una mirada melancólica y un gesto vago, se despidió Carlos Prío de la casa ejecutiva, desde la que rigió los destinos nacionales, durante 3 años y cinco meses.

Uno de los altos oficiales de la Marina, que acompañaban a su jefe, Pascual Borges, junto al elevador, preguntó a éste si el Presidente depuesto dejaba algunas instrucciones en relación con el status del Palacio.

—Sí —respondió el ex contralmirante, mirando con misterio en torno suyo—. Dijo que no repelieran ninguna agresión. . . .

De acuerdo con ello, cuando aproximadamente media hora después de la salida de Prío, fue rodeada la mansión palatina por tanques militares en zafarrancho de combate, la guarnición rindió sus armas inmediatamente y las puertas de la casa de gobierno —cosa que nunca ocurría desde hacía muchos años— fueron cerradas.

·Inquietud y expectación

En términos generales, La Habana amaneció el lunes 10 sin ningún signo externo de los acontecimientos anormales que se desarrollaban, pero el rumor circulaba de boca en boca:

—Dicen que Batista ha dado un golpe de estado . . .

El breve choque en torno del Palacio y el ajetreo evidente en las estaciones policíacas, dieron testimonio de veracidad a la increíble versión. Gradualmente la actividad urbana fue decreciendo a medida que transcurría la mañana. Los bancos no abrieron, las escuelas públicas y privadas suspendieron sus labores, los empleados públicos, al llegar a los ministerios y demás dependencias —salvo muy escasas excepciones— se encontraron con una custodia militar que impedía la entrada a las oficinas. El pueblo sintonizaba en vano las emisoras de radio, ansioso de conocer la verdad de lo que estaba sucediendo: sólo se escuchaban grabaciones musicales y excusas por no ofrecer los programas habituales “por causas ajenas a su voluntad”; los periódicos de la mañana del lunes, aún a mediodía, no circulaban.

Los que acertaban a cruzar por la cercanía de las radio-emisoras, advertían que estaban ocupadas por fuerzas armadas del Ejército, al igual que el Palacio de los Trabajadores, las oficinas del PSP, en la Avenida de Carlos III, la totalidad de las dependencias públicas e instituciones autónomas, empresas de servicio público y estaciones de transporte urbano e interurbano. La ausencia de noticias directas y el amplio despliegue de tropas producía visible inquietud en la población. En las esquinas y lugares públicos, grupos de ciudadanos comentaban los sucesos e intercambiaban comentarios. Circulaban conjeturas y “bolas” de la más diversa especie sobre dirigentes del gobierno depuesto, algunos de los cuales, según el rumor, habían muerto a mano de los conjurados, o estaban detenidos. Los debates más movidos se escenificaron en los ómnibus.

Pero donde el descontento y la protesta encontraron una expresión más virulenta y constante fue en la Universidad. Al reclamo de la FEU, formulado por grupos estudiantiles a la salida de la entrevista matutina con Carlos Prío, desde temprano comenzaron a fluir alumnos y jóvenes de distintas tendencias, y ya, a las 10 de la mañana, la colina era un hervidero. La bandera cubana, a la derecha del Alma Máter, fue izada a media asta. En rápida sesión plenaria, el máximo organismo del estudiantado universitario acordó un paro indefinido y un aporte activo en la lucha contra el golpe de estado y en defensa del poder civil.

Telas con lemas combativos fueron situadas en la escalinata y en las terrazas laterales, y en las de L y San Lázaro se colocaron micrófonos y amplificadores, desde los que, ininterrum-

pidamente, los líderes del máximo centro docente se dirigían al pueblo con exhortaciones para que se manifestaran contra los acontecimientos de Columbia.

Entretanto, el rector Inclán tomaba posesión de su cargo, como para que la Universidad no quedara acéfala caso de ocurrir cualquier interferencia de elementos extraños. El decano de Medicina, Angel Vieta, siempre tan sereno, declaraba a los estudiantes:

Hasta que no se restituya la integridad constitucional no habrá actividades académicas.

Por su parte, el vicerrector, Julián Modesto Ruiz, opinaba:

—Soy partidario de que los alumnos se retiren a sus hogares y que los profesores asumamos plenamente las responsabilidades. . . .

Robledo, dirigente de la FEU, contestó:

—El problema es de tal naturaleza, que exige la participación solidaria de estudiantes y profesores en la lucha por la defensa de la autonomía universitaria.

Otro líder de la Federación, Hidalgo, fue más lejos:

—Yo entiendo que lo principal es que la Universidad actúe ahora a tenor de sus tradiciones de lucha. Por lo tanto, todos tenemos que solidarizarnos con el pueblo en la condena del atentado a la Constitución.

El cambio de impresiones entre profesores y alumnos concluyó, convirtiéndose el Alma Máter desde ese instante en el baluarte de la oposición al golpe de Estado. Que ese era el criterio prevaleciente en la calle lo demostraba el hecho de que empezaron a llegar a su recinto elementos ajenos al mismo, entre ellos, el representante Rolando Masferrer y los dirigentes sindicales Pablo Balbuena, Samuel Powell, de la CTC; Facundo Pomar, de los Omnibus Aliados; Marcos Hirigoyen, de Autobuses Modernos, etc.

Masferrer permaneció en la Universidad gran parte de la mañana mientras se alimentó la posibilidad de que Prío acudiera a dicho lugar a organizar la resistencia cívica; luego, convencido de la inutilidad de la espera, se marchó con sus adictos armados. En cuanto a los líderes obreros, comunicaron a los de la FEU que estaban preparando una "huelga general contra un cuartelazo", pero todo se resolvió en palabras. Posteriormente, los alrededores de la colina fueron ocupados por soldados y policías con ametralladoras y armas largas.

No fue hasta después de la 1 de la tarde cuando se iniciaron sucesivas transmisiones por las radioemisoras —comenzando Radio Cadena Habana—, a cargo de miembros del Gobierno. El periodista Ernesto de la Fe, como ministro de Propaganda

del régimen recién nacido, y Ramón O. Hermida y Rafael Díaz Balart, como Ministro y Subsecretario de Gobernación, respectivamente, se encargaron de ofrecer al pueblo las primeras proyecciones oficiales del movimiento.

Uno de los documentos más importantes a que se dio lectura fue la alocución de la junta militar revolucionaria, suscrita por 6 capitanes y 4 primeros tenientes destacados en el campamento de Columbia, encabezados por el Capitán Leopoldo Pérez Coughil; por el comandante jefe del castillo de Atarés, Cándido Curbelo; por 5 capitanes y 3 primeros tenientes de la fortaleza de la Cabaña; por 2 capitanes y 4 primeros tenientes de la Marina de Guerra, al frente de los cuales aparecía el capitán Pedro I. de la Concepción; y por el teniente Rafael Salas Cañizares, como coronel-jefe de la Policía Nacional.

—Los miembros del Ejército, la Marina y la Policía que suscriben —señalaba el documento— constituido en Junta Militar Revolucionaria, informamos al pueblo que hemos gestado este movimiento para evitar a Cuba la vergüenza del régimen de sangre y peculado, que ha desintegrado las instituciones y creado el desorden y la anarquía en la República. Agravado por los siniestros planes del gobierno, que intentaba continuar más allá de su término constitucional, para lo cual el Presidente Prío se había puesto de acuerdo con algunos jefes militares, preparando el golpe de estado para los primeros días del mes de abril próximo, ante la evidencia de tener perdidas las elecciones.

—Amenazada la estabilidad republicana y la paz interna con la amplia protección que el gobierno ha venido prestando al llamado gangsterismo, que cuenta en su haber centenares de atentados impunes, ha agotado la paciencia, con justificada alarma, la noticia de que se preparaban varios atentados personales sobre las más connotadas figuras de la oposición para atribuirlos a las mismas pandillas que el mismo gobierno arma y ampara, a la vez que se alentaba la guerra entre los grupos de acción.

—Convencidos de la consumación de esos crímenes nos decidimos a afrontar la terrible situación para salvar al país de esas tragedias, que eran ya inminentes. No tenemos ningún agravio que vengar, ni ambición personal que satisfacer. Queremos a la patria como soldados leales de la República. Por eso hemos puesto el destino de esta revolución en manos del general Batista y Zaldívar, a cuyas honorables órdenes quedamos.

Y después de consignar el prestigio y simpatías de que gozaba entre los institutos armados y sus dotes para asumir las riendas del poder en la crítica situación a que nos ha conducido la incapacidad y desafueros de los gobernantes destituidos”, la declaración agregaba:

—Hubiéramos querido que nuestro general Batista, al que tanto debemos nosotros y debe el pueblo de Cuba, pudiera haber continuado su patriótica labor política, pero estimando que es entre las ilustres figuras de Cuba, la más jerárquica de la patria por su historia, depositamos en él, como jefe del Estado e indiscutible jefe supremo de las fuerzas armadas, todas nuestras prerrogativas y toda nuestra confianza en su dirección y responsabilidad.

El documento concluía:

—Al pueblo, especialmente, nos dirigimos para que ofrezca a nuestro jefe y guía —que lo es también del pueblo, al pueblo que ha servido y quiere servir con entera lealtad— la necesaria cooperación que es indispensable a la mejor obra de gobierno.

El otro documento de importancia leído en esas sucesivas transmisiones por distintas radioemisoras, era el que contenía las primeras declaraciones de Batista, en las que ofrecía un esbozo autobiográfico de los últimos 7 años, a partir de las limpias elecciones que le tocó presidir, la situación creada por el autenticismo respecto a su persona durante el gobierno grausista y el balance de éste, de peculado y gangsterismo; su elección senatorial y su regreso a Cuba en un ambiente de escasas garantías y sus luchas políticas recientes, para terminar exponiendo los motivos del golpe de estado y algunos de los objetivos inmediatos del mismo, que con posterioridad fueron desarrollados con más extensión en los llamados “estatutos del gobierno”.

En dicho interregno, los diarios del mediodía y algunos de la tarde habían podido publicar sus ediciones normales y extraordinarias con la mayor cantidad posible de información, y eran arrebatados los ejemplares a los vendedores. Por otro lado, tras prolongada espera a las puertas del campamento de Columbia, los representantes de la prensa fueron recibidos por el jefe del movimiento en los bajos de la jefatura del Regimiento 6.

—Díganos, general —interrogó un periodista después de los saludos—, ¿qué motivo tuvo para dar el golpe militar?

—Este golpe —explicó Batista— fue organizado por una junta militar secreta compuesta por capitanes y tenientes descontentos, al igual que la tropa, por la falta de garantías para los soldados y la policía por parte del gobierno, en sus actividades de persecución de actos ilegales. Además por 3 conductos, uno de ellos directo del Palacio, pude enterarme del propósito de Carlos Prío de dar un golpe de estado el 15 de abril, si para esa hecha no había seguridad de que el pueblo diera el triunfo a Hevia. Conociendo ese propósito e invitado a tomar la dirección de un movimiento serio, me decidí, seguro de servir a la República....

Y con voz enronquecida, pero semblante sonriente:

—Nada, que me adelanté a los acontecimientos....

Batista ofreció a los periodistas algunos detalles de cómo llegó a Columbia; señaló, respondiendo a una pregunta, la posposición de los comicios del primero de junio, asegurando que “una vez logrado un estado de normalidad, se celebrarán las elecciones con plenas garantías”; anunció la suspensión de las garantías constitucionales por 45 días y brindó garantías al Presidente Prío y oficiales y ministros depuestos. Un corresponsal extranjero indagó:

—Entonces, general, ¿podemos decir que es usted el nuevo Presidente?

—No —contestó rápido—, no se ha pensado en eso. Me he asignado el cargo de Primer Ministro, presidiendo un consejo de ministros de carácter civil que, por el momento, está integrado en la forma siguiente....

Y mencionó Batista como titular de Estado a Emeterio Santovenia, que no aceptaría al proponérsele la cartera, como así tampoco Rafael Santos Jiménez, designándose finalmente a Miguel Angel Campa; Justicia, Miguel A. Céspedes; Gobernación, Ramón O Hermida; Obras Públicas, ingeniero José A. Mendigutía; Agricultura, Alfredo Jacomino; Trabajo, Marino López Blanco (que fue asignado a Hacienda, más tarde, al no aceptar esta cartera Justo García Rayneri); Educación, Andrés Rivero Agüero; Salubridad, Enrique Saladrigas; Comunicaciones, Pablo Carrera Jústiz; Presidencia, Andrés Domingo; Comercio, Oscar de la Torre; Defensa, Nicolás Pérez Hernández, y Propaganda —ministerio de nueva creación— Ernesto de la Fe.

Aseguró el rector del nuevo gobierno el cumplimiento por su parte de todos los convenios, pactos y tratados de carácter internacional y solicitó la cooperación de la prensa, a la cual ratificó su propósito de respetar en el ejercicio de sus derechos.

A continuación se conoció la adopción de una medida encaminada a fortalecer la base del movimiento: el aumento por decreto de los sueldos de los vigilantes de la policía a 150 pesos mensuales y de los soldados y marinos a 100, a partir del presente mes.

Los voceros de Batista, en sus fugaces transmisiones radiales anunciaron que a las 4 de la tarde su jefe se dirigiría personalmente al País a través de todas las radioemisoras, pero no fue hasta las seis que el general hizo oír su voz para expresar los mismos conceptos y justificaciones, las promesas que ya se habían encargado de adelantar aquellos, mientras contemplaba izada en una caña brava, frente a él, la proscrita y multicolor bandera del 4 de septiembre. No fue hasta el martes 11, que, bajo el título de “Estatutos del Gobierno” se dieron a conocer

de manera oficial las directrices políticas del nuevo régimen, luego de un extenso preámbulo en que se repetía la razón de ser del movimiento. En síntesis, después de enumerarse la forma en que quedaba integrado el Poder Ejecutivo, se establecían las siguientes disposiciones:

—Los ministerios y entidades autónomas continuarán funcionando de acuerdo con su organización respectiva y las autoridades provinciales y municipales seguirán en el desempeño de sus funciones, mientras otra cosa no disponga el Consejo de Ministros. (Hasta este momento, la única excepción ha sido la de la alcaldía de La Habana, al destituirse a Nicolás Castellanos, que fue sustituido por Justo Luis Pozo. En cuanto a entidades autónomas, se conoció de la renuncia irrevocable, “por contradicciones fundamentales con el origen antidemocrático del gobierno de facto”, de los Presidentes del Banco Nacional, del Banco de Fomento Agrícola e Industrial y del Fondo de Estabilización Tabacalera, respectivamente, Felipe Pazos, Justo Carrillo y José Miguel Irisarri.

—Se suspenden los fueros del Congreso, pero sus miembros, funcionarios y empleados continuarán percibiendo sus emolumentos legales, hasta que otra cosa se disponga de acuerdo con las circunstancias. El poder legislativo se ejercerá por el Consejo de Ministros. (“Ante esta declaración vejaminosa para el Congreso”, declararon inmediatamente los miembros del Comité Congresional Ortodoxo, “y para todo congresista que se respete a sí mismo, el CCO acuerda no cobrar los emolumentos propios de sus cargos, si al Congreso se le quitan sus fueros constitucionales o se le suprime la función legislativa. El CCO, consecuente con la línea constitucional y legalista del partido defiende las prerrogativas constitucionales del Congreso y rechaza toda medida de vejamen al Cuerpo y a la dignidad individual del congresista, como sería la de reducir toda la actividad del Congreso al libre funcionamiento de la Pagaduría. Sólo percibiremos nuestros emolumentos en un Congreso en plenitud de funciones al servicio del pueblo y de los intereses del país”).

—Se pone en vigor la ley de Orden Público y se prohíbe el derecho de huelga durante 45 días. (Aunque en los primeros momentos los titulados dirigentes del sindicalismo oficial dijeron haber decretado un paro general y se registró determinada inactividad en el transporte aéreo y en algunas rutas de ómnibus, lo cierto es que los mismos acabaron plegándose a esa disposición durante una entrevista con el nuevo titular de Trabajo.

—Se ofrece un plazo de 5 días para que los que posean armas clandestinamente las entreguen, exonerándolos del delito, amenazándose con los que no se acojan al plazo, con descargarse “todo el peso de la ley”.

Se aseguraba finalmente que se continuarían “las obras públicas iniciadas mediante subasta y el cumplimiento de los tratados internacionales”, afirmándose que permanecerían vigentes la Constitución y las leyes” en todo cuanto no se oponga al régimen que por el presente se establece”. Terminaba el documento con una demanda de cooperación al pueblo, a las fuerzas armadas y a los órganos de opinión.

“Colóquense ustedes las Estrellas de Coronel” . . .

El movimiento en el interior estuvo lejos de estar sincronizado con el de La Habana, lo que impulsó a Carlos Prío a procurar establecer contacto con los regimientos que no se habían sumado todavía al golpe de Columbia, de acuerdo con las sugerencias de sus consejeros áulicos. Se sabía que los mandos de Matanzas, Camagüey y Oriente se mantenían fieles al régimen, y las noticias de Las Villas no eran totalmente desalentadoras. Antes de recibir la visita de los líderes de la FEU, el Coronel Alvarez Margolles, del regimiento Maceo, de Santiago de Cuba, exhortó al presidente en charla telefónica:

—Venga para acá, que tenemos muchos hombres y montañas y podemos resistir

Al salir del Palacio, el Ejecutivo depuesto, en medio de sus indecisiones y de las reservas de “Dieguito” Vicente Tejera, se sintió animado por la adhesión estudiantil y una vez que dejaron a Antonio Prío en su casa, expresó al senador matancero:

—“Dieguito”, tengo que agotar todos los medios de resistencia. Lo mejor es que nos vayamos a Matanzas, y si llegamos a tiempo, nombro en seguida jefe del Estado Mayor del Ejército al coronel Eduardo Martín Elena

Entre DVT y Megías, Prío Socarrás se instaló en el automóvil, y éste tomó a toda velocidad la Vía Blanca, cuidándose el alto personaje de introducirse el fino sombrero de jipi hasta la cara, al penetrar en las poblaciones. Ya cerca de Matanzas, el vehículo atravesó unos campos henequeneros para sortear la vigilancia, y al cabo del camino dos soldados detuvieron la máquina. Prío, además de acentuar la desfiguración del sombrero, se ocultó la nariz con un pañuelo.

—Dígame, senador, ¿quién le acompaña? —interrogó uno de los soldados—. Porque me parece que no lo conozco de por aquí

—Es que traigo al viejo enfermo —repuso rápido el auténtico— y lo llevo para Matanzas a ver al médico

Cuando tres horas después de su salida de la capital, llegó Prío a Matanzas, ya el regimiento Plácido estaba en poder de los adictos a Batista. Quizá no le relataron al errante Ejecutivo, en la casa donde se refugió durante las horas que perma-

neció en la capital matancera, la recta actitud asumida por el coronel Martín Elena. Al ser invitado a sumarse al movimiento, y ante la imposibilidad de controlar la situación repuso indignado:

—Colóquense ustedes las estrellas de coronel, pero yo no mancharé mi historia apoyando un cuartelazo que se proyecta contra la República. Ya pueden ponerme preso. Jamás me prestaré a invertir el papel que toca desempeñar a los militares, es decir, violar la Constitución. . . .

Los oficiales que secundaban el movimiento, con palabras de excusas ante la entereza del jefe, le comunicaron que no tenían más remedio que detenerlo en el club del regimiento, en el que fue izada inmediatamente la polícroma bandera septembrista.

Frente a dicha realidad, Carlos Prío sostuvo una breve entrevista con "Tony" Varona, a quien encomendó la misión de dirigirse a Las Villas para controlar las fuerzas militares. Apenas había salido el senador camagüeyano, un telefonema anunció al Presidente que ya Bilbatúa dominaba a nombre de los revolucionarios. No obstante, allí los partidos políticos y el pueblo desarrollaron una vigorosa protesta.

Pero el ánimo de Carlos Prío era terreno abonado para el desaliento. Su abulia característica predominó ante las primeras dificultades y decidió desistir. En Camagüey y en Santiago de Cuba, las masas populares en las calles, en militante combatividad, abrían posibilidades a una resistencia. "Millo" Ochoa, que pudo establecer contacto con él, olvidando diferencias con vista de la crisis constitucional, ofreció gestionar un avión que le condujera a la capital de Oriente, mas la decisión del mandatario depuesto estaba tomada: regresaría a La Habana.

Breves minutos estuvo en la residencia de amigos del senador Tejera, con quien se dirigió Carlos Prío a la calle Línea y A, en el Vedado. Se detuvo frente a la embajada de México, donde ya lo esperaban. Deprimido, sin la sonrisa de sus días de triunfo, se abrazó a varios compañeros de infortunio que habían encontrado asilo junto al licenciado Benito Coquet: Rubén de León, Segundo Curti, Rafael Trejo, Ricardo Artigas y, con su familia, Aureliano Sánchez Arango. Espectacular, como siempre, ex-ministro de Educación había apelado al ridículo recurso de dispararse un tiro de revólver en la mano izquierda para librarse de la custodia policiaca. Así, pudo salir de su domicilio con un vigilante y, so pretexto de acudir a un médico para atender la herida recibida, refugiarse en la legación azteca al pasar por el sitio en que está ubicada.

Entre las anécdotas que circulaban a propósito de la entrada de los mencionados políticos criollos en la casa de México se contaba una que revelaba la mentalidad de ciertos especímenes

de la Cordialidad. Impresionado por la guardia militar existente a las puertas de la embajada, el otrora fanfarrón Ricardo Artigas interrogó, temeroso, al forzado anfitrión:

—Embajador, ¿y usted está seguro de que aquí no nos pasará nada? Batista es capaz de cualquier barbaridad....

—Estese tranquilo, señor Artigas —aconsejó, sonriente, el diplomático—, que está usted al amparo de la bandera mexicana y nada puede sucederle...

—Bueno, menos mal. Una vez en México me voy para Miami, donde tengo todos mis intereses. Yo sabía lo que nos venía encima y le dije a éste —y señaló a Carlos Prío— que tuviera cuidado, pero no me hizo caso. Por algo puse mis fondos a salvo y conseguí desde hace días mi residencia en los Estados Unidos....

Como un epitafio del Presidente Prío, por su lamentable pasividad, escribía Vasconcelos en su *Hombre sin Talla*:

—Se cayó como una fruta podrida, casi por su propio peso, víctima de sus intrigas políticas, de sus desapoderadas ambiciones y de su desprecio a la opinión pública, base del régimen democrático.... Como otros trepadores más o menos vivaces de su generación, no concebía el cargo público más que como escala de enriquecimiento rápido y el papel de sus colaboradores más cercanos sino como parte de un plan encaminado, invariablemente, a la acumulación de una fortuna. Palabrero en el momento de la acción, tortuoso en sus relaciones privadas, superficial en los afectos, inepto para el crimen aunque condescendiente con los criminales más empedernidos.... Jamás el nepotismo alcanzó proporciones tan escandalosas ni disfrutó de franquicias tan exageradas....

—En resumen, la caída de Prío —rubricaba RV— sin resistencia real, sin un gesto, sin imponerse el sacrificio de una molestia física, es una caída sin dignidad. Y por si fuera poco, sobre los despojos de su recuerdo, deja la corona de trapo de un documento ridículo, que pudiera firmar un reporter de cuarta clase.

Se refería Vasconcelos a la exposición al pueblo que publicó la prensa del miércoles trece, suscrita por Carlos Prío, en relación a los sucesos.

“No se sabe si nos lleva hacia el abismo”

La reacción de los partidos, los órganos de prensa y los personajes políticos estuvo notablemente influida, en general, por lo inesperado de los acontecimientos. Pocos fueron los que asumieron de inmediato una actitud condenatoria del atentado al poder civil.

Los dirigentes ortodoxos, que el mismo lunes 10, aún no estabilizado el nuevo régimen, suscribieron un repudio categórico de la nueva situación, emitieron el martes una amplia refutación de los argumentos dados a la publicidad por los personeros del cuartelazo para justificar su acción. Dichos argumentos eran 3:

—El pandillerismo alentado por el gobierno.

—El peculado dominante.

—El supuesto objetivo de Carlos Prío de adelantarse a las elecciones, indudablemente adversas a su candidato, con un golpe de Estado.

—Estas alegaciones carecen de relieve —ripostaban los máximos rectores del PPC— para justificar el criminal atentado a las instituciones democráticas de la República... Es evidente que Fulgencio Batista, cuya impopularidad pública de muchos años se caracterizó por la violencia y por la rapacidad, carece totalmente de autoridad para remediar esos males....

En cuanto al tercer pretexto... esa sospecha en modo alguno justifica que Batista se adelantara a incurrir él mismo en tan grave responsabilidad histórica, rompiendo el ritmo constitucional de la República, violando sus principios democráticos más fundamentales, erigiendo el cuartelazo como arbitrio político, rompiendo la tradición de normalidad en los procesos electorales, que parecía ya tan firmemente establecida en nuestras costumbres públicas y humillando otra vez al pueblo cubano, ante sí mismo y ante el extranjero, con la implantación de la violencia y la perspectiva de una dictadura militar.

Terminaban los dirigentes ortodoxos atribuyendo a un solo motivo, y muy distinto de los anteriores, el acto de FB: “ambicioso incurable de poder y de riqueza —sentaban—, Batista se hizo el propósito de ocupar de nuevo la presidencia de la República, a las buenas o a las malas. Su candidatura no se vio respaldada más que por una minoría de cubanos... Batista vio que en las elecciones del primero de junio el triunfo comicial había de favorecer al Partido del Pueblo Cubano... y este alevoso golpe militar no ha obedecido a otro propósito que el de cerrarle a la Ortodoxía el camino del poder... La Ortodoxia seguirá luchando por sus ideales y se resistirá por todos los medios eficaces a su alcance a la situación de ilegalidad y de brutal imposición que se engendró hoy en los cuarteles.

Firmaban la declaración todas las máximas figuras del PPC en la República.

El doctor José R. Andreu, presidente del Partido Demócrata —uno de los despojados del poder— hizo saber que su equipo político, “ante la gravedad de los acontecimientos que conmueven la vida nacional y derrumban los principios básicos del ré-

gimen institucional del país, el Partido Demócrata ratifica ante tales hechos, sus convicciones democráticas para luchar dentro de las normas legales, por la integridad de la patria, las formas constitucionales de gobierno y el bienestar y sosiego del pueblo cubano....”

Las demás organizaciones electorales, hasta el cierre de esta edición, parecieron ausentes de los gravísimos sucesos que estre-
mecían a la República....

El ingeniero Carlos Hevia fue de los primeros en protestar del golpe castrense:

—Condeno indignado —dijo— este crimen de lesa patria, y fiel a la tradición de mis mayores y a los más altos ideales del pueblo de Cuba, reitero mi decisión inquebrantable de mantenerme en la clara posición de apoyo a la Constitución y al gobierno legalmente constituido.... que es la posición que el deber nos señala a todos los cubanos.

El Diario de la Marina, en su editorial del martes 11, se declaraba sorprendido por los acontecimientos y subrayaba su ignorancia respecto a la causa de los mismos, pero consignaba:

—El Diario de la Marina, que no ha defendido jamás esa deformación de la libertad que es el libertinaje, y que ha reclamado dramáticamente una y otra vez la extirpación del gangsterismo, la energía en la represión del siniestro espionaje comunista, la plena garantía para la propiedad y para los ciudadanos contra las exigencias, secuestros, atentados terroristas y demás manchas que afean nuestra hermosa nación, espera que el cambio de gobierno concurrido ayer no signifique en modo alguno decapitación de las libertades....

—El cambio de gobierno ha ocurrido en plena zafra. El trastorno económico no necesita mayor exposición. El país fue recorrido ayer por una dolorosa corriente de incertidumbre, de desazón, de miedo. Se ha roto el ritmo constitucional, se ha abandonado la normalidad del proceso político. El país todo se encuentra como ante camino cerrado, cubierto por las sombras. No se sabe si se nos lleva hacia el abismo, o si por el contrario podremos ver en corto tiempo que sólo se trataba de evitarnos la caída en el abismo. Nada se sabe aún....

Mucho más severo fue Vasconcelos en su “entreacto” del mismo día tan preciso y claro como todos los suyos:

—Recurrir al golpe de Estado, en perjuicio de la nación en general, para castigar a unas docenas de defraudadores y contrabandistas, o derrocar el régimen constitucional con el pretexto de las actividades pandilleras, que es asunto de policía, no puede convencer y mucho menos regocijar a ningún cubano que haya vivido la tragedia de la patria en estas 2 últimas décadas

y haga un balance de los progresos realizados, a despecho de la serie de males, localizados en ciertas zonas políticas, fáciles de desarraigar con enérgicas inyecciones de civismo.

Proseguía el director de Alerta:

—Si el general Batista hubiera tenido certidumbre de ganar con votos, a buen seguro que habría esperado el transcurso de los 2 meses y medio que nos separan del primero de junio. Pero las exploraciones hechas en fechas sucesivas, evidenciaban la imposibilidad del triunfo de su candidatura. Y sin aguardar la verdad de las urnas se adelantó a los acontecimientos, colocándose prácticamente en el punto de partida: en el golpe militar y el derrumbe del régimen, cuando ya tocábamos con la punta de los dedos el día, que debió haber sido venturoso, del Cincuentenario.

Y comentando unas declaraciones del ex-líder septembrista:

—El Ejército glorioso de la revolución —dice el general Batista— vuelve a lanzarse a la senda del sacrificio y del trabajo para intentar la restauración de la paz ciudadana. ¿Qué sacrificio, si la República lo paga espléndidamente; qué trabajo si los complicados problemas del trabajador y de quien no lo es están fuera del polígono militar; ni qué paz ciudadana, si son los manumilitari los que deprimen, desalientan, humillan e incapacitan al ciudadano. . . . ?

Por su parte, Carbó, distribuyendo con mano hábil censuras y consejos:

—Por lo pronto, reiteramos nuestra doctrina: como principio general, no simpatizamos con los gobiernos de fuerza cuando está en funciones una Constitución. Condenamos el golpe. . . . Pero procuremos ahora que las cosas se desenvuelvan lo mejor posible, y que Batista —en cuyo haber hay que anotar una larga experiencia como gobernante— cumpla al pie de la letra lo que ha prometido al país, en ocasión tan dramática, etc.

Concluía exhortando al nuevo gobernante de facto contra las cesantías en masa, las revanchas y las persecuciones y reclamando que cumpliera su oferta de erradicar el pistolero y el peculado.

El Consejo Universitario deliberó, el martes, fuera del Alma Máter —mantenida desde el día anterior por los estudiantes como el único centro activo de resistencia, por lo menos moral, contra el golpe militar y rodeada por abundantes fuerzas represivas—, dando a la publicidad el máximo organismo docente unas serenas y cívicas declaraciones:

—Ante la difícil situación que atraviesa el país en este instante, a consecuencia del golpe militar que ha subvertido el ordenamiento institucional e instaurado un régimen de facto, que este centro condena, el Consejo Universitario reclama la

mayor cordura de todos los elementos del Alma Máter, para salvaguardar la cultura cubana y propiciar el retorno a la normalidad institucional.

Los juicios del extranjero, como habitualmente sucede, no eran dechados de comprensión. El editorial de Times, dedicado al golpe de Estado, era un modelo de suficiencia despectiva. Pretendía responsabilizar al pueblo cubano en general por los desaciertos políticos de tal o cual gobernante, incluyendo el cometido el día 10:

—Era natural que tal cosa ocurriese en Cuba —deducía— y era también natural que el ex-dictador y ex-presidente Fulgencio Batista hubiera dado el golpe. Tales cosas no proceden de un cielo claro, pero el cielo cubano desde hace mucho tiempo está gris y tonante....No hay razón para esperar que la vuelta de Batista produzca algún cambio básico. La tragedia de Cuba, desde el punto de vista político, es que su pueblo, evidentemente, no se ha ocupado como es debido de insistir en un buen gobernante y en luchar por él. Los 8 años que acaban de pasar desde la derrota de Batista se han perdido lastimosamente en ese sentido.

El ultrasusudo Times perdía de vista que, sin tener en cuenta los continuados e inquietos esfuerzos de la población cubana en general por superar las lacras políticas tradicionales, no podían explicarse los acontecimientos del último cuarto de siglo; que habían sido esos esfuerzos cívicos los que hicieron caer la dictadura de Machado en 1933, produjeron la derrota del candidato de Batista en 1944 y llevaban camino de vencer también en las elecciones del primero de junio.

(“Bohemia”, Año 44, No. 11, La Habana, marzo 16 de 1952, Sección “En Cuba”).

P R O C L A M A
AL PUEBLO DE CUBA

CONSEJO DE MINISTROS

La Junta Revolucionaria ha resuelto que asuma la Jefatura del Estado y que me haga cargo de organizar y dirigir los Poderes Ejecutivo y Legislativo resignando en mí asesorado por el Consejo de Ministros, todos sus poderes y funciones.

He aceptado el imperioso mandato después de haberseme notificado por la propia Junta Revolucionaria de la inmnicia de un golpe de estado fraguado por el Presidente saliente para el día 15 de abril próximo, con objeto de evitar la decisión electoral señalada para el 1ro. de junio del corriente año, a cuyo hecho se une el hondo malestar de todas las autoridades civiles, los institutos militares y la opinión pública por la conivencia de altos jefes del Gobierno con señalados delincuentes.

Repetidas veces advertí al ex Presidente Dr. Carlos Prío Socarrás la gravedad de la situación que creaba su ligera actitud, echando de lado la majestad del poder moderador y de solidaridad nacional que le venía impuesto por la Constitución, y lejos de atender la voz que lo llamaba al cumplimiento de su deber, cada día tomaba mayores relieves su disolvente actuación, convirtiéndose de hecho en el eje y centro de todas las perturbaciones que han venido desorganizando al país.

Preocupado por la falta de garantías para la vida y hacienda de los habitantes de este país y la corrupción política y administrativa imperantes, y sólo por eso, he aceptado la responsabilidad de permanecer en el Poder por el tiempo indispensable para restablecer el orden, la paz y la confianza públicas a fin de que, tan pronto se logren esos objetivos, pueda resignar el Poder en los mandatorios que el pueblo elija.

EN TAL VIRTUD :

Primero: ~~Asumo~~ la Jefatura del Estado y declaro cesadas en sus cargos a las personas que ejercían el Poder Ejecutivo. Este Poder se ejercerá mientras dure la actual situación y sean electos por el pueblo sus gobernantes y mandatarios —por un Consejo de Ministros, en el que el Primer Ministro asumirá

la Jefatura del Estado y del Gobierno, con todas las facultades que le están atribuidas al Presidente de la República por la Constitución y por las leyes.

Segundo: En consecuencia, el Poder Ejecutivo quedará integrado de la manera siguiente:

Primer Ministro: General Fulgencio Batista y Zaldívar.

Ministro de Estado: Dr. Miguel Angel de la Campa y Caraveda.

Ministro de Justicia: Dr. Miguel A. Céspedes Casado.

Ministro de Gobernación: Dr. Ramón Octavio Hermida Antorcha.

Ministro de Hacienda: Dr. Marino López Blanco.

Ministro de Obras Públicas: Ing. José A. Mendigutía y Silveira.

Ministro de Agricultura: Dr. Alfredo Jacomino López.

Ministro de Comercio: Sr. Oscar de la Torre y Reyné.

Ministro de Trabajo: Dr. Jesús Portocarrero Montero.

Ministro de Educación: Dr. Andrés Rivero Agüero.

Ministro de Salubridad: Dr. Enrique Saladrigas Zayas.

Ministro de Comunicaciones: Dr. Pablo Carrera Jústiz.

Ministro de Defensa: Dr. Nicolás Pérez Hernández.

Ministro de la Presidencia: Dr. Andrés Domingo Morales del Castillo.

Ministros sin Cartera: Dra. María Gómez Carbonell; Dr. Santiago Alvarez Rodríguez; Sra. Julia Elisa Consuegra y Rodríguez; Dr. Leonardo Anaya Murillo; Sr. Justo Salas Arzuaga; Sr. Ernesto de la Fe y Pérez.

Los Ministerios del Gobierno y las entidades o corporaciones autónomas que nazcan de la ley, continuarán funcionando de acuerdo con su organización y las autoridades provinciales y municipales seguirán en el desempeño de sus funciones propias mientras otra cosa disponga el Consejo de Ministros.

Tercero: Se suspenden las funciones del Congreso, pero sus miembros, funcionarios y empleados continuarán percibiendo sus emolumentos legales, hasta que otra cosa se disponga de acuerdo con las circunstancias. El Poder Legislativo se ejercerá por el Consejo de Ministros.

Cuarto: Las funciones, prerrogativas y resoluciones de los Tribunales de Justicia tendrán todo el respeto, acatamiento y total respaldo del Gobierno.

Quinto: Se pone en vigor la Ley de Orden Público y se prohíbe el derecho a la huelga durante cuarenta y cinco días.

Sexto: Las familias no abrirán las puertas de sus casas a ninguna persona que no esté revestida de la autoridad competente.

Los que posean armas clandestinas, quedan autorizados para llamar a las Estaciones de Policía y entregarlas sin que esté obligado a dar su nombre, exonerándolos del delito cometido por tenencia de arma de fuego sin licencia. Esta promesa estará en vigor durante cinco días, pasados los cuales caerá sobre el culpable todo el rigor de la ley.

Séptimo: Las Obras Públicas que se realizan actualmente mediante subasta pública, serán continuadas y respetados los contratos que las amparan.

Octavo: El Gobierno cumplirá los convenios y acuerdos internacionales tanto bilaterales como multilaterales o emanados de acuerdos de las Naciones Unidas, así como los compromisos contraídos por la República en el orden interior, siempre que unos y otros estén de acuerdo con la Constitución o emanen de las leyes.

Noveno: Continúan vigentes la Constitución y las Leyes en todo cuanto no se oponga al régimen que por el presente se establece, a reserva de las modificaciones que las necesidades públicas demanden y acuerde el Consejo de Ministros:

Inspirado en el propósito patriótico de mantener con firmeza la garantía de todos los derechos, para traer la paz, el orden y el sosiego público a la familia cubana conturbada y anheloso de prestarle un nuevo servicio a Cuba en esta hora de tribulaciones, pedimos cooperación al pueblo de Cuba en general, y especialmente a las fuerzas armadas de la Nación, a los órganos manuales e intelectuales, campesinos, educadores, profesionales y patronos, al comercio, la industria y la banca, para que todos, por el bien de Cuba, nos unamos para salvar las instituciones republicanas y democráticas.

La Habana, 10 de marzo de 1952.

Fulgencio Batista y Zaldívar
Primer Ministro

¡Revolución no, Zarpazo! Patriotas no, liberticidas, usurpadores, retrógrados, aventureros sedientos de oro y poder.

No fue un cuartelazo contra el Presidente Prío, abúlico, indolente; fue un cuartelazo contra el pueblo, vísperas de elecciones cuyo resultado se conocía de antemano.

No había orden, pero el pueblo a quien le correspondía decidir democráticamente, civilizadamente y escoger sus gobernantes por voluntad y no por la fuerza.

Correría el dinero en favor del candidato impuesto, nadie lo niega, pero ello no alteraría el resultado como no lo alteró el derroche del Tesoro Público en favor del candidato impuesto por Batista en 1944.

Falso es por completo, absurdo, ridículo, infantil, que Prío intentase un golpe de Estado, burdo pretexto; su impotencia e incapacidad para intentar semejante empresa ha quedado irrefutablemente demostrada por la cobardía con que se dejó arrebatar el mando.

Se sufría el desgobierno, pero se sufría desde hace años esperando la oportunidad constitucional de conjurar el mal, y usted, Batista, que huyó cobardemente cuatro años y politiqueó inútilmente otros tres, se aparece ahora con su tardío, perturbador y venenoso remedio, haciendo trizas la Constitución cuando sólo faltaban dos meses para llegar a la meta por la vía adecuada.

Todo lo alegado por usted es mentira, cínica justificación, disimulo de lo que es vanidad y no decoro patrio, ambición y no ideal, apetito y no grandeza ciudadana.

Bien estaba echar abajo un gobierno de malversadores y asesinos, y eso intentábamos por la vía cívica con el respaldo de la opinión pública y la ayuda de la masa del pueblo. ¿Qué derecho tienen, en cambio, a sustituirlo en nombre de las bayonetas los que ayer robaron y mataron sin medida? No es la paz, es la semilla del odio lo que así se siembra. No es felicidad, es luto y tristeza lo que siente la nación frente al trágico panorama que se vislumbra. Nada hay tan amargo en el mundo como el espectáculo de un pueblo que se acuesta libre y se despierta esclavo.

Otra vez las botas; otra vez Columbia dictando leyes, quitando y poniendo ministros; otra vez los tanques rugiendo ame-

nazadores sobre nuestras calles; otra vez la fuerza bruta imperando sobre la razón humana.

Nos estábamos acostumbrando a vivir dentro de la Constitución, doce años llevábamos sin grandes tropiezos a pesar de los errores y desvaríos. Los estados superiores de convivencia cívica no se alcanzan sino a través de largos esfuerzos. Usted, Batista, acaba de echar por tierra en unas horas esa noble ilusión del pueblo de Cuba.

Cuanto hizo Prío de malo en tres años, lo estuvo usted haciendo en once. Su golpe es, pues, injustificable, no se basa en ninguna razón moral seria, ni en doctrina social o política de ninguna clase. Sólo halla razón de ser en la fuerza, y justificación en la mentira. Su mayoría está en el Ejército, jamás en el pueblo. Sus votos son los fusiles, jamás las voluntades; con ellos puede ganar un cuartelazo, nunca unas elecciones limpias. Su asalto al poder carece de principios que lo legitimen; riáse si quiere, pero los principios son a la larga más poderosos que los cañones. De principios se forman y alimentan los pueblos, con principios se alimentan en la pelea, por los principios mueren.

No llame revolución a ese ultraje, a ese golpe perturbador e inoportuno, a esa puñalada traperera que acaba de clavar en la espalda de la República. Trujillo ha sido el primero en reconocer su gobierno, él sabe quiénes son sus amigos en la camarilla de tiranos que azotan la América, ello dice mejor que nada el carácter reaccionario, militarista y criminal de su zarpazo. Nadie cree ni remotamente en el éxito gubernamental de su vieja y podrida camarilla, es demasiada la sed de poder, es muy escaso el freno cuando no hay más Constitución ni más ley que la voluntad del tirano y sus secuaces.

Sé de antemano que su garantía a la vida será la tortura y el palmacristi. Los suyos matarán aunque usted no quiera, y usted consentirá tranquilamente porque a ellos se debe por completo. Los déspotas son amos de los pueblos que oprimen, y esclavos de la fuerza en que sustentan la opresión. A su favor lloverá ahora propaganda mentirosa y demagógica en todos los voceros, por las buenas o por las malas, y sobre sus opositores lloverán viles calumnias; así lo hizo Prío también y de nada le valió en el ánimo del pueblo. Pero la verdad que alumbró los destinos de Cuba y guíe los pasos de nuestro pueblo en esta hora difícil, esa verdad que ustedes no permitirán decir, la sabrá todo el mundo, correrá subterránea de boca en boca en cada hombre y mujer, aunque nadie lo diga en público ni la escriba en la prensa, y todos la creerán y la semilla de la rebeldía heroica se irá sembrando en todos los corazones; es la brújula que hay en cada conciencia.

No sé cuál será el placer vesánico de los opresores, en el látigo que dejan caer como caínes sobre la espalda humana, pero sí sé que hay una felicidad infinita en combatirlos, en levantar la mano fuerte y decir: ¡No quiero ser esclavo!

Cubanos: Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la Patria, pero habrá algún día otra vez libertad.

Yo invito a los cubanos de valor, a los bravos militantes del Partido glorioso de Chibás; la hora es de sacrificio y de lucha, si se pierde la vida nada se pierde, "vivir en cadenas, es vivir en oprobio y afrenta sumidos. Morir por la patria es vivir".

Fidel Castro

(Manifiesto escrito a las pocas horas del golpe militar del 10 de marzo de 1952).

Ante los graves acontecimientos que se están desarrollando en la capital de la República, la Universidad de Oriente, consecuente con su espíritu y sus normas estatutarias, se considera en el deber de formular estas declaraciones públicas destinadas a la orientación de la conducta cívica:

Todo movimiento de fuerza constituye una violación de los principios constitucionales de la República, sin que exista una situación de dictadura o de opresión que impida el libre ejercicio de los derechos ciudadanos, es un atentado criminal contra los principios de libertad y democracia sobre los que se asienta la estructura básica del estado cubano.

La subversión de la autoridad civil por la fuerza militar, es absolutamente injustificable cuando las condiciones de libertad y democracia permiten, mediante el legítimo ejercicio del sufragio y de todos los demás recursos de la opinión pública, la viabilización de las aspiraciones ciudadanas.

Es deber fundamental de la ciudadanía la defensa insobornable de los principios civiles, democráticos y republicanos que nos legaron los fundadores, y que el pueblo ha de mantener a toda costa, para seguir mereciendo y disfrutando el ejercicio responsable y pleno de la libertad.

En consecuencia, la Universidad de Oriente, se pronuncia con toda energía contra la sedición militar que se dice perpetrada en la ciudad de La Habana.

La Universidad de Oriente respaldará con todas las fuerzas de su alta investidura moral, al gobierno civil legítimamente constituido de la nación, sin que esto implique, en modo alguno, partidismo menor o matiz político sectario, sino exclusivamente la defensa de los principios esenciales de la República y de un gobierno constitucional libre y democrático, supuesto indispensable de toda convivencia nacional digna y de todo progreso efectivo de la cultura. Es un homenaje eficiente, que, como deber insoslayable y sin reparar en consecuencias ofrece la Universidad a la República en el cincuentenario de su establecimiento oficial.

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 10 de marzo de 1952.

("Bohemia", Año 44, No. 12, La Habana, 23 de marzo de 1952).

AL PUEBLO DE CUBA. ACUERDO DEL CLAUSTRO
DE PROFESORES:

1. Ratificar en todas sus partes la declaración pública formulada en el día de ayer y en la cual se enjuicia la situación de facto impuesta a la Nación y se pronuncia con toda energía contra la sedición militar que la ha creado.

2. Suspender las actividades docentes ordinarias, sin cesar en las otras, hasta tanto sean restauradas las garantías constitucionales, que considera como requisito mínimo para el desenvolvimiento de aquéllas.

3. Exigir el más absoluto respeto a la autonomía universitaria y, por lo tanto, a la inviolabilidad del recinto universitario.

4. Iniciar, tan pronto las condiciones lo permitan, un movimiento de opinión que tienda a devolver a nuestra patria el ejercicio normal del poder civil, cumpliendo así el deber fundamental e indeclinable que como centro de alta cultura le es inherente de formar ciudadanos en una patria libre. Santiago de Cuba, 11 de marzo de 1952, Claustro general de Profesores de la Universidad de Oriente.

("Bohemia", año 44, No. 12, La Habana, 23 de marzo de 1952).

El Partido Socialista Popular que ha combatido sin desmayos la política antinacional, antipopular y antiobrera del gobierno de Prío, que ha denunciado sus violencias, sus fraudes y su protección al gangsterismo, condena, no obstante, el golpe de estado militar que acaba de efectuarse.

El pueblo estaba ansioso de verse libre del Gobierno de Prío y de sus pandillas; nuestro Partido Socialista Popular proclamó, a tono con esas ansias populares, que su principal consigna era la lucha por la derrota del Gobierno, pero creemos que el pueblo y nuestro Partido tenían suficiente fuerza para derrotar al gobierno por la vía normal del proceso electoral en marcha, sin necesidad de precipitar al país por el camino de la anormalidad reaccionaria del golpe de estado.

Son los imperialistas yanquis los fomentadores de golpes de estado como los de Venezuela, Perú, Bolivia, etc., que llevan al poder a gobiernos anti-democráticos, que no dependen de elecciones ni de opinión pública: que se basan sólo en el poder de las armas.

El golpe de estado en Cuba sólo puede servir para salvar al gobierno de Prío de una derrota histórica y completa a manos de las masas populares.

El golpe de Estado no resuelve los problemas de Cuba. Lleva al poder a otros hombres, pero deja subsistente, en lo básico, la misma política que provoca y ahonda el descontento popular, que entorpece e impide la transformación de nuestra estructura económica y la libertad y el progreso de la nación.

El Partido Socialista Popular reitera su condenación al golpe de estado y llama a las masas a continuar e intensificar la lucha por el Frente Democrático Popular, que dará una verdadera solución a los problemas de Cuba, a continuar e intensificar la lucha por la paz, contra la utilización de cubanos como carne de cañón, por la democracia, por la erradicación del gangsterismo y del porrismo, por la eliminación de la discriminación racial, por el 30% de aumento en los salarios, sueldos y pensiones, por 80 pesos mensuales de subsidio para los desocupados, por la Reforma Agraria que acabe con el latifundio y reparta la tierra gratuitamente entre los campesinos, por la unidad obrera y la democracia sindical, por la honestidad administrativa.

El Partido Socialista Popular llama a las masas populares de todos los partidos a reagruparse, a unirse, a formar nuevos comités de Frente Unico, a luchar por que se mantenga vigente la Constitución, por que se respeten las libertades públicas y los derechos democráticos, por que se celebren elecciones libres el próximo primero de junio.

Por la Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Socialista Popular.

Secretario General
Blas Roca

Juan Marinello
Presidente

(Periódico "Hoy", La Habana, martes 11 de marzo de 1952).

**“El estudiantado es el baluarte de la
libertad y su ejército más firme”.**

José Martí

La Federación Estudiantil Universitaria, con plena conciencia y responsabilidad de su misión histórica en estos críticos momentos, da a conocer a la opinión pública los puntos fundamentales en que sustenta su postura actual y su actuación futura:

1. Nuestra limpia y vertical actitud en horas aciagas para Cuba nos permite hoy levantar la voz en nombre del pueblo. Somos —otra vez— los abanderados de la conciencia nacional. Las dramáticas circunstancias que atraviesa la Patria nos impone duros y riesgosos deberes. No nos hemos puesto a medir la magnitud de las consecuencias. Estamos prestos a cumplirlos serena, responsable y firmemente. La colina universitaria sigue siendo bastión y esperanza de la dignidad cubana.

2. Conviene precisarlo desde ahora y para siempre. Somos una fuerza pura. No defendemos los intereses de ningún partido político ni de ningún grupo en particular. Defendemos solamente el imperio de la Constitución, de la soberanía popular y del decoro ciudadano. Consecuentes con la tradición que nos legaran nuestros héroes y mártires, combatimos las arbitrariedades y desorbitaciones procedan de donde procedan. Estamos en nuestro puesto de siempre.

3. No cederemos ni ante la fuerza ni ante la dádiva. Lucharemos incansablemente por el restablecimiento del régimen constitucional. Cuba había sido hasta ahora orgullo y bandera de los pueblos de nuestra lengua y espíritu por la estabilidad de sus instituciones democráticas y su progreso social, económico y cultural. Sin el soberano funcionamiento de los poderes públicos y la plena vigencia de las libertades políticas y civiles, la República es una farsa. El cuartelazo militar del 10 de marzo ha situado a nuestra Patria detrás de la cortina de hierro de América.

4. No podemos restituirnos a las labores académicas mientras no estén efectivamente garantizados los derechos de la ciudadanía. La libre y sosegada vida de la cultura es incompati-

ble con la violencia característica de un régimen castrense. No nos pidan respeto a las leyes quienes las han conculcado sin miramientos de ninguna clase.

5. Combatimos el golpe militar del 10 de marzo por haber derribado lo que constituye la esencia y razón de ser de la República en esta etapa de su desarrollo. La estructura democrática establecida en la Constitución que el pueblo se diera en 1940 por propia determinación consagrada en las urnas. Veinte años de sacrificios, desvelos y esfuerzos han sido cercenados de un solo tajo.

6. Advertimos a los dirigentes y legisladores de los partidos políticos que la historia juzgaría severamente a quienes pretendieran en estas circunstancias legalizar una situación ilegal traicionando la memoria de los fundadores, la majestad de la Constitución, la confianza del pueblo en la causa de la democracia.

7. Llamamos la atención al pueblo todo para que no se deje arrastrar por los provocadores de siempre a una masacre inútil que sólo serviría para justificar desafueros so pretexto de pacificación.

8. El estudiante cubano mantendrá su acatamiento y reverencia solamente a los símbolos que los mambises nos trajeron ensangrentados del campo de batalla por la libertad. Nuestro Himno, nuestro Escudo, nuestra Bandera de la Estrella Solitaria. Nunca, como en esta contingencia, cobran categoría histórica esos símbolos. Queremos una República libre de mediaticiones extrañas y de mixtificaciones internas.

9. En estas horas de prueba, en que fementidos apóstoles y falsos pregoneros abjuraron de cuanto predicaron por largos años, anunciamos nuestra inquebrantable línea de oposición al régimen cuartelario establecido por Fulgencio Batista. Nuestras madres engendraron hijos libres y no esclavos. Nadie como ellas sufren, en lo más hondo de sus entrañas desgarradas, en días como éstos en que sobre cada uno pende la espada de Damocles. Pero estamos seguros que nos incitarán valerosamente a combatir por la libertad de Cuba a fin de que podamos vivir sin sonrojos mañana. Saben, como sabemos nosotros, que es preferible morir de pie a vivir de rodillas.

10. Juntarse es de nuevo la palabra de orden. No es esta hora de vacilaciones, ni de cabildeos, ni de componendas. La Patria está en peligro y hay que honrar la Patria peleando por ella. Desde la colina irreductible —ni vencida, ni convencida— llamamos a todos los partidos, organizaciones y grupos genuinamente democráticos a que estrechen filas junto a nosotros

en esta hermosa cruzada en beneficio exclusivo de la República. Exhortamos a todos los estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales y profesionales a que alcen su voz fundida con la nuestra, que es la voz del pueblo y por ello la voz de Dios. Los convocamos a todos para discutir la situación y organizar un plan de lucha que conduzca al restablecimiento de la estructura democrática de la República y a la soberana vigencia de la Constitución de 1940.

11. Pueblo cubano: esta voz incontaminada y viril es el eco de la propia tuya. Celebra dignamente el cincuentenario de la fundación de la República luchando por la libertad, el derecho y la justicia. Ten fe absoluta en nosotros. La Federación Estudiantil Universitaria ni se rinde ni se vende.

Universidad de La Habana. Año del Cincuentenario, a los cuatro días del cuartelazo traidor.

(“Bohemia”, Año, 44, No. 12, La Habana, marzo 23 de 1952).

EN CUBA

AÑO DEL CINCUENTENARIO

POLITICA

Una charla histórica

Eran las horas difíciles, tensas, que siguieron al cuartelazo de Columbia. En la ciudad militar reinaba la euforia, el festejo, la expectativa de ascensos; en el Palacio que ocupara el Ejecutivo, un vacío absoluto; en la embajada de México, entre el grupo náufrago de Carlos Prío y sus íntimos, desconcierto y depresión; en la calle, una mezcla evidente de indiferencia por los mandatarios caídos y falta de simpatía por sus sucesores. Fría, cautelosa, distante, la opinión pública esperaba los acontecimientos.

El nuevo régimen nacía entre sutiles contradicciones. Uno de sus voceros, el Dr. Ramón O. Hermida, ministro de Gobernación acababa de anunciar algo sorprendente: el gobierno revolucionario garantizará la Constitución de 1940, mantendrá la independencia del Poder Judicial y respetará la representación popular que ostentan los miembros del Congreso, sus emolumentos y prerrogativas. Pero añadía una advertencia.

Tenemos confianza en que un espíritu de cooperación patriótica por parte de los congresistas a la causa del orden, la paz y la estabilidad de la República haga innecesaria en Cuba la medida más radical de su disolución, como es costumbre en estos casos.

El comentario de Ramón Vasconcelos, producido al pie de los primeros sucesos, refutaba el simulacro de constitucionalidad:

—Se ha recurrido, con absoluto abandono de los factores que la democracia pone en manos del pueblo, a métodos incompatibles con ella, y se ha quemado la Constitución porque, unos gobernantes desaprensivos y deshonestos quebrantaban sus normas; con la cual se ha recurrido al cómodo cuanto bárbaro sistema de cortarle la cabeza al que padece de jaqueca.

Sin embargo, no había duda de que los nuevos gobernantes andaban buscando cierto viso de legitimidad, que trataban de legalizar el tránsito. Y, como era de suponer, brotaba fácil en

la mente de ciertos políticos bien conocidos por su acomodación a las situaciones de hecho el recuerdo de las presiones constitucionales sobre la ausencia del Presidente y el Vice. Decía el artículo 148 de la Carta Magna que en caso de ausencia, incapacidad o muerte de ambos, los sustituirá por el resto del período el Presidente del Congreso; y el 149, previendo lo peor, señalaba: "En cualquier caso que faltaren los sustitutos presidenciales que establece esta Constitución, ocupará interinamente la Presidencia el magistrado más antiguo del Tribunal Supremo, el cual convocará a elecciones nacionales dentro de un plazo no mayor de noventa días".

En el seno de la séxtuple alianza despojada del poder pocos sabían a que atenerse, pero esos pocos no perdían el tiempo. Se diría que hombres y partidos habían quedado atomizados; mejor oportunidad para que los integrantes maniobraran. El jefe liberal Suárez Rivas establecía contacto con "Tony" Varona:

—Yo creo, le dijo, que debemos propiciar una reunión de jefes de partidos a fin de analizar los acontecimientos y trazarnos un plan. No importa lo ocurrido, hay un hecho indiscutible: los partidos políticos son los vehículos indispensables para cualquier gestión.

Algo importante ignoraba el senador villareño: un conterráneo suyo, más experimentado que él en virajes y componendas, tenía recorrido ya un largo trecho en la senda que él iniciaba. Se trataba del médico José Raimundo Andreu. Y no era el único: Alberto Inocente Álvarez y Lincoln Rodón laboraban sin descanso para proporcionarle fisonomía constitucional al golpe militar. La fidelidad política, la responsabilidad parlamentaria eran para ellos minucias intrascendentes. Lo que importaba era la sensatez, al afán de supervivencia.

Andreu y Rodón, para apoyar mejor la maniobra; solicitaron el concurso de Suárez Rivas:

—Estamos —le manifestaron— en contacto con Saladrigas a fin de encontrar una "fórmula constitucional". Queremos hablar ampliamente contigo.

El martes, a las once de la mañana, apenas podía darse un paso en la residencia de Andreu, en la calzada de Columbia. Aunque nadie lo confesaba, todos soñaban con hallar una brecha de acceso al naciente gobierno. Apenas llegó Suárez Rivas, fue conducido a un aparte con el anfitrión. Raúl G. Menocal, situado entre ambos, intercaló una frase:

—Caballeros, el hecho es el hecho, y hay que aceptarlo.

Sus interlocutores estaban lejos de escandalizarse. Suárez Rivas respondió:

—Sí, pero lo que yo quisiera saber es qué piensan los hombres que representan a Batista, porque no puede haber fórmula constitucional si el general no la auspicia.

Pero Andreu —insuperable en la rapidez de su estrategia— tenía en otro salón de la casa al estirado “Yoyo” García Montes, aunque el emisario paupista produjo una cautelosa aclaración:

—Me parece útil y honrado manifestar aquí que tanto yo como Saladrigas y Santovenia no representamos cabalmente al general Batista. Eso sí, participamos de las mismas preocupaciones de ustedes, y, por supuesto, creemos que Batista verá con agrado una salida constitucional. Por algo no ha querido asumir el cargo de Presidente de la República. Además él es hombre de formación jurídica muy desarrollada y no pierde de vista el encauzamiento constitucional.

Vagos signos de admiración se insinúan en el ambiente. Suárez Rivas recordó al asilado número uno de la embajada azteca:

—Está bien, todo eso me parece justo, comentó, pero yo no puedo avanzar en esto sin consultar antes al Dr. Prío Socarrás.

Para sorpresa suya, descubrió que Andreu se la había adelantado igualmente en dicho terreno.

—Eduardo, le notificó el médico de Encrucijada, quiero decirte que Lincoln y Pastor del Río han salido ya a ver al Presidente Prío.

Suárez Rivas hizo una mueca:

—Pero yo creo que deberíamos ir tu y yo. Por mi parte, ahora mismo voy a hacer contacto con él. Otra cosa importante es hablar con Hevia, que es nuestro candidato presidencial. Este golpe es también contra la alianza.

El capítulo de reuniones se inició en grande, ESR, seguido por Zayas Bazán, dialogó con el ingeniero. Impasible y firme como siempre, Hevia emitió su decisión:

—Yo no me niego a discutir la fórmula, pero me reservo el derecho de aceptarla o no. Reuniré a la dirigencia del partido para estudiarla.

Ese mismo día, Suárez Rivas charló con Diego Vicente Tejera, quien parecía absurdamente confiado en la integridad perreceista. El jefe liberal lo rectificó:

—Mira, “Dieguito”, para que existiera esa unidad habría falta no tener candidato presidencial, pues así se obtendría el concurso de Varona, Lancís, etc.; pero tu sabes que cada uno tira por su lado. Además, viejo, ¿no estás viendo cómo hombres que todo se lo deben a Carlos Prío están corriendo a la Ciudad Militar?

Ocho de la noche del martes: Andreu y Suárez Rivas hacían su entrada en el discreto chalet de A. y Línea. Con los pies en territorio mexicano cambiaron impresiones con el depuesto Presidente, a quien rodeaban Hevia, Megías, Curti, Rubén de León, Aureliano... Andreu brindó las explicaciones preliminares:

—Pensando en lograr una solución de interés nacional —refirió con aire ladino, que desmentía sus propias palabras —establecí contactos con amigos de Batista como Saladrigas, Santovenia y García Montes. Estamos ante una situación distinta, nueva y era urgente buscarle una salida.

Suárez Rivas, como si quisiera distinguirse de Andreu, extremó su adhesión al Ejecutivo legítimo:

—Yo estoy aquí, aclaró, porque he sido invitado a afrontar esta situación y porque he planteado que no iré a nada sin antes verte, Carlos. No estoy dispuesto a aceptar fórmulas que tu no aceptes, ni se me puede hacer que vote tu destitución por ningún motivo. Eso ni mis padres lo conseguirían de mí. Sin embargo, Santovenia dice que estás en plan de renunciar. ¿Qué hay de cierto en eso?

Visiblemente molesto, Megías lo interrumpió:

—Yo creo que no ha sido correcto estar planteando fórmulas en un minuto en que aún no se sabía si el Presidente Prío vivía o no. Siempre hay tiempo para recorrer ese camino.

Andreu, sintiéndose aludido, ripostó friamente:

—Yo quise hacer de esto una gestión de todos, pero tuve dificultades para establecer los contactos.

Megías, con firmeza:

—Pues a mí ha sido siempre fácil localizarme.

Y Carlos Prío negó timidamente:

—Eso no es así, Eduardo. Yo me limité a decirle a Santovenia que buscara una fórmula. Eso es todo.

Así pues, el propio Presidente constitucional hablaba el lenguaje del derrotismo. Rápido en sus decisiones, el senador villareño cambió bruscamente de rumbo:

—Mi opinión es que frente al hecho de fuerza incontrastable debe buscarse una fórmula de legitimación constitucional a través de tu renuncia, la del Vice y la de Varona, a condición de que inmediatamente se elija un Presidente y se convoque a elecciones antes del primero de septiembre. Creo, además, que si van a disolver el Congreso por extinción de mandatos, sería mejor disolverlo ahora mismo. Sostengo también que esa fórmula debe tener el respaldo unánime de los partidos, incluyendo los oxtodoxos.

Carlos Prío pronunció palabras más nobles:

—Eduardo, yo no daré jamás mi renuncia para una mojiganga, y menos si la rechazan los ortodoxos. No quiero que se siga diciendo que yo me puse de acuerdo con Batista.

De improviso, con tono de oráculo, agitando la mano del tiritito, el embrujado Aureliano discrepó:

—Yo no creo que Batista vaya a nada de eso. Es más, si se insiste en la fórmula constitucional lo que se logrará es conso-

lidar el golpe. Y en cuanto a los ortodoxos, ¿por qué hay que contar con ellos?

Pero nadie hizo caso de la objeción, que sabían dictada por el resentimiento. Suárez Rivas continuó argumentando:

—¿Puede alguien negar que el golpe es un hecho consumado? En ese caso, al País no le quedará otro camino que pagar un alto precio por el retorno a la normalidad, pues no pierdan de vista que Batista utilizará los partidos para hacerse Presidente. Aquí no hay más que dos salidas: ir hacia el general o cohesionar lo que se salve del PRC con la Ortodoxia, que será el núcleo vital de la resistencia popular.

Como si en Cuba no hubiera ocurrido nada en las últimas 48 horas, Carlos Prío lanzó una interrogación estratosférica:

—Bueno, ¿y por qué no vienen liberales y demócratas con los auténticos a un frente común?

La invitación cayó en el más absoluto vacío. Andreu calló, Suárez Rivas habló, pero sin acordarse siquiera de que existían los liberales. Un poco tardíamente vino a darse cuenta de lo que significaba el Partido del Pueblo Cubano, y lo dijo con franqueza:

—La verdad, es, Carlos, que el PRC ha sufrido un golpe muy serio en sus reservas morales. Aquí ya lo único que queda es alinearse con los ortodoxos, los que, a mi juicio, tendrán que revisar sus tácticas, sobre todo la línea de independencia, pues los tiempos han cambiado.

Tras laboriosas consideraciones emergió la fórmula en tres puntos esenciales: designación del nuevo Presidente en un clima de absoluta unanimidad política, elecciones lo más próximas posible y un mínimo de garantías. No era la voz de la resistencia política, sino la de la transacción con el nuevo régimen la que allí predominaba.

Y como siempre Carlos Prío se creyó obligado a lanzar frases con pretención histórica, tardías e insustanciales:

—Yo seré adversario de Batista hasta la misma muerte. No he ido a cosas peores porque tengo el afán de salvar a mi País de la violencia. Mañana, cuando todo eso sea un recuerdo, se tendrá en cuenta mi gesto.

La reunión había terminado.

Tras la "Fórmula Constitucional"

El mismo día once, a la medianoche, deliberaban en una residencia del Vedado unas cuantas figuras de la alianza náufraga: Andreu, los hermanos Suárez Rivas, Varona, Lancís, Lago Pareda, "Dieguito", Noel del Pino, Alicia Hernández de la Barca, Aguilera, Megías y Tejada Setién. Era un círculo de caras sin esperanzas.

El médico de Encrucijada, sabedor de que corrían equívocos rumores sobre su actitud, procuraba disipar la opinión que lo señalaba como un embozado colaboracionista:

—Quiero que sepan que en ningún momento pensé en tomar decisiones por mi cuenta, sin contar con los demás partidos. Por eso me alegré mucho de encontrar en buena disposición a Suárez Rivas.

La alusión, hábil intento de protegerse con el senador villañeo, provocó una larga explicación de éste:

—Yo no quiero que en esto haya malas interpretaciones. Como ex-ministro del Gobierno de Prío y jefe de un partido político aliado a ustedes, opino que no es posible tomar decisiones sin antes consultar el pensamiento del Presidente. No creo necesario afirmar aquí mi posición tradicional de civilista y hombre de derecho. Yo podría tomar dos actitudes, una personal y otra de carácter colectivo. Pero cualquiera de ellas la desenvolveré en un marco jurídico. Y como tengo que darle información a los hombres de mi partido, fuí a ver al Presidente Prío, cuyas palabras son muy importantes en este minuto.

Y el timonel liberal trasmitió a sus atentos oyentes lo dicho por Prío Socarrás, según aparecía más arriba. Ambos patriotas —Andreu y Suárez Rivas— tenían empeño en salvarse de toda imputación de componenda.

Seguidamente, “Tony” Varona relató la odisea: las arengas baldías a la oficialidad palatina, el pánico y la vacilación que se adueñaron de la mansión ejecutiva en la mañana del lunes diez.

—Cuando no vi posibilidad de resistencia, dije, quedé citado con “Dieguito”, pero como él no llegaba, determiné ir hasta Matanzas, donde Martín Elena me comunicó que era inútil, que aquello era una plaza perdida. Luego trabé contacto con Bilbao, en Santa Clara, y me dijo que fuera, que todavía se podía hacer algo. Me dirigí a toda máquina hacia Villaclara, pero el automóvil se me rompió en el camino. Cuando pude establecer contacto de nuevo, el coronel me confesó que nada podía hacerse ya. “Resistí hasta la una —me dijo,— pero anunciaron el aumento de sueldo de los soldados y ahí mismo se liquidó la resistencia”.

El Presidente del senado prosiguió su perorata, sin conceder la más mínima atención a la llamada “fórmula constitucional” que bullía en ciertos cerebros. Como todos los personajes del régimen depuesto, venía a descubrir ahora sus tachas. Las “calumnias” de la Ortodoxia se habían convertido en verdades que todos los caciques caídos confesaban sin rubor. . . . pero declarándose cada uno de ellos exento de culpa. El mismo Carlos Prío, apenas llegado a México, habló de la “corrupción auténtica”.

—Lo cierto es —constataba Varona— que el PRC perdió fuerza popular por sus errores, por el favoritismo, por todo lo que hemos visto.

En este minuto no tengo otro camino que el del decoro. Voy a cambiar impresiones con los demás líderes para trazarnos un plan. Vamos a reunir a los tres comités parlamentarios para resistir a este cuartelazo ignominioso.

Ostensiblemente, el camagüeyano concedía honores de resistencia sólo a los tres partidos allí representados —Auténtico, Demócrata y Liberal—, pues la actitud de los demás miembros de la alianza, la Cubanidad, el Republicano y el Nacional Cubano, era manifiestamente pasiva, cautelosa, tendiente a la colaboración.

Lancís como siempre, extremó la prudencia:

—Para mí lo inteligente es explorar el pensamiento de los hombres de este gobierno sobre la fórmula. Estoy viendo a Saladrigas, García Montes y Santovenia un tanto marginados de la situación. Ellos podrán tener muy buena voluntad, pero no parecen moverse con facultades. “Tony”, deponiendo actitudes belicosas, aconsejó:

—Sigán ustedes manteniendo sus contactos, que yo voy a comisionar a Tejeda Setién para que vea a Hermida y le comunique nuestro propósito de celebrar una reunión congresional.

Rápidamente, el telegrafista trabó contacto con el nuevo titular de Gobernación notificándole el proyecto parlamentario. Como era de esperarse, Hermida habló mucho, pero hizo ver claramente que no estaba en sus manos la decisión:

—Yo quiero que usted sepa que el problema del Congreso fue el más discutido cuando se redactó la proclama del nuevo régimen. En el primer momento hubo sólo dos criterios, uno tendiente a la disolución y el otro favorable al mantenimiento. En definitiva se impuso una tesis intermedia: conservar el Poder Legislativo, pero suspendiendo provisionalmente sus facultades y atribuciones. Es decir, que estamos ante un Congreso que no funciona, que no debe funcionar... está mandado a recesar. Esa es la situación. Yo carezco de facultades para autorizar reuniones. De acuerdo con nuestros estatutos, no está en mis manos esa autorización, que estimo necesaria para que se reúnan sin dificultades....

Y después de una pausa:

—Sin embargo, como su notificación me hace presumir la buena fe de muchos congresistas en la busca de una fórmula de solución, yo le prometo hablar con el general en el consejo de ministros de esta tarde. Déjeme su teléfono y le informaré lo que se decida. No quiero engañarlo. Usted sabe que no puedo autorizar reuniones de ningún tipo estando suspendidas las garantías constitucionales.

El representante villareño mencionó entonces las conversaciones que se decían celebradas entre algunas figuras del gobierno depuesto y los doctores Saladrigas, García Montes y Santovenia, recibiendo esta inesperada réplica:

—Permítame que le haga una observación: ninguno de esos 3 señores tiene dificultades para decir nada, pues inclusive se han negado a colaborar con el gobierno desde posiciones responsables. Eso debe de ser una gestión privada de ellos. Creo que el pensamiento del actual gobierno está traducido impecablemente en la proclama que suspende los fueros y privilegios del Congreso.

Cuando Tejera regresó al seno de la reunión permanente de legisladores aliancistas, ya "Tony" Varona, indiferente a las rémoras opuestas por el régimen había librado la convocatoria para abrir la legislatura el lunes 17. En realidad, nadie sabía a qué atenerse. Muchos confiaban en que los 2 hábiles prestidigitadores del PD, Andreu y Rodón, hallaran una salida, o más bien un puente entre sus obligaciones de partido y su anhelo de salvación burocrática. Del régimen fenecido nadie se acordaba ya. Había mucha impaciencia por el porvenir, para pensar en lo pasado.

Por los pasillos de la residencia de Andreu iban y venían nerviosos confusos, como pisando una tembladera, los Martínez Fraga, Camejo, Galeote, Zayas Bazán, Milanés Tamayo, Mario Pino, Zaydín, Pérez Espinós, del Busto, Alicia Hernández, "Pepon" Alberni, "Pepe" Suárez Rivas. Un hombre delgado e irónico —el representante comunista Escalante— resumió el sentido de las inquietudes de sus colegas:

—Señores, esa fórmula constitucional que ustedes buscan se me parece al intento de resucitar a un decapitado pegándole de nuevo la cabeza.

Sin orden ni concierto, ese mismo día quedó trazado el plan: convocar públicamente al Congreso para la apertura legislativa, comisionar a Zaydín, Armengol y Martínez Fraga para redactar un documento repudiando el golpe militar y mantenerse todos expectantes.

En la misma residencia —cuartel general de los aspirantes a sobrevivir— ocurrió el episodio siguiente, donde se probó que el andar del tiempo iba cercenando esperanzas y dando aliento a los que ansiaban transigir con el nuevo equipo gobernante.

Mientras Zaydín, con manía profesoral, no cesaba de hacer correcciones al documento público en ciernes, como si el escrito sirviera para darle realidad a la ficción de una unanimidad parlamentaria que no existía, el resto de los congresistas reunidos se llenaba de alarma ante la noticia de que numerosos representantes auténticos estaban llegando al domicilio de "Ar-

turito" Hernández Tellaheche con ánimo de oponerse a las gestiones de Andreu, Rodón y Suárez Rivas.

Pronto comenzaron los disparos verbales entre las 2 residencias, que sólo discrepaban en la medida relativa a su acercamiento a la Ciudad Militar, pues mientras los jefes de partidos querían usar la carta parlamentaria para su intento de resistencia cuyos alcances no estaba bien definido, los representantes auténticos se sentían desconfiados de esa manobra... o más bien de los que la propiciaban. Uno de ellos, el cetrino D' Roux, antes de celebrarse la reunión tumultuosa en casa de "Arturito" cursó un recado amenazador a la casa de Andreu:

—No estamos dispuestos a facilitar fórmulas que no sean discutidas previamente entre nosotros. Por nuestra cuenta, seguiremos considerando la grave situación nacional.

Y ya en asamblea, tanto D'Roux como "Arturito", Gerardo Pérez, Carbonell Alsina, Mario Pino, Menelao Mora, etc., discutieron el turbio panorama político. Pronto se distinguieron 2 grupos el de los claudicantes y el de los rebeldes. Los primeros iniciaron el capítulo de quejas. El oriental Mario Pino puso sobre el tapete la situación de los alcaldes de su región y de la camagüeyana:

—Tienen de una parte la amenaza de ser barridos y del otro lado el pase para la Ciudad Militar. Yo personalmente, tengo que solucionar el problema de 3 alcaldes de mi provincia.

Pablo Martínez Carbajal exhibió un conflicto similar. Y el celeberrimo Virgilio Pérez, que estaba en trámites para el diálago con Batista, propuso que se dejara en libertad de acción a los mayores de tierra adentro, para que decidieran por si mismo su suerte. La ideología andaba por el suelo.

Dicha postura fue rechazada por "Piro" Pendás —único senador presente—, Menelao Mora, Carbonell Alsina y el mismo Pino. El primero fué radical:

—¡Todo menos aceptar la dictadura!, esa fórmula es indigna y no encontrará a nadie en disposición de aceptarla.

A lo que D'Roux, en papel de oveja negra, objetó taimadamente:

—Caballero, la realidad es la realidad. Hay una situación de fuerza y no debemos exagerar los pronunciamientos. Es más, yo propongo sugerirle fórmulas al gobierno.

Desdichadamente para él, llegó en aquellos momentos el impetuoso "Tony" Varona y lo atajó:

—Nosotros no tenemos que proponer nada. Si ellos quieren fórmulas, que las ofrezcan. Nosotros somos constitucionales. Esa es nuestra única postura.

Y exhibió el documento que acababa de aprobar el ejecutivo del PRC. Volvieron a dividirse las opiniones: D'Roux, Tededa y otros lo hallaban demasiado fuerte; Megías y Carbonell Alsina, lo aprobaron. El ex-ministro de Comunicaciones —otro auténtico convencido después del 10 marzo de las faltas de su gobierno— confesó:

—No se puede hacer mucho ya de nuestro partido. Estamos sufriendo lo que sembramos. Se cometieron demasiados errores. Ahora sólo nos queda pelear, y yo no vacilaré.

Y Carbonell Alsina:

—Nuestra línea es una sola, la del decoro. Quien se respete a sí mismo no puede colaborar con la gente que ahora gobierna.

Pero D'Roux se mantuvo como el paladín de la transigencia, inventando inclusive argumentos que no se atrevía a sostener en público el naciente régimen:

—Caballeros, no pierdan de vista que el golpe ha sido contra el régimen político. En consecuencia aquí nada existe, ni siquiera los comités ejecutivos, de los partidos. Entonces, ¿para qué mantener el nuestro?

Era la actitud más derrotista que cabía imaginar. Enfurecido, Varona, defendió las facultades del organismo que presidía en ausencia de Prío y logró un acuerdo por el cual 6 congresistas, uno por cada provincia, laborasen junto al ejecutivo nacional. Y aún D'Roux, indiferente a la decisión, seguía manteniendo la protesta:

—A nosotros no nos interesan ni los líderes ni los jefes de partidos. Está bueno ya de que sigan mandando los que nos condujeron al fracaso, precisamente a esta situación. Hay que tomar otras medidas.

Iban a retirarse todos, cuando un carro perseguidor de la policía les cortó la salida. Un sargento y 3 vigilantes, con las armas apercibidas, cerró el paso al nutrido grupo de legisladores, del cual surgieron voces pacíficas:

—Ya nos íbamos, esta es una reunión de congresistas para discutir la situación actual.

—Esta bien, dijo impertérrito el sargento, pero no se muevan de aquí. Voy a llamar al comandante.

Instantes después llegaba un carro-jaula de la Policía Nacional en busca de los legisladores. Indignado, "Dieguito" estableció formal protesta:

—Oigame, sargento, esto no puede ser, nosotros tenemos aquí nuestras máquinas y ninguno va a fugarse. Seguiremos con usted hasta el Buró, y no habrá problemas.

Petición inútil. Senadores y Representantes tuvieron que obedecer. Despectivo, un policía se dirigió al grupo:

—¿Ustedes son los que van a viajar? A ver, ponganse en fila.

Y uno tras otro los parlamentarios desfilaron contritos hacia el vehículo infamante. Sólo estuvieron media hora en el Buró de Investigaciones, hasta que el oficial de guardia les dijo secamente, sin excusas:

—Hay órdenes del coronel Salas de ponerlos en libertad.

Otra vez en el exilio

El jueves 13, a las 8:30 de la mañana, abandonó el Presidente Constitucional de Cuba la embajada de México, rumbo al aeropuerto. Lo acompañaban su esposo y el embajador Benito Coquet. Sobre el auto charolado era una rúbrica de amparo la bandera mexicana.

3 autos seguían al principal, conduciendo a los ex-ministros Sánchez Arango y Curti, con sus esposas, a las 2 pequeñas hijas del doctor Prío y a los funcionarios del Protocolo, portadores de la documentación diplomática. Y la caravana, envuelta en un despliegue de fuerzas armadas y carros perseguidores, tomó hacia Rancho Boyeros. Una hora después alzaba el vuelo el avión XA-JOS, de la Compañía Mexicana de Aviación, con el grupo de exilados, después de cerciorarse el diplomático azteca de que todas las formalidades del caso habían sido respetadas.

Abajo, en tierra cubana, la ausencia del Presidente dejaba una estela de confusión en sus adictos y familiares, de preocupación personal en no pocos de sus compañeros de partido y de frustración en el pueblo.

Inmediatamente trascendieron detalles enojosos para el prestigio del mandatario depuesto. Se supo que tanto él como los ex-ministros Curti y Rubén de León se habían pasado buena parte de la noche anterior a su partida jugando al billar, pese a la dramática situación personal y política que atravesaban; también se informó que había sido visita de la residencia mexicana el doctor Valentín Arenas, abogado del Banco Gelats, nombrado apoderado del doctor Carlos Prío para formalizar la transmisión de determinados bienes de éste.

Sin embargo, Carlos Prío había dedicado al sentimiento su margen propio. Se le había visto llorar sobre el hombro del periodista Luis Ortega, de Prensa Libre, en el último minuto de su estancia en suelo patrio. Y como sus intereses personales quedaban garantizados, había que achacar tal aflicción a causas más respetables.

El mismo jueves, el Presidente derrocado concedió a la Prensa Asociada, en su suite del hotel Reforma, ya en Ciudad México, su primera entrevista. El cable subrayaba el aspecto

de Prío Socarrás —delgado, canoso, deprimido— y sus declaraciones más importantes. Según él, el movimiento que lo privara del poder carecía de toda proyección doctrinal. “No es más que un golpe militar, en el cual el caudillo toma el poder para sí y divide grados y mandos entre sus simpatizadores”. Agregó con firmeza:

—Me preocupa el futuro de mi País. Necesitamos veinte años para desarrollar nuestras instituciones. Ahora ha vuelto a quebrar ese ritmo un hombre ambicioso, quien además de tomar el poder ha suscitado los más burdos apetitos entre los oficiales del Ejército de baja graduación que le respaldaron.

En cuanto a su propio gobierno, “había respetado las libertades”.

Negó la imputación de Batista sobre el proyectado golpe de Estado que dijo haberse incubado en el círculo gubernamental para una fecha posterior en 35 días a la de la sublevación castrense y aclaró que no se proponía llevar su caso a la Organización de Estados Americanos, ni propiciar conspiración alguna en detrimento del nuevo régimen implantado en la isla natal. “Soy aún el Presidente constitucional de mi país”, hizo constar en conclusión.

CPS agradeció la gentileza mexicana, tanto oficial como privada, que lo rodeó desde el primer momento de su arribo, haciendo una sola excepción con los comunistas del país vecino, cuyos conatos de agresión política a su persona —abortados por la intervención de las autoridades aztecas— coincidían con la actitud tibia y cautelosa de los marxistas cubanos frente al nuevo régimen.

El lunes 17, el Presidente voló a Miami, donde tuvo lugar una reunión de las principales personalidades civiles y militares del gobierno depuesto. En torno al atuendo severo y el semblante triste del doctor Prío cambiaban impresiones el Vice Presidente Alonso Pujol, Aureliano Sánchez Arango, Rubén de León, el general Cabrera y Antonio Prío. Luego, con sobriedad que traslucía cansancio, el mandatario exilado dijo a la prensa internacional:

—Recomiendo a todos los cubanos que resistan por medios civiles a ese acto de violencia que ha roto el ritmo del gobierno e interrumpido el progreso de Cuba.... Pido a todos los cubanos —y el 90% de ellos es contrario al golpe de Batista— que no tomen medidas violentas.... La acusación de Batista de que yo proyectaba realizar un golpe de Estado similar para el 15 de abril es otra tentativa para justificar su crimen....

El doctor Alonso Pujol no produjo declaraciones. Tal vez creyó que bastaba con el documento, realmente ejemplar, entregado por él a la prensa cubana horas antes de salir hacia Miami con toda su familia, inclusive sus nietos; prueba evi-

dente de que el Vice resolvía trasladar al extranjero —meta final: Europa— la órbita de sus asuntos y que tanto él como sus allegados se disponían a comer juntos, por tiempo indefinido, el pan de la emigración. En realidad, algo más que pan, pues el epicúreo personaje conservaba intactos sus cuantiosos ingresos, suficientes con exceso para nutrir familias mayores que la suya.

Ello no impedía que el inventor del “permanente renuevo”, en su comunicación “al honorable Congreso”, perfilara en tono elevado y ceñido la más atinada crítica de la situación recién creada, lanzando un dardo oblicuo, pero certero, a las pretensiones de legitimación constitucional que incubaban legisladores del régimen derrocado:

—Los principios democráticos constitucionales —sentaba— han sido violados, al convertirse una Junta Militar en fuente creadora del Poder Público. Ante este suceso, no alcanzo a comprender de qué modo inmediato podrá restablecerse el ritmo jurídico abruptamente quebrantado.

—La rebelión del 10 de marzo representa el predominio de lo arbitrario sobre el derecho, la transformación de un partido, o más, de las milicias llamadas a defender y respetar siempre los fueros de la Constitución y de las Leyes. Y por otra parte, tales hechos, a mi juicio, carecen de rango revolucionario, en el noble sentido del vocablo.

—Y no importa que, a mis luces jurídicas, resulte imposible hallar una fórmula de normalidad que no se asiente en el íntegro respeto a la Carta Magna y en el pulcro ejercicio de todos los derechos democráticos, que sería tanto como pedir a quienes de facto están mandando que devuelvan al pueblo sus leyes y soberanía nacional conculcada. Porque, en definitiva me sentiré muy satisfecho si estas sencillas verdades que ofrezco al Parlamento sirven de estímulo y avivan la responsabilidad en logro de la paz, la civilidad, la libertad, la concordia, la legalidad y la restauración democrática que es el gran anhelo de todos los cubanos, que hoy —absortos y entristecidos— lo piden en silencio o en tono menor, y que mañana, si fueran desoídos, lo reclamarán y exigirán con el valor, el sacrificio y el coraje que han caracterizado a nuestras grandes reivindicaciones históricas.

Por supuesto, simultáneamente GAP facilitaba cualquier solución haciendo constar su renuncia.

Una Esperanza Frustrada.

En el curso de la semana anterior fueron disolviéndose, hasta cesar por completo, las esperanzas que un grupo numeroso de congresistas —precisamente, los que más adictos habían sido al régimen constitucional derrocado— concibieron para avenirse con la nueva situación.

Mientras dichos políticos se afanaban por propiciar la llamada "fórmula constitucional" —puente resbaloso y contradictorio entre sus personales intereses y la ciudadela militar—, el avisado periodista Rafael Esténger había palpado las escasas posibilidades del intento. El martes 11, un breve diálogo con Batista lo puso al tanto de la hora que se vivía.

Se agitaba inquieto el general en medio de un torbellino de voces, recados y llamadas telefónicas cuando RE inició su sondeo profesional, recibiendo esta respuesta:

—¿Ve eso que está allá afuera y que nos rodea? Es el pueblo armado, son los soldados y yo no puedo fallarles. Es muy temprano todavía para los políticos....

Y cuando un prominente jerarca paupista, Jorge García Montes, lo abordó en igual sentido, Batista suspendió un instante el contacto con los teléfonos para manifestarle:

—Nada puedo decirte por ahora, "Yoyo". A lo mejor, si te digo ahora que sí, mañana tendré que decirte que no...

Eran frases significativas, probatorias de que el jefe del nuevo gobierno estaba aún en una etapa de tanteo y de consolidación.

Entre el viernes y el domingo se convencieron, al fin, los políticos de que estaban trabajando sobre bases falsas. Hasta el ágil terrateniente pinareño José Raimundo Andreu se declaró fracasado. Empezaron a comprender que las primeras declaraciones favorables al plan, emitidas por el rector de justicia Miguel Ángel Céspedes, había sido para ganar tiempo.

El mismo "Yoyo" García Montes resignó su rol de amigable promotor. Hablando con Lancís y Bisbé, el primer vicepresidente del PAU justificó su difícil posición:

—Yo soy, como he sido siempre, un hombre de derecho, de firmes convicciones constitucionalistas, pero hay un hecho evidente: que el golpe de Estado está ahí, consumado.... No he querido formar parte del gobierno esperando que esto tome otro sesgo. Cuando leí las declaraciones de Hermida contra el Congreso pensé renunciar a todo, pero me detuvo esta reflexión: ¿acaso Batista no es senador?

Y en charla con un emisario de esta Sección fue menos sofisticado y más concreto:

—Otra cosa que mató de entrada la fórmula constitucional fue la precipitada carrera de muchos congresistas a Columbia.

3 figuras muy conocidas y ligadas a los gobernantes depuestos el 10 de marzo —Inocente Alvarez, "Santiaguito" Rey y Virgilio Pérez— habían sido en esos días visitantes amigables de Batista, sin poder sacarle tampoco soluciones precisas sobre el magno propósito de supervivencia que les inspiraba.

En la tarde del lunes 17, un grupo limitado de legisladores hizo acto de presencia frente al Capitolio, respondiendo a la

convocatoria del rector del Congreso. Horas antes, en un lugar del reparto Miramar, se habían reunidos los líderes parlamentarios auténticos, ortodoxos y liberales —pues, aunque citados, faltaron los de la Cubanidad, republicanos y comunistas— y discutieron la ponencia que se había preparado. Pelayo Cuervo y Manuel Bisbé, apenas la leyeron, pidieron a Lincoln Rodón que suprimiera la referencia a las gestiones sobre la fórmula constitucional y que en su lugar incluyera una excitación al Poder Judicial y a los tribunales de Cuentas y de Garantías Constitucionales para un enjuiciamiento del golpe.

Toda la capital estaba esa tarde pendiente de lo que ocurriera alrededor del militarizado recinto legislativo. Poco antes de las 4 p.m. un grupo de congresistas se distribuyó en los portales fronterizos al Capitolio. Los legisladores ortodoxos de ambas Cámaras respondieron a la llamada del deber. No así la gran mayoría de los auténticos, de la cual sólo compareció una docena, pese a las instrucciones recibidas de “Tony” Varona.

A las 3 y 45, hora de la convocatoria, senadores y representantes avanzaron en sendos grupos hacia sus cuerpos respectivos. Por supuesto, no todos guardaban el mismo orden de marcha. Algunos, más audaces, se adelantaron a sus compañeros: fueron Luis Orlando Rodríguez, Saumell, Pardo Llada, Bisbé, Nazario Sargén, Félix Martín... rectos hacia la puerta de la Cámara. Luego se les unió un núcleo del PRC, salvando las graderías hasta penetrar en los jardines.

Un soldado —casco de guerra, fusil terciado, voz conminatoria— les dio el alto:

—¡Atrás, o disparo!

—Somos legisladores del pueblo y venimos a cumplir con nuestro deber. Hemos sido convocados por el presidente del Congreso.

Moviendo de un lado a otro el rifle, el militar se limitó a decir:

—Yo cumplo órdenes. ¡Atrás!

Veíasele apercebido a disparar. Entre el grupo de representantes y el soldado mediaban apenas 2 ó 3 metros. Súbitamente Luis Orlando Rodríguez se adelantó a sus compañeros, avanzando unos pasos y diciendo:

--¡Nosotros somos fieles al mandato popular y su deber es dejarnos pasar!

Una tensión peligrosa se iniciaba. LOR avanzó otro paso, se abrió el saco y gritó:

—Tira de una vez.....

Rápidamente, sobreponiéndose al temor, Carbonell Alsina se abalanzó sobre Luis Orlando y logró sacarlo de la zona prohi-

bida. Un concierto impresionante de disparos se alzó sobre los congresistas. Los soldados dispersos en torno al Capitolio tiraban al aire, con la evidente intención de amedrentar a los legisladores. Senadores y representantes retrocedieron —algunos con más rapidez que otros— volviendo a los portales de la acera de enfrente. Allí estaban Pelayo Cuervo, Alvarez Bacallao, Varona, Casabuena, Zaydín...

De regreso al Arco del Pasaje, Luis Orlando se subió a una tarima de las que utilizan los músicos e improvisó una arenga:

—¡Ciudadanos, hemos venido a cumplir con el deber que el pueblo nos asignó!

Casi en esos mismos instantes un importante viajero descendía del avión en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Se trataba del senador auténtico Miguel Suárez Fernández. Algunos se asombraron de verlo al punto rodeado de un destacamento militar, y pensaron ingenuamente que iba preso. La realidad era otra: los soldados asumían una discreta función protectora. Es más, un ayudante del general Batista saludó en nombre de éste a MSF, acompañándolo a la Ciudad Militar.

Pocos sabían que dos días antes de su regreso el villareño Mario Cobas Reyes había sostenido un diálogo con “Yoyo” García Montes, asegurándole que los miguelistas, siguiendo instrucciones de su jefe no acudirían a la apertura de la legislatura ni suscribirían documentos hostiles al nuevo gobierno.

Y como en días mejores —“Aquí no ha pasado nada”, comentaba Vasconcelos en Alerta— la residencia del doctor Suárez Fernández volvió a ser el centro de reunión de legisladores y políticos, esperanzados en que el estratega placentense condujera al disperso PRC hacia la “solución patriótica”.

Adictos de “Miguelito” habían ya situado en sitios céntricos de la capital enormes vallas con la efigie de su líder y un lema de consumada oportunidad: “Con Miguel Suárez, un paso adelante. Por la unidad de los cubanos”.

Pelayo Cuervo detuvo su automóvil frente a una de esas vallas y exclamó:

—¡Este Miguel es demasiado Miguel! No se da cuenta de que la custodia militar y la entrevista con Batista lo invalidan para producir la reestructuración del PRC o fórmulas nacionales...

Claro está que algunos políticos cercanos al círculo gobernante pensaban distinto. Por ejemplo, su vecino Anselmo Alliegro, quien no ocultaba sus esperanzas de ver al ex zar de Las Villas trasquilando al PRC en beneficio de Batista.

Al cierre de esta edición, eran muy pocos los políticos aliancistas que se disponían a recorrer el pedregoso sendero de la oposición. Para sorpresa de muchos no eran los compañeros

de partido del Presidente depuesto los que protestaban del golpe, sino sus adversarios de la Ortodoxia, ganándose con ello numerosas, aunque breves, detenciones, principalmente el candidato presidencial del PPC, Roberto Agramonte.

La Opinión de los Partidos.

Resulta interesante examinar el criterio oficial de los partidos políticos, en relación con la realidad creada por el golpe de Estado. Por ejemplo, no faltaba la nota oportunista, acomodaticia, ofrecida por el minúsculo Partido Republicano, pariente de la disuelta alianza gubernamental, que fue beneficiario del régimen depuesto y que hasta la víspera del día 10 mendigaba el calor de la Cordialidad en las nominaciones senatoriales. A pesar de ello, el presidente del comité ejecutivo nacional, "Pepón" Alberni, no tenía empacho en expresar:

—El PR declara... que el movimiento revolucionario triunfante bajo la jefatura del actual Primer Ministro del gobierno, general Fulgencio Batista, no sólo encarna, por su contenido y proyecciones, hondos anhelos ciudadanos de paz, trabajo y seguridad social; sino que recogiendo también las más sentidas aspiraciones del pueblo cubano, ha puesto fin, clausurándola definitivamente, a toda una época de lastimosos desaciertos y culpables errores...

Naturalmente, se apresuraba el jefe del hipotético PR a señalar una supuesta independencia en cuanto a la alianza y sus contactos con el PAU, para justificar su presente posición de respaldo al gobierno de facto. Asimismo se mostraba propicio a cualquier salida constitucional de la crisis por vía parlamentaria, siempre que las gestiones se desarrollaran "sin partidismos ni ofuscaciones sectarias, y sobre todo, sin precipitaciones, mediatizaciones o exigencias improcedentes que obstaculizarían su éxito final, a cuya consecución debe darse todo el plazo de tiempo que sea prudente y necesario".

Envuelto en la túnica patriótica "Pepón" abogaba porque no hubiera "ni vencedores ni vencidos", por "un espíritu de concordia, de fecundo y noble trabajo", y con manos a la obra, advertía el acuerdo del PR de "mantener los actuales contactos y relaciones con el PAU a los efectos de formalizar una entente político-electoral..."

Otro equipo político integrante de la alianza —aunque de última hora—, el Partido Nacional Cubano, mantuvo otro tono en una declaración que apareció suscrita por la asamblea nacional, los organismos provinciales y municipales y los jefes de términos, aunque sin estar avalada por nombre propio alguno. El documento se abstenía de enjuiciar la nueva situación, limitándose a respaldar a Nicolás Castellanos en cualquier pronunciamiento que hiciera o actitud que adoptare, como líder del

PNC, y a apoyar su derecho a permanecer en el cargo de alcalde de La Habana "para el cual fue limpiamente elegido en elecciones que marcaron época en la historia política de Cuba".

—... Estimamos —afirmaban— que el manifiesto explicativo dado a conocer por el general Batista al pueblo de Cuba en el que puntualizaba los motivos que tuviera para realizar el golpe de Estado que derrocó al régimen de Carlos Prío Socarrás, figurando entre ellos el peculado, el gangsterismo, la falta de autoridad, etc., no le alcanzan ni pueden alcanzar en manera alguna a la actuación limpia, honesta, responsable, ponderada y constructiva de Nicolás Castellanos...

En definitiva, el PNC solicitaba la reconsideración del decreto que destituyó al mayor capitalino, pero no exteriorizaba la menor preocupación por el destino nacional ni por la dramática realidad institucional del país. Como el cronista político de El Mundo, Carlos M. Lechuga, subrayara tal anomalía, el alto dirigente del PNC y vicepresidente renunciante de la República, Guillermo Alonso Pujol, significó al sagaz periodista antes de embarcar:

—Ignoro la autenticidad del documento que se dice suscrito por el Partido Nacional Cubano. Un sentido de decoro y responsabilidad me hace mostrar mi total inconformidad con su texto.

La declaración oficial del ejecutivo del PRC ya fue otra cosa. Firmado por Hevia, Lancis, Varona, Alvarez Díaz, Carbonell, Alicia Hernández, Casado, Mendiola, Pérez Espinós, Rubio Padilla, Sorondo, Hernández Tellaheche, Rivero, Buttari Concha Setián, Maceo, 'Paco' Prío y Tejeda se consignaban, entre otros, los siguientes acuerdos:

—Rechaza y condena el golpe de estado militar realizado por Fulgencio Batista, subvirtiendo para ello todas las jerarquías dentro de los institutos armados de la nación, destruyendo su disciplina y replanteando al país el viejo conflicto que había sido superado, mediante largo e ingentes esfuerzos y sacrificios, de la supremacía del poder militar sobre la Constitución.

—Rechaza y condena fundamentalmente la violación consumada del régimen constitucional cubano y declara que el presidente constitucional de Cuba es Carlos Prío Socarrás, electo por la voluntad popular y cuyo gobierno cumplía la Constitución y las leyes.

El documento no ostentaba la firma de otros miembros del ejecutivo auténtico como Rubén de León, Gans, Curti y Sánchez Arango, ausentes en Miami, ni la de Mujal, quien expresó, con posterioridad a su entrevista con Batista y consiguiente respaldo, algo que se interpretó como su distanciamiento definitivo de los cuadros políticos del PRC.

Los demás partidos de la extinta séxtuple alianza —el Liberal, el Demócrata y el de la Cubanidad— no habían exteriorizado enjuiciamiento alguno sobre los hechos del lunes 10 y sus efectos políticos hasta el cierre de esta edición de Bohemia. Un solo jefe provincial del PL, el ex-ministro Zaydín, se atrevió a exponer su criterio al respecto e inmediatamente fue desautorizado por sus compañeros del ejecutivo de Camagüey. Las palabras del profesor de Derecho Mercantil fueron éstas:

—He condenado y condeno el golpe militar, que es una subversión sancionada por el Código de Defensa Social, y que sienta un funesto precedente para el destino futuro de Cuba. Lo que se llama gobierno de facto, producto de la fuerza, es ilegítimo e ilegal. Yo no lo acepto ni como senador ni como ciudadano....

Por su parte, las declaraciones y análisis del PPC y del PSP fueron más exhaustivas y medulares, cada cual conservando sus peculiares enfoques de la situación nacional. Así, por ejemplo, en un extenso documento, la comisión ejecutiva de los comunistas criollos —siguiendo su inevitable línea internacionalista— fijó orígenes imperialistas al golpe militar por estimar que la actual política norteamericana tendía al establecimiento de regímenes de fuerza en la América Latina, y tras de sobreestimar la autoridad y significación del PSP, situaba como uno de los objetivos del cuartelazo el evitar la derrota de Prío y Hevia a manos de Agramonte.

Puestos a censurar a todo el mundo, los rojos del patio criticaban el gobierno depuesto y a la Ortodoxia y aseguraban que el naciente régimen no representaba nada esencialmente distinto del de Prío. Como siempre, enarbolaban una serie de consignas de lucha, terminando por reiterar la necesidad de crear un Frente Democrático Nacional.

Más tajante, el manifiesto del Partido del Pueblo Cubano estaba concebido bajo el signo dramático del momento cubano. Decían entre otras cosas sus rectores, después de anunciar que recurrirían ante el Tribunal Supremo de Justicia y el de Garantías Constitucionales y Sociales, contra los actos realizados.

—Para que no se pueda acusar a este Partido, sin embargo, de que sólo alza una voz de protesta, sin señalar vía alguna de superación de las presentes circunstancias, declaramos que el Partido del Pueblo Cubano no puede considerar más solución que la siguiente:

1. La formación inmediata de un gobierno inequívocamente neutral, y por tanto totalmente ajeno a la influencia directa o indirecta de Fulgencio Batista.
2. El restablecimiento inmediato de todas las garantías constitucionales por ese gobierno.

3. La convocatoria inmediata, en un ambiente de absolutas garantías, a elecciones para todas las magistraturas políticas nacionales y provinciales que proceda, de manera que puedan ser ocupadas en las fechas que señala la Constitución y la ley por los mandatarios que el pueblo libremente elija.

Obreros.

Las consecuencias del golpe militar en el movimiento obrero fueron acaso lo más sorprendente de la última semana. Muchos esperaban que la CTC, incubada a golpes de decreto por los dos regímenes auténticos regida por un senador del PRC, caería en la trinchera opuesta a los derrocadores del gobierno constitucional. Se equivocaron lamentablemente.

Todo se tramitó en 72 horas. Apenas surgido el movimiento se lanzó la consigna de huelga general. Cayó en el vacío, e inmediatamente se ocupó el fenómeno contrario: los dirigentes sindicales pactaron sobre la marcha con el nuevo Gobernante. Pocas veces se había dado en la historia una rapidez tal de maniobra y una inversión estratégica semejante. No cabía dudas: Eusebio Mujal era un maestro del viraje.

En los primeros momentos pareció que el sector del transporte sería un ángulo de resistencia. Calixto Sánchez, Pascasio Linares, Jesús Artigas, Marcos Hirigoyen, Facundo Pomar, aseguraron a Mujal que los ómnibus, autobuses y aviones serían paralizados. En la mañana, según regresaban a los paraderos, los “guagüeros” dejaban los carros y desaparecían. Pero no pocos fueron detenidos. La policía había ocupado casi todos los paraderos.

Simultáneamente —así fue de metódico el golpe— las fuerzas armadas ocuparon los servicios telefónicos y eléctricos. Policías y soldados se hicieron cargo de las “guaguas”. No hubo violencias.

Las nuevas autoridades querían contemporizar, consolidarse. El nuevo jefe policiaco negoció la liberación de los detenidos a cambio de la normalización del transporte. Inmediatamente la obtuvo.

Cuando Hirigoyen y Pomar fueron puestos en libertad, ya Mujal había trabado contacto con el doctor Jesús Portocarrero, designado por Batista para regir el Ministerio del Trabajo. Tan resuelto era su cambio de postura que se negó a firmar un documento suscrito por varios compañeros suyos de partido contra el movimiento. Fundamentó con sofismas su inesperada claudicación:

—Consciente de mis deberes como secretario general de la CTC, di entero crédito a las palabras del doctor Portocarrero, revocando la orden de huelga general cuando se me garantizaron las conquistas sociales y se ordenó la libertad de los trabajadores presos.

Aun descubrió una insospechada afinidad con los nuevos regentes del país: el común empeño anticomunista. Se comprendía que el avisgado senador auténtico habría de ofrecerle al titulado "gobierno revolucionario" seguir desempeñando la misma función que con su antecesor: servir de barrera contra los comunistas en los sindicatos.

Reinaba todavía la confusión en los sectores obreros cuando se produjo el entendimiento entre Mujal y el nuevo rector del Trabajo. El Palacio de los Trabajadores estaba ocupado por las autoridades. Decíase que el Tribunal de Urgencia estaba radicando causa por sedición contra el ejecutivo de la CTC. Pero ya sigiloso y expedito, el catalán tenía muy adelantado el pacto de no agresión y hasta de defensa mutua con el régimen.

Ello no impidió, sin embargo, que se desarrollara la briosa ofensiva contra las grandes posiciones burocráticas que detentaron hasta entonces los magnates sindicales adictos a Prió: Javier Bolaños fue destituido de la presidencia de la Caja Ferroviaria; Llovet resultó barrido de la del Retiro Azucarero; Andrés Soberón, dirigente obrero del PAU, desplazó de la codiciada Dirección General del Trabajo, llave de los conflictos sociales, al auténtico Vega Zamora. Hombres de confianza de Batista escalaron las intervenciones de la COA y de los Ferrocarriles Unidos. En el interior de la República, los paupistas ocupaban los locales proletarios.

Aquí empezaron los apuros de Mujal, quien apenas sosegó la enemistad del gobierno se veía bombardeado desde dentro. Cada perjudicado ponía el grito en el cielo. En el sindicato de la COA, el ejecutivo de la CTC sesionó para discutir las violentas remociones. Impasible, EM argüía:

—Compañeros, lo importante es salvar las conquistas logradas por el movimiento obrero. Hay que defender la personalidad legal de todas las organizaciones sindicales y mantenerse al margen de las alternativas políticas. . . .

Y hablando a los que se quejaban de los asaltos del PAU:

—Portocarrero no se cansa de repetir que el gobierno no meterá la mano en aquellos asuntos que deban resolverse entre los propios trabajadores. Dice que Batista seguirá oponiéndose a la política de asalto a los sindicatos y a los dirigentes impuestos por decreto. . . .

La última frase era un poema, ya que esos dos métodos habían sido los favoritos de los actuales regentes del proletariado. ¿Cómo podían pensar que sus adversarios políticos no los pusieran en práctica? Una entrevista con Portocarrero añadió inquietud a las preocupaciones de Mujal:

—Mantendremos —le dijo el ministro— la política inflexible de que las masas trabajadoras se den sus directivas, en

consultas libres y democráticas, y no permitiremos la infiltración comunista. . . .

Pero si se hacía lo primero, ¿podrían mantener los dirigentes de la CTC posiciones que no respondían a la voluntad patnnte de la masa? Era muy dudoso. Para mayor seguridad, el diestro Mujal se hizo acompañar a la finca "Kuquine". Portocarrero, que lo guió, asistió pasivamente al diálogo entre el general y el presunto dirigente obrero.

Eran dos hombres llamados a entenderse, pero Mujal debería ceder. Alternando la sonrisa fácil con el gesto imperioso, Batista impuso sus condiciones: había que poner fin a las querrelas crecientes entre patronos y obreros, a las demandas reiteradas de aumentos de salarios. Se devolvería el Palacio de los Trabajadores. Subsistían las garantías a la clase proletaria. Finalmente, se pactó una entrevista con otros ejecutivos de la CTC para la tarde del viernes.

En dicho día comparecieron 18 capitanes del sindicalismo, ayer incondicionales de Prío, hoy dispuestos a negociar con su derrocador. Del grupo sólo conocía Batista a Rentería, Guillermo Mestre e Ignacio González Tellechea, que ya eran dirigentes bajo su gobierno constitucional. No todos soportaron sin rubor las genuflexiones de Mujal.

—Lo que nos anima en esta visita es el deseo de saludarlo y darle las gracias a nombre de la CTC. Creemos que, en definitiva, sobre usted y nosotros—y permítasenos un poco de "lija"— pesa la responsabilidad de servir a la patria, y nos identifica con usted su reconocido amor a los intereses que representa nuestra bandera. Antes de retirarnos deseamos decirle que en esta reunión, un tanto protocolar, se lleva usted de nuestra parte un sentimiento de confraternidad extraordinaria. . . .

El documento que EM puso en manos de Batista contenía siete reclamaciones a cambio de la colaboración con el gobierno de facto: 1) mantenimiento de las conquistas sociales; 2) respeto a los dirigentes obreros; 3) mantenimiento de los representantes actuales en los organismos afines al movimiento proletario; 4) devolución del Palacio de los Trabajadores; 5) relación estrecha entre el Ministerio del Trabajo y la CTC en la solución de los conflictos sociales; 6) ratificación de una rígida política anticomunista, 7) garantías a la CTC en los organismos internacionales, como la ORIT y la CIOSL.

Con voz grave y el gesto de amistosa autoridad que le es conocido, Batista devolvió a Mujal la fraseología diplomática:

—Mucho me complacen las palabras del secretario general de la CTC. Eso revela que los líderes han sabido corresponder sensatamente a la opinión de las masas trabajadoras. Us-

tedes habrán tenido razones para justificar su conducta (se refería a la orden de paro), pero he visto que han sabido captar con inteligencia la identidad entre mis propósitos y los que alientan las luchas históricas del proletariado. Si antes hubiese contado con la generosa colaboración que ustedes me ofrecen con entusiasmo, ya hubiera resuelto esta situación....

Allí quedó instruido Portocarrero en cuanto a la devolución del Palacio de los Trabajadores y el local obrero de Camagüey, ocupados ambos por fuerzas del Ejército. Y como Mujal mencionara la emisión de bonos hipotecarios para terminar las obras del primer edificio, una frase repleta de intención asomó a los labios del general:

—Bueno, menos mal que ya el gobierno no tendrá que costearlas....

Antes de la despedida, Aguirre subrayó la demanda internacional, recordando que Cuba dirigía el movimiento obrero en Sur y Centro América, y que era secretario general de ese organismo, recibiendo garantías verbales de Batista. Pocas horas después se formalizaba la entrega del Palacio confederal ante el ministro Portocarrero y el jefe policial, coronel Salas. Repitió Mujal las zalemas a los gobernantes de facto y quedó sellada, en términos generales —el futuro diría hasta qué punto— la pacífica colaboración de la CTC con el régimen de origen militar.

Era, a decir verdad, un convenio equívoco, difícil de cumplir por ambas partes, sobre todo, por parte del gobierno. Nadie esperaba que los puntos 2 y 3 fueran respetados. El amago de nuevas elecciones en los sindicatos representaban una amenaza mortal para muchos dirigentes impuestos, y si se impedía al mismo tiempo el acceso de los comunistas a esas posiciones, no se veía otra organización política que el PAU con toda la fuerza que le daba su integración en el nuevo régimen para sustituir a los líderes que cayeran por su propio peso. Ahora bien, el partido de Batista no tenía, ni con mucho, cuadros sindicales preparados para esa responsabilidad.

Esta era la situación que ya estaban enfocando con perspicacia ciertas tendencias del movimiento obrero que ocupaban una posición equidistante entre el obrerismo auténtico —representado por la CON— y las temibles reservas comunistas, y que podían aprovechar con habilidad la etapa de transición que se plantería muy pronto entre el proletariado criollo.

Angel Cofiño, líder de Acción Sindical Independiente, declaraba:

—El ASI estima que es de cuidadosa atención la conducta de la clase obrera hasta tanto las definiciones sean más con-

cretas, evitando a toda costa que se trate de confundir la posición clasista de los reales y efectivos líderes del movimiento obrero organizado.

En igual dirección parecía moverse Vicente Rubiera. Asegurábase que trataba de integrar la Federación Telefónica que regía con el ASI de Cofiño —radicado en Plantas Eléctricas— y con el llamado “sindicalismo revolucionario” de los guiteristas, con ánimo probable de discutir a la CON, en el trance de las elecciones, las posiciones rectoras que le concediera al organismo obrero del PRC el fenecido régimen de Carlos Prío.

UNIVERSIDAD.

Los primeros diez días.

La actitud de los estudiantes universitarios a partir del inesperado golpe del día diez fue de notable firmeza, aunque también de cuidadosa vigilancia. Grupos sucesivos de emisarios más o menos autorizados del gobierno depuesto fueron en busca de la FEU —cuyos megáfonos transmitían sin cesar protestas contra el nuevo régimen— ofreciéndole o pidiéndole su concurso, no pocas veces hipotético.

Los primeros en acudir a la colina docente fueron Julio López y Conchita Castanedo, llevando una inverosímil apelación: que los alumnos se lanzaran a la calle. La FEU no tomó en consideración lo solicitado por los visitantes y prefirió dialogar directamente con el Presidente Prío (Bohemia, marzo 16).

De regreso al Alma Máter, en espera de las armas que el doctor Prío Socarrás había ordenado remitir a la Universidad y que a la postre no llegaron, los estudiantes recibieron a un segundo grupo, bastante heterogéneo por cierto. Lo integraban el representante Rolando Masferrer, sus amigos Miguel Angel Hernández, “Cuchifeo” Cárdenas y otros y el equívoco español Valentín González (a) El Campesino. Llegaron, desde luego, convenientemente armados.

—Venimos a defender la Constitución, la República y las libertades democráticas, comunicó enfáticamente el sublíder parlamentario auténtico a los de la FEU.

Hubo un momento de vacilación. Luego, el dirigente estudiantil José Hidalgo ripostó:

—Bueno, si es así, la mejor forma en que ustedes pueden contribuir a preservar la autonomía universitaria es abandonando la colina, pues si permanecen aquí pronto tendremos a los tanques atacándonos.

Trabajo costó que los visitantes dejaran el lugar, mas al fin se retiraron prometiendo volver.

Luego llegó una comisión de la CTC, integrada por Hirigoyen, Balbuena, Powell y Pomar. Tras breve discusión acordaron decretar un paro general para las cuatro de la tarde, sincronizado con la protesta estudiantil. Pero a esa hora surgió una imprevista rectificación:

—Algunos líderes sindicales, con Mujal a la cabeza están en contacto con el nuevo gobierno.

La tercera frustración vino del campo veteranista. Un grupo de mambises se presentó al centro docente ofreciendo acampar allí con tiendas de campaña, solidarizándose con los alumnos. Pasó algún tiempo y la radio informó:

—Una comisión de veteranos acudió a Columbia a entrevistarse con Batista. La encabezaba el general Enrique Loynaz del Castillo.

Una reunión conjunta del Consejo Universitario y el ejecutivo de la FEU acordó suspender las actividades académicas mientras no fueran restablecidas las garantías constitucionales. Por la noche después de impedir un intento de los estudiantes comunistas, que pretendieron apoderarse de la dirección del movimiento, la colina quedó cercada por fuerzas del ejército, cortando el servicio de agua y teléfono. Parecía intentarse rendir por hambre a los protestantes, pero éstos no cedieron.

Fiel a su actitud prudente, el gobierno de facto alternó dichas medidas de orden público con una declaración respetando la autonomía universitaria. Seguidamente, envió al doctor Avellanal con una oferta:

—Se podía destituir al Consejo y formar un gobierno de profesores y alumnos que acometa la reforma universitaria. Además, el gobierno ofrece diez millones de pesos para construir la ciudad universitaria... que serían administrados exclusivamente por ustedes...

Los líderes estudiantiles replicaron:

—¡Haga el favor de abandonar inmediatamente la Universidad que nosotros ni nos rendimos ni nos vendemos!

Ya la FEU había acordado solicitar la expulsión de los profesores del Alma Mater que aceptaran cargos en el gobierno de facto.

En horas de la noche del jueves se recibió la noticia de que Ernesto de la Fe, ministro de propaganda de Batista, solicitaba un cambio de impresiones con la FEU, se aceptó a condición de que asistiera solo a la entrevista y que ésta se celebrara en el primer peldaño de la escalinata.

—Quiero que sepan —dijo E de la F— que Batista reconoce el gesto cívico de ustedes y que es la única organización a la que acepta condiciones. Sólo deseamos que no entorpezcan la paz pública y que respeten las leyes.

—No defendemos a Prío, alegó un dirigente universitario, sino a la Constitución y las leyes que han sido violadas por el nuevo gobierno.

—Pero los amplificadores que ustedes usan mantienen al pueblo en agitación y ponen en peligro la paz pública....

—Sobre eso debe usted recordar —replicó Alvaro Barba— que a través de esos mismos amplificadores, Ernesto de la Fe, no el ministro de propaganda, sino el periodista, se ha dirigido al pueblo en otras ocasiones en demanda de sus derechos.

No hubo acuerdo posible, y el ministro se retiró. Todavía los estudiantes rechazaron una nueva gestión conciliatoria, esta vez de Carlos Bustamante, delegado político del PAU ante el Tribunal Superior Electoral.

Al mediodía del viernes se produjo una falsa retirada de la fuerza pública que cercaba la colina. La masa estudiantil aprovechó la tregua para obtener alimentos y agua y para llenar de letreros opositoristas todas las paredes cercanas. Tiempo después, el cerco militar fue restablecido.

El sábado —los amplificadores seguían gritando la protesta— los líderes de la FEU colocaron en el rectorado una bandera gigante sujeta con un crespón de luto. A las seis de la tarde, tal como lo había solicitado el Consejo Universitario, se marchó de veras la tropa. Fue una retirada pacífica, ilustrada con mutuas exclamaciones. Los soldados, sonrientes, comentaban:

—Nos vamos contentos, porque no ha habido accidentes que lamentar.

Y los estudiantes:

—No cejaremos en la lucha contra este gobierno y en defensa de la constitución.

(“Bohemia”, Año 44, No. 12, La Habana, Marzo 23 de 1952).

Tan pronto como se divulgó, el 10 de marzo último, la noticia del incalificable golpe militar perpetrado por Fulgencio Batista contra las instituciones de la República, el Partido del Pueblo Cubano lanzó una breve declaración condenando el cuartelazo. Dos días después, en posesión ya de los elementos de información necesarios para enjuiciar los pretextos e intenciones del mismo, el Partido impugnó enérgicamente en un segundo documento la proclama de Batista, negándole a éste la autoridad moral y política para justificar su conducta con el pretexto de las lacras del gobierno que había destituido en forma tan sorpresiva y alevosa.

No hemos de volver ahora sobre esos conceptos, que quedan incorporados a la actitud del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) frente a los gravísimos sucesos que tiene conmocionada a la Nación. Lo que ahora le cumple a este Partido es decir claramente, con toda la energía y alto sentido de responsabilidad que esta grave crisis demanda, cuál es su pensamiento y su actitud ante la situación actual y cuáles las consignas que se siente en el deber de darle a todo el pueblo de Cuba y particularmente a esa inmensa porción de él que ha depositado en la Ortodoxia su confianza. Al hacerlo, el Partido del Pueblo Cubano asume la dirección cívica del país por derecho propio, como partido mayoritario que es, como organización política igualmente distante de la corrupción pasada y de la violencia presente, y como única entidad en la cual tenían y tienen puesta su fe las más amplias y sanas reservas de la ciudadanía.

Queremos fijar, antes que nada, el criterio general con que el Partido Ortodoxo enfoca esta profunda crisis. No es el criterio circunstancial y acomodaticio de los que, con invocaciones cobardes a una supuesta "sensatez", quisieran que nos plegáramos a los hechos consumados para tratar de sacar de ellos el mejor partido posible. La Ortodoxia jamás seguirá ese indigno proceder. No es tampoco la actitud de un partido que, a la vista ya de un triunfo comicial que nadie podía seriamente discutirle, se ve privado, por un golpe cuartelero, de la victoria que tan arduamente se había ganado, a lo largo de varios años de lucha intensa por movilizar la conciencia cubana y levantarla —como efectivamente lo hizo— a la altura de sus más nobles ideales históricos.

Es justamente desde el punto de vista de estos ideales, de estos principios, de estas normas de vida pública que los cubanos heredaron de sus libertadores y sobre los cuales se fundó la República, como la Ortodoxia contempla la situación presente. No abdicaremos jamás de esos principios. Si así lo hiciese, la Ortodoxia sólo mostraría ser un partido más, atento, no a la dignidad y a la felicidad de la Nación, sino a su particular interés. Se mostraría indigna del ejemplo y las normas que le legó su heroico fundador Eduardo R. Chibás. Lo que ante los hechos consumados no puede olvidarse, lo que la Ortodoxia no está dispuesta a olvidar ni a envolver en disimulos cobardes, es que una vez más, la voluntad de un hombre ambicioso y torvo, responsable ya de muchos desafueros y violaciones anteriores en la vida cubana, ha vuelto a sustituir a la voluntad de la nación, a la voluntad del pueblo, a la fuente única de autoridad que una democracia reconoce, que es la autoridad emanada de las urnas. Lo que la Ortodoxia no puede permitir que se le oculte al pueblo con sofismas desvergonzados y con pretensiones hipócritas de rectificación, es que de nuevo Fulgencio Batista pretende erigir a los cuarteles en árbitros de los destinos nacionales y en depositarios de la capacidad pública, haciendo a los institutos armados, no cumplidores de la ley, sino jueces de su observancia. Lo que la Ortodoxia le señala a todos los cubanos es que si este precedente se vuelve a convalidar por el asentimiento y a consolidar por la cobardía, ya no habrá más democracia en Cuba, porque cada vez que los institutos armados, sonsacados y engañados por algún ambicioso de mando público, quieran hacer prosperar intereses personales o estén inconformes con una perspectiva política respaldada por la opinión pública, se sentirán igualmente dispuestos a cerrarle el paso a la voluntad del pueblo y a imponer sus propicias codicias y criterios.

Eso es tan grave, que frente a un precedente semejante no caben transacciones, por mucho que parezcan recomendarlas los consejos de una sensatez miope y timorata. Este es un problema de vasta trascendencia histórica, y si la Ortodoxia no lo enfocase así, estaría traicionando su propia razón de ser.

Frente a los hechos perpetrados el 10 de marzo y frente a sus derivaciones, no cabe más que una actitud digna y previosa: la única actitud realmente política en el sentido más hondo y responsable de la palabra: declarar de plano, sin titubeos ni atenuaciones, la ilegitimidad de la situación creada, la nulidad absoluta de todos sus actos y consecuencias, la voluntad firme y resuelta de no contribuir en forma alguna ni bajo ningún pretexto ni promesa, a legalizar artificiosamente esos hechos y consecuencias, como se pretende hacerlo ahora con las maniobras leguleyescas de los que prefieren poner su cabeza

bajo el yugo antes que defender con virilidad y entereza los principios sagrados del ordenamiento jurídico constitucional.

La Constitución de 1940, producto de una revolución genuina a que el pueblo cubano tuvo que apelar frente a una política inerte y a un gobierno tiránico, que le había cerrado el camino de las urnas, ha sido violenta en toda su extensión y sin ninguna excusa valedera.

Tan evidente es esa violación, que resulta innecesario puntualizarla, cosa que el Partido del Pueblo Cubano se propone hacer en su alegato e instancia ante el Tribunal Supremo, de que luego se hablará. Nos limitamos aquí a señalar el Artículo 2 de la Carta Magna, por el cual se declara que "la soberanía reside en el pueblo y de éste dimanán los poderes públicos". A este artículo responden los que establecen el sufragio como única fuente legítima de la autoridad. Batista ha asumido poderes públicos que no dimanán del pueblo ni por esa vía ni por ninguna otra. Ha establecido una dictadura militar, con asistencia de elementos civiles que han traicionado, como él, la Constitución de la República. Bajo ese signo de violencia, ha suspendido las garantías individuales y violado otros muchos preceptos de la Constitución.

Previendo la posibilidad de arbitrariedades semejantes, que parecían ya proscriptas para siempre de nuestra vida pública, la Constitución estableció en su Art. 40 que "las disposiciones legales gubernativas o de cualquier otro orden que regulen el ejercicio de los derechos que esta Constitución garantiza, serán nulas si los disminuyen, restringen o adulteran. Es legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales garantizados anteriormente". Este artículo, por sí sólo destruye totalmente la virtualidad jurídica de cuanto ha hecho hasta hoy Fulgencio Batista y Zaldivar. En tal precepto nos apoyamos para mantener con toda energía, que la proclama publicada el día 10 de marzo en la prensa y en la Gaceta Oficial, es totalmente nula, como nulas son todas las medidas y disposiciones que en ella se han fundado, y que ni esa proclama ni estas disposiciones subsiguientes deben ser acatadas ni cumplidas por el pueblo de Cuba, el cual está constitucionalmente facultado para resistir, en la forma que considere adecuada, al régimen de fuerza que usurpó el poder constituido.

En Cuba no existe actualmente, a la luz de nuestra Carta Magna, un Poder Ejecutivo, por que falta el Presidente Constitucional de la República. Batista no puede ser el Jefe del Estado, porque no es el Presidente electo a través de un proceso cívico mediante el ejercicio del sufragio universal, igual directo y secreto. En Cuba no existe tampoco, constitucionalmente, un Consejo de Ministros, porque los que ahora detentan dichos cargos no son frutos de una designación presidencial.

Al amparo de los derechos que la Constitución franquea, el Partido del Pueblo Cubano, deseoso de agotar las vías de la jurisdicción antes de apelar, si por desgracia fuese necesario, a otros recursos, anuncia que presentará inmediatamente ante el Tribunal Supremo, y particularmente ante el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, la demanda de declaración de nulidad de todos los actos realizados desde la madrugada infame del 10 de marzo. Pero esa apelación es la única vía jurídica que aun parece franca, no obstará para que el Partido, y bajo su dirección e instancia todo el pueblo democrático de Cuba, haga uso del derecho de "resistencia adecuada" que sin otras condiciones le franquea el citado Artículo 40 de la Constitución.

Este propósito, que hace descansar sobre el pueblo mismo la reivindicación de sus derechos conculcados, se opone a todo otro medio de resolver la situación presente por las vías artificiosas y cobardes del contubernio con los poderes espurios. Nuevamente declaramos, pues, nuestro más enérgico rechazo de toda fórmula que, so pretexto de una "constitucionalización" imposible, envuelva, como todas ellas inevitablemente tiene que envolver, la convalidación del golpe de fuerza que ha echado un baldón sobre la vida democrática cubana.

Para que no se pueda acusar a este partido, sin embargo, de que sólo alza una voz de protesta, sin señalar vía alguna de superación de las presentes circunstancias, declaramos que el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) no puede considerar más solución que la siguiente:

- 1) La formación inmediata de un Gobierno inequívocamente neutral y por tanto totalmente ajeno a la influencia directa o indirecta de Fulgencio Batista.
- 2) El restablecimiento inmediato de todas las garantías constitucionales por ese Gobierno.
- 3) La convocatoria inmediata, en un ambiente de absoluta garantías, a elecciones para todas las magistraturas políticas nacionales y provinciales que proceda, de manera que puedan ser ocupadas en las fechas que señala la Constitución y la Ley, por los mandatarios que el pueblo libremente elija.

De no accederse a esta solución, única que resulta compatible con los altos intereses de la Nación, única que puede devolverle inmediatamente la paz y el orden jurídico, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) declara su más firme y resuelto propósito de combatir, por todos los medios a su alcance, el régimen engendrado por la ambición de Fulgencio Batista. A ese efecto desde este momento convoca a todos los ciudadanos de

buena voluntad a todas las instituciones políticas y cívicas de pensamiento democrático, a todos los organismos económicos, sociales y culturales, a los profesionales, empleados públicos o privados, a los obreros, a los campesinos, a los estudiantes, a cuantos ostenten representación pública en la vida cubana, y al pueblo en general, a cerrar filas bajo la dirección del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) en esta cruzada por rescatar de la usurpación el decoro y las libertades públicas, el prestigio de nuestra democracia, la paz y felicidad de nuestro pueblo, ideal de los fundadores, mancillado en las vísperas mismas de cumplirse el Cincuentenario de nuestra Independencia.

Integremos y movilizemos este Frente Cívico Nacional para todas las formas activas y pasivas de "resistencia adecuada" que la Constitución autoriza. Sólo así podremos llegar al 20 de mayo próximo, sin sentir en nuestras mejillas de cubanos el bochorno de haber traicionado o abandonado cobardemente las más altas consignas de la patria.

La Habana, 16 de marzo de 1952.

DR. EMILIO OCHOA,
Candidato Vicepresidencial y Presidente del Partido del
Pueblo Cubano (Ortodoxo)

DR. ROBERTO AGRAMONTE,
Candidato Presidencial del Partido del Pueblo Cubano
(Ortodoxo)

“Haciendo un recuento de la jornada de ayer domingo en la tumba de nuestro maravilloso Eduardo Chibás, quiero manifestarle, primeramente fiel a la consigna de nuestro Partido, que no se hicieron allí los pronunciamientos necesarios de acuerdo con el estado de cosas reinantes, y después, como partidario decidido de acabar con este régimen de fuerza, que de allí no salió lo que el pueblo de Cuba quiere.

“Se esperaban muchas cosas, hasta los papelitos necesarios en estos casos, que dicen mucho, pero en el fondo no dicen nada; pero sobre todas las cosas, se esperaba la combatividad ortodoxa, irreductible en todos los momentos, persiguiendo como meta única acabar de una vez y para siempre con el ladronismo, el bandidaje y otros desmanes que han representado la mayoría de todos los gobernantes que hemos padecido los cubanos.

“Sí, es necesario evitar crímenes. asesinatos, que corra la sangre, en fin, todas esas cosas que nos recomiendan nuestros abuelos. Pero hasta este momento no he visto a nadie arrepentido por la sangre que corrió en el 68 y después en el 95. Al contrario, la veneramos. Tampoco he visto a nadie llorando la muerte de Antonio Guiteras. Al contrario, la cantamos.

“¿Nuestro movimiento no persigue la causa más justa de Cuba republicana? Entonces, ¿por qué tanto cuidado?. ¿Lo tuvo Batista cuando su cerebro letrino engendró el golpe de estado? Los pasivos siempre dan en segundo término.

“Hay, sí, que romper el pacto infame de hablar a media voz, pero hay que romperlo radicalmente, no con desmayos ni medias tintas; hay que cumplirlo, pero cumplirlo íntegramente. No hay que pedir permiso para hacerlo.

“Su voz fue necesaria ayer sobre la tumba del mártir. ¿Por qué no se dejó escuchar atronadora, ensordecedora, limpia y clara, de abajo para arriba, con esas verdades que todos queremos oír, y que en este momento más que nunca esperábamos?.

“Los combatientes que estábamos allí, enseñados por Chibás, no queríamos escuchar discursos doctrinales de decimoquinta categoría, como el que pronunció nuestro candidato el doctor Agramonte, que dicho sea de paso, encarna vivamente, en momentos de libertad, de calma, de reflexión, todos nuestros ideales, pero que en este momento no debe asumir personalmente él el liderazgo de las masas de este pueblo en descomposición que reclama acción rápida. Debe guardársela para el momento oportuno; no debe presentarse pálido y nervioso y vacilante ante los seguidores de Chibás.

“La inactividad consume, y no debemos dejarnos consumir de ninguna forma. Todos los líderes del Partido conferencian incansablemente sobre cosas sin trascendencia.

“¿Para qué, en este momento, dogmas ni doctrinas, si lo que necesitamos se llama acción, acción?. Hay que tener conciencia exacta del momento histórico en que vivimos. Chibás la hubiera tenido, sin dudas.

“No se desea que todos sean Chibás, todo lo contrario; pero sí que cada uno escoja la trinchera donde mejor pueda servir. Todos los puestos son buenos; que cada uno represente un pedacito de Chibás, que se le abra paso a los de acción rápida. Los otros que los sigan; éstos que canalicen su opinión a favor de los otros.

“Con estas palabras no quiero calificar a los otros como cobardes o malos, eso no. El doctor Agramonte, frente al programa “Ante la Prensa”, es una muralla china; pero frente a una multitud que pide justicia de cualquier forma, resulta demasiado frágil.

“No hay que obstinarse en algo que no sea grande. El instante es formidable. Nuestros líderes tienen el apoyo popular y, aunque parezca extraño, tienen el respeto de las bayonetas. Ayer quedó demostrado en el cementerio. Hay que hablar hoy, hay que conducir hoy. El bozal que nos preparan va a resultar demasiado fuerte.

“Basta ya de pronunciamientos estériles, sin objetivo determinado. Una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo. Hora es ya: todo está de nuestra parte, ¿por qué vamos a despreciarlo?.

“Usted, Pardo Llada, no permanezca callado; el pueblo no lo concibe a usted de esa forma. Si le cierran Radio Cadena Habana, haga lo que dijo cuando dejó Unión Radio; hable con un cartucho en el Parque Central, en la esquina, en la calle, en los portales, dondequiera que lo oigan.

“Basta ya de conferencias: hay que indicar el camino, por muy oscuro que luzca. Adelante. Su casa es la cárcel o la calle, y hubieran sido también las de Chibás. No quiero que nos maten a todos, todo lo contrario. Pero si esto de aquí afuera es tranquilidad, no olvide que Rousseau dijo: “también en los calabozos hay tranquilidad, honra más la de adentro que la de afuera.

“Esto mío no es derrötismo; yo también quiero cantar “al combate”. Hay que ayudar a los estudiantes; son formidables, como siempre, pero hay que indicar la forma. Usted y los demás tienen la palabra”.

Abel Santamaría Cuadrado

(Carta pública dirigida por Abel Santamaría al traidor José Pardo Llada el 17 de marzo de 1952, a los pocos días del artero golpe de estado de Fulgencio Batista).

Apreciables legisladores se me han acercado con el fin de exponerme los esfuerzos que a su juicio deben realizarse para lograr una cierta normalidad que mejore o supere la crisis institucional que confronta la República. Una de esas sugerencias se refiere a la renuncia del cargo de Vicepresidente que ocupó por voluntad de la Nación.

Es evidente que el golpe de Estado del pasado lunes, al producirse el derrocamiento del señor Presidente y de su Gobierno, me han desposeído, en los terrenos de los hechos, de mi legítima investidura como segundo Mandatario de la República. Los principios democráticos Constitucionales han sido violados, al convertirse una Junta Militar en fuente creadora del Poder Público. Ante ese suceso no alcanzo a comprender de qué modo inmediato podrá restablecerse el ritmo jurídico abruptamente quebrantado.

La rebelión del 10 de marzo representa el predominio de lo arbitrario sobre el derecho, la transformación en un Partido más de las milicias llamadas a defender y respetar siempre los fueros de la Constitución y de las Leyes. Y, por otra parte, tales hechos, a mi juicio, carecen de rango revolucionario, en el noble sentido del vocablo.

Así, pues, más allá de toda circunstancia personal, ayuno mi espíritu de resentimiento, en exacta interpretación del bien público, ha de producirse nuestro enjuiciamiento, que es de condenación ante el daño inferido a las libertades patrias y a la marcha ascensional y ordenada de nuestra democracia.

Ahora bien, si el Honorable Congreso entiende que aún, tiene a su alcance medios adecuados que restablecer puedan el imperio de la Ley, y aprecia que, para ello, es procedente dar paso a una sustitución presidencial, en armonía con las previsiones constitucionales, tenga, en cuanto a mi, por facilitado ese trámite patriótico con la renuncia que formulé del cargo de Vicepresidente de la República que legítimamente ostento.

Nadie vea en esta declinación un acto de arrogancia ni una ingenua postura. En punto a las realidades imperantes, bien sé que la fuerza ya me privó del mandato popular que ejercía. Aprecie el Honorable Congreso que con esta formalidad sólo estoy recogiendo las instancias que, plenas de buena fe, se han servido hacerme algunos de sus dignísimos componentes. Y no importa que a mis luces jurídicas resulte imposible hallar una fórmula de normalidad que no se asiente en el íntegro respecto

a la Carta Magna y en el pulcro ejercicio de todos los derechos democráticos, que sería tanto como pedir a quienes de facto están mandando que devuelvan al pueblo sus leyes y su soberanía nacional conculcadas. Porque en definitiva me sentiré muy satisfecho si estas sencillas verdades que ofrezco al Parlamento, sirven de estímulo y avivan la responsabilidad en logro de la paz, la civilidad, la libertad, la concordia, la legalidad y la restauración democrática, que es el gran anhelo de todos los cubanos que hoy —absortos y entristecidos—, lo piden en silencio o en tono menor, y mañana, si fueran desoídos, lo reclamarán y exigirán con el valor, el sacrificio y el coraje que han caracterizado a nuestras grandes reivindicaciones históricas.

GUILLERMO ALONSO PUJOL,
Vicepresidente de la República.

La Habana, marzo 17 de 1952.

(“Bohemia”, marzo 23 de 1952).

A LA NACION:

Los Presidentes del Senado y de la Cámara de Representantes y Presidentes Líderes de los Comités Parlamentarios de ambos Cuerpos Colegisladores que suscriben, después de examinar los acontecimientos ocurridos el día 10 del corriente mes de marzo, la violenta interrupción del ordenamiento constitucional de Cuba y las medidas de fuerzas que ilegalmente impiden la reunión del Congreso y de sus Comités Parlamentarios.

ACUERDAN:

PRIMERO: Declarar que fieles a sus deberes de legítimos mandatarios de la Nación e integrantes del primer Poder del Estado, y responsabilidades inherentes a ese mandato, juzgan obligación invulnerable condenar la vulneración de la Constitución de la República consumada por la rebelión militar del pasado día 10 de marzo; afirmar, mantener y defender íntegramente la autoridad y los derechos de que están investidos los Poderes constitucionales del Estado y rechazar toda limitación a los mismos impuesta por la fuerza.

SEGUNDO: Manifestar que los fueros y prerrogativas congresionales han tropezado con obstáculos que escapan a la acción efectiva del Parlamento, el cual, en virtud de los mismos, carece de las garantías indispensables a su pleno funcionamiento y, por ende, está realmente imposibilitado de dar exacto cumplimiento a los preceptos de la Constitución.

TERCERO: Declarar que el Congreso, una vez encarada y salvada su responsabilidad, señala ante la Nación y ante la Historia, como exclusivo culpable del mantenimiento y la prolongación del estado de fuerza imperante, al jefe del movimiento militar que ilegalmente detenta el Poder, Senador Fulgencio Batista y Zaldivar.

CUARTO: El Congreso estima deber insoslayable advertir al pueblo de Cuba y a todos los pueblos y gobiernos, que el quebrantamiento del régimen constitucional y la negativa de

los hombres que se han adueñado del Poder a restaurar dicho ordenamiento, eximen y liberan a la República de los compromisos u obligaciones interiores o internacionales, ilegalmente contraídos por esos hombres.

QUINTO: El Congreso reclama la cooperación inexcusable del Poder Judicial y especialmente del pleno del Tribunal Supremo, Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, y Tribunal de Cuentas, para que mediante sus respectivas potestades jurisdiccionales, contribuyan resueltamente a la restauración del ordenamiento constitucional de Cuba anulando o desaprobando todos los actos que hayan acordado o realizado el 10 de marzo, o que en lo futuro acuerden o realicen los ocupantes del Poder.

SEXTO: El Congreso ratifica su fe inquebrantable en los destinos eternos y gloriosos de la Patria democráticamente organizada, afirma su confianza en los tradicionales valores y recursos morales del pueblo y alza la voz demandando la colaboración de la ciudadanía y especialmente de los veteranos de las guerras de independencia, Partidos Políticos, la prensa escrita y radial y las entidades representativas de las clases trabajadoras, campesinas, profesionales, económicas y estudiantiles, para lograr el éxito de la Empresa que debe ser y es hoy supremo anhelo nacional y que se resume en el inaplazable restablecimiento del régimen constitucional violentamente interrumpido y la celebración de comicios libres, a fin de que el pueblo, en ejercicio de su soberanía, elija a sus mandatarios los cuales tomarán posesión de sus cargos en las fechas determinadas por la Constitución y las leyes.

La Habana, 17 de marzo de 1952.

La Universidad de La Habana, fiel a su tradición histórica y a su carácter de institución llamada a salvaguardar y conservar los más preciados dones de la cultura y los altos principios que rigen las sociedades civilizadas, después de fijar al día siguiente de los acontecimientos del 10 del mes en curso su posición frente al régimen de facto, condenándolo por haber subvertido el ordenamiento constitucional y legal y creado una situación muy grave al país, encara de nuevo sus deberes rectores y cívicos con la misma firmeza y convicción de siempre, para enjuiciar el golpe militar que ha conmovido en lo más íntimo la conciencia nacional y herido en lo más hondo los más caros sentimientos de nuestro pueblo, manteniendo los principios fundamentales siguientes:

1. Es necesario restablecer la seguridad jurídica, que descansa en la existencia y aplicación de normas que garantizan el respeto al comportamiento ciudadano, que el régimen de facto ha destruido bajo la afirmación de que la Constitución y la Ley tendrán vigencia en tanto no se opongan a sus anunciados propósitos rectificadores.

2. Es indispensable mantener el principio de que sólo es posible llegar al Poder mediante la elección de los gobernantes por los procedimientos democráticos, ya que la madurez cívica alcanzada por nuestro pueblo lo ha llevado a la plena convicción de que debe proscribirse todo otro sistema que prive a la ciudadanía de ese inalienable derecho.

3. El golpe militar hace descansar su movimiento político en los errores cometidos por el Gobierno constitucional, y para rectificarlos ha empleado un procedimiento antidemocrático, olvidando el principio de que los errores del sistema democrático sólo deben rectificarse utilizando también procedimientos democráticos y no otros que entrañan un retroceso en la vida cívica.

4. La Universidad de La Habana sostiene que nadie, persona o entidad, tiene el derecho de arrogarse la defensa de las instituciones políticas del país, saltando por encima de la Constitución y de la Ley.

5. La Universidad de La Habana estima que es fatal y de graves consecuencias perdurables, el sistema de obtener el concurso de las fuerzas armadas mediante la destrucción de sus

jerarquías y el desplazamiento de los superiores en categoría por los que ocupan rangos subordinados.

6. El triunfo del golpe militar sería la consagración de la fuerza y de la violencia como medio o instrumento para la solución de problemas partidaristas, lo que constituye un mal ejemplo para el futuro, una gran preocupación para la ciudadanía y un grave peligro para la estabilidad de las instituciones de la República.

7. La Universidad de La Habana condena la aspiración al Poder desde el Poder, lo que se produce cuando el jefe de un gobierno de facto o de derecho, conserva la suprema magistratura del país o la dirección de los asuntos públicos o mantiene, de hecho, los resortes del cargo, con lo cual se trastorna el libre desenvolvimiento de la función electoral, como ha demostrado la historia política de Cuba.

8. La concentración del Poder Legislativo y del Poder Ejecutivo en manos de una sola persona u organismo, que ha traído consigo el régimen de facto al suspender los fueros del Congreso de la República, es un peligro extraordinario para las libertades públicas, tan amadas por nuestro pueblo, y para los demás derechos individuales, políticos y sociales del hombre y del ciudadano plasmados en la Constitución de 1940.

9. La suspensión de las garantías constitucionales no ha sido más que un expediente del régimen de facto para proteger su permanencia, ya que antes del mismo no existía un estado de anormalidad que justificara dicha medida de acuerdo con el Artículo 41 de la Constitución.

10. Frente a tales hechos, la Universidad de La Habana, celosa defensora de las libertades y el decoro públicos, recaba con absoluta responsabilidad de sus actos:

- a) El restablecimiento pleno de la Constitución de 1940 y de las garantías constitucionales.
- b) La sustitución presidencial en la forma prevista en los Artículos 148 y 149 de la Constitución.
- c) El funcionamiento pleno de todos los Poderes y Organismos del Estado y demás entidades públicas.
- d) La normalización del proceso electoral, en forma que permita restaurar el ritmo constitucional.

La Habana, marzo 22 de 1952.

El Consejo Universitario.

("Bohemia", Año 44, No. 13, La Habana, 30 de marzo de 1952).

Os voy a referir una historia. Había una vez una República. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades; Presidente, Congreso, Tribunales; todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con entera libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo pero el pueblo podía cambiarlo y ya sólo faltaban unos días para hacerlo. Existía una opinión pública respetada y acatada y todos los problemas de interés colectivo eran discutidos libremente. Había partidos políticos, horas doctrinales de radio, programas polémicos de televisión, actos públicos y en el pueblo palpitaba el entusiasmo. Este pueblo había sufrido mucho y si no era feliz, deseaba serlo y tenía derecho a ello. Lo habían engañado muchas veces y miraba el pasado con verdadero terror. Creía ciegamente que éste no podría volver; estaba orgulloso de su amor a la libertad y vivía engreído de que ella sería respetada como cosa sagrada; sentía una noble confianza en la seguridad de que nadie se atrevería a cometer el crimen de atentar contra sus instituciones democráticas. Deseaba un cambio, una mejora, un avance, y lo veía cerca. Toda su esperanza estaba en el futuro.

¡Pobre pueblo! Una mañana la ciudadanía se despertó estremecida; a las sombras de la noche los espectros del pasado se habían conjurado, mientras ella dormía, y ahora la tenían agarrada por las manos, por los pies y por el cuello. Aquellas garras eran conocidas, aquellas fauces, aquellas guadañas de muerte, aquellas botas.... No; no era una pesadilla; se trataba de la triste y terrible realidad: un hombre llamado Fulgencio Batista acababa de cometer el horrible crimen que nadie esperaba.

Ocurrió entonces que un humilde ciudadano de aquel pueblo que quería creer en las Leyes de la República y en la integridad de sus magistrados a quienes había visto ensañarse muchas veces contra los infelices, buscó un Código de Defensa Social para ver que castigos prescribía la sociedad para el autor de semejante hecho y encontró lo siguiente:

“Incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años el que ejecutare cualquier hecho encaminado directamente a cambiar en todo o en parte, por medio de la violencia, la Constitución del Estado o la forma de Gobierno establecida”.

“Se impondrá una sanción de privación de libertad de tres a diez años al autor de un hecho dirigido a promover un alzamiento de gentes armadas contra los Poderes Constitucio-

nales del Estado. La sanción será de privación de libertad de cinco a veinte años si se llevase a efecto la insurrección”.

“El que ejecutare un hecho con el fin determinado de impedir, en todo o en parte, aunque fuese temporalmente, al Senado, a la Cámara de Representantes, al Presidente de la República, o al Tribunal Supremo de Justicia, el ejercicio de sus funciones constitucionales, incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años”.

“El que tratare de impedir o estorbar la celebración de elecciones generales, incurrirá en una sanción de privación de libertad de cuatro a ocho años”.

“El que introdujere, publicare, propagare o tratare de hacer cumplir en Cuba, despacho, orden o decreto... que tienda a provocar la inobservancia de las leyes vigentes incurrirá en una sanción de privación de libertad de dos a seis años”.

“El que sin facultad legal para ello ni orden del Gobierno, tomare el mando de tropas, plazas, fortalezas, puestos militares, poblaciones o barcos o aeronaves de guerra incurrirá en una sanción de privación de libertad de cinco a diez años”.

“Igual sanción se impondrá al que usurpare el ejercicio de una función atribuida por la Constitución como propia de alguno de los poderes del Estado”.

Sin decir una palabra a nadie, con el Código en una mano y los papeles en otra, el mencionado ciudadano se presentó en el viejo caserón de la Capital donde funcionaba el tribunal competente, que estaba en la obligación de promover causa y castigar a los responsables de aquel hecho, y presentó un escrito denunciando los delitos y pidiendo para Fulgencio Batista y sus 17 cómplices la sanción de 1 a 8 años de cárcel como ordenaba imponerle el Código de Defensa Social con todas las agravantes de reincidencia, alevosía y nocturnidad.

Pasaron los días y pasaron los meses. ¡Qué decepción! El acusado no era molestado, se paseaba por la República como un amo, le llamaban honorable señor y general, quitó y puso magistrados, y nada menos que el día de la apertura de los tribunales se vio al reo sentado en el lugar de honor, entre los augustos y venerables patriarcas de nuestra justicia.

Pasaron otra vez los días y los meses. El pueblo se cansó de abusos y de burlas. ¡Los pueblos se cansan!. Vino la lucha y entonces aquel hombre que estaba fuera de la ley, que había ocupado el poder por la violencia, contra la voluntad del pueblo y agrediendo el orden legal, torturó, asesinó, encarceló y acusó ante los tribunales a los que habían ido a luchar por la ley y devolverle al pueblo su libertad.

(Fidel Castro: Fragmento de “La Historia me Absolverá”).

AL TRIBUNAL DE URGENCIA

FIDEL CASTRO RUZ, Abogado, con bufete en Tejadillo No. 57, ante ese tribunal de justicia expone lo siguiente:

Los hechos que motivan este escrito son harto conocidos, pero no obstante vengo a hacer formal denuncia de los mismos bajo mi absoluta responsabilidad, y demandar la aplicación de las leyes vigentes, lo cual aunque parezca absurdo frente al desenfreno imperante, se ajusta a normas jurídicas no abolidas por nada ni por nadie, haciendo, por tanto, si más difícil y abrumador el deber de los magistrados, más meritorio y digno de la patria el cumplirlo.

En la madrugada del 10 de marzo, un senador de la República, traicionando sus propios fueros y atribuciones, penetró en el campamento militar de Columbia, previo concierto con un grupo de oficiales del Ejército.

Auxiliados por la noche, la sorpresa y la alevosía, detuvieron a los jefes legítimos asumiendo sus puestos de mando, tomaron los controles, incitaron a la sublevación de todos los distritos, e hicieron llamada general a la tropa que acudió, tumultuariamente al polígono del campamento donde le arrojaron para que volvieran sus armas contra la Constitución y el Gobierno legalmente constituido.

La ciudadanía que estaba ajena por completo a la traición, se despertó a los primeros rumores de lo que estaba ocurriendo. El apoderamiento violento de todas las estaciones radiales por parte de los alzados, impidió al pueblo noticias y consignas de movilización para la resistencia.

Atada de pies y manos, la nación contempló el desbordamiento del aparato militar que arrasaba la Constitución, poniendo vidas y haciendas en los azares de las bayonetas.

El jefe de los alzados, asumiendo el gobierno absoluto y arrogándose facultades omnímodas, ordenó la suspensión inmediata de las elecciones convocadas para el 1.º de junio.

Las más elementales garantías personales fueron suprimidas de un borrón.

Como un botín fueron repartidas todas las posiciones administrativas del Estado entre los protagonistas del golpe.

Cuando el Congreso pretendió reunirse acudiendo a la convocatoria ordinaria, fue disuelto a tiro limpio.

En la actualidad están llevando a cabo la total transformación del régimen republicano, y planean la sustitución de la Constitución nacional, producto de la voluntad del pueblo, por un mamotreto jurídico engendrado en los cuarteles a espaldas de la opinión pública.

Todos estos hechos están previstos y sancionados de manera terminante y clara por el Código de Defensa Social en su artículo 147, según el cual será sancionado con privación de libertad de seis a diez años el que ejecutare cualquier hecho encaminado directamente a cambiar en todo o en parte, por medio de la violencia, la Constitución o la forma de Gobierno establecido. Y, además, son de aplicación los siguientes preceptos:

Art. 148. Se impondrá una sanción de privación de libertad de tres a diez años al autor de un hecho dirigido a promover un alzamiento de gentes armadas contra los Poderes Constitucionales del Estado.

b) La sanción será de privación de libertad de cinco a veinte años, si se lleva a efecto la insurrección.

Art. 149. a) El que ejecutare un hecho con el fin determinado de impedir en todo o en parte, aunque fuera temporalmente al Senado, a la Cámara de Representantes, al Presidente de la República o al Tribunal Supremo de Justicia, el ejercicio de sus funciones constitucionales incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años.

b) El que tratare de impedir o estorbar la celebración de elecciones generales o plebiscitos, incurrirá en una sanción de privación de libertad de cuatro a ocho años.

Art. 235. Son reos de sedición los que se alzan pública o tumultuariamente para conseguir por la violencia cualquiera de los objetos siguientes:

1) Impedir la promulgación o la ejecución de las leyes o la libre celebración de las elecciones populares o de los plebiscitos en alguna provincia, circunscripción o distrito electoral.

2) Impedir a cualquier tribunal, autoridad, corporación oficial o funcionario público, el libre ejercicio de sus funciones o la ejecución de sus providencias o resoluciones judiciales o administrativas.

Art. 256. a) Los que hayan inducido o determinado a los sediciosos, promovido o sostenido la sedición y los caudillos

principales de ella serán sancionados con privación de libertad de tres a ocho años.

Art. 240. Los que trataren de seducir tropas o cualquier otra clase de fuerza armada para cometer el delito de sedición incurrirán en una sanción de privación de libertad de dos a cinco años.

Por todos estos artículos y otros más que sería prolijo enumerar, el señor Fulgencio Batista y Zaldívar, ha incurrido en delitos cuya sanción lo hacen acreedor a más de CIEN AÑOS DE CARCEL.

No basta con que los alzados digan ahora tan campantes que la revolución es fuente de derecho, si en vez de revolución lo que hay es "restauración", si en vez de progreso, "retroceso", en vez de justicia y orden, "barbarie y fuerza bruta", si no hubo programa revolucionario, ni teoría revolucionaria, ni prédica revolucionaria que precedieran al golpe: politiqueros sin pueblo, en todo caso convertidos en asaltantes de poder. Sin una concepción nueva del Estado, de la sociedad y del ordenamiento jurídico, basados en hondos principios históricos y filosóficos, no habrá revolución generadora de derecho. Ni siquiera se les podrá llamar delincuentes políticos; para Jiménez de Asúa, el maestro de los penalistas, sólo merecen ese concepto "aquellos que luchan por un régimen social de catadura avanzada hacia el porvenir", nunca los reaccionarios, los retrógrados, los que sirven intereses de camarillas ambiciosas: esos serán siempre delincuentes comunes para quienes jamás estará justificado el asalto al poder.

La actuación de ese tribunal ante los hechos relacionados tendrá una alta significación para el pueblo de Cuba. Evidenciará si es que sigue funcionando con plenitud de facultades, si es que no se ve imposibilitado del mismo modo el Poder Judicial.

Al Tribunal de Urgencia se lleva a un ciudadano cuando se le acusa de sedición o de cualquier otro delito de su competencia, se le juzga y si resulta probado se le condena. Así lo ha hecho muchas veces.

Si se niega a comparecer se le declara en rebeldía y se tramitan las órdenes pertinentes.

De los delitos cometidos por Batista, los que resultan comprendidos en los artículos 147, 148, 235 (inc. 1 y 2), 236 y 240, son de la competencia del Tribunal de Urgencia, no sólo porque se deduce perfectamente del artículo 32 del Decreto-Ley 292 de 1934 que crea este tribunal, sino también porque así lo estableció de manera clara y terminante la Sala de Audiencia de La Habana por acuerdo de 14 de octubre de 1938, aceptado plenamente en la práctica.

Si frente a esa serie de delitos flagrantes y confesos de traición y sedición no se le juzga y castiga, ¿cómo podrá después ese tribunal juzgar a un ciudadano cualquiera por sedición o rebeldía contra ese régimen ilegal producto de la traición impune? Se comprende que eso sería absurdo, inadmisiblemente, monstruoso a la luz de los más elementales principios de la justicia.

No prejuzgo el pensamiento de los señores magistrados, sólo expongo las razones que fundamentan mi determinación de hacer esta denuncia.

Acudo a la lógica, palpo la terrible realidad, y la lógica me dice que si existen tribunales, Batista debe ser castigado, y si Batista no es castigado y sigue como amo del Estado; Presidente, Primer Ministro, Senador, Mayor General, Jefe Civil y Militar, Poder Ejecutivo y Poder Legislativo, dueño de vidas y haciendas, entonces no existen tribunales, los ha suprimido. ¿Terrible, verdad?

Si es así, dígase cuanto antes, cuélguese la toga, renúnciese al cargo; que administren justicia los mismos que legislan, los mismos que ejecutan, que se siente de una vez un cabo con una bayoneta en la sala augusta de los magistrados. No cometo falta alguna al exponerlo así con la mayor sinceridad y respeto; malo es callarlo, resignarse a una realidad trágica, absurda, sin lógica, sin normas, sin sentido, sin gloria ni decoro, sin justicia.

La Habana, marzo 24 de 1952.

Dr. Fidel Castro Ruz

Señores Magistrados: Yo soy aquel ciudadano humilde que un día se presentó inútilmente ante los tribunales a pedirle que castigaran a los ambiciosos que violaron las leyes e hicieron trizas nuestras instituciones, y ahora, cuando es a mí a quien se acusa de querer derrocar este régimen ilegal y restablecer la Constitución legítima de la República, se me tiene 76 días incomunicado en una celda, sin hablar con nadie ni ver siquiera a mi hijo; se me conduce por la ciudad entre dos ametralladoras de trípode, se me traslada a este hospital para juzgarme secretamente con toda severidad y un fiscal con el Código en la mano, muy solemnemente, pide para mí 26 años de cárcel.

Me diréis que aquella vez los magistrados de la República no actuaron porque se lo impedía la fuerza; entonces, confesadlo: esta vez también la fuerza os obligará a condenarme. La primera no pudisteis castigar al culpable; la segunda, tendréis que castigar al inocente. La doncella de la justicia, dos veces violada por la fuerza.

¡Y cuánta charlatanería para justificar lo injustificable, explicar lo inexplicable y conciliar lo inconciliable! Hasta que han dado por fin de afirmar, como suprema razón, que el hecho crea el derecho. Es decir, que el hecho de haber lanzado los tanques y los soldados a la calle, apoderándose del Palacio Presidencial, la Tesorería de la República y los demás edificios oficiales, y apuntar con las armas al corazón del pueblo, crea el derecho a gobernarlo. El mismo argumento pudieron utilizar los nazis que ocuparon las naciones de Europa e instalaron en ellas gobiernos de títeres.

Admito y creo que la revolución sea fuente de derecho; pero no podrá llamarse jamás revolución al asalto nocturno a mano armada del 10 de marzo. En el lenguaje vulgar, como dijo José Ingenieros, suele darse el nombre de revolución a los pequeños desórdenes que un grupo de insatisfechos promueve para quitar a los hartos sus prebendas políticas o sus ventajas económicas, resolviéndose generalmene en cambios de unos hombres por otros, en un reparto nuevo de empleos y beneficios. Ese no es el criterio del filósofo de la Historia, no puede ser el del hombre de estudio.

No ya en el sentido de cambios profundos en el organismo social, ni siquiera en la superficie del pantano público se vio mover una ola que agitase la podredumbre reinante. Si en el régimen anterior había politiquería, robo, pillaje y falta de

respeto a la vida humana, el régimen actual ha multiplicado por cinco la politiquería, ha multiplicado por diez el pillaje y ha multiplicado por cien la falta de respeto a la vida humana.

Se sabía que Barriguilla había robado y había asesinado, que era millonario, que tenía en la Capital muchos edificios de apartamentos, acciones numerosas en compañías extranjeras, cuentas fabulosas en bancos norteamericanos, que repartió bienes gananciales por 18 millones de pesos, que se hospedaba en el más lujoso hotel de los millonarios yanquis, pero lo que nunca podrá creer nadie es que Barriguilla fuera revolucionario. Barriguilla es el sargento de Weyler que asesinó 12 cubanos en el Guatao.... en Santiago de Cuba fueron 70. "De te fabula narratur".

Cuatro partidos políticos gobernaban el país antes del 10 de marzo: Auténtico, Liberal, Demócrata y Republicano. A los dos días del golpe se adhirió el Republicano; no había pasado un año todavía y ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder, Batista no restablecía la Constitución, no restablecía las libertades públicas, no restablecía el Congreso, no restablecía el voto directo, no restablecía en fin ninguna de las instituciones democráticas arrancadas al país, pero restablecía a Verdeja, Guas Inclán, Salvito García Ramos, Anaya Murillo y con los altos jerarcas de los partidos tradicionales en el gobierno, a lo más corrompido, rapaz, conservador y antediluviano de la política cubana. ¡Esta es la revolución de Barriguilla!

Ausente del más elemental contenido revolucionario, el régimen de Batista ha significado en todos los órdenes un retroceso de 20 años para Cuba. Todo el mundo ha tenido que pagar bien caro su regreso, pero principalmente las clases humildes que están pasando hambre y miseria mientras la dictadura que ha arruinado al país con la conmoción, la ineptitud y la zozobra, se dedica a la más repugnante politiquería, inventando fórmulas y más fórmulas de perpetuarse en el poder aunque tenga que ser sobre un montón de cadáveres y un mar de sangre.

Ni una sola iniciativa valiente ha sido dictada. Batista vive entregado de pies y manos a los grandes intereses, y no podía ser de otro modo, por su mentalidad, por la carencia total de ideología y de principios, por la ausencia absoluta de la fe, la confianza y el respaldo de las masas. Fue un simple cambio de manos y un reparto de botín entre los amigos, parientes, cómplices y la rémora de parásitos voraces que integran el andamiaje político del Dictador. ¡Cuántos oprobios se le han hecho sufrir al pueblo para que un grupito de egoístas que no sienten por la patria la menor consideración puedan encontrar en la cosa pública un modus vivendi fácil y cómodo!

¡Con cuánta razón dijo Eduardo Chibás en su postrer discurso que Batista alentaba el regreso de los coroneles del palmacristi y de la ley de fuga! De inmediato después del 10 de marzo comenzaron a producirse otra vez actos verdaderamente vandálicos que se creían desterrados para siempre en Cuba: el asalto a la Universidad del Aire, atentado sin precedentes a una institución cultural, donde los gangsters del SIM se mezclaron con los mocosos de la juventud del PAU; el secuestro del periodista Mario Kuchilán, arrancado en plena noche de su hogar y torturado salvajemente hasta dejarlo casi desconocido; el asesinato del estudiante Rubén Batista y las descargas criminales contra una pacífica manifestación estudiantil junto al mismo paredón donde los voluntarios fusilaron a los estudiantes del 71, hombres que arrojaron la sangre de los pulmones ante los mismos tribunales de justicia por las bárbaras torturas que les habían aplicado en los cuerpos represivos como en el proceso del doctor García Bárcena. Y no voy a referir aquí los centenares de casos en que grupos de ciudadanos han sido apaleados brutalmente sin distinción de hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Todo esto antes del 26 de julio. Después, ya se sabe, ni siquiera el Cardenal Arteaga se libró de actos de esta naturaleza. Todo el mundo sabe que fue víctima de los agentes represivos. Oficialmente afirmaron que era obra de una banda de ladrones. Por una vez dijeron la verdad, ¿qué otra cosa es este régimen?...

La ciudadanía acaba de contemplar horrorizada el caso del periodista que estuvo secuestrado y sometido a torturas de fuego durante veinte días. En cada hecho un cinismo inaudito, una hipocresía infinita: la cobardía de rehuir la responsabilidad y culpar invariablemente a los enemigos del régimen. Procedimientos de gobierno que no tienen nada que envidiarle a la peor pandilla de gangsters. Ni los criminales nazis fueron nunca tan cobardes. Hitler asumió la responsabilidad por las matanzas del 30 de junio de 1934 diciendo que había sido durante 24 horas el Tribunal Supremo de Alemania; los esbirros de esta dictadura que no cabe compararla con ninguna otra por lo baja, ruín y cobarde, secuestran, torturan, asesinan, y después culpan canallescamente a los adversarios del régimen. Son los métodos típicos del Sargento Barriguilla.

En todos estos hechos que he mencionado, señores Magistrados, ni una sola vez han aparecido los responsables para ser juzgados por los tribunales. ¡Cómo! ¿No era éste el régimen del orden, de la paz pública y el respeto a la vida humana?

(Fidel Castro: Fragmento de "La Historia me Absolverá")

"La Habana, abril 7 de 1952.

"Sr. Fulgencio Batista Zaldívar,
Ciudad Militar, Columbia, Marianao.

Señor:

"En el día de ayer traté en vano de enviarle un telegrama o inalámbrica, que dada la negativa de los empleados competentes de pasar el mismo, vengo por este medio a remitirlo directamente, y dice: VI LA CHATA FALTA KUQUINE, PARA COMPROBAR CUAL COSTO MAS, sinceramente creo que la negativa en pasar este telegrama es absurda, pues, no veo motivo para ello, pues usted como periodista sabe, que "la verdad y nada más que la verdad será la función positiva de un periodista". ¿No lo cree usted?

"Debo hacerle la historia, se publicó y sigue publicando mucho sobre "La Chata", pues considero que los turistas deben ver el palacio de los Prío, también tiene justificación que vean todos los palacetes de nuestros "grandes hombres".

"Le repito que vi "La Chata" y es una maravilla, pero no puedo comparar, y menos decir ¡cuál nos costó más!, pues esta es la misión del periodista, los hechos reales, no ficticios.

"Sólo me resta, quedar al tanto de su contestación, no la de su secretario. Atentamente".

Boris Luis Santa Coloma

s.c. Correa 206, Ipte. Gómez
Santos Suárez, Ciudad.

BL/cb

“...Hace diez años nuestro país se encontraba en situación similar a muchos otros países hermanos de la América Latina. Al gobierno castrense de Batista lo habían sucedido en el poder los gobiernos corrompidos de Grau y Prío. Nuevamente el 10 de marzo de 1952 Batista y su camarilla se apoderaron por la fuerza de los destinos de la Nación, el pueblo quedó ante una situación sin salida posible.

La República había ido atravesando de gobierno en gobierno cada vez peores, cada vez más corrompidos, cada vez más entreguistas a los imperialistas norteamericanos; para la Nación no se vislumbraban perspectivas de progreso posible, los males sociales se acentuaban, el desempleo crecía, crecía la incultura, crecía la pobreza. Mientras la población del país se había duplicado, el país seguía viviendo del mismo número de centrales azucareros, de las mismas cantidades de azúcar que tenían un precio real muy inferior al que tenían en los años veinte; crecía la población y no crecían las riquezas de la nación; nuestro producto básico bajaba de precio mientras los artículos de importación aumentaban constantemente en virtud del dominio que el imperialismo ejercía sobre nuestros mercados.

Era enorme la incultura, era grande el desamparo de los ciudadanos humildes para adquirir educación, para adquirir un empleo decoroso, para ingresar en un hospital, para resolver cualquier problema vital para él o para sus hijos.

Fue en esas circunstancias en que tuvo lugar el golpe de estado militar, y fue en esas circunstancias en que nuestro pueblo se quedó virtualmente sin salida. Pero por paradójico que parezca, fue precisamente en el instante en que los caminos estuvieron más cerrados que nunca cuando la salida del pueblo de Cuba se acercó más que nunca. (Aplausos).

Los partidos políticos habían sido disueltos, la prensa, la radio y la televisión al servicio de los intereses de la burguesía y del imperialismo y, por tanto, del régimen político imperante, y la Nación privada de toda participación en la vida pública, tenía ante sí el proceso de acondicionamiento de aquella dictadura militar, que a fin de perpetuarse en el poder con el apoyo de los elementos politiqueros y de las clases reaccionarias, había entrado también en el re juego electorero. Y ese problema lo vemos a menudo en otras Repúblicas de América Latina: los gorilas aprovechan el descrédito del poder civil, derrocan el poder civil, instauran la dictadura militar, obtienen

el apoyo del imperialismo y después comienzan a elaborar fórmulas politiqueras, soluciones pseudo-democráticas para mantener el dominio de la situación.

Eso estaba ocurriendo también en nuestro país. Y los partidos de la burguesía siempre se han prestado a ese rejuogo, siempre se han prestado a esa maniobra; y en nuestro país los partidos de la burguesía y de los explotadores estaban colaborando con el régimen de Batista con vistas a repartirse las Senadurías, los cargos en la Cámara de Representantes, y dividirse los frutos de la explotación y del saqueo de la Nación. En aquellas circunstancias fue como surgió una táctica de lucha, una estrategia de lucha; en aquella situación fue cuando comenzó a elaborarse una nueva concepción de la lucha del pueblo”.....

(Fragmento del discurso del Comandante Fidel Castro Ruz el día 26 de julio de 1963. “Revolución”, julio 27 de 1963, pág. 2, Col. 3).

....“Tocaba a su fin el Gobierno de Carlos Prío, que como los anteriores se desprestigiaba por la sumisión a los intereses imperialistas, por el gangsterismo, el robo descarado del tesoro pública, la imposición sindical, la persecución al movimiento obrero, la clausura de su prensa revolucionaria y el asesinato de muchos de sus líderes. El Partido Auténtico, con el que llega al poder, en el transcurso del mismo se había deteriorado enormemente, sufriendo grandes desprendimientos, careciendo totalmente de apoyo de masas. Conjuntamente con el Partido Auténtico formaban una coalición en el poder los liberales, demócratas y republicanos, conocidos con el nombre de “partidos de bolsillo”, que representaban una exigua minoría de viejos políticos corrompidos y ladrones, representativos de los tradicionales sectores dominantes de la sociedad cubana, los hombres “corchos” acostumbrados a flotar a través de todas las mareas y tempestades políticas del país, como una muestra de que las anteriores sacudidas de nuestra vida republicana no habían sido lo suficientemente fuertes para hundirlos definitivamente.

El pueblo estaba descontento, pero esperaba algún cambio en las próximas elecciones generales para lo que ya todos se estaban preparando.

En el campo de la oposición figuraba como mayoritario el Partido Ortodoxo con gran influencia en la pequeña burguesía, el Partido Socialista Popular, con bastante influencia en la masa obrero-campesina y el PAU, creado por Batista, con gente de su calaña y sin ninguna posibilidad de éxito.

Los ortodoxos muerto ya su fundador, Eduardo Chibás, rechazaban un pacto de unidad propuesto por el PSP, los que ofrecían apoyar la candidatura presidencial de los primeros por éstos, mientras rehuían la unión con otras fuerzas políticas abrían sus puertas y ofrecían importantes cargos en su dirección a gran número de viejos politiqueros, latifundistas, banqueros, plattistas en su mayoría, etc.

No obstante con esa admirable disciplina y espíritu de sacrificio, característico de los comunistas cubanos, pensando sólo en lo que más convenía a Cuba en aquellos momentos, a pesar del rechazo ortodoxo y de las diarias advertencias de sus principales dirigentes de que no querían pacto con los comunistas, sobre todo para que los oyera bien el imperialismo y les diera el visto bueno inevitable para poder ser gobernante en la Cuba

de entonces, el Partido Socialista Popular decidió apoyar la candidatura presidencial ortodoxa y llevar su propia candidatura independiente para senadores y representantes con un programa de medidas de fondo, contra el imperialismo, el latifundismo, la discriminación, el desempleo, el asalto a los sindicatos y el mujalismo.

De esta forma ya era indudable que, siendo los ortodoxos el Partido mayoritario de la oposición, contando además con el respaldo y la influencia del Partido Socialista Popular, les era fácil alcanzar el triunfo en las próximas elecciones generales.

Así estaban las cosas en Cuba, cuando el 10 de marzo de 1952, a 80 días de las elecciones, se produce el golpe de Estado, encabezado por Batista y auspiciado por el imperialismo, para reforzar el semicolonialismo y prevenir un triunfo electoral ortodoxo, que si por su alta dirigencia no tenía nada que temer, por las masas que lo apoyaban y las demandas que éstas exigirían con posterioridad al triunfo y que no se conformarían con las formales libertades, sí tenía mucho que temer.

El gobierno se desmoronó como un merengue en cuestión de horas y el Presidente Carlos Prío, huía cobardemente.

La indignación nacional fue general; las masas salían a la calle pero volvían desalentadas a sus respectivos hogares, poniéndose inmediatamente de manifiesto la incapacidad y las vacilaciones que durante los siete largos años de la lucha contra Batista mantendrían los dirigentes opositoristas; que, hasta unas horas antes, se mataban por subir a las tribunas y se cansaban de gritar al pueblo de que ellos eran los mejores y más capaces para dirigir el país.

Con el golpe de Estado, al producir la crisis política del país, parejamente se producía una crisis mayor aún, por ser de carácter definitivo, en la dirigencia del Partido Ortodoxo, los alejados del poder que tan cerca tuvieron en las manos, dieron rienda suelta a todas sus debilidades, ambiciones, e incapacidades, con las excepciones que todos conocemos.

Por lo tanto, ni ese Partido, ni las facciones innumerables en que se dividieron sus dirigentes oficiales podían ofrecer un camino ni mucho menos un programa de lucha a la masa que estaba ansiosa de algo más que libertades a secas y que manifestaba antes del golpe de Estado, que ya apetecía algo más que el microprograma de la honradez administrativa, que nada resolvería; una masa que empezó a comprender que el reciente golpe reaccionario no era contra el Gobierno que estaba en el poder sino contra ella misma y sus hondas aspiraciones. Y frente a tal situación no servía una dirigencia que predicaba el quietismo, bajo actitudes "dignas", quejas inoperantes a la

OEA y consignas débiles, como no comprar zapatos ni ropa, no ir al cine, comprar lo menos posible, repudio moral, etc., etc., con las cuales no hubieran siquiera hecho temblar ni a un alcalde de barrio.

Lo peor de todo era que con su influencia y sus prédicas eran un verdadero obstáculo para movilizar las masas populares a la acción revolucionaria contra la tiranía, entorpecían a la unidad de acción de las fuerzas Revolucionarias porque sus más altos dirigentes practicaban y predicaban el anticomunismo, sin el cual ningún dirigente burgués recibía el visto bueno de los yanquis para llegar al poder. Por tales motivos la tarea que teníamos por delante era mucho mayor: luchar contra Batista y contra lo que muchos de los líderes opositores representaban.

Las consecuencias no se harían esperar; habían transcurrido cinco meses desde el asalto de Batista al poder y se aproximaba el primer aniversario de la muerte de Chibás, a su tumba irían miles de ciudadanos, más a rendirle honor a su persona y aprovechar la oportunidad para hacer una demostración contra la tiranía, que para oír las palabras vacías, como siempre, de sus oradores. En aquella oportunidad circuló entre la multitud un pequeño periódico de varias hojas mimeografiado nombrado "El Acusador", que dirigía Fidel conjuntamente con varios ortodoxos.

(Raúl Castro Ruz: Fragmento de "VIII Aniversario del 26 de Julio", revista "Fundamentos", año XXI, número 175, junio-julio 1961).

Por encima del tumulto de los cobardes, los mediocres y los pobres de espíritu, es necesario hacer un enjuiciamiento breve, pero valiente y constructivo del movimiento ortodoxo, después de la caída de su gran líder Eduardo Chibás.

El formidable aldabonazo del paladín de la Ortodoxia, dejó al Partido un caudal tan inmenso de emoción popular que lo puso a las puertas mismas del Poder. Todo estaba hecho, sólo era necesario saber retener el terreno ganado.

La primera pregunta que debe hacerse todo ortodoxo honrado es ésta: ¿Hemos engrandecido el legado moral y revolucionario que nos legó Chibás...., o, por el contrario, hemos malversado parte del caudal...?

Quien crea que hasta ahora todo se ha hecho bien, que nada tenemos que reprocharnos, ese será un hombre muy poco severo con su conciencia.

Aquellas pugnas estériles que sobrevinieron a la muerte de Chibás, aquellas escandaleras colosales, por motivos que no eran precisamente ideológicos, sino de sabor puramente egoístas y personales, aún resuenan como martillazos amargos en nuestra conciencia.

Aquel funestísimo procedimiento de ir a la tribuna pública a dilucidar bizantinas querellas, era síntoma grave de indisciplina e irresponsabilidad.

Inesperadamente vino el 10 de marzo. Era de esperar que tan gravísimo acontecimiento arrancara de raíz en el Partido las pequeñas rencillas y los personalismos estériles. ¿Acaso fue totalmente así...?

Con asombro e indignación de las masas del Partido, las torpes querellas volvieron a relucir. La insensatez de los culpables no reparaba en que la puerta de la prensa era estrecha para atacar al régimen; pero en cambio muy ancha para atacar a los propios Ortodoxos. Los servicios prestados a Batista con semejante conducta no han sido pocos.

Nadie se escandalizará de que tan necesario recuento se haga hoy, en que le ha tocado el turno a la gran masa, que en silencio amargo ha sufrido estos extravíos y ningún momento más oportuno que el día de rendir cuentas a Chibás junto a su tumba.

Esa masa inmensa del P.P.C. está puesta de pie, más decidida que nunca. Pregunta en estos momentos de sacrificio:

¿Dónde están los que aspiraban... los que querían ser los primeros en los puestos de honor de las asambleas y los ejecutivos, los que recorrían términos y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puesto en la tribuna, y ahora no recorren términos, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor de la primera línea de combate...?

Quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que crean en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas.

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un Partido Revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.

Alejandro

("Recuento Crítico del P.P.C." por Alejandro (seudónimo de Fidel Castro), periódico clandestino "El Acusador", año 1, número 2, 16 de agosto de 1952).

Fulgencio Batista, los perros que lamen tus llagas diariamente no lograrán jamás ocultar los fétidos olores que salen de ellas. Tu vida, tu pasado, tu presencia, tus mentiras, te pierden irremisiblemente.

Dices que aspiras a la gloria. Es cierto, Machado tendrá que luchar duramente para defender la gloria triste que aspiras a quitarle. Todo cuanto has dicho es mentira, cinismo refinado, pérfida hipocresía. Hablas de paz y eres la guerra civil, el caos sangriento, el odio abismal y fratricida entre cubanos que tardará muchos años en borrarse. Hablas de tu origen humilde y vives en palacios, rodeado de lujos, repleto de millones y servido por centenares de criados.

Tú no eres como dices amigo del soldado, tú sólo quieres hacer de ellos escalera de tus ambiciones, convertirlos en verdugos y caínes, volcar sobre ellos el odio del pueblo, para obligarlos a caer junto a tí por una causa mezquina, tu sed de poder y de oro, donde ellos cargarán los riesgos y trabajos y tú cargarás los millones.

Hablas de negocio turbio y toda tu fortuna la has hecho turbiamente. Hablas del respeto a la vida humana y tus esbirros que hoy retornan han segado un centenar de vidas valiosas. Hablas de nepotismo y colmas a los tuyos de prebendas y privilegios. Hablas de gangsterismo y embarcas a los más connotados pistoleros.

Hablas de elecciones y ¿quién puede creerte...? A tí, que le impediste la labor a Miguel Mariano y lo destituíste... A tí, que triunfaste en las elecciones del 1940 mediante el Código amañado y la fuerza de las bayonetas?

Hablas de trabajo y hay más desocupados que nunca. Hablas de progreso y te sitúas junto a los grandes intereses cubanos y extranjeros. Hablas, en fin, de Patria y eres un perro fiel del imperialismo, criado adulón de todos los embajadores.

Frente a tí, a Cuba le queda un solo camino: el sacrificio, la inmolación en aras de sus amadas libertades.

De las desdichas que ella sufra, de las desgracias que la acechan, de la sangre que caiga... YO TE ACUSO... TIRANO RUIN...!!

Y cuando la historia se escriba hablará de ti ¿quién lo duda? Pero hablará de tí como habla de las plagas y de las epidemias, como habla del caballo de Atila... por las huellas desoladoras que va dejando a su paso por la tierra.

Alejandro

("Yo Acuso" por Alejandro (seudónimo de Fidel Castro), periódico clandestino "El Acusador", año 1, número 2, 16 agosto de 1952).

....“Fidel expresaba en ese artículo la misma preocupación de las masas ortodoxos y se había decidido a publicar esas opiniones después de varios meses de tocar en todas las puertas de aquellos políticos a los que Batista y el imperialismo, con su golpe de Estado y las magníficas consecuencias que del mismo se han derivado en nuestros días, habían colocado una cruz con las clásicas siglas del E.P.D. sobre sus tumbas de hombres públicos. Siete años más tarde le tocaría el turno a Batista y al imperialismo que luchó por mantenerlo, a éstos en Cuba los enterró el pueblo con su revolución de enero.

La masa ortodoxa quedó como un ejército cuyos jefes se dieron a la desbandada para siempre, su juventud seguía participando de cuantos actos de calle se propiciaban contra la tiranía, mientras de sus filas humildes iban surgiendo sus nuevos líderes.

Con la lucha se iba evolucionando políticamente, y así sucesivamente, mientras se combatía a la tiranía, se hacían círculos donde se estudiaba el marxismo, se imprimían folletos, hojas sueltas, pequeños periódicos mimeografiados, templándose para la lucha. Muchos ingresaban en la Juventud Socialista.

Pasan unos meses más y el 28 de enero de 1953, Centenario del Natalicio de José Martí, parte de la escalinata universitaria una imponente manifestación donde participan los obreros, estudiantes, empleados y pueblo en general, y entre esa muchedumbre se destacaba un grupo de varios miles de jóvenes que, ocupando seis cuadras, marchaban en tan perfecta formación que llamaba poderosamente la atención. Al frente de ellos iba Fidel. Eran los jóvenes, en su mayoría del Partido ortodoxo, que ya habían encontrado un Jefe e iban en busca de nuevos caminos de lucha.

La terquedad y ceguera de Batista, creyéndose omnipotente, y la función específica de perro guardián del imperialismo, habían situado al país en un callejón sin salida. Pacíficamente lo único que podía lograrse sería una componenda entre las diferentes dirigencias de partidos burgueses que se disputaban el poder a espaldas del pueblo y en contra de sus intereses. De los cuatro partidos que junto al Auténtico formaban la coalición del gobierno de Carlos Prío, a los dos días del golpe se adhirió a Batista el Republicano y antes del año, ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder junto a Batista. Es una muestra de que la política de Cuba era un “ca-

chumbambé” de bandidos. En la clase obrera se intensificaba la destitución de sus líderes honestos, la imposición gangsteril de falsos dirigentes, el asalto a manos armadas de los Sindicatos, la pérdida paulatina de muchas de sus conquistas; la ofensiva patronal aliada a Mujal y al imperialismo profundizaba la división teniendo como bandera el anticomunismo, cuidadosamente alimentado por la Embajada yanqui a través de sus agentes en los cargos dirigentes de la CTC.

Todo esto hacía que estuviera muy alejado el momento en que el movimiento obrero de masas alcanzara las formas explosivas de lucha.

En el campo, la ahora desaparecida Guardia Rural, esa especie de policía política rural, jugaba el mismo papel que los actuales carabineros en otros países hermanos del continente. No permitían siquiera que nuestros campesinos se reunieran para crear una asociación campesina que les permitiera luchar por sus más inmediatas demandas, y sólo subsistían algunas que, a duras penas habían podido soportar las embestidas de los geófagos y sus defensores de la Guardia Rural, como las de Realengo 18, Las Maboas, El Cobre.

Los estudiantes, cada vez que tenían oportunidad, salían a las calles en manifestaciones y encuentros con la policía. Pero, a pesar de su creciente combatividad, no dejaban de ser un pequeño sector que mantenía en alto su heroica tradición de lucha, que constituían un factor permanente de agitación, pero que por sí solos, muy poco o nada podían hacer.

Estábamos de acuerdo y teníamos conciencia de que era necesario para destruir la tiranía, poner en marcha un movimiento de masas: pero, con los antecedentes expuestos ¿cómo lograrlo? Por aquellos tiempos Fidel decía: “Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar al motor grande”.

El motor pequeño era una acción inicial con aquellos jóvenes que, marchando casi militarmente, lo seguían aquel 28 de enero de 1953 y que, unas veces en pequeños grupos introducidos en la Universidad y, otras, en pequeñas fincas propiedad de campesinos amigos en el interior de la provincia de la Habana, habían ido recibiendo instrucción militar elemental, con manejo de armas y algunas prácticas de tiro.

Eran jóvenes humildes, en su mayoría obreros, empleados y algunos campesinos de La Habana y municipios del interior de la provincia, y también de Pinar del Río.

Se destacó Artemisa por la cantidad de magníficos combatientes jóvenes que proporcionó, muchos de los cuales fueron cayendo a través de la lucha en los años posteriores. Algunos llegaron a ser heroicos combatientes del Cuartel Moncada, fir-

Granma, valientes oficiales guerrilleros y fundadores del Ejército Rebelde, como Ciro Redondo y Julio Díaz, héroes de nuestra juventud que, como tantos otros, cayeron en la Sierra Maestra, sin poder ver el triunfo de su causa. Como justo homenaje a su memoria, una vez acabada la guerra, después de siete años de ausencia y de luchas incesantes, en hombros de su pueblo fueron trasladados a su ciudad natal de Artemisa.

Así eran aquellos jóvenes, hijos de nuestro pueblo humilde que aquel 28 de enero, iban detrás de Fidel, ya habían recibido alguna instrucción militar, preparándose para el camino de la lucha armada, único que veíamos con posibilidades de éxito. Mientras tanto, harían acto de presencia en las manifestaciones, actos o cualquier tipo de lucha contra la tiranía batistiana”.

(Raúl Castro Ruz: Fragmento de “VIII Aniversario del 26 de Julio, revista “Fundamentos”, año XXI, número 175- junio-julio 1961).

PREPARATIVOS

...Nosotros éramos un puñado de hombres, no pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar, no para derrotar aquel régimen, pero sí para desartar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen...

...Había que recordar cuáles eran entonces las circunstancias. Batista había llevado a cabo su Golpe de Estado prácticamente sin disparar un solo tiro. Se apoderó de los mandos militares y contaba con la adhesión de un ejército relativamente grande y relativamente bien armado; contaba con la adhesión de todos los cuerpos armados; promovió innumerables ascensos en la oficialidad; les aumentó el sueldo a los soldados, muchos de los cuales eran los mismos soldados de las épocas anteriores de Batista; el pueblo estaba totalmente desarmado y no sólo estaba el pueblo totalmente desarmado, sino estaba carente en absoluto de dirección política: un número de partidos burgueses tradicionales, una serie de figuras de renombre nacional, una gran segmentación de las fuerzas; de manera que se creaba un cuadro donde parecía imposible una revolución.

En medio de aquel cuadro, los políticos burgueses cuando pensaban en la forma de deshacerse de Batista no pensaban en una Revolución, sino pensaban en una conspiración. La influencia, o las posibilidades de determinados dirigentes políticos, se medía por el número de sus amistades con determinados oficiales dentro del ejército, porque existía la creencia de que sólo mediante un Golpe de Estado podría sustituirse el régimen de Batista por otro régimen más o menos igual.

Los priístas conspiraban, por ejemplo. Aquel partido que se había dejado arrebatar el gobierno sin disparar un solo tiro, sólo aspiraba a aplicarle la misma receta que les habían aplicado a ellos. Es cierto que dentro de las filas de todos los partidos, incluso de ese partido donde sus dirigentes se habían enriquecido extraordinariamente, hubo en sus filas hombres que honestamente lucharon y se sacrificaron.

¿Pero quién podía pensar en aquella época en una revolución contra el ejército? ¡Nadie podía pensar en una revolución contra el ejército! Incluso existía el apotegma, que se venía repitiendo no se sabe desde cuánto tiempo hacía, de que las

revoluciones se podían hacer con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. Y aquella idea prevalecía de manera absoluta en la mente de los políticos de aquellos tiempos.

La idea de una revolución contra el ejército, contra sus Fuerzas Armadas, contra el sistema, parecía a mucha gente una idea absurda, parecía a todos los políticos burgueses, que eran los que dirigían la política de este país, una locura. ¿Pensar, además, en una revolución contra todas aquellas fuerzas, prácticamente sin un solo depósito de armas; mas no sólo sin un solo depósito de armas, sin un solo centavo para comprar armas? Eran muy pocos los que habían podido creer aquello. Sólo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles.

(Fragmento del discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, el 26 de julio de 1966. Tomado de Verde Olivo. Año VII. No. 31. 7 de agosto de 1966)

Las distintas organizaciones revolucionarias representaban distintas fuerzas revolucionarias. En el objetivo común que unía a todas las organizaciones, revolucionarias y no revolucionarias —porque contra la tiranía de Batista había también fuerzas que estaban contra Batista, pero que no podían calificarse de fuerzas revolucionarias— había políticos que, sencillamente, estaban contra Batista porque Batista había significado que no fueran ellos los que estuvieran en el gobierno. Había políticos de las clases dominantes, de las mismas clases dominantes que representaba Batista en el gobierno, y que estaban realmente jugando a un cambio de poder. Los políticos desplazados del poder el 10 de marzo, todo aquel grupo político que encabezaba el célebre señor Carlos Prío Socarrás, era un grupo que representaba al fin y al cabo los mismos intereses de Batista. Ellos, como agentes del imperialismo vestidos de civil, y Batista como agente del imperialismo con un aparato militar, de fuerza y de opresión.

¿Qué pensaba hacer aquella gente cuando llegaron al gobierno? ¿Es que pensaban hacer algo distinto de lo que habían hecho? Vamos a imaginarnos, por un segundo nada más, que el grupo de Prío, Tony Varona y toda aquella gente hubiese llegado al Poder. Desde luego, aquello era virtualmente imposible: ustedes dejaban a Prío, a Tony Varona y a toda aquella gente sola, se están diez o doce años en el exilio, si acaso, y después entraban en cualquier elección, en cualquier arreglo con Batista, y se conformaban con actas de senadores, algunas alcaldías, algún que otro gobierno provincial, y nada más. Todo terminaba así. Pero vamos a imaginarnos, hipotéticamente, que aquella gente hubiera llegado al Poder, que hubiese sido Poder otra vez en nuestro país.

¿Qué habrían hecho?, ¿qué habrían hecho distinto de lo que hicieron en los años que estuvieron en el poder? En definitiva, iban a hacer lo mismo, exactamente. Es decir: servir los intereses del imperialismo y los intereses de la alta burguesía nacional, en la medida en que estos intereses no chocaran con los intereses del imperialismo. Porque los intereses del imperialismo —es decir, los monopolios extranjeros— tenían aquí, en nuestro país, una posición privilegiada, aún a costa de los intereses de la alta burguesía nacional.

Aquella gente en el poder se hubiera limitado, sencillamente, a hacer lo mismo que hicieron. No hubieran hecho una sola ley revolucionaria, no hubieran hecho siquiera una rebaja

de alquileres como hizo la Revolución, ni mucho menos hubieran hecho una reforma agraria, ni reforma de la educación, ni reforma de nada. Lo que hubiera hecho esa gente todo el mundo lo sabe. ¿Qué hubieran hecho?... ¿No lo saben ustedes?...

Lo que hicieron: robar. Lo que había hecho en el gobierno toda aquella gente, era, sencillamente, robar. Es decir: ellos iban a cobrar bien los servicios que iban a prestarles a los intereses económicos dominantes. Hubieran mantenido un ejército profesional, aparatos de represión. Hubieran mantenido todos aquellos organismos de persecución. Hubieran mantenido el sistema social existente, y nada más. Es decir, que había contra Batista un grupo representativo de los intereses económicos dominantes y del imperialismo que, sencillamente, estaba contra Batista porque querían ser ellos los que estuvieran en el Gobierno. A ellos no le parecía bien, de ninguna manera, que fuera Batista y la camarilla de Batista los que estuvieran robando.

¿Qué hicieron contra Batista? No hicieron nada, pero absolutamente nada. Se dedicaron a comprar armas, a traer las armas aquí. Muchas veces tenían éxito en introducirlas en el país. En lo que nunca tenía el menor éxito era en usarlas. Nunca las usaron.

Todo el mundo recuerda aquellos cuantiosos botines de armas que introdujeron en el País y que la policía agarraba. Nosotros empezábamos a organizar un movimiento revolucionario, a preparar a algunos hombres jóvenes, en una época en que estábamos a la expectativa para ver si, efectivamente, todos aquellos "prohombres" de la vida pública, que tenían dinero y tenían recursos, hacían algo contra la dictadura de Batista. Tenían armas, tenían dinero, lo tenían todo; pero la verdad es que no tenían ningún deseo de luchar. Eso era lo que les faltaba. Estaban, sencillamente, jugando a la revolución. Por ejemplo, introducían las armas en el País, buscaban a la gente, les enseñaban esas armas. Había una serie de grupos actuando exactamente igual que cuando hacían política en los barrios. Andaban los individuos con una ametralladora o dos, escondidas, y en su barrio se ponían a buscar gente para luchar contra Batista. ¿Cómo las conquistaban? Les enseñaban las ametralladoras. Pero en realidad, era la política clásica transferida al campo insurreccional. Entonces, había gente haciendo política con una ametralladora, porque, en definitiva, todos estaban pensando en el momento en que Batista cayera, de una manera o de otra, para volver exactamente a lo de antes.

Así nosotros íbamos reclutando gente joven, tratando de seleccionar de entre los elementos jóvenes donde nos movíamos nosotros, aquellos que tuvieran más seriedad, más disposición, más vocación, más sincera disposición revolucionaria. Y ¿qué ocurría a veces? Que en un lugar teníamos un núcleo organi-

zado y allá llegaban los auténticos. La gente de Prío, de Aureliano, toda aquella gente, con una ametralladora.

Nosotros, en primer lugar, no teníamos ametralladoras. En segundo lugar, si las hubiéramos tenido no las hubiéramos podido enseñar, porque no se concibe hacer lo que esa gente hacía. Ellos tenían, por ejemplo, un cuarto lleno de armas, y cuando querían conquistarse a alguien, le decían: "¿Cómo vés a estar tú con esa gente, si esa gente no tiene armas, esa gente no tiene nada?" Y entonces lo llevaban a la casa donde estaban treinta M-1, cuarenta ametralladoras.... Yo me acuerdo que así nos quitaron a nosotros alguna gente.

Hubo mucha gente, incluso seria y con disposición de lucha, que en su desesperación por combatir contra Batista y ante los abusos, los crímenes y las fechorías que estaban cometéndose, se enrolaban en cualquier organización que les enseñara un lote de armas. Así hubo mucha gente —y después lo demostraron—, que estaban en disposición de luchar. Pero la inmensa mayoría, la dirección de todo aquel movimiento era un grupo de gente que no hacía más que política con las armas.

Esa fue una etapa por la que se pasó aquí. A nosotros nos llevaron alguna gente. Las entrenábamos, les hablábamos, les explicábamos lo que era la Revolución, lo que nos proponíamos hacer, pero pasaban los meses y, ¿cómo no...?, se desesperaban, y entonces se vinculaban a cualquier grupo que les ofrecía armas. Fue una experiencia interesantísima. Algún día que se trate el tema sobre cuestiones insurreccionales, yo puedo hablar largamente de las experiencias de aquellos días en que estábamos organizando.

En primer lugar, nuestra actitud. Nuestra actitud en el primer momento fue de disposición a colaborar con cualquier movimiento que estuviera dispuesto a la lucha por el derrocamiento de Batista, porque para nosotros eso era esencial. Nosotros nos pasamos meses también esperando por toda aquella gente.

Nadie podrá olvidar que había una serie de líderes políticos que tenían prestigio en el pueblo, recursos. Y el que no tenía prestigio tenía recursos. Otros tenían prestigio y no tenían recursos. Nosotros estuvimos un tiempo observando que era lo que pasaba y dispuestos a colaborar con cualquier movimiento, sobre todo en consideración a que en la Universidad se había creado un foco de rebeldía. Nosotros pensábamos que aquel movimiento pudiera estar organizado alrededor de las fuerzas universitarias.

Nosotros no decidimos organizar un movimiento revolucionario hasta estar convencidos de que realmente se estaba engañando a la gente y de que todo aquello era una locura.

Porque aquello fue una etapa de locura. La gente, desesperada, se enrolaba en cualquier organización, y había veinte

organizaciones. Vino la "reunión de Montreal", y toda una serie de... ¡no quiero ni acordarme de todo aquello! pero entre muchos de los personajes —los Pardo Llada, toda aquella gente—, se produjo una división terrible. Entonces fue cuando nosotros nos decidimos a empezar a organizar un movimiento revolucionario, ya con ideas que, al fin y al cabo, más adelante se realizaron, convencidos de que todo aquello, en lo cual una parte del pueblo había concebido ciertas ilusiones, no iba a salir absolutamente nada. Convencidos, además de que la táctica estaba equivocada.

Todo el plan de organizar un ejército, y tomar los cuarteles, y derrotar a Batista en 24 horas, a nosotros nos parecía un absurdo, y nos dábamos perfecta cuenta de que los civiles —porque en nuestro país no había siquiera el antecedente de la instrucción militar—, aquellos hombres llamados a combatir en las calles contra un ejército que, por muy profesional que fuera, era un ejército que tenía disciplina y tenía preparación técnica, que tenía recursos de tanques, de aviones, de perseguidoras, de armas de todos los tipos, y tenía además organización y experiencia, experiencia... no quiero decir experiencia bélica, tenía experiencia para matar gentes en las calles, y desorganizar grupos, y aplastar manifestaciones, y todo aquello, nosotros nos dábamos cuenta de que una organización de civiles, armada sin estrenamiento, podía ser fácilmente derrotada en aquellas circunstancias en un movimiento "putchista" como era el que estaba planeado. Es decir: no era siquiera el tipo de insurrección que va acompañada de alguna condición inexcusable para derrocar un gobierno. Por ejemplo, un movimiento fuerte, poderoso, de masa. Es decir: una huelga general. No existían las condiciones objetivas, no existían tampoco las condiciones subjetivas para organizar una huelga general, se trataba, simplemente, un tipo de operación completamente aventurada. Nosotros llegamos a convencernos de que todo eso era un absurdo, y fue cuando concebimos la idea de iniciar otra clase de lucha, una clase de lucha como al fin y al cabo se realizó: la toma de un cuartel.

Yo recuerdo que siempre tenía un argumento. No sé si convencía mucho a la gente, pero cuando me hablaban que los habían llevado allá, a una nave, y que en la nave había cincuenta "M-1", 60 "Garands", yo les decía: "Pero si hay lugares donde hay más de 50 "M-1", hay lugares donde hay mil fusiles engrasados, guardaditos, no hay que comprarlos, no hay que traerlos, no hay que engrasarlos, no hay que hacerles nada; lo único que hay que hacer es ocuparlos". Verdaderamente, siempre pensé que en un cuartel había muchas más armas de las que se podía estar trayendo en toneles de petróleo, y de aceite.

Yo no sé si eso convenció mucho a la gente. Nosotros, al fin y al cabo, nos dedicamos a conseguir las primeras armas, para

ver como conseguíamos las segundas armas, y cómo iniciábamos la lucha revolucionaria con las segundas armas.

La verdad es que nosotros siempre tuvimos en mente ensayar primero la sublevación de una región y tratar de mantenerla, y si esa operación no daba resultado, entonces ir a la montaña con todas aquellas armas, e iniciar allí la lucha.

(Fragmento de la Conferencia brindada por Fidel Castro Ruz, el 1ro. de diciembre de 1961, inaugurando el noveno ciclo de la Universidad Popular, titulado "El Partido Unido de la Revolución Socialista").

....“Ya Fidel lo tenía decidido: el motor pequeño sería la toma de la Fortaleza del Moncada, la más alejada de la Capital, la que, una vez en nuestras manos, echaría a andar el motor grande, que sería el pueblo combatiendo, con las armas que capturaríamos, por las leyes y medidas, o sea, el programa que proclamaríamos. Sólo había una parte débil del plan: si fallábamos en la toma del cuartel, todo se vendría abajo. Una cosa dependía de la otra, el motor grande del pequeño; pero era una posibilidad, y detrás de ella nos lanzamos.

Se escogió el 26 de julio, domingo de Santa Ana, porque, como es sabido, durante esa fecha se encuentran en su mayor auge y desenvolvimiento los Carnavales de Santiago de Cuba. Con tal motivo, miles de cubanos de otras partes del país, incluyendo numerosos turistas de La Habana o santiagueros que, sencillamente; acuden a su ciudad natal para divertirse durante una semana en las tradicionales fiestas populares, lo que haría pasar totalmente desapercibidos a los hombres que se trasladarían desde La Habana hasta Santiago de Cuba como unos turistas más, de la misma forma que facilitaría, con el exceso de pasajeros y equipaje, el traslado de las armas.

Había transcurrido mucho más de un año desde que Fidel inició su tarea de ir aunando en un movimiento, hasta entonces sin nombre y conocido sólo por “El Movimiento”, a los mejores de los jóvenes ortodoxos que pudieron tener contacto con él.

Merecería varios capítulos, de un libro que recogiera ampliamente todo ese acontecimiento histórico, la etapa de preparación antes del ataque al Moncada; esta vez me limitaré a señalar los rasgos esenciales.

De los recursos económicos con que contaríamos dependían en buena medida los efectivos militares de que dispondríamos, y por lo tanto, la suerte de la operación. Desgraciadamente se reunieron sólo unos veinte mil pesos, después de muchos sacrificios, bastando tres ejemplos, por citar compañeros caídos, de cómo se consiguieron: Elpidio Sosa, vendió su empleo y se presentó ante Fidel con trescientos pesos “para la causa”; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida, y Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; y así sucesivamente. Es fácil imaginarse cómo se recaudaron los fondos, entre los que lo dieron todo y mucho después, la vida. No hay con qué medir la distancia que separa la actitud patriótica y honrada de estos muchachos de la juventud cubana, con la de aquellos po-

líticos que se gastaban millones en sus campañas electorales y no eran capaces de dar un centavo para liberar la Patria. Y no creo que sería porque tendrían la seguridad de que también nos íbamos a liberar de ellos, porque entonces, ni ellos, ni mucho menos "su enemigo" Batista y el imperialismo, se imaginaban lo que vendría después.

Con tan reducidos recursos no eran muchas las armas, ni mucho menos, de calidad que pudiéramos conseguir. Una a una fueron compradas varias docenas de escopetas automáticas de cinco cartuchos calibre 12 y más o menos igual cantidad de pequeños rifles semiautomáticos calibre 22. Sólo conseguimos una ametralladora de mano marca Browning calibre 45 y una carabina M-1, varios rifles Winchester recortados, calibre 44, de los que usan los cowboys en las películas americanas de la conquista del Oeste y algunas pistolas de variado calibre. Ese era todo nuestro armamento, suficiente, entregándole un arma a cada uno, para armar unos 150 hombres. Semejante armamento era fácil adquirirlo con licencias falsas, usadas una y otra vez, en diferentes armerías, debido a que a pesar de la vigilancia y control de las ventas que sobre las armerías de la Capital mantenía el régimen, nadie iba a imaginarse, por inconcebible, que fuese a ser atacada una fortaleza militar con escopetas de matar pájaros.

Los planes se iban desarrollando en medio de todos los sinsabores y dificultades imaginables de la estrechez económica, la vigilancia gubernamental, que si es cierto que para esa fecha no había adquirido la forma brutal e implacable de persecución sangrienta de los años próximos, no es menos cierto que era necesario conservar todas las reglas y adoptar las mayores medidas de seguridad, propias de una lucha clandestina.

Dirigidos por Fidel, funcionaba un pequeño Estado Mayor, compuesto por Abel Santamaría, que era nuestro segundo jefe, José Luis Tasende, Renato Guitart, Antonio López Fernández (Nico), Pedro Miret y Jesús Montané, de los cuáles sólo Fidel y los dos últimos viven aún. Nico López murió en el desembarco del "Granma", tres años después.

Entre estos compañeros eran distribuidas las tareas principales. Cada cual desarrollaba sus planes y exclusivamente conocía su tarea. Los demás hombres se agrupaban en células que venían a ser algo así como una escuadra de siete hombres, después en grupos que comprendían varias escuadras y así sucesivamente.

Duras fueron las condiciones de trabajo en medio de tales circunstancias y no menos duras fueron las condiciones creadas por la hostilidad, humillaciones, subestimación, desprecio y burla que padecíamos en aquel ambiente de la "oposición a Batista", que no se sabe a quién le hacían más oposición, si a Batista o a los que de verdad trabajaban honradamente por

hacer algo contra Batista. Aunque el pueblo y casi toda la juventud, había estado perdiendo la fe en ellos, aún había muchos “jefazos” llenos de la “dignidad del quietismo”, muchos altaneros que nos miraban por arriba de los hombros, sobre todo a Fidel, muchos vanidosos y estrategas tomadores de café en conocidos restaurantes, los que sobre las servilletas que les entregaban para limpiarse la boca, trazaban los planes y las soluciones de los males de Cuba, todo sobre la base no muy bien disimulada, de sus futuras y personales aspiraciones.

Pero siguieron los planes adelante, haciendo caso omiso a esas pequeñeces de los que, con el fragor de la lucha, la caída de Batista y el advenimiento de la Revolución, se desmoronarían sus pedestales de barro y serían incapaces de soportar, comprender, y mucho menos asimilar la tempestad revolucionaria que en el transcurso de los próximos años los abatiría a todos en nuestro País: a ellos, seudorrevolucionarios, a Batista y al imperialismo. Perder la oportunidad y el camoufflage que nos brindaban los carnavales santiagueros, equivalía a tener que esperar otro año o intentar una movilización semejante, que no hubiera pasado inadvertida a los ojos alertas de la dictadura, en una ciudad pequeña como Santiago, si no es con la justificación antes mencionada.

En Santiago, sólo se contaba con el joven Renato Guitart. Era suficiente, por ahora. Para los trabajos a realizar allí se alquiló una pequeña finca con el pretexto de una pollería (hoy en la actualidad es una pollería de verdad) por la carretera que va de Siboney a Santiago, a unos 15 minutos en automóvil del último punto, donde se iban recibiendo y guardando en un pozo abandonado las armas que llegaban de La Habana, por las más diferentes vías y métodos.

En esta misma finca nos reuniríamos la víspera del ataque para recibir las armas, los uniformes y las últimas instrucciones.

Se alquilaron algunas casas en Santiago de Cuba, donde serían recibidos los combatientes y hasta se prepararon sin la menor precaución con pequeñas camas para dormir, ya “que estaban listas para albergar a numerosos jóvenes habaneros que en excursión venían a participar de los carnavales”.

Dirigidos por el compañero Renato Guitart, conocedor de su ciudad natal, se iban acumulando información, movimientos y planos de la fortaleza militar, parejamente y en menor escala, trabajos similares se iban haciendo en la ciudad de Bayamo y se iban obteniendo datos de la sede del escuadrón militar de esta ciudad que, desde hacía cerca de un siglo, no veía librar en sus calles un combate por la Libertad.

Se iban aproximando los Carnavales de Santiago y, con ellos, la “hora cero”, lo que en el argot revolucionario quería

decir la proximidad de una acción importante. Con ritmo acelerado se iban haciendo los preparativos finales. En diferentes grupos iban partiendo los "excursionistas para los carnavales". Unos en ómnibus, otro por tren, el resto en algunos automóviles, alquilados o prestados, tomaban rumbo a la capital oriental unos 165 jóvenes, un médico y dos muchachas: Haydée Santamaría y Melba Hernández. Por cada uno de los que vino se quedaron 20 entrenados en La Habana y Pinar del Río que, por falta de armas, tenían que quedarse. Si hubiésemos tenido más recursos, utilizando el pretexto de los carnavales, de la misma forma que fueron 165 pudieran haber sido 1,650, aunque para haber obtenido un resultado victorioso en la acción, con mucho menos lo hubiéramos logrado.

(Raúl Castro Ruz. Fragmento de "VIII Aniversario del 26 de Julio", revista "Fundamentos", año XXI, número 175, junio-julio 1961).

—¿Usted participó de los asaltos a los cuarteles de Moncada, en Santiago de Cuba, y de Bayamo, en la provincia de Oriente, el día 26 de julio pasado, en forma física o intelectual?

—Sí.

—¿Y esos jóvenes?

—Esos jóvenes, como yo, aman la libertad de su Patria. Ellos no han cometido ningún delito a no ser que se estime que es delito querer para nuestra Patria lo mejor, ¿acaso no fue eso lo que nos enseñaron en la escuela?, ¿acaso...

—Limitese a responder las preguntas del Ministerio Público.

—¿En qué forma el acusado expuso a sus seguidores el plan que se proponía llevar a cabo?, ¿les explicó a ellos el bagaje político del mismo y el hecho criminal en que incurrieron? Deseo que me responda a esa pregunta, pero concretándose a la misma, quiero pedirle que su respuesta no entrañe una arenga política.

—No tengo interés en hacer política, sólo aspiro a que se abra paso la verdad.

—Pero diga al Tribunal cómo los convenció.

—Lo cierto es que no tuve que persuadirlos, ellos se mostraron ante mí, convencidos de que el camino que debíamos tomar era el de las armas, una vez que agotados todos los demás caminos posibles había el peligro de que esta generación se anquilosara y se perdiera; conociendo cómo pensaban les expuse mi plan y lo aceptaron. Los conocía a casi todos como militantes del Partido Ortodoxo; ignoro el pensamiento y el propósito de los líderes de ese Partido, pero estoy seguro de que el 99 por ciento de la juventud, como estos jóvenes, entienden que la única solución posible es la guerra. No se pudo llegar a una armonía, aunque fue el deseo de todos. Creo, señor Fiscal, que he dado respuesta a su pregunta.

—Sí, ya veo; pero dígame, ¿por qué para lograr su propósito no usó la vía civil?; usted es abogado.

—Muy sencillo, porque no había libertad; después del 10 de marzo, yo no pude hablar más.

—¿Quiere usted decir que después del 10 de marzo no se pudo hacer política?

—Se hicieron gestiones, pero el gobierno se mostró hostil a toda libertad, nosotros afortunadamente comprendimos que todo diálogo con los usurpadores resultaba inútil. Personalmente presenté un recurso en el Tribunal de Garantías Constitucionales, declarando ilegal el régimen que asaltó el Poder. De acuerdo con las leyes, a Batista debió condenársele como a cien años de cárcel a juzgar por los delitos que había cometido contra Cuba. Pero los tribunales no actuaron como esperábamos que lo hicieran.

—¿Puede decir el procesado dónde obtuvo el dinero para comprar armas y organizar el alzamiento; fue el ex-Presidente Prío su financista?.

—Así como José Martí no aceptó el dinero mal habido de Manuel García, llamado "Rey de los Campos de Cuba", nosotros no aceptamos el dinero de Carlos Prío; ni Prío ni ningún político nos dio dinero, los gastos se cubrieron con el esfuerzo y el sacrificio de todos los compañeros, mediante la donación generosa de los hombres que me siguieron hasta encontrar la muerte. Tengo una lista con el nombre de cada uno de ellos y la cantidad con que contribuyeron, casi todos están muertos, pero tengo datos, que se pueden comprobar, de que fueron ellos quienes dieron ese dinero, que ascendió a la suma de \$16,480.00, gastados hasta el último centavo. Esa cantidad se reunió prescindiendo muchas veces hasta de las necesidades más perentorias como la comida y la luz y hasta de los instrumentos de trabajo, que muchos vendieron o empeñaron.

¿Podría usted dar más detalles de cómo pudieron reunir esa suma, si como se desprende de sus palabras, sus compañeros disponían de muy pocos recursos?.

Entre los que estamos vivos y los asesinados, dieron dinero las siguientes personas: Jesús Montané, que está presente, aportó la cantidad de \$4,000.00 que cobró como gratificación en la Compañía General Motors, donde trabajaba cuando liquidó sus negocios en Cuba; Oscar Alcalde, también presente, hipotecó su laboratorio por la suma de \$3,600.00 y liquidó su oficina de contabilidad de su propiedad, haciendo por este concepto otro aporte; Renato Guitart, que fue asesinado, dio \$1,000.00; Ernesto Tizol puso a la disposición del movimiento una granja de pollos que poseía; Pedro Marrero vendió el juego de comedor de su casa, el refrigerador y el juego de sala, y no vendió el juego de cuarto porque yo se lo impedi, además, le pidió a un garrotero \$200.00 para aumentar su contribución; Fernando Chenard, que aparece entre los muertos "en combate", empeñó pertenencias personales y su cámara fotográfica, su instrumento de trabajo, con esa cámara retrató el estudio del escultor Fidalgo, que fue destruido por la policía de la tiranía porque el mismo esculpó una estatua de Martí que tituló "Pa-

ra Cuba que Sufre"; las fotos de Chenard salieron publicadas en la revista "Bohemia" en esa oportunidad; Chenard dio \$1,000.00; Elpidio Sosa vendió la plaza en la entidad en que trabajaba, era una plaza de tesorero de una importante compañía; José Luis Tasende hizo otro sacrificio por el estilo, fue de los compañeros más sacrificados; Abel Santamaría empeño su automóvil, pero no fue sólo ese su aporte; dio mucho más, por si fuera poco, dio su vida, que no tendría precio en el momento en que la Revolución triunfara; y así podría seguir ampliando la lista, pero me parece mejor que se la entregue al Tribunal, si lo desea, ordenadamente, por escrito, para que se adjunte al sumario y se investigue la veracidad de todo.

(Fragmento del sumario de la Causa 37, comparecencia de Fidel Castro, 21 de septiembre de 1953. Tomado de "La Generación del Centenario en el Moncada", por Marta Rojas).

...ALMEIDA: Yo era peón de albañil. Estábamos haciendo una obra en Ayestarán. Había un maestro de obras allí que era bueno en cierta forma, en el fondo era bueno; ahora, con respecto al trabajo era malo, porque daba jornales de hambre y sueldos de miseria, la verdad.

Entonces, yo conocí al compañero Armando Mestre, un muchacho estudiante de Bachillerato del Instituto de La Habana, deportista, tenía ciertas relaciones, vivía cerca de mi casa y nos conocimos; hubo una cierta simpatía entre él y yo; ya salíamos juntos, hablábamos, nos preguntábamos tal cosa; me decía si yo estudiaba, yo le decía que no, que no estudiaba, que había salido del cuarto grado de la escuela y que no había tenido oportunidad de seguir estudiando. Entonces él me decía que él me podía ayudar a prepararme para que yo fuera también al Instituto, que ahí se abrían mejores campos, que uno tenía mejores perspectivas en la vida. Yo le decía que era mejor perspectiva ir al Instituto, pero que primero tenía que ganarme el jornal, porque yo tenía familia muy numerosa y tenía que ayudar a los padres míos a resolver la situación.

Entonces, transcurrieron años de esa amistad, y el 10 de marzo, cuando dio el golpe Batista, él me fue a buscar y me dijo: "Vamos a la Universidad, que se están movilizando a las fuerzas vivas y al pueblo allí para repudiar el golpe militar". Entonces fuimos allí, llegamos buscando armas, no había armas... que las armas llegaban, que no llegaban las armas, que las iba a traer no sé quién. Y, en definitiva, las armas que vi por primera vez en mi vida fue las que nos puso Fidel en la Colina Universitaria, en el Salón de los Mártires, para hacer prácticas de tiro; el famoso M-1, aquel lo conocen todos los estudiantes de aquella época, y el fusil Springfield; el M-1 sin culata, que tenía la culata plegable, que pasó por las manos de todo el mundo.

Esas fueron las armas rudimentarias con que nosotros empezamos los primeros pasos, por primera vez, a tener contacto con armas. En aquella oportunidad no era como ahora, que aquí en este país ya cualquiera sabe manejar un fusil y anda con el fusil.

ALMEIDA: Pedrito Miret era responsable de las prácticas de armas con su camiseta enguatada con la H aquella, ¿te acuerdas?, con su golpecito de puño y mano abierta, y la "patada".

Me encontré a Fidel allí, empezó a hablar de la Revolución, lo que era Revolución, el proceso, el atraso que implicaba el golpe de Estado, que la juventud tenía que unirse, las fuerzas vivas, que él contaba con elementos que no habían tenido complicidades con el pasado.

Fue mi primer contacto con Fidel. Andaba con un libro de Lenin debajo del brazo, un libro azul, con la efigie de Lenin en relieve. Ese fue el que apareció en el Moncada. Tenía un traje gris Fidel, con el cuello de la camisa como que le han dado muchos zurciditos, la camisa un poco raída...; con el carácter firme ese.

...ALMEIDA...Hay un pasaje ahí que yo quiero hacer resaltar: fue cuando yo me iniciaba en los grupos insurreccionales, bajo la dirección del compañero Fidel, cuando lo conocí en la Universidad de La Habana.

Yo recuerdo que traía bajo el brazo un libro de Lenin, azul, y con la estampa de Lenin a relieve. Ese fue el libro que ocuparon en el Moncada.

Yo era por aquel entonces medio risueño, medio alegre... Antes le daba a la vida otro significado más liberal, diría yo.

Yo recuerdo que fui a unas prácticas de tiro allá en Los Palos; había un instructor que era el que nos enseñaba a tirar a nosotros allí con fusiles 22. Ponían una latica de leche y entonces cada compañero le tiraba a la latica los disparos, seis disparos cada uno. Y yo agarré mi fusilito, sin nunca haber tirado, y "¡prah!", le di el primero a la latica, "¡prah!", le di el segundo a la latica, el tercero a la latica, "¡prah!", y me dio tanta alegría que empecé a saltar allí: "¡Soy un bárbaro!". Entonces me dijo el instructor: "Oígame, compañero, parece mentira que usted se ponga aquí con ese escándalo y esa gritaría". Y yo le digo: "No, es una alegría que está dentro de mí y no puedo evitarlo": Dice: "Yo creo que usted no va a ser un buen revolucionario". Dígame: "óigame lo que le voy a decir: si yo hubiera nacido en el 95 hubiera sido veterano de la Guerra de Independencia. Por tal motivo, en ésta tengo que ser un buen revolucionario".

Cuando fuimos para el Moncada me recomendaron a mí, parece que el expediente mío decía que yo era un poquito chivador, porque Fidel le dijo en la máquina que yo iba, le dijo al compañero Alcalde, que iba manejando la máquina: "Ten cuidado con Almeida, que es un poquito "chivador", y eso, y me llevaron por la Carretera Central hasta Santiago de Cuba como un presidiario casi. Parece que el compañero Alcalde pensaba que yo me iba a dar a la fuga, y yo no lo pensé en ningún momento, porque yo pensé que no era una práctica ya, ir a Santiago de Cuba, a los carnavales de Santiago de Cuba, por

el premio de haberme comportado tan bien en los ejercicios y demás.

Después, cuando llegamos allá a Santiago, fue el día 25, como a las cuatro y media, que llegamos a Santiago de Cuba. Nos alojaron en una casa, en Celda 8, y de ahí de Celda nos trasladaron a otra, de la que nos fue a recoger como a las doce de la noche el compañero Guitart. Nos llevaron a Siboney; en Siboney empezaron a repartir los uniformes...

Vi que los compañeros se ponían los uniformes, se ponían las corbatas.....

Uniformes de soldados de la tiranía. Yo dije: "Bueno, ya me va a tocar mi fusil, ¿no? "Esperaba mi fusil yo con un esmero y unas ganas de verme con mi fusil, pero cuando veo lo y me toca: un 22. Cuando me tocó el 22 ese me enfrié...

Ya desde que llegué a Celda 8 ya vi que no era una práctica, que era de verdad que se iba a librar un hecho insurreccional. Yo te voy a manifestar con honradez que cuando me dieron el fusil ese a mí se me enfrió el corazón; después tuve que darle masaje natural para que volviera a latir, porque se paró.

El problema no era el hecho, ¡era un fusil, 22, tú! Empezaron a repartir las balas, cogí mis cuatro cajitas de balitas 22, hasta que se aproximara la hora.

Fidel, antes de salir para allá, les habló a los compañeros del momento histórico....

Tú sabes como es Fidel hablando.

Yo no me acuerdo bien; pero sí recuerdo que uno de los párrafos que dijo fue que aquél era un momento histórico que íbamos a vivir, que la historia siempre recordaría a los compañeros, y que nos íbamos a ganar un lugar muy bien merecido en el libro de la historia.

Ahí hubo unos incidentes de unos compañeros que se acobardaron allí, y que Fidel mandó que los encerraran, y que en las condiciones actuales yo los hubiera mandado a fusilar; fueron los culpables de que hubiera cierta confusión.... en una bifurcación del camino, se desviaron las máquinas.

(Fragmento tomado de "El Libro de los Doce", Guairas, Instituto del Libro, La Habana, 1967).

Vamos a hacer un recorrido sobre las circunstancias anteriores al asalto al Moncada. Me parece que si no se tienen en cuenta todas las circunstancias que rodearon el hecho, se pierde un poco su significación. Habría que dar un brinco muy atrás para llegar a la génesis de la situación actual, uno de cuyos hitos importantes lo constituye el asalto al Cuartel Moncada cuyas simientes fueron planteadas por todos los que desde mediados del siglo pasado empezaron con su rebeldía a crear el sentido de Nación y a darle forma a la palabra libertad hasta llevarla a la amplitud que dicha palabra representa hoy en Cuba. Nuestro brinco será más corto: sólo un año atrás.

La mayor parte de nosotros en aquel entonces formábamos parte del estudiantado o de la clase obrera. Me estoy refiriendo en general a quienes después hubieron de participar o rodearon el hecho del Moncada.

Todos estos compañeros vivían en el ambiente que existía en el país. Un ambiente lleno de podredumbre, un ambiente, en fin, parecido al que existe hoy en América Latina. Digo muy parecido porque entonces no existía, como hoy, un ejemplo como el que está dando el pueblo de Cuba. El ambiente en general, en aquella época, en la juventud, era, por una parte, de corrupción total; por otra, de falta absoluta de fe.

El 10 de marzo significó para la juventud una especie de chispazo o toque de alerta, que le conmovió las entrañas, le hizo adoptar nuevas actitudes, cambiar conceptos y, finalmente, la llevó a juntarse. En el sector universitario se creó un gran clamor. Digo un gran clamor porque la mayor parte de la gente se reunía para protestar, pero sin ninguna línea definida, sin ningún principio claro.

Esa amalgama de gente que se reunió allí aquel día era de lo más curiosa. Estaba formada por individuos como Masferrer, por un lado, y Fidel, por otro. Enemigos irreconciliables, de ideas y sistemas de vida antagónicos y que sin embargo en la primera oportunidad, concurren en el mismo lugar. Yo creo que eso puede dar una idea de la confusión tremenda que reinaba en aquel centro. Masferrer, claro está, enseguida cogió su rumbo y así muchos de los individuos maleantes que fueron allí. Así fueron quedando solo una serie de personas que con el transcurso de los días fueron percatándose, cada vez más, de la verdadera significación del hecho del 10 de

marzo. Es decir, a muchas personas de allí les picó un "bichito" que inocular una "enfermedad" que se llama Revolución y que es un mal que no tiene cura, que llega el momento que abarca todo el pensar de la persona y se convierte en el móvil vital.

Un buen día empezamos a cambiar impresiones los miembros de ese grupito (el compañero Raúl, entre ellos) y acordamos que nosotros teníamos que seguir luchando hasta que el estado de cosas terminara. Se hizo claro que nosotros teníamos que luchar por algo más que por derribar a Batista. Empezamos a analizar lo que había producido el golpe del 10 de marzo y todos los regímenes anteriores y llegamos a la conclusión de que no estábamos de acuerdo ni con lo anterior ni con el presente, que en aquel momento era el 10 de marzo.

Así comenzamos a trabajar, todavía sin un plan; pero ya con el propósito de hacer de ese tipo de actividad, nuestra preocupación futura.

En esos días, mientras nosotros y otros grupos de jóvenes estaban preocupados por estas cuestiones de ideas, otras gentes estaban preocupadas en ver cómo se ligaban a Batista o cómo lo combatían para guardar posiciones, etc. Los camajanes seguían en sus 9 de marzo; para ellos el 10 de marzo fue un día más.

Es digno destacar que los líderes de la oposición, los que se suponía que iban a salvar al pueblo de Cuba, eran Pardo Llada, Millo Ochoa, Aureliano, etc.; esos eran los "bravos". No había ningún plan insurreccional (porque ya se hablaba de insurrección en aquella época) en que no estuvieran los "supermán" de Millo Ochoa y Pardo Llada, por un lado, y los "superman" de Aureliano, por otro. Aureliano entonces empezaba a crear una cosa que se llamaría Triple A. (Nunca se pudo saber por qué se llamaba así).

Debemos señalar que mientras por un lado se seguían las mismas costumbres de enjuague entre las mismas gentes, por otro lado se iba formando una mentalidad distinta entre ciertos sectores de la juventud.

La primera fecha de insurrección la dieron el 1ro. de junio de 1952. Después lo de las fechas se convirtió en un perfecto relajo; cada semana daban una fecha que no fallaba nunca! (Yo creo que ese mismo sistema lo está siguiendo la contrarrevolución ahora).

Al principio nosotros nos creímos que las primeras fechas eran ciertas. Pero en seguida nos fuimos acostumbrando a verlas pasar sin gloria.

El primer pretexto que dieron para posponer la primera fecha fue, que los contactos no habían podido coordinarse —ese pretexto lo repitieron después muchas veces— (siempre las in-

surrecciones priístas eran a base de tener más armas que Batista). Ahora yo me imagino que será tener más armas que nosotros; pero siempre les falló una caja de balas o les faltó un contacto y después de Playa Girón, les falló una División americana más.

Es interesante ver cómo el grupo que después atacó el Moncada, fue razonando y definiendo su posición. Yo recuerdo que nos dio por estudiar ya que casi ninguno entendía cómo los miembros de la U.I.R. y de la A.R.G. y de no sé cuántas organizaciones y nombres raros, que ya la gente los ha olvidado y que eran en ese tiempo los "bravos" (los "gatillo alegre"), no conocieran el manejo de las armas, en primer lugar, y en segundo lugar a nadie le cabía en la cabeza, que estos individuos pudieran luchar de verdad por el bienestar del pueblo, como ellos decían; no era posible concebir que este personal pudiera ir a ninguna acción que condujera, en definitiva, a nada bueno para nadie, inclusive para los que fueran con ellos. En aquella época estaba en boga un libro de Mira y López que se llamaba "Problemas Psicológicos Actuales", ese librito, en una forma muy condensada, retrata ciertos aspectos de la vida revolucionaria que surgen y suelen ocurrir en realidad. Retratava también el caso de todos los seudorrevolucionarios que allí se encontraban. En ese ambiente y ya un poquito enterados, llegamos a la conclusión que todas esas fechas seguirían hasta lo eterno. Que no llegarían a ningún sitio y como en definitiva nosotros ya nos habíamos propuesto trabajar en ese nuevo trabajo a que nos estábamos dedicando, en una forma seria, fuimos perdiendo la fe en todos esos falsos líderes y lo mismo fue ocurriendo a los grupos que por otro lado laboraban con las mismas intenciones y por los mismos principios. Creo que cada quien se trazó su meta particular. Uno lleva dentro el deseo de que todo salga bien, pero a veces la realidad se encarga de destruirlo y eso estaba ocurriendo con la famosa "revolución" de los auténticos. Esa era una de las tantas cosas ideales que teníamos en la cabeza y que tuvimos que ir destruyendo metódicamente.

La última fecha que recuerdo fue el 10 de septiembre. Ese día se "iba a acabar el mundo". Pero como siempre, no pasó nada. Aunque para nosotros sí ocurrió algo importante, pues se apareció un individuo flaco y largo, como no he visto otro jamás. Aquel compañero medía seis pies y cuatro o cinco pulgadas. Vino a vernos de parte de una persona que no estaba precisamente entre los favoritos de los predios universitarios, a pesar de su postura vertical y sin equívocos contra la tiranía. Pero ¡qué se podía esperar si allí los favoritos eran los señores que meses atrás fueran objeto de sus viriles denuncias!

El compañero flaco y largo venía de parte de Fidel a ver si podíamos entrenarle un grupo que él tenía, ya que carecía de

medios para entrenarlo. Nos llamó la atención la forma tan cortés, tan diferente de este compañero. Era lógico: él no tenía cartel de guapo. Era un simple obrero del mercado que tenía que trabajar diariamente muy duro. Estaba tan flaco por el hambre que pasaba. Creo que pocas veces dejó de pasarla.

Ese compañero murió en el desembarco del Granma y hoy su nombre lo lleva la refinería de petróleo más grande de Cuba: se trata de Nico López. En él perdió la Revolución uno de sus genuinos líderes.

p. 6
La impresión que nos causó trabajar con estos compañeros fue agradable. Estas personas eran campesinos; provenían de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Ninguno era incorrecto, todos se portaban de una forma seria, responsable, cuando uno hablaba con ellos notaba otro ambiente. Se respiraba otro aire alrededor de estos muchachos. (Algunos no eran tan muchachos). Fue entonces cuando nosotros decidimos que valía la pena abandonar todo el resto del personal y dedicarnos a trabajar con estas personas que se producían tan diferente.

p. 7
Se empezó a pasar sigilosamente todo ese personal hasta que llegó al número de 1,400 a 1,500. Todos más o menos, de la misma formación, en su mayor parte jóvenes ortodoxos. Ninguno exhibía ningún carnet, vuelvo a repetir, de guapo. Todos eran idealistas, como se decía entonces, y todos participaban de ese entrenamiento en una forma consciente. Se veía que eran individuos que dejaban su tiempo, que les era muy necesario, para dedicarse a tareas que no eran de su agrado. Se veía que esos compañeros iban allí en cumplimiento de un deber. Eso se prolongó hasta el mes de diciembre. En el interin empezamos a trabajar conjuntamente, con esas nuevas fuerzas que se nuclearon y se integraron finalmente en lo que después fue el Movimiento 26 de Julio. Todavía no se llamaba así; pero fue el que culminó con el ataque al cuartel Moncada y al cuartel de Bayamo.

Es interesante ver cómo fue continuando la metamorfosis mental y hasta física de todos los compañeros. Para hablar con José Luis Tasende (era obrero de la "Nela") había que meterse en una de las neveras donde se guardaba la mantequilla, lo que hacía que cuando se prolongaban las conversaciones salíamos medio congelados.

Había otro compañero muy interesante que era Abel. Siempre con su tabaco en la boca, unos ojitos pícaros y su libro de las obras escogidas de Lenin bajo el brazo.

Así transcurrió el tiempo y fue aumentando el conocimiento de que en la forma en que se desarrollaban los acontecimientos, con la mentira como norma y con la ausencia total de las masas de todos los planes conspirativos (todos se basaban

en contragolpes militares en los que el pueblo aparecía como espectador) no se derribaría jamás a la tiranía y ante la disyuntiva de seguir esperando de otros lo que no nos iban a dar, se decidió que con nuestros propios medios iríamos a la acción y es a partir de ese momento que se empiezan a perfilar ya los planes que condujeron al asalto al Cuartel Moncada y al de Bayamo.

A partir de diciembre ya ese grupo empieza a trabajar más aceleradamente, con fines más definidos, ya empieza a desligarse de todos los otros grupos; (a desligarse en cuanto a planes de operación); porque empieza a concebir sus propios planes. Ya empieza a desconfiar de los demás, no en el aspecto de creer que fueran los únicos poseedores de la verdad, sino en el sentido de estimar que solamente con el esfuerzo propio se lograría hacer algo.

En la Universidad, en las narices de todo el mundo, de los 1,200 a 1,400 hombres que se habían entrenado, empezamos a hacer un sistema de selección para entrenar un grupo de comandos. Después de seleccionados se les empezó a probar en distintos actos. Esos mismos más o menos fueron los que después se batieron heroicamente en Santiago y Bayamo.

Había que ver cómo esos compañeros que en su mayoría eran campesinos u obreros se dedicaban a hacer los ejercicios selectivos en el piso de una azotea de una Escuela de la Universidad. Muchos venían con su guayabera planchadita, posiblemente la única y allí había un instructor que los mandaba a tirarse en el suelo y a hacer veinte cosas que ellos no entendían y salían, la mayor parte de las veces, con la guayaberrita rota.

En esa segunda etapa casi todos cambiamos el método de vida radicalmente. Cada uno se desvinculó completamente de lo que había hecho el año anterior.

Una vez determinado que nosotros seríamos los que ejecutaríamos la acción, nos dedicamos seriamente a estudiar los planes, a estudiar las posibilidades de los lugares y a estudiar la forma de obtener los medios materiales, es decir, el dinero.

Nadie puede imaginarse las enormes dificultades con que tropezábamos para conseguir el poco dinero que costó la operación. En algunos fue dramático el esfuerzo como en los casos de Chenard, Montané, Alcalde, etc.; que entregaron todo lo que tenían y algunos, aún lo que no tenían.

Para dar una idea de lo difícil que era conseguir armas, les voy a contar una anécdota: Una vez estaba en el hospital con un pie roto. Apareció Fidel; se suponía que Fidel y yo nunca hablábamos, para que no nos vincularan (siempre nos veíamos en lugares apartados). Apareció, cerró la puerta, sacó una bi-

lletera, de ella un billete lila y me dijo: "Hay que trabajar". Se me enderezó el pie, en seguida salí cojeando. Yo nunca había visto un billete de aquellos, creo que era de cien pesos. De allí salimos a hacer una "comprita". Nos habían ofrecido 10 ametralladoras "Thompson" a \$250.00 cada una. El individuo que las ofrecía no podía fallar. Era un republicano español que nunca había estado en Cuba. ¡No podía fallar! El hombre acababa de llegar de New York. En aquella época éramos muy ingenuos en cuanto al F.B.I. y todas esas cosas. Producto de eso fue la trampa en que caímos.

El famoso español era miembro de lo que después se llamó el BRAC. Las ametralladoras viejas que traía pertenecían al S.I.M.. Fuimos nosotros con un fajo de billetes enorme, primera vez que andábamos con tanto dinero.

Alcalde, que era nuestro financiero, pasaba a ratos vigilando el dinero, de lo más serio; pero también las autoridades cojeaban más que nosotros, eran más malos que nosotros. Los miembros del Buró andaban con unas camisitas azules de mangas cortas, que los identificaba como miembros del ejército. Esos buenos señores se creían que eso era un paseo. Nos tenían "tan bien" rodeados, que nos escapamos.

Llegamos entonces a la conclusión de que nosotros no podíamos adquirir armas de ese tipo sin caer seguramente en una trampa. Fue entonces cuando determinamos que nuestras armas estaban en las armerías y fue cuando se decidió tomar las escopetas y rifles calibre 22 para realizar el asalto al cuartel Moncada. Fuimos con los rifles porque esto fue lo único que pudimos conseguir. Porque a nosotros nadie nos dio ni un "vizcaino".

Nos dimos a la tarea de suplir la desventaja de las armas con un entrenamiento muy riguroso. Cada uno de los compañeros, que ya había sido seleccionado, lo fuimos pasando por una finca, donde le dimos un entrenamiento bastante riguroso de tiro con rifle calibre 22 y de entrenamiento con escopetas en el Club de Cazadores. No se nos ocurría ni remotamente decirles que con esos iban a ir al Moncada, ni del Moncada se hablaba jamás. Eso no se habló con nadie. Y no se nos ocurría decirlo porque corrimos el riesgo de que cualquier indiscreción nos ridiculizara por completo y diera al traste con nuestro plan. Lo que sí es bueno aclarar es que a base de entrenamiento se logró que el rifle 22 se convirtiera en un arma mortífera en manos de los compañeros que fueron al Moncada. Ellos lo demostraron allí. Eso demuestra que muchas veces no hay que descansar tanto en el arma como en el conocimiento que se tenga de ella. Estos compañeros tendrían armas pequeñas; pero tenían un corazón muy grande y creo que eso también quedó perfectamente demostrado en el asalto al cuartel Moncada.

Creo que era la primera operación realmente secreta que se hacía en el país. Debemos agregar que todo se fue cumpliendo a medida de nuestros deseos. Los planes de chequeo del cuartel en Santiago, los trabajos que llevaron a cabo allá los compañeros Renato Guitart y Abel Santamaría. Cómo lograron disimular todos sus movimientos todos los compañeros, cómo se pudieron llevar los 165 hombres que componían esa tropa de asalto, con todas sus armas y parque. Cómo se pudo llegar al cuartel en sí; y cómo se fueron cumpliendo, con sus pormenores, los detalles del plan. ¿Por qué falló el plan? Ya eso es harina de otro costal.

Lo que quería fundamentalmente era aclarar, cómo esa juventud fue transformándose. Fue proponiéndose cada vez metas más avanzadas, cómo esa juventud llegó al Moncada, pasó el Moncada, estuvo presa o estuvo trabajando afuera. Fue una cosa diferente a todo el resto de las cosas que se habían hecho hasta entonces en el país. Creo que es digno de destacar cómo eso creó una fe nueva en el pueblo, cómo regó esa simiente, que ya se había sembrado mucho antes y cómo, en definitiva, dio al traste con toda la base de sustentación de esa tiranía y continuando con el "Granma" y Girón creó las sólidas bases sobre las que se sustenta la Revolución Socialista Cubana, que es el luminoso faro hacia donde miran esperanzados todos los pueblos oprimidos de la América Latina.

(Conferencia pronunciada en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, por el Comdt Pedro Miret el 19 de julio de 1962. Revista "Verde Olivo", 29 de julio de 1962). P. 5

CONOCIMOS al doctor Fidel Castro en un Acto Cívico en Santiago de las Vegas, a fines de noviembre de 1951. En dicho acto un compañero se había referido a la falsa incineración de billetes por el gobierno de Carlos Prío, a lo que yo respondí que no teníamos que ir muy lejos, que un ejemplo de la corrupción de dicho gobierno lo teníamos en nuestro propio término. Aquí en Santiago de las Vegas existía un señor adinerado, de apellido Mendigutía, de cuyos intereses Carlos Prío había sido abogado. Este señor había violado a una niña de 8 años, por lo cual ni su influencia ni su dinero habían podido evitar que fuera a la cárcel. Al asumir la Presidencia de la República Carlos Prío inmediatamente indultó a este señor, quien en prueba de agradecimiento le regaló una finquita en el reparto "El Globo", entre Calabazar y Managua, de dos caballerías y media. Tanto le gustó aquella finca a Prío que inmediatamente se dio a la tarea de comprar fincas colindantes, entre ellas las fincas: Lage, Potrerillo, de Menocal, Casas Viejas, Pancho Simón y Paso Seco, convirtiendo la finquita en una extensión de 54 y media caballerías de tierra, a la que puso el nombre de "El Rocío". Entre los arrendatarios desalojados sin mandamiento judicial se encontraba el campesino Juan Rodríguez, dirigente campesino de la zona.

Cuando terminé mi exposición se me acercó un joven alto, fuerte y corpulento que me preguntó si todo lo que yo acababa de decir era cierto, lo que le sostuve, entonces se me presentó como el doctor Fidel Castro y me planteó que que me parecía darnos a la tarea de buscar pruebas fundamentales contra el Priato y así reivindicar la memoria del líder desaparecido Eddy Chibás, ya que a éste le exigieron pruebas que el Partido Ortodoxo no había llegado a presentar y que si nos dedicábamos a esto, ya con las pruebas en la mano se podía denunciar ante los tribunales y la opinión pública a los gobernantes.

La idea me entusiasmó y le dije que sí. Quedamos citados al otro día a las 8:00 p.m. en mi casa, entonces vivía frente a la fábrica de Tejidos Capitalinos, en una finquita propiedad de mi suegro, Gregorio Crespo Rodríguez.

Al otro día por la mañana temprano ya estaba en mi casa Fidel, acompañado de los compañeros José Luis Tassende y Gildo Fleitas, que cayeron después en el Moncada. Después de conversar los llevé a ver la finca "El Rocío". Trazamos nuestros planes y nos empeñamos con estos compañeros en la

P. 10 labor de buscar datos y pruebas sobre esta finca. Entre otras cosas a Fidel se le ocurrió la idea de hacer como una especie de gira, entrando un día con varias compañeras y Martínez Tinguao a dicha finca y celebrar una merienda, con el propósito de que nos descubrieran dentro de la misma. Como a los veinte minutos de haber entrado fuimos descubiertos por el Cabo Tejera, que era responsable de la custodia del lugar, quien alarmado nos preguntó que cómo nos habíamos atrevido a entrar en la finca del Presidente, a lo que Fidel preguntó que si era el Presidente del Senado o del Tribunal Supremo, respondiendo Tejera que el Presidente de la República, Carlos Prío Socarrás, que cómo habíamos osado entrar allí. Fidel se valió de su habilidad, aunque ya conocíamos al Cabo, para preguntarle su nombre y hacerle repetir que la finca era del Presidente de Cuba, Prío. Después de esto le pidió excusas, diciendo que no sabíamos de quién era la finca y lo que queríamos era pasar un buen rato. El Cabo nos mandó a salir inmediatamente de la finca.

P. 11

Los compañeros José Luis Tassende, Gildo Fleitas y yo nos dedicamos a retratar a los soldados del ejército que realizaban tareas como hacer cercas de piedra y sembrar árboles injertados con la firma de Pestonit y otros trabajos de construcción de naves y cuadras en el patio de la finca. También en una ocasión desde un avión el propio Fidel con Gildo Fleitas tomó películas de la finca y de las funciones que realizaban los soldados en ella.

Por un vecino del lugar llamado Carlos Pérez, Fidel logró averiguar que dichas fincas, unificadas ahora bajo el nombre de "El Rocío", estaban registradas en el juzgado de San Antonio de las Vegas, lo que Fidel, como abogado, comprobó con facilidad y obtuvo el número de folio y tomo de las inscripciones. Estaban registradas como propiedad de la Cía. Inmobiliaria Acirema, cuyo presidente era el propio Carlos Prío.

También sostuvimos entrevistas con los campesinos empleados en "El Rocío" a quienes sólo pagaban un sueldo de \$2.50 diario, de lo que tenían que pagar \$0.50 de almuerzo y \$0.50 de transporte diario, por lo que se le quedaba el sueldo en \$1.50 diario. Entre estos trabajadores recuerdo a uno nombrado Guillermo Luis, apodado Pijirigua, por ser nativo de ese pueblo. También entrevistamos al arrendatario desalojado Juanito Rodríguez, sacado de su finca, como anteriormente señalé.

También teníamos el trabajo de buscar datos de "La Chata" y de "La Altura", en Pinar del Río, así como una finca en Santa Clara de José Eleuterio Pedraza que estaba custodiada y respaldada por el ejército continuamente.

De ahí que Fidel hizo denuncia de todas estas cosas ante el Tribunal Supremo y a través del periódico "Alerta", empla-

zando a Prío y su camarilla a que le desmintieran todo lo que acababa de denunciar. Claro que nadie salió a desmentirlo, pues sabían que era cierto y que tenía todas las pruebas.

Hay que destacar que durante este tiempo estaba en efervescencia la reorganización de los partidos políticos y la postulación de candidatos para las elecciones. Mientras ellos hacían estos preparativos, Fidel se ocupaba de la investigación en vez de buscar quien lo postulara.

En este asunto nos sorprendió el golpe del 10 de marzo, de lo que Fidel tenía antecedentes y lo elevó a la Dirección Nacional del Partido Ortodoxo. No se le prestó la más mínima consideración ni atención, ya que Fidel pedía la hora dominical que tenía por radio el Partido Ortodoxo para lanzar la denuncia, responsabilizándose enteramente.

Después celebramos de nuevo nuestras reuniones con Fidel, quien desde el primer momento hacia la lucha revolucionaria frente al cuartelazo. En un acto frente a la tumba de Chibás se dirigió a la dirección del Partido Ortodoxo que orientaba la resistencia cívica diciéndoles que Batista había entrado por la violencia y que por la violencia había que sacarlo.

Con la ayuda del compañero Abel Santamaría, Fidel se dedicó a organizar en distintos términos cédulas revolucionarias, existiendo tres en el término de Santiago de las Vegas: una en el propio Santiago, una en Boyeros y otra en Calabazar, de la que éramos responsables; por vivir nosotros en una finca y no estar aquella zona fabricada como lo está en la actualidad, Fidel escogió el lugar donde yo vivía para reuniones y hacer prácticas de tiro, donde nos cuidaban los Pijirigua, el propio Fidel, Abel Santamaría, Pedro Miret y Ernesto Tizol, estos dos últimos reparaban en mi casa mucha de las armas que se compraban.

En una ocasión Fidel planteó la necesidad de conseguir pantalones y camisas del ejército, a lo que le respondí que conocía a un primo político de mi esposa que era oficial del Hospital Militar de Columbia, llamado Florentino Fernández, el cual me contaba no había visto con agrado el cuartelazo. Fidel me habló del peligro que corriamos en hablar con un militar sobre esta cuestión y quedamos en que yo lo plantearía, corriendo el riesgo, como cosa mía, pero a la vez señalándome que cualquier indiscreción o imprudencia cometida por mí al respecto sería juzgado por el movimiento.

Mis contactos con Florentino fueron muy productivos para la adquisición de dichos uniformes. Cumplió tan bien la gestión hecha por nosotros que Fidel decidió que Abel lo visitara conmigo, desde luego con nombre supuesto. Quedó tan impresionado Abel con él, que le planteó a Fidel que él mismo lo fuera a ver, ya que no sólo uniformes sino también armas y parque nos podía conseguir. El pretexto con que los ad-

quiría era que vivía en la zona agrícola de San Antonio de los Baños y esta ropa era usada por los campesinos de allí en la siembra de tabaco.

Yo iba a llevarle el dinero a Florentino y a recoger los uniformes que podía conseguir, los que escondía en el "vara en tierra" al fondo de mi casa, o sea en Calabazar, a dos cuadras de la fábrica de tejidos. Previamente había conseguido con mi suegro una caja de madera de bolas de algodón que venía forrada con un papel impermeable, allí escondíamos todos los uniformes obtenidos hasta que fueron trasladados a la finca de Vázquez en Siboney, Santiago de Cuba. Además de uniformes escondíamos también rifles, lo que sólo sabíamos tres personas; Fidel, Gregorio Crespo (mi suegro) y yo.

En una ocasión Fidel vino con los compañeros Abel, Miret y Lester Rodríguez a probarse los uniformes. También en una ocasión fueron cerca de 80 compañeros, entre ellos Juan Almeida y Calixto García, a hacer prácticas de tiro en la finca en que yo residía. Sólo pudimos hacer una práctica pues el estruendo alarmó a los campesinos, acordándose desplazar las prácticas para Artemisa y Nueva Paz, y quedó el lugar nada más que para algunas reuniones y esconder uniformes hasta que llegó el momento de la partida a Santiago donde el 26 de julio asaltamos el Moncada.

("Antes del ataque", por Pedro Trigo, revista "Verde Olivo", año V, número 30, La Habana, 26 de julio de 1964). P. 10

Hace unos días, después de sentarme a la mesa para el desayuno, probé el café con leche que estaba demasiado caliente y recordé a Abel. Lo recordé porque a él siempre le gustaba la leche hirviendo, tanto, que sus labios enrojecían y decía con aquella expresión suya de muchacho travieso, que la leche sólo sabe bien cuando se bebe muy caliente. Recuerdos como éste me acuden constantemente. Son visiones que pasan precipitadamente, a veces tarde en la noche cuando la fatiga me obliga a interrumpir la lectura. En estos días en que se acerca una nueva conmemoración del 26 de Julio estas visiones se hacen más frecuentes. Recuerdo a nuestros muertos, veo de nuevo sus rostros en Siboney. Trato de evitar que estos recuerdos me debiliten porque un revolucionario debe ser fuerte. Debe serlo porque en el camino de una revolución son numerosas las dificultades.

Esa mañana, después del desayuno, recibí un paquete de libros. Eso me recordó que en el apartamento de 25 y O, en el Vedado, donde se celebraron muchas de las reuniones preparatorias del ataque al Moncada, teníamos un pequeño librero. Abel y yo estábamos orgullosos de él. Había novelas y ensayos pero sobre todo biografías históricas y mucha literatura política. Martí y Lenin estaban bien representados. Entonces un libro era un objeto caro. Crear aquella pequeña biblioteca fue un esfuerzo económico, pero era necesario para la lucha, para la cultura ideológica de los futuros combatientes. En todo eso pensaba mientras veía aquel paquete de libros. Y pensaba además que ahora era sumamente barato y fácil en Cuba, para cualquier ciudadano, procurarse un libro, teniendo a su alcance todo el repertorio de la cultura universal. Esa era una de las metas por las que habíamos combatido: el derecho a la educación y a la cultura para todos.

Han pasado los años, once años exactamente, y aun tengo muy fresca en la memoria las reuniones. Recuerdo las comidas que hacíamos con boniato y tasajo y arroz blanco y todo el mundo reía y hacía chistes y la comida nos parecía la más sabrosa del mundo. Nunca después una comida ha sido tan buena para nosotros. Recuerdo que yo hacía una tortilla con papas que a Fidel le gustaba mucho. Después de la Revolución he vuelto a hacerla y a él no le sabe igual. Lo que sucedía era que aquella era muy pequeña para tantas bocas y el pedacito que le tocaba a Fidel lo disfrutaba más.

Recuerdo que una noche llegó la policía a registrarnos. Yo tenía una ametralladora que me habían confiado con grandes recomendaciones. Era la única ametralladora del Movimiento. Me habían dicho que debía defenderla a todo precio. Y ahora la policía subía las escaleras y estaba a punto de allanar nuestro apartamento. Estaba preparada para una ocasión así. En la parte de afuera del marco de la ventana del baño había martillado un sólo clavo.

La ventana daba a un patio interior de ventilación. Amarrré la ametralladora a una soga y el otro extremo al clavo y la hice descender lentamente. Allí permaneció mientras la policía hizo el registro. No encontraron nada porque un momento antes también había sacado el mimeógrafo y los papeles con los que hacíamos el periódico clandestino.

Se discutía mucho en aquel lugar. El ideario martiano en primer lugar: el Manifiesto de Montecristi y los estatutos del Partido Revolucionario Cubano de Martí. Y comentábamos la actualidad y se analizaban esos fenómenos de la corrupción política que son la lotería y la botella y el latrocinio de los altos funcionarios. También nos decíamos que no podíamos detenernos allí, que era necesario erradicar los males pero era necesario construir algo más. Hablamos de reforma agraria y de otros proyectos locos que teníamos. Y en aquellas reuniones siempre Fidel era el más agudo, el que veía más lejos, el que silenciaba las razones de los otros cuando comenzaba a hablar.

(“A once años del Moncada” por Haydée Santamaría Cuadrado. Artículo escrito para la Agencia de Prensa Nóvosti).

HAYDEE... Conocí a Fidel poco tiempo después del 10 de marzo, en mi apartamento de la calle 25 en La Habana. Abel lo llevó allí un día. Yo recuerdo que había acabado de limpiar y él caminaba de un lado a otro y me echaba cenizas en el suelo. Yo pensaba: "¿A quién me habrá traído aquí Abel que me está ensuciando todo?" Cuando se fue le pregunté a Abel y él me dijo que era un muchacho, qué sé yo, y me empezó a hablar de él.

...Estábamos en la casa de Siboney, Melba, Abel, Renato, Elpidio y yo. A Renato se le ocurrió hacer un chilindrón "de pollos". Me reí cuando me lo dijo y empecé a argumentarle que no era un chilindrón sino un fricasé. "Así le dicen en Vuelta Abajo", insistía Renato.

Mientras cocinábamos y sin interrumpir la conversación con Melba y Renato, mirando a Abel, pensaba en la última vez que estuvimos en el central, a despedirnos de los viejos y la familia. Cuando fuimos a dejar la casa por la madrugada para regresar a La Habana, Aida nos advirtió que pusieramos cuidado en no despertarle la niña. Abel quiso cargarla, quiso besarla. Yo dije: "Déjanos, a lo mejor es la última vez que la vemos". Aida me miró alarmada, y yo quise hacerle un chiste: "A lo mejor es en la carretera donde quedamos". "No seas trágica" —me dijo Aida, y nos fuimos.

Cuando estuvo hecho el chilindrón de Renato, Abel no quiso comer. Iba a Santiago a acompañar a un viejo matrimonio que vivía frente a la casa de Siboney. Tal vez sea el último Carnaval que vean, pensé.

Melba estaba a mi lado; hacía siete meses que no nos habíamos separado ni un solo día.

Pensaba en casa, en Melba que está a mi lado, en los muchachos. A esa hora no se me hubiera ocurrido pensar en la muerte, pero había dos cosas que me punzaban con dolor. Si todo se acaba que quede Fidel, por él se hará la Revolución y nuestras vidas y nuestros hechos tendrán una significación...

...Fui al Moncada con las personas que más amaba. Allí estaban Abel y Boris, y estaba Melba, y estaba Fidel, y Renato, y Elpidio, y el Poeta Raúl, Mario y Chenard y los demás muchachos, y estaba Cuba, y en juego la dignidad de nuestro pueblo ofendida y la libertad ultrajada, y la Revolución que le devolvería al pueblo su destino.

Los muchachos llegaban con hambre. La medianoche nos encontró conversando, riéndonos, se hacían y decían bromas a todos. Servíamos café y un poco de lo poco que había quedado de la comida, de la comida que Abel no comió. Volvíamos a los cuentos, a la anécdota de mi llegada a Santiago con dos maletas llenas de armas, de tal modo pesadas, que un soldado que las movió al pasar junto a mí en el coche del tren, me preguntó que si llevaba dinamita. "Libros —le dije—. Acabo de graduarme y voy a ejercer en Santiago. Aprovecharé el Carnaval para divertirme un poco después de los estudios. Usted sería un buen compañero para divertirme en el Carnaval". El soldado sonrió amistoso y me dijo dónde debíamos encontrarnos. Bajó conmigo al andén, llevando mi maleta. Abel y Renato estaban esperándome en la terminal. Yo me acerqué para decirles: "Esa es la maleta" y agregué: "Es un compañero de viaje". Y al soldado: "Son dos amigos que vienen a esperarme". El soldado entregó la maleta y partimos.

Uno de los muchachos le hacía chistes a Boris: "Ten cuidado con Yeyé, que tiene una cita con un soldado de la dictadura" y todos nos reíamos.

Después llegó Fidel, y unos solos y otros en grupo, llegaron todos.

Después salimos.

Luego estábamos en la máquina Melba, Gómez, Mario Muñoz y yo. Después y durante todo el viaje al Moncada, pensaba en casa, pensaba en la mañana que vendría: ¿qué pasaría?, ¿qué dirían en casa?, ¿cómo sería el día que comenzaba?....

(Fragmentos tomados de "El Libro de los Doce", Guairas, Instituto del Libro, La Habana, 1967).

Aquel mediodía del 1.º de Mayo del 52 nos habíamos encaminado hacia el Cementerio de Colón, Abel Santamaría y el que suscribe. Se efectuaba allí un acto en memoria del obrero Carlos Rodríguez que fuera asesinado en la protesta contra el Decreto Mordaza en épocas de Prío. Allí coincidimos con Fidel, que por las mismas razones que nosotros se hallaba rindiéndole tributo al compañero caído. Recordamos cómo Fidel, en su condición de abogado, llevó la acusación privada de ese caso logrando el procesamiento de Casals y Salas Cañizares que habían asesinado impunemente al referido compañero y que posteriormente, ya en la tiranía de Batista, se distinguieron por su crueldad para con los revolucionarios apresados.

Después de celebrado el acto nos quedamos conversando Abel, Fidel y nosotros. Muy pronto se estableció una animada y amigable charla alrededor de los acontecimientos políticos del país. Estuvimos de acuerdo en que algo había que hacer para combatir el régimen dictatorial de Batista. Nos lamentamos de la inercia de algunos sectores de la llamada oposición que estaban demostrando una incapacidad manifiesta para presentarle un verdadero frente de combate a la tiranía. Se imponía la acción de la juventud, ante tanta politiquería y vacilaciones. En esa conversación ya despuntaba el líder que organizara masivamente al pueblo en su lucha a muerte contra la tiranía.

Fidel nos hablaba de un médico amigo suyo nombrado Mario Muñoz, que ejercía su profesión en Colón, provincia de Matanzas, siendo además radioaficionado. El compañero Fidel pensaba pedirle que nos construyese dos plantitas de radio para operarlas clandestinamente en La Habana.

Como quiera que el Chevrolet carmelita que usaba Fidel se encontraba descompuesto, como de costumbre, Abel le brindó su carro para visitar a Muñoz el domingo siguiente. Hacia Colón nos fuimos y allí Fidel no necesitó mucho tiempo para convencer al compañero para que construyese, en el más breve plazo de tiempo, las dos plantas clandestinas.

Estas apenas pudieran cumplir sus objetivos porque fueron capturadas por la policía casi inmediatamente. Una de ellas en una casa de la calle Tamarindo donde vivía un "compañero" que se prestó a instalarla, pero gracias al nerviosismo que demostró, no tardó la policía en dar con ella.

Posteriormente el culpable de que perdiéramos una de las plantas, se convirtió en uno de nuestros peores enemigos, llegando inclusive a escribir artículos infamantes contra Fidel en la época en que éste se encontraba en México preparando la expedición del Granma.

No obstante, una de las plantas sirvió para “radiar” un acto desde la misma Escalinata Universitaria y para que Fidel y otros compañeros lanzaran encendidas arengas contra el cuartelazo traidor del 10 de marzo, que escasamente se podían escuchar en varias manzanas alrededor de donde se encontraba situada la misma.

Por aquellos primeros meses nos reuníamos en la casa de apartamentos donde vivían Abel y Haydée Santamaría, situada en 25 y O en el Vedado, y en Jovellar 107, 4to. piso, en la casa de los padres de la compañera Melba Hernández. Precisamente en casa de Abel y de Haydée “tiramos” varios números de los periódicos clandestinos “Son los mismos” y “El Acusador”.

Desde estos primeros días en que se comenzaba a organizar lo que en su día se llamaría el 26 de Julio, tuvimos la entusiasta colaboración de las compañeras Haydée Santamaría y Melba Hernández. Fue sorprendente cuán rápidamente se identificaron los compañeros Abel Santamaría y Fidel Castro. El primero pasó a ser desde los inicios el segundo jefe de nuestra joven organización. Abel, que a su capacidad de trabajo y organización añadía las cualidades de ser un joven esencialmente honesto y lleno de virtudes patrias, tenía además, un infinito deseo de superación y orientado por el propio Fidel se dio a la tarea de leer cuanto material relacionado con cuestiones económicas, políticas y sociales caía en sus manos.

Así vemos cómo en el cuartel de los combatientes del Moncada, en la finca situada en Siboney, Santiago de Cuba, fue hallado un tomo de las obras completas de Lenin que a la sazón leía el compañero Abel. Rápidamente el compañero que las bestias sangrientas de Chaviano le vaciaron las cuencas de sus ojos, se convirtió en la mano derecha del gran organizador de la victoria del 1ro. de Enero del 59.

Al retrotraernos mentalmente a aquellos primeros días de la lucha revolucionaria, las imágenes, las anécdotas, se van perfilando en nuestro recuerdo con mayor nitidez y se van descubriendo pasajes de esa época gloriosa que ya pertenece por entero a nuestro pueblo.

¿Cómo no recordar la insistencia de Raúl Gómez García enernos su trabajo inédito “Revolución sin Juventud”?

Como todo el pueblo de Cuba recuerda, Batista tuvo la osadía inaudita, producto de su cinismo y su analfabetismo en cuestiones económicas, políticas y sociales, de nada menos que calificar su asonada castrense de “revolución”.

Aquella afirmación del tirano necesariamente tuvo que calar muy profundo en la sensibilidad del maestro, del revolucionario y del poeta que aprisionaba aquel cuerpo frágil, pero de voluntad invencible.

De aquel trabajo "Revolución sin Juventud", son estos párrafos inolvidables: "No vamos a teorizar, vamos a combatir. No vamos a decir, vamos a hacer. Esta es la fórmula mágica de la presencia de la juventud. Nosotros, jóvenes, nos sentimos dentro de la consigna y dentro del presente y arrostraremos las consecuencias y asumiremos las responsabilidades del tiempo que nos pertenece".

"Ahora la Cuba nuestra, fruto último de gestas insondables, con un pasado repleto de grandezas insignes —pero también de tradiciones enormes— tiene sobre su lomo un millar de sacrílegos afanes, de una porción de hombres. La primavera en el cincuentenario de la Libertad ha venido sin flores y sin aires. La luz del sol opaca nos parece en estos días a media luz en que la plena libertad y la soberanía están en las sombras. Un general cabalga entusiasmado el agitar sin límites del desarrollo social y se detienen las leyes y las instituciones ante el grave paréntesis abierto. ¿Cuánto tiempo trueque de culpable sir nombre, ha de estar rigiendo el destino detenido? No lo sabemos. El medir la pasión del poder y la ambición es tarea de monstruos, no de hombres. Es preferible hablar de la serenidad de un bohío o del vaivén majestuoso de la palma que de la horrible grandeza de éste y otros caudillos insaciables de nuestra América, que son montón de polvo ante la muerte".

Y prosigue Gómez García:

"Pero la patria construirá con el verbo, la pasión y la muertes de Martí, la fuerza y el valor de Maceo... y el arrojo sin igual de Gómez, pide a gritos de sus entrañas nobles, bordados con las lágrimas de sus hijos aquellos que viven orgullosos de perenne triunfo, la voz y el acto en su respeto y en su honor ¿quién más noble y llanamente que la juventud rica en salud y en vida y en ideales altos puede gritarnos la fuerza del patrio sentimiento?"

"A combatir venimos y no a teorizar. A hacer y no a decir".

Y termina con esta vibrante y emocionada arenga dirigida a la juventud cubana: "Juventud de Cuba: buena y conciente juventud, hay un llamado en el gritar perenne de su pensamiento sin límite... el porvenir te llama. Ante la furia siniestra de un régimen montado a horcajadas sobre el bienestar de la República... Ante la fuerza mandante, ante el empuje del rencor ambicioso, ante la herida de la Patria abierta al corazón que llevas te pide el pensamiento libre, la palabra justa y acaso el acto heroico".

“Calle el pensamiento antes de sentirse encarcelado entre las paredes de las bayonetas. Enmudezca la voz antes de venderse, rendirse o humillarse.... paren los brazos si no han de llevar el pan a nuestras madres con honradez y con confianza.... Deténganse los corazones si sus latidos son al compás de un régimen traidor.... ¡MUERAN LOS HOMBRES ANTES DE SER ESCLAVOS DE OTROS HOMBRES!

¡Así terminaba el patriótico panfleto de nuestro inolvidable Raúl!

¡Y pensar que nosotros, que todavía no teníamos un juicio definido sobre el carácter y las dotes revolucionarias de Gómez García, le ofrecimos resistencia a la lectura de aquel panfleto, que luego escuchábamos con fervor revolucionario y grandes muestras de entusiasmo; Y que más tarde rubricara con su sangre en los muros del Moncada.

Abel, Raúl Gómez García, el poeta de la generación del Centenario, y nosotros, publicábamos un periodiquito clandestino que salía todas las semanas y que se llamaba “Son los Mismos”. Recuerdo con claridad que Fidel nos sugirió editar otro periódico con el combativo título de “El Acusador”. Debemos admitir que nos costó bastante trabajo abandonar la publicación de “Son los Mismos” y en la primera semana en la que comenzamos a publicar “El Acusador” los componentes de la Redacción de los dos periódicos nos “agotábamos” hasta el cansancio para que ambos periódicos salieran a tiempo. Se podrán imaginar los lectores el trabajo que encerraba confeccionar el material, picar el stencil y por último darle vueltas y más vueltas a la manivela del viejo mimeógrafo que nos había costado la astronómica suma de \$75.00. Aquel viejo mimeógrafo fue nuestra eficiente impresora que recogió nuestras primeras frases de condenación al régimen y que fue capturado por la policía un 16 de Agosto de 1952. A Fidel le extrañaba aquel “agotamiento” y aquel hablar a media voz hasta que Abel le confesó que nosotros seguíamos publicando también “Son los Mismos”.

A nosotros en particular nos costó bastante trabajo entender que debíamos concentrar todos nuestros esfuerzos “literarios” en un sólo periódico.

Con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Chibás el 16 de Agosto de 1952, preparamos un número especial de “El Acusador” (nuestro tercer número) que constaba de 10,000 ejemplares de 5 hojas cada uno, impresas por ambas caras. En la primera página había inclusive dos caricaturas que venían a demostrar cómo nuestros conocimientos de emplanaje y tipografía iban aumentando. La “redacción” de “El Acusador” estaba compuesta por los siguientes compañeros: Fidel Castro, que firmaba los artículos con el seudónimo de “Alejandro”, que era el orientador político; Raúl Gómez

García, que firmaba como "El Ciudadano" y ostentaba la dirección; Abel Santamaría que fungía como subdirector, y el cuerpo de redactores que lo componían los compañeros Juan M. Tinguao, que se firmaba como "Don Tin", y el que escribe, que redactaba una columna titulada "Incisivas" y firmaba con el seudónimo de "Canino".

Por una confidencia dada a la policía por un traidorzuelo a quien Fidel se refiriera en cierta ocasión por televisión, ésta tomó por asalto nuestro "taller", situado en una casa del Vedado y ocupó parte de los 10,000 ejemplares que con tanto trabajo habíamos impreso. En aquella primera redada de la porra Batistiana contra nuestra naciente organización cayeron presos Abel Santamaría, Raúl Gómez García, Elda Pérez, Juan Martínez Tinguao, Melba Hernández y el que escribe. Aquellos ejemplares de "El Acusador" fueron repartidos por la mañana en los alrededores de la Catedral habanera y por la tarde en el Cementerio de Colón en el acto que los ortodoxos ofrecían en memoria de su desaparecido líder Eduardo Chibás.

Al año de la muerte de su máximo líder las masas ortodoxas se encontraban desorientadas por la incapacidad y la debilidad de muchos de sus líderes, por esa razón en aquel número especial de "El Acusador" Fidel le dirigía a las masas ortodoxas un encendido mensaje titulado "Recuento Crítico del PPC".

En los párrafos finales de este artículo Fidel señalaba: "Quién tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante ese cuadro de verdades, para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en las fuerzas irreductibles de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes PORQUE ESOS VACÍOS SON OCUPADOS BIEN PRONTO POR LOS HOMBRES ENTEROS QUE SALEN DE LAS FILAS".

Así criticaba Fidel a aquellos líderes de la Ortodoxia, verdaderos ídolos de barro, que ninguna orientación podían dar a la ansiosa juventud cubana y que distaban muchísimo de cumplir con el rol histórico que el mandato de Chibás les había señalado. No es de extrañar, pues, que Fidel pusiera su fe en la fuerza invencible de las masas.

Sin embargo, es justo reconocer que algunos dirigentes de la ortodoxia abrazaron la causa de la Revolución haciendo valiosos aportes al triunfo de la misma.

En la velada del 27 de Noviembre de 1952 celebrada en la Escalinata Universitaria en memoria de los estudiantes del 71, conocimos a Boris Luis Santa Coloma.

Boris era empleado de la Compañía Cubana de Refrigeración (Frigidaire) y estudiante de la Escuela de Ciencias Comerciales de nuestra Universidad.

Su incorporación al grupo ya para esa época era bastante nutrido, nos llenó de entusiasmo ya que este compañero ence-

rraba en sí mismo un dinamismo sin par que comunicó a nuestra organización.

Tenía un carácter indomable, una voluntad de acero y un odio ciego a la tiranía. De ello dejó buena prueba desde temprana edad, en la siguiente carta que le dirigiera al propio Batista y que copiada textualmente decía así: (*)

....Es decir, que el 7 de abril del 52, no habiendo transcurrido apenas un mes del cuartelazo, Boris se atrevía a increpar a Batista y le criticaba su lujosa finca que era el producto de la malversación y del robo de su anterior etapa.

Se ha sabido que una vez capturado en el Moncada, Boris fue atado de pies y manos por sus victimarios y se defendía con sus puños a la vez que los increpaba por el ardor que lo caracterizaba. Sufrió terribles torturas. Su vida es un ejemplo perenne de sacrificio, valor y dignidad para la Juventud Comunista que se forja en nuestra patria socialista.

Durante el período que va del mes de agosto de 1952 al 28 de enero del 53, nuestra organización creció en hombres y en disciplina.

Varias decenas de compañeros de toda la Isla, especialmente de Artemisa, Guanajay, La Habana y el interior de La Habana, se sumaban entusiastamente. De ello hablaremos en otra oportunidad, relatando las peripecias de los trabajos de organización y preparación de la acción bélica que condujo al ataque de los cuarteles de Bayamo y del Moncada.

La Habana conmemoraba aquel 28 de enero de 1953 el natalicio del Apóstol bajo el rigor de la bota militar que ya había asesinado a Rubén Batista Rubio, nuestro primer mártir estudiantil de esta etapa.

La Federación Estudiantil Universitaria convocó a un magno desfile de desagravio frente al monumento del Apóstol en el Parque Central. Para el pueblo habanero que participaba y observaba el desfile desde las aceras, puertas y balcones, constituyó una sorpresa ver desfilar a aquel compacto grupo de jóvenes que disciplinadamente marchaban por la calle San Lázaro dando gritos de "Revolución, revolución". Sin embargo, pocos sabían que se trataba de un grupo de jóvenes comandados por el compañero Fidel Castro y que muchos de ellos ya habían recibido alguna instrucción militar. Recordamos a Abel corriendo de un lado para otro impartiendo instrucciones a los jefes de grupos de los 500 compañeros que desfilaban bajo nuestra organización al lado de los obreros y de los estudiantes que miraban hacia el Apóstol en un momento trágico de la Patria.

* La carta aparece copiada textualmente en la página 123.

("La Generación del Centenario libra sus primeros combates contra la tiranía", por Jesús Montané Oropesa, revista "Verde Olivo", La Habana, 29 de julio de 1962). P. 8

Mucho se ha escrito sobre los sucesos del Cuartel Moncada y de Bayamo el 26 de Julio de 1953, pero poco o nada sobre el estilo de trabajo de los combatientes de esa heroica acción.

Nuestra organización nace como una necesidad histórica de las masas revolucionarias de la Cuba de 1952.

El minuto histórico imponía métodos de lucha distintos, con procedimientos nuevos acorde con la situación imperante en el país.

La vieja estructura de los partidos tradicionales era incompatible con las necesidades de un movimiento revolucionario que se proponía sacudir las entrañas mismas de la estructura social, política y económica de la nación.

Nuestro movimiento tenía un carácter secreto y selectivo.

Aquí sólo tenían cabida los hombres y mujeres honestos que no tuvieran complicidad con el pasado.

Los militantes de nuestra organización estaban obligados a guardar el más absoluto secreto de las actividades de la misma. Allí no había cabida para los indiscretos, para los fantoches o para los que jugaban a la revolución.

Por otro lado a los militantes se les comunicaba, que en última instancia se iba a combatir al régimen con las armas en la mano, pero no se les decía cómo, cuándo ni dónde.

Nuestro movimiento era celular aunque las células no contaban con número fijo de hombres. Había células en Artemisa, Guanajay y Pinar del Río, así como en La Habana en los distintos barrios, en Madruga, Güines, Nueva Paz, Calabazar, Güira de Melena y en Colón, Matanzas. En Oriente, nuestro contacto lo era el compañero Renato Guitart que fuera asesinado por los esbirros de Chaviano cerca de la posta 3.

Cada célula tenía un jefe que era el responsable de la misma.

Cuando se hacían las prácticas de tiro en la Universidad o en la finca Los Palos, cerca de Nueva Paz, o en Pinar del Río se comunicaba la orden a los Jefes de las células y ellos se encargaban de llevar y traer a los compañeros con discreción. Jamás hubo un error y nadie fue capturado en estos trajines. La coordinación y la discreción de nuestros jefes fueron siempre absolutas, así como la conducta de los militantes fue siempre magnífica.

La Dirección Nacional de nuestro Movimiento estaba compuesto por un Comité Civil y otro Militar. El Jefe de la Organización lo era Fidel Castro Ruz y el segundo Jefe Abel Santamaría Cuadrado.

Al Comité Civil pertenecían:

Fidel Castro Ruz
Abel Santamaría Cuadrado
Oscar Alcalde
Boris Luis Santa Coloma
Mario Muñoz
Jesús Montané

Al Comité Militar pertenecían:

Fidel Castro Ruz
Abel Santamaría Cuadrado
Pedro Miret
Ernesto Tizol
José Luis Tassende
Renato Guitart

Esa división se hacía con el objeto de separar las funciones de la Dirección y que cada cual sólo conociera aquello que por la índole de su cargo, debiera conocer.

A pesar de la integridad revolucionaria y de la discreción de los miembros de la Dirección esta división de las funciones era absolutamente necesaria para asegurar el secreto de la operación.

Nosotros recordamos con precisión la tónica de nuestras reuniones. Todos los fines de semana se reunía la Dirección del Movimiento y los compañeros Fidel y Abel ejercían una severa pero justa crítica sobre las actividades de los miembros de la misma.

También cuando era necesario se criticaban fuertemente sobre algún error cometido.

Este estilo de trabajo nos dio magníficos resultados. A medida que transcurría el tiempo la organización se iba ajustando y cada vez la coordinación era mayor en aquel novel grupo que por primera vez en su vida se enfrentaba a la experiencia más formidable de nuestra vida republicana.

La figura de Abel ejerciendo una crítica fuerte sobre nuestros errores aún nos pone rubor en las mejillas. Abel era generoso, humano, pero intolerable ante la chapucería en el trabajo o la irresponsabilidad. Nos decía, "Mira, Cano, como cariñosamente nos llamaba, tienes que poner mayor interés en el trabajo revolucionario. A la patria hay que servirla plena-

mente y no a medias. Nuestra responsabilidad con el pueblo, con la posteridad es muy grande y tú no puedes quedarte rezagado en esta lucha que emprendemos. Tienes que ser de los primeros porque juntos hemos iniciado esta tarea y juntos también hemos de terminarla”.

También viene a mi memoria, con perfiles firmísimos, las críticas que le hacíamos a Boris —que había ingresado en la Dirección del Movimiento después del 27 de noviembre de 1952 y por lo tanto había sido uno de los últimos en integrarla, y por lo que no estaba familiarizado con nuestro estilo de trabajo, en relación a que él mismo, a veces, se comprometía con tareas que por la magnitud de las mismas era imposible cumplirlas en el tiempo que él mismo se fijaba.

No obstante poseer un carácter fuerte, vehemente, Boris admitía las críticas con una humildad que nos desarmaba a todos.

En el transcurso de la lucha se fue forjando, ganando en disciplina y terminó siendo uno de nuestros mejores cuadros revolucionarios.

Esos compañeros entendían la crítica como un método certero para superar los errores y cuando se hacían la autocrítica era para liquidar definitivamente el error cometido y jamás reincidir en él.

Y si a los miembros de la Dirección se les exigía disciplina revolucionaria también en forma similar se les exigía a los militantes.

En cierta ocasión Fidel tuvo que llamar a contar a un miembro de la organización que comenzaba a hacerse adicto a las bebidas alcohólicas. Ese compañero fue separado provisionalmente de la organización como castigo y se le señaló que hasta que no abandonara ese despreciable hábito no sería reingresado.

Aquel compañero con gran modestia y dolor admitió su error y no sólo lo superó sino que en el asalto al Cuartel Moncada fue uno de nuestros combatientes más sobresalientes ofrendando su preciosa vida a la causa sagrada de la revolución cubana.

En nuestro movimiento estaba absolutamente prohibido ingerir bebidas alcohólicas. No podía ser militante quien tuviera ese malsano hábito.

La vida de aquellos revolucionarios estaba presidida por la austeridad y la moralidad más absolutas.

Abel siempre nos decía que para ser verdaderos revolucionarios había que empezar por tener una moralidad acrisolada. Y era aún más severo cuando se dirigía a nuestras compañeras. Les decía: “Con los prejuicios que aún quedan en muchas gentes la mujer revolucionaria debe ser muy exigente con ella mis-

ma. Debe mantener la moral más alta que nunca, porque son ustedes las primeras de un gran movimiento revolucionario y por el ejemplo de ustedes las demás mujeres van a determinar su incorporación o no a la lucha armada”.

Ese era sencillamente el estilo de trabajo de los forjadores de la victoria moral que representó el Asalto al Cuartel Moncada y de Bayamo.

(“El estilo de trabajo de los combatientes del Moncada y de Bayamo”, por Jesús Montané Oropesa, revista “Verde Olivo”, año V, número 30, La Habana, 26 de julio de 1964). **F. 8**

El comandante Montané nos dio un apretón de manos a la vez que nos miraba fijamente a través de los cristales de sus espejuelos. En el encuentro con el reportero de BOHEMIA — empeñado en obtener de sus labios un recuento fiel de los días históricos que marcaron el inicio de la gran batalla por la liberación del pueblo cubano— le hacen retrotraerse mentalmente a fechas tan importantes dentro de su vida.

Al fin el entrevistado comienza su relato, describiendo el panorama tétrico que vivía nuestro país, en el mismo instante en que comenzaron a agruparse quienes integrarían el aguerrido grupo de la madrugada del 26 de Julio:

—En la Cuba del año 1953 —señala— no cabía otra respuesta a la tiranía de Fulgencio Batista que no fuera un ataque frontal por medio de las armas. Desde el punto de vista de la juventud cubana, todos los caminos estaban cerrados y se conocía el antecedente del Batista de 1933, que ahora se repetía con el cuartelazo de 1952. Nosotros estábamos conscientes de que hacíamos frente a un enemigo sanguinario, sin escrúpulos, que iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para mantenerse en el poder, contra la voluntad del pueblo.

En aquellos tiempos, la mayoría de nosotros militábamos en el Partido Ortodoxo, conociendo sus limitaciones ideológicas, pero conscientes de que el mismo agrupaba grandes zonas de opinión del pueblo cubano explotado, que como ideal elemental, aspiraba, al menos, a ser gobernado con pulcritud y honradez.

Hace un breve alto y señala posteriormente:

—Se daba el caso que había un partido con una masa sana, pero con una dirigencia que, acogiéndose hipócritamente al lema de “Vergüenza Contra Dinero”, pretendía, a la muerte de Chibás, aprovecharse del legado histórico que éste dejara.

Quisimos llevar a las masas de este partido por los senderos de la insurrección armada y tratamos de obligar a sus dirigentes, que representaban en su mayoría a la burguesía nacional, excluyendo algunos que eran de extracción popular a tomar esa línea o quitarse la careta de defensores del pueblo y no estorbar a quienes tenían la conciencia política, el coraje y la audacia necesaria para llevarla a sus más pronta realización.

Su análisis continúa:

—Nosotros sabíamos que el Partido Ortodoxo no podía realizar los cambios fundamentales en lo económico, en lo político y en lo social, a los cuales aspirábamos.

Esos falsos líderes de la Ortodoxia al igual que los auténticos jugaban a la insurrección tratando de engañar al pueblo que buscaba desesperadamente una orientación correcta para luchar contra la tiranía proimperialista de Batista y su camarilla. Esta actitud de los políticos ortodoxos frente a la insurrección fue denunciada por nosotros en un volante que con fecha 16 de agosto de 1952 fue repartido en el Cementerio de Colón, con motivo del primer aniversario de la muerte de Chibás y que decía "Los líderes de la Ortodoxia se gastan millones de pesos en sus campañas electorales, pero no son capaces de gastar un solo centavo en la insurrección".

La muerte de Chibás trajo como consecuencia lógica, en un partido heterogéneo de las características explicadas más arriba, la división en sus filas, incapacitándolo para la lucha frontal contra la tiranía. Los políticos de la Ortodoxia, con muy honrosas excepciones, comenzaron a pugnar por apoderarse de la dirección del Partido para satisfacer sus fines personales, sin preocuparles en lo más mínimo los anhelos y aspiraciones del pueblo de Cuba, que estaba ansioso por luchar contra el régimen, pero que como ya dijimos anteriormente carecía de una orientación adecuada que lo condujera a la victoria.

Una pausa durante la cual ordena sus pensamientos. Después, nos sigue desarrollando su opinión:

—Analizando objetivamente el proceso anterior al 10 de marzo, debemos señalar que las prédicas de Chibás reflejaban la aspiración elemental del pueblo cubano, que como dijimos anteriormente, deseaba ser gobernado al menos con honestidad y moralidad. Desde luego, que ese programa adolecía de muchas fallas toda vez que no contemplaba el problema cubano en los aspectos económico, político y social.

Más adelante, el entrevistado pasó a detallar la reacción de los jóvenes revolucionarios ante el cuadro que presentaba la falsa oposición en aquellos meses anteriores al asalto al Cuartel Moncada.

—Cuando el compañero Fidel Castro y los que le seguíamos, llegamos a la conclusión de que era nuestra generación —la del Centenario del Apóstol— que estaba compuesta por trabajadores, campesinos, estudiantes y profesionales modestos, la que podía presentarle combate a la tiranía y derrotarla con nuevos métodos de lucha y con la audacia y valentía que siempre ha caracterizado a los cubanos, nos dimos a la tarea de vertebrar un movimiento revolucionario que daría al traste para siempre con la dictadura batistiana y con los males que ésta representaba.

—En “La Historia me Absolverá” se contempló el programa revolucionario de los que fueron a ofrendar sus vidas aquella madrugada, que cambió totalmente los destinos de nuestra Patria y trazó el camino futuro para la redención de otros pueblos hermanos. En aquel programa se trazaba el derrotero de toda una etapa de nuestra Revolución: Reforma Agraria, Reforma de la Enseñanza, Política de la Vivienda, Política de Independencia Nacional, Solidaridad y Amistad con los Pueblos de la América Latina, Nacionalización de las empresas extranjeras, industrialización, etcétera; realizaciones todas que fueron cumplidas por nuestra Revolución en su etapa de liberación nacional.

Aun recuerdo claramente el primer encuentro con el máximo líder de la Revolución Cubana:

—Nosotros, conjuntamente con Abel Santamaría, nos incorporamos a Fidel el primero de mayo del 52, cuando coincidimos en el Cementerio de Colón, en un acto que se ofrecía en memoria de Carlos Rodríguez, que fuera asesinado por Salas Cañizares en época de Prío. Recuerdo que fue, precisamente Fidel, quien actuó como abogado acusador en aquel proceso.

“A partir de ese momento trabajamos activamente para crear el movimiento que le daría la primera gran batalla a la dictadura con el asalto a los cuarteles de Moncada y Bayamo.

Durante un momento se queda pensativo, ante una pregunta nuestra sobre los preparativos de aquel hermoso episodio de nuestra historia. Tal vez, en ese instante, su recuerdo vuela hacia tantos héroes que pagaron con su vida el deseo de ver ondear una bandera verdaderamente libre. Más tarde, dice lentamente:

—La preparación del ataque fue extraordinariamente laboriosa, y se necesitarían muchas páginas para destacar el sacrificio sin par de tantos y tantos compañeros que, a riesgo de sus propias vidas, trasladaban armas, uniformes o parque, de una casa a otra, de La Habana a Santiago.

—Entre los muchos compañeros que, a nuestro juicio, más aportaron a la causa, se encontraban Pedro Marrero, obrero de “La Tropical” y Fernando Chenard que era fotógrafo.

—Marrero vendió su plaza en “La Tropical” y estaba decidido a vender todos los muebles y artículos más necesarios de su hogar, para entregar el importe al Movimiento, pero Fidel lo persuadió de que no era necesario que hiciera tamaño sacrificio. Chenard vendió su pequeño laboratorio fotográfico, su cámara fotográfica y todos los útiles de trabajo, entregando, íntegramente, el dinero a la Revolución. Estos dos casos no son los únicos, pero sí representativos del desinterés que mostró aquella juventud, empeñada en demostrar al mundo, con sus propios medios y sin mendigar centavos a los politiqueros,

ricachones y latifundistas, que era posible una Revolución, con el único esfuerzo de sus propios autores. Lo que había que tener, en primer lugar, era un ferviente amor a la Patria y una voluntad de acero para llevar a vías de hecho aquellos propósitos redentores. La preparación del ataque al Moncada se hacía en el mismo corazón de la capital, ante las narices de los propios esbirros del dictador. Montané relata una interesante anécdota ocurrida en las semanas anteriores a la acción revolucionaria:

—Trasladábamos, Boris Luis Santa Coloma y yo, un cargamento de uniformes y gorras del antiguo ejército. La operación se llevaba a cabo en un automóvil, al que no le cerraba bien el maletero y, cuando transitábamos por una avenida de Marianao, un imprudente bache provocó que éste se abriera, rodando hasta el suelo una de las gorras. Boris, con la frialdad y la serenidad que le caracterizaban, frenó el automóvil, se bajó y procedió a recoger la gorra, bajo las miradas de todos los transeúntes y de los que viajaban en ómnibus y automóviles por aquel lugar. Inmediatamente cerró el maletero y proseguimos normalmente nuestro viaje.

Una sonrisa al recordar el peligroso incidente:

—Yo debo confesar que presencié la escena lleno de sorpresa y aprensión, esperando que fuéramos detenidos en cualquier momento. La seriedad de Boris, su actuación normal, salvó la situación.

El itinerario iniciado junto a la tumba del mártir Carlos Rodríguez tenía su epílogo revolucionario junto a la posta tres del Cuartel Moncada, cuando los representantes de la generación del Centenario, tomaban las armas para estremecer con su heroísmo, a todo el país. El comandante Montané Oropesa **habla sobre los momentos precedentes al ataque:**

—Llegué a Santiago de Cuba como a las dos de la tarde del 25 de julio —señala—. Iba acompañado de cuatro compañeros más, en un automóvil del año 1949.

De acuerdo con las instrucciones que había recibido, me alojé en el Hotel Rex, encontrando allí a Abel Santamaría, que ya nos estaba esperando, y al compañero Renato Guitart, a quien veíamos por primera vez. Recuerdo que Abel y Renato nos tenían preparada una sorpresa cada uno de ellos: un sabroso arroz con pollo, de Renato y unos largos tabacos "H. Upman" que nos brindó Abel, a la vez que me decía bromeando: "Mira, "Canino", éstos sí que son tabacos para celebrar esta ocasión y no las "pedradas" a que tú nos tiene acostumbrados, por ser tan tacaño y no quererte gastar más de quince centavos". Hay que aclarar que, entre muchos de los compañeros, nosotros gozábamos de una bien merecida fama de tacaños,

quizás debido a que formábamos parte de la Comisión de Finanzas del Movimiento.

En el despacho de Montané hacen su entrada los comandantes Efigenio Ameijeiras y René Rodríguez. Tras tomar asiento, siguen escuchando el relato del entrevistado:

—Muy poco hablé con Renato Guitart, pero fue fácil la identificación, pues sin conocernos ni habernos visto antes, pensábamos igual. Abel, él y yo, nos juramentamos para ir como voluntarios en la primera máquina, que estaría encargada de tomar la posta número tres. De nosotros, solamente irían a la posta Renato y yo, además de Carmelo Noa (muerto), José Luis Tassende (muerto), Pedro Marrero (muerto), que conducía el automóvil, así como Ramiro Valdés y José Suárez Blanco. Abel no pudo cumplir su propósito, porque Fidel le ordenó dirigir el grupo que tomaría el Hospital Civil "Saturnino Lora". Fidel intentaba salvaguardar la vida preciosa de quien era el segundo jefe del Movimiento Revolucionario.

Las horas fueron pasando y se acercaba el instante trascendental. Del hotel santiaguero, Montané y el resto de los combatientes fueron trasladados a la granja "Siboney", en la madrugada del 26 de Julio.

Allí se encontraban ya, preparando nuestra ropa, las compañeras Haldée y Melba que, con varios días de anticipación, habían llegado a Santiago con un cargamento de armas y uniformes —dice el compañero Montané—. Nos encontrábamos juntos todos los que íbamos a participar en el ataque, y los que tenían una tarea asignada fueron invitados a que se acostaran en unos colchones que se habían extendido en la sala de la casa de la granja, con el objeto de que descansaran antes del combate.

El entrevistado calla un instante. Parece no querer olvidar ningún detalle:

—Pero allí nadie podía dormir —expone. Todos estábamos conscientes de que la hora había llegado y cada cual pasaba revista a sus recuerdos y pensaba en los familiares queridos, que habían quedado en La Habana, sin saber que se preparaba el ataque y mucho menos conocer los móviles que nos habían llevado a Santiago. A las cinco y cuarto de la madrugada se dispuso la partida y hubo que seleccionar a los voluntarios que irían en la máquina que debía atacar la posta número 3, porque todos se habían ofrecido.

El comandante Montané hace un alto en este punto de la narración. No desea hablar sobre el combate en sí ni sus incidencias, porque considera que ya son ampliamente conocidos por el pueblo:

—El recorrido, todo lo relativo al combate, la posterior retirada, son capítulos magistralmente recogidos en "La Historia

me Absolverá". No obstante, quisiera señalar el estado de ánimo que nos embargaba a todos: una inmensa felicidad que se reflejaba en nuestros ojos encendidos de fe revolucionaria y optimismo sobre el triunfo.

Las armas que llevábamos nos parecían las más mortíferas y nos sentíamos gigantes, seguros de que la tarea que se nos avecinaba, la cumpliríamos a cabalidad. En la trayectoria hacia el cuartel, recordaba los versos de Raúl Gómez García, el poeta del 26 de Julio, que nos señalaban claramente que había llegado la hora de "entrar en combate"...

("Habla el comandante Jesús Montané Oropesa: Fuimos al Moncada con fe revolucionaria y optimismo en el triunfo", un reportaje de Javier Rodríguez, revista 'Bohemia', La Habana, 26 de julio de 1983). P. 61

Mi primera vocación era ser aviador. Como esos estudios estaban muy lejos de mis posibilidades económicas, la necesidad me llevó al ejército. Al poco tiempo de alistarme pasé al hospital militar. Cursé estudios y me hice enfermero, labor que desempeñaba cuando Batista dio el golpe de estado del 10 de marzo.

Desde el primer momento estuve en contra de la tiranía que se había adueñado del poder. Seguía en el ejército pero cada vez era más fuerte mi deseo de hacer algo contra el régimen. Vivía en Calabazar, en casa de mis suegros. Allí había hecho amistad con Pedro Trigo que conocía bien mis pensamientos con relación al gobierno de Batista. Fue Pedro quien me habló de la necesidad de conseguir uniformes, lo que constituiría mi misión desde marzo de 1953.

La misión era delicada pero existían condiciones dentro de los cuarteles que la facilitaban en cierta medida. Funcionaba entre los militares un verdadero comercio de compra y venta de ropas. Todos o casi todos los soldados del ejército vendían ropa, zapatos, etc. Otros los adquirían para venderlos a civiles, en su mayoría campesinos, ya que el uniforme era de mayor calidad que la ropa que normalmente podían comprar. Obtener las gorras y las corbatas ya era más difícil, por eso no todos los compañeros que fueron al Moncada las llevaban.

Lo que voy a relatar ahora constituye uno de mis recuerdos más vivos de aquella época. Se estaban celebrando los carnavales en La Habana. Yo estuve en ellos. Al regresar a Calabazar, pasé por la casa de Pedro Trigo y allí comenté:

—Han colocado cientos de puntillas en las principales calles de La Habana....

Pedro sonrió y señalando a un joven que estaba junto a él, me dijo:

—Mira, aquí tienes al responsable de las puntillas.

Me eché a reír.

—Pues por tu culpa, por nada me quedo en La Habana por los "ponches"....

p. 36 — Aquel joven a quien acababa de conocer era Fidel Castro y aquella sencilla conversación significaba que ya me había ganado la confianza del grupo heroico que asaltaría al Moncada.

37 Después de Pedro Trigo —en cuya casa guardamos, con muchas precauciones, los primeros uniformes que logré conseguir—

mi contacto con el movimiento fue Melba Hernández. Melba tenía mi nombre y mi teléfono y era ella quien me informaba cuántos uniformes necesitaba, mediante una clave muy ingenua que previamente habíamos elaborado. Melba me decía: "Hace falta tantos frascos de tal medicina". Y ya yo entendía.

Llevaba los uniformes a la casa de Melba y luego a la de Abel y Yeyé. Lo hacía con la mayor naturalidad del mundo. Cargaba en mi automóvil —un Crosley pequeño— los cajones llenos de uniformes y los bajaba en las casas mencionadas.

No todos los uniformes los compré.

Algunos me fueron regalados por militares que conocían mis ideas contrarias a la tiranía, aunque por supuesto, ellos no sabían el destino que se les iba a dar (yo también ignoraba que se usarían en el ataque al Moncada).

P.37 En una ocasión, en la calle Galiano, vi pasar a uno de los escoltas de Tabernilla. Llevaba una pistola Luggert. Yo en aquel momento no traía un centavo arriba", pero me acerqué a él y le ofrecí comprársela. Aceptó el trato.

P.38 Luego llevé la pistola a casa de Abel y se la entregué a Fidel.

Fue Abel quien en una ocasión me explicó el contenido ideológico de la revolución. Yo sólo pensaba en el derrocamiento de la tiranía. Abel me explicó la Reforma Agraria. Mis suegros tenían una pequeña finca en arrendamiento. Tenían que trabajarla y pagarle al supuesto dueño mensualmente. Me enseñó que aquello era injusto, que la tierra sería para el que la trabajara. Yo no entendía sus palabras. Abel era un gran compañero, modesto, sencillo, valiente. Pero yo había oído muchas veces hablar de la Reforma Agraria a los políticos de aquella época y cuando llegaban al poder no hacían nada. Yo no comprendí las palabras de Abel porque odiaba la política, porque carecía de la comprensión necesaria para entenderla.

Luego Fidel fue personalmente a mi casa y me ayudó a comprender explicándome la Reforma Agraria y los hermosos ideales que profesaba.

Mi horizonte político se fue ampliando y creció mi admiración hacia Fidel, hacia Abel y hacia la Revolución.

Cuando había terminado la recolección de los uniformes Fidel me dijo:

—Has cumplido bien. Puedes permanecer tranquilo, ya tendrás noticias nuestras.

No estuve de acuerdo. Le dije que yo quería seguir hasta el final. Me dio una palmada en el hombro y me dijo:

—Está bien, puedes seguir con nosotros.

—Y así fue.

En la casa de Abel, el día 24 de julio, Fidel me dijo: "Vas para la tierra que tanto te gusta". (Yo le había hablado con anterioridad de mis simpatías por Oriente). Y me entregó las llaves de la casa de Celda 8 en Santiago de Cuba. Partí guiando mi automóvil, en compañía de Pedro Trigo, Ernesto González y otro compañero. (Con anterioridad, en la casa de Melba se nos tomaron nombres y direcciones para mantener la comunicación con nuestros familiares cuando fuera posible).

La única arma que llevábamos en el automóvil era mi pistola. Hicimos el viaje sin dificultades. En Palma Soriano nos registraron el automóvil. Cuando me identifiqué como militar, me dejaron pasar.

Antes de llegar a Santiago mi máquina se rompió. Son accidentes sencillos que ocurren a veces en los momentos más inoportunos. Pensábamos que íbamos a llegar tarde y pedíamos ayuda a cuanto vehículo pasaba por la carretera. Al fin un jeep nos remolcó hasta Santiago. Dejamos el auto en un taller y nos fuimos para Celda 8.

En esa casa nos acuartelamos con Almeida, Chenard, y otros compañeros. No había ni un espejo: tuvimos que afeitarnos unos a otros (a mi me afeitó Almeida). Allí ocurrió un incidente: Julio Trigo tuvo una hemoptisis. Compramos una jeringuilla y medicamentos. Tuve que inyectarlo sin esterilizar la jeringuilla.

A eso de las doce de la noche, obedeciendo la llamada que se nos hizo, nuestras máquinas salieron en caravana, como la cosa más natural del mundo, hacia el reparto Siboney.

Ya allí se encontraban Fidel y un grupo de compañeros. Melba y Haydée planchaban los uniformes. Me entregaron uno, un Winchester que carecía de culata, y doce tiros. Se me situó en el patio de la granja donde debía hacer posta.

A la hora de salida, se nos indicó que siguiéramos una máquina. Los que iban en ella —como es sabido— desertaron y confundieron a los compañeros que la siguieron incluyéndonos a nosotros, cuando nos dimos cuenta ya era tarde.

3 8
L
("Los uniformes de los asaltantes al Moncada". Relato del compañero Florentino Fernández, revista "Verde Olivo", año V, número 30, La Habana, 26 de julio de 1964). P. 36

Falta aquí la página 40 completa.

Fue el primero de mayo de 1952 cuando hice mis primeros contactos con lo que había de ser el grupo entrañable del Moncada. Había ido a un acto que se celebraba en el cementerio. Allí conocí a Abel Santamaría. Abel me invitó a ir a su casa para que conociera las ideas de Fidel. Fui esa noche. Fidel no pudo concurrir. Conocí a Haydée Santamaría.

Dos o tres días después, en la casa de Haydée y Abel, vi a Fidel. En aquella época muchos jóvenes sabíamos cuál era nuestro deber con la Patria, pero no encontrábamos el camino para encauzarnos. Cuando Fidel tomó la palabra en aquella reunión yo tuve la impresión inmediata de que sabría guiarnos y que realizaría con éxito los planes que se proponía.

Ya desde entonces fui visita diaria de la casa de Abel y de Haydée. Y fue creciendo además de la absoluta identificación revolucionaria, un sentimiento de profunda amistad, fraternal, hacia "Yeyé".

Yo había estudiado Leyes. No era una carrera "productiva" para mí. Los pocos asuntos que llevé no eran los que dejaban mayores ganancias, aunque sí los que permitían mis principios. Mis "clientes" eran guajiros explotados, una muchacha que del prostíbulo salía para la cárcel; obreros despedidos. Recuerdo aún un caso que llevé defendiendo a los obreros de los "Omnibus Aliados"

Una vez, cuando Fidel estaba recién graduado, con el fin de recaudar fondos para el movimiento, íbamos a llevar un asunto de Eugenio Sosa, que era dueño de una arrocería en Matanzas y, según conocimos después, tenía intereses en el "Diario de la Marina". A medida que nos íbamos adentrando en los hechos, el trabajo nos iba gustando menos. Al conocer todos los pormenores, decidimos defender a los campesinos que Sosa acusaba, y no a éste, y renunciar así a la posibilidad de obtener algunos fondos. Así mantenía Fidel, desde el principio, la pureza de nuestro movimiento.

Nunca olvidaré mi primer pequeño trabajo para el movimiento. Fue el 20 de mayo del 52. Se editaba entonces el periódico "Son los mismos" y se me designó para distribuirlo en un acto que se celebraría ese día en la Universidad. Más adelante, Fidel, con el espíritu crítico que le caracterizaba, propuso cambiarle el nombre al periódico por "El Acusador", ya que según nos explicó hacía falta un periódico más combativo.

El primer número de "El Acusador" lo distribuimos el 16 de agosto, en un acto en memoria de Chibás. Al ir a buscar el periódico a la imprenta fuimos detenidos Abel, Elda Pérez y yo. El SIM nos cogió en la misma imprenta. A nosotras se nos puso en libertad al mediodía, no sin antes recibir un "responso" de Ugalde Carrillo. Al salir quisimos informar a los demás compañeros y ninguno aparecía. Al día siguiente fui con Fidel y Yeyé a visitar a Abel en el vivac. Fidel tenía sólo un peso en el bolsillo. No sabía qué comprarle al compañero preso. Al fin se decidió por comprarle cigarros, fósforos y tabacos. El recuerdo de Fidel cargando el paquetico de cigarros para Abel ha quedado en mi mente con tantos recuerdos de aquellos días.

Al ver a Abel nos quejamos de la "irresponsabilidad" de los compañeros que se habían esfumado. Abel sonrió y llamó a los demás compañeros. Uno a uno fueron apareciendo "Chucho" (Jesús Montané), Raúl Gómez García... todos los demás. La policía había hecho una redada de la que sólo se habían salvado Fidel y Yeyé.

Ya desde entonces la policía nos tenía fichados y las persecuciones no se hicieron esperar. Teníamos escondida en la casa de Abel una ametralladora viejísima que era nuestro mayor tesoro. Un día allí se presentó Irenaldo García Báez. Pudimos actuar rápidamente. Mientras Irenaldo subía por un elevador, por el otro bajaba la ametralladora. El hijo de Pilar García comenzaba entonces su carrera de asesino. Allí se quedó haciendo preguntas y parecía interesarse por las palabras de Abel. Ese interés no respondía a otra cosa que al deseo de conocer lo más posible del carácter de nuestro movimiento y de sus dirigentes.

Fidel hizo su centro de operaciones en la casa de Abel y en la de mis padres. A fines del 52 ya teníamos gente en Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Una noche hubo una revisión de las tropas. Aquella fue una de las operaciones más audaces de esos días. Mi casa era muy grande. Mis padres y yo la evacuamos. Cuando regresé más tarde, recibí una gran sorpresa al abrir la puerta. Aquello estaba lleno de jóvenes desde la sala hasta el fondo. Y lo más sorprendente era el extraordinario silencio que guardaban. Fidel había ordenado una "alarma" y las tropas respondieron rápidamente.

Para conmemorar el Centenario del Apóstol se hizo la histórica peregrinación de las antorchas. Se movilizaron compañeros de La Habana y Pinar del Río para participar en ella. Fue un hermoso y emocionante homenaje al Apóstol aquel desfile para esperar el 28 de enero de 1953. De la Universidad bajaron miles de jóvenes con sus antorchas. Entre ellos íbamos nosotros, ya como un grupo organizado. Nuestras antorchas

tenían grandes clavos para poder responder a la policía si nos atacaba. Marchábamos de brazo, disciplinadamente, la gente cuando nos veía pasar se impresionaba. Oí a varios que comentaban:

—¡Esos que van allí son los comunistas!

Ya en el 53 el trabajo se intensificaba. Ellos salían a las fincas cercanas y Yeyé y yo nos quedábamos con alguna tarea en La Habana.

Otras veces íbamos con los compañeros para trasladar armas y uniformes.

Uno de los trabajos más delicados que se me asignó fue el de hacer contacto con el compañero Florencio * Fernández. Este era sargento sanitario del ejército de Batista y trabajaba con nosotros. Nos prestó gran ayuda: él consiguió gran número de los uniformes con los que fuimos al Moncada. Como es natural, ésta y cada una de las tareas que había que ir desarrollando se llevaban a cabo dentro de gran discreción y con el conocimiento de un reducido número de compañeros. Florencio fue luego con nosotros al Moncada y hecho prisionero y golpeado salvajemente; se salvó por el ardid de hacerse el loco. Hoy está en las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En mi casa se guardaban uniformes y armas. Los planes se iban desarrollando. De vez en cuando se aparecía Fidel. Unas veces iba con Oscar Alcalde, otras con Níco López; otras con Chenard, etc. Traían cajas vacías y se llevaban armas y uniformes. Esta operación se fue realizando a lo largo de los días.

Una noche —previamente me habían avisado de que tendría un contacto muy importante— tocaron a mi casa. Era un muchacho que tenía una mancha en la cara. Era Renato Guitart. Lo llevé, según las instrucciones que tenía, a la casa de Abel que estaba a unas pocas cuadras de la mía. Luego no supe más de él y guardé una viva impresión de este encuentro. Renato se hospedó en casa de Abel. Después partió sin que supiéramos nosotras hacia dónde. Por un olvido, se llevó las llaves de Haydée. A los pocos días “Yeyé” recibió un paquetico con las llaves. Por más que lo examinamos no pudimos averiguar de dónde procedía....

Luego tuvo que salir Abel. Se fue para Santiago, aunque en aquel momento nosotros no lo sabíamos. Cuando Fidel supo que nos preocupábamos por Abel, empezó a traernos noticias de él frecuentemente....

Cuando seleccionaron a Haydée para salir a Santiago, con un paquete de armas y uniformes, ya no nos quedaron dudas de que los acontecimientos se avecinaban.

* Se refiere a Florentino Fernández.

Al fin Fidel me planteó que me preparara para realizar una misión y que iba a tener la alegría de ver a Abel y a Yeyé. Recuerdo que fui a una florería de la calle Neptuno para conseguir una caja de flores. En ella metimos las escopetas que me tocaba llevar como parte del equipaje valioso. Cogí el tren de por la noche hacia Santiago, aunque todavía no sabía para dónde iba. Ernesto Tizol me acompañó al ferrocarril. En Santiago me esperaban Abel, Renato Guitart y Elpidio Sosa. Ellos quisieron que conociera la ciudad antes de ir a la finca. Abel estaba muy contento y me habló con mucho entusiasmo del carácter de los santiagueros.

—Mira, Melba —me decía— cuando terminemos esto yo vengo a vivir a Santiago de Cuba.

A partir de entonces Haydée y yo estuvimos incorporadas al trabajo en la finca. Allí atendimos la limpieza, planchábamos los uniformes, ayudábamos a los compañeros. El 25 de julio oímos por radio los carnavales y Chaviano habló. Yeyé y yo pensábamos en qué lejos estaba de conocer los acontecimientos que se avecinaban y cuya naturaleza exacta nosotras también desconocíamos....

(Fragmento tomado de: "Siempre supimos que el Asalto al Moncada culminaría en la victoria". Relato de la doctora Melba Hernández, revista "Verde Olivo", La Habana, 28 de julio de 1963).

Yo era dirigente nacional de la Juventud Ortodoxa. Un día encontrándome en la sede en Prado 109, Fidel me llama y me dice: "Pepe quiero hablar contigo".

Fuimos para atrás, y allí me dijo: "Tenemos que hacer algo estos políticos de la oposición nos están engañando y están engañando a todo el pueblo. Ni los auténticos ni los mismos ortodoxos van a resolver nada".

—La idea de Fidel —continúa Pepe Suárez— era organizar un instrumento insurreccional, que encauzara la lucha por la vía armada. Fidel me encomendó la organización de ese movimiento en Pinar del Río, zona que yo conozco bien pues soy de Artemisa.

—La idea de Fidel —continúa Pepe Suárez— era un movimiento que tenía un marcado cariz social, pues sustentábamos como base de la acción en el poder, la erradicación del latifundio, en ese entonces, la participación de los obreros en las ganancias de los capitalistas, la reforma de la enseñanza y la eliminación del ejército profesional al servicio del imperialismo y de la reacción.

—Artemisa se convierte en uno de los centros del movimiento. A Artemisa se lleva buena parte de los miembros y en los campos de Artemisa y Guanajay se entrenan.

Suárez cuenta una anécdota, señalándonos como un ejemplo de lo engreídos y confiados en su fuerza que estaban los militares de la tiranía.

Fidel me había encomendado que buscara un lugar para darles un entrenamiento relámpago sobre operaciones comandos a un grupo de compañeros. Cuando seleccioné el lugar me dijo:

—Consigue un par de lechones para que eso nos sirva de pretexto en caso que nos sorprendan.

—El lugar seleccionado había sido los Manantiales "Martín Mesa" en Guanajay. Cuando estábamos entrenándonos, un "vigía" que teníamos apostado nos avisó que venía el general Rojas con todo su estado mayor. Rápidamente recogimos las armas y le entramos a los lechones. Cuando llegó Rojas con sus secuaces, esperaron a que nosotros acabáramos y después le dejamos el sitio.

No se imaginaron que ahí nos habíamos estado entrenando para dos o tres meses después —no recuerdo bien— asaltar al Moncada.

Mi casa en Artemisa, en la calle República sin número, se convirtió en una especie de cuartel de operaciones. Desde ahí se mandaban los compañeros al entrenamiento y desde ahí salimos a La Habana para seguir a Oriente.

—En Artemisa, una de las primeras “captaciones” que hice para el movimiento fue Ramiro Valdés. Era casi un niño.

Pepe Suárez habla luego del sacrificio personal con que los compañeros lograron reunir el dinero para adquirir armas. Vendían máquinas, muebles, invertían los ahorros o pedían dinero prestado.

Recuerda a uno de los compañeros de Artemisa, Guillermo Granados. A Guillermo yo lo quise dejar fuera, porque teníamos ya gente y él tenía tres hijos. Se opuso categóricamente. Me dijo que iba de cualquier forma. Murió heroicamente en el combate, cuando llevaba cargado un compañero herido.

Recordando a retazos las acciones, Pepe Suárez, que es un hombre de 34 años, más bien bajo de estatura pero de fuerte físico, agrega:

—Salimos hacia Oriente desde el restaurant “La Rotonda”, en 23 y 16 creo que está. Yo salí en el último carro. En el anterior iba Fidel, fuimos a la granja Siboney, a organizar los últimos preparativos.

(Fragmento del relato del combatiente del Moncada, “Pepe” Suárez, revista “Verde Olivo”, La Habana, 29 de julio de 1962. P. 83

El relato fue editado, omitiendo falsedades sobre Tasenda y Marrero en combate.

Han transcurrido diez años desde aquella terrible experiencia, pero para Severino Rosell González parece que han pasado solamente diez días.

—Así de vivos están en mi memoria —nos dice— los recuerdos de aquellos días tremendos.

Poco trabajo nos costó localizar en la calle C y Gómez, en el “Reparto”, zona residencial de Artemisa, a este superviviente del numeroso grupo de artemiseños que acompañó a Fidel Castro en la heroica intentona del asalto al cuartel “Moncada” el 26 de julio de 1953.

Con 34 años, Rosell luce un hombre cuarentón. Las huellas de la lucha son evidentes en su rostro, curtido por las preocupaciones y el esfuerzo tenaz. La organización de los Comités de Defensa de la Revolución en Artemisa, aparte de su trabajo habitual, absorbe buena parte de las horas de descanso de Severino.

Robándole tiempo a una urgente reunión seccional, que hace que un compañero de Rosell nos mire con malos ojos, iniciamos la entrevista.

Pronto se une a nosotros Gelasio Hernández, otro de los 15 artemiseños que sobrevivieron al “Moncada” y a la Revolución. De los 28 jóvenes del bravo pueblo pinareño que participaron en el combate del “Moncada”, once fueron asesinados allí al ser capturados en los alrededores del cuartel o, posteriormente, al tratar de escapar de Santiago. Julio Díaz y Ciro Redondo morirían años después en combate en la Sierra Maestra, tras de participar en la expedición del “Granma”.

En cuadro aparte, ofrecemos la relación de los caídos del grupo y de los supervivientes.

Para ordenar el relato interesantísimo de Severino Rosell, huelga el interrogatorio. Dejamos que sea él mismo el que vaya dando forma a sus pensamientos.

“Antes del golpe del 10 de marzo militábamos en la Juventud Ortodoxa. Fidel Castro había visitado en distintas ocasiones Artemisa. José Suárez Blanco, Ramirito Valdés, Ciro Redondo y Julio Díaz, eran los compañeros más activos en la zona. No estábamos dispuestos a cruzarnos de brazos ante la tiranía. Para diciembre de 1952 ya formábamos un contingente de unos 250 hombres jóvenes. Flores Betancourt, que era el más viejo de todos tenía solamente 30 años. Entonces yo andaba por los

24 años. Había numerosos muchachos de solamente 17 y 18 años. Ardíamos en deseos de hacer algo y comenzamos a practicar tiro en distintas fincas de la comarca.

“Recuerdo que una de esas fincas era “Capellanía”, otra detrás del Porvenir. También la del padre de nuestro compañero Ismael Ricondo. Había otra detrás de la “Calera”, donde ahora está la fábrica de cemento “Mártires de Artemisa”.

“Suárez Blanco estaba en contacto con Fidel en la Universidad. El era como el líder de la juventud ortodoxa en Pinar del Río. Una vez —no recuerdo exactamente la fecha, pero calculo que era a fines de 1952— nos reunimos con Fidel en la logia masónica de Artemisa. Nosotros esperábamos que en el último mes del año se hiciera algo. Ya estábamos impacientes por actuar. ¡La sangre joven, ya usted sabe! Después se aplazó lo que se preparaba para el mes de enero. Los compañeros de aquellos tiempos estábamos muy decididos. Veíamos la situación política del país muy mal y nos encendía la sangre comprobar el entreguismo de los politiqueros al régimen batistiano.

“Fidel pensaba que el de Artemisa era uno de los mejores grupos con que contaba para su plan, por ser la mayoría expertos tiradores. El nos acompañó en algunos de las prácticas de tiro y quedó bien impresionado con nuestra puntería. Cada tres días practicábamos diferentes grupos, siempre en una finca distinta. Hasta teníamos una allá por Pijirigua. Esta precaución la tomábamos para evitar los “chivatazos”.

“La primera orientación que nos llegó era que íbamos para una finca en Camagüey. Ya estaba adelantado el mes de julio de 1953 y nuestra impaciencia desbordaba los límites. Previamente teníamos una idea de que iba a ser un asalto a alguna fortaleza de la dictadura, pero imaginábamos que sería en La Habana o en algún lugar cercano. De modo que cuando se nos dijo que nos iban a trasladar a una finca en Camagüey, intuimos que íbamos a entrar en acción pronto. No nos importaba dónde fuera la cosa, lo que queríamos era hacer algo.

“De Artemisa partimos, para la cita en La Habana, un grupo de 30. Era el día 24 de julio de 1953. De los 30, hubo dos que a última hora decidieron separarse del grupo y regresar. De modo que en el Triángulo de 23 y Zapata, en el Vedado, nos reunimos con Fidel 28 artemiseños, cuyos nombres le voy a anotar aparte. Ya era de noche y Fidel fue breve en sus instrucciones. Saldríamos por distintas vías: automóviles, tren, ómnibus.

“Yo salí en un carro en el que íbamos cinco en total. Era la máquina de Marrero, un compañero de la cervecería “Cristal”, que moriría asesinado en el “Moncada”. Además, Pepe Suárez

Blanco, José Antonio Labrador, Gregorio Careaga y yo. De los cinco, solamente estamos vivos Pepe y yo. El viaje transcurrió sin incidentes, turnándose en el timón Pepe y Marrero.

“Llegamos a Santiago de Cuba el 25 por la noche y nos dirigimos a un hospedaje frente al hotel “Rex”, en la avenida Garzón. Creo que esa es la dirección. Dicho hospedaje había sido alquilado prácticamente todo como punto de enlace para nuestro pequeño ejército. Allí se nos dieron instrucciones de dirigirnos a la casa en Siboney donde nos esperaba Fidel.

“La primera impresión que recibí al llegar a Siboney fue de desorden. Por el piso de la casa estaban regados los colchones donde habían descansado los compañeros que llegaron primero. Era de madrugada y todos estábamos despiertos. Allí localicé a los demás paisanos de Artemisa. El estado de ánimo de todos era formidable. Los nervios en tensión, en vísperas del ataque. Mientras Santiago ardía en fiesta, nosotros, los que soñábamos con libertar a Cuba de la tiranía, ardíamos en fiebre revolucionaria.

“Serían las cuatro o cuatro y media de la mañana, calculo, cuando Fidel nos arengó. Nos dijo del porqué de la lucha que íbamos a emprender y reconoció que todos estábamos dispuestos a combatir y a morir, aunque nuestro sacrificio no sería en vano. Cada vez que recuerdo aquella arenga de Fidel, en medio del silencio de unos 145 jóvenes de los cuales más de la mitad perecerían masacrados por la soldadesca del odiado Batista, se me ponen los pelos de punta. Nos dijo Fidel que el asalto al “Moncada” se produciría por sorpresa y que probablemente, no habría derramamiento de sangre. Distribuyó los grupos que tomarían la Audiencia y el Hospital Militar.

“Las frases de Fidel nos infundieron nuevo ánimo. Todos estábamos impacientes porque llegara la mañana para entrar en combate. Creo que fue poco después de las cinco de la mañana que partimos. En mi máquina todos los que íbamos éramos artemiseños. Fidel quería que estuviéramos juntos, porque confiaba mucho en nuestra puntería para cualquier emergencia. Me acompañaban en el auto —no recuerdo quién era el chofer— los hermanos Roberto y Orlando Galán, Ricardo Santana, Marcos Martí y Marino Collazo. Yo llevaba por todo armamento una pistola calibre 38 con un magazine y alrededor de una veintena de balas sueltas. Otros compañeros portaban rifles y escopetas calibre 16.

(Fragmento tomado de: “Los Artemiseños en el Moncada. Fidel nos escogió para la vanguardia, por ser buenos tiradores”, por Vicente Curbillas, periódico “Revolución”, La Habana, 22 de julio de 1963).

Diez años han transcurrido desde que se ejecutara por un grupo de jóvenes, sin conocimiento militar alguno, el asalto al Cuartel Moncada. Muchos logramos salir con vida, la inmensa mayoría, de lo que fuera el centro principal de la desigual batalla, no así después cuando la soldadesca batistiana descargó todo su odio e impotencia no sólo contra los combatientes, sino también contra el pueblo santiaguero. Muchas horas después del combate se cumplía la orden emitida por el cobarde tirano, y que denunciara valientemente nuestro máximo líder en el histórico juicio, "había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto".

De todos es conocida la procedencia de aquellos jóvenes, ellos nunca habíamos participado en la vida pública, entre ellos me encontraba yo. Mis funciones se limitaban por entonces a administrar una pequeña imprenta que poseía en mi pueblo natal, Artemisa. Surge la fatídica madrugada del 10 de Marzo, que recibe inmediatamente la justa condena de parte del pueblo. En la vanguardia de esa protesta estaba el estudiantado. Los jóvenes artemiseños se unen al grito de condenación viril al régimen de facto, nacido del engaño y la traición a los más caros anhelos de todo un pueblo. Por segunda vez, Batista escala el poder a espaldas del pueblo cubano.

El manifiesto de los estudiantes artemiseños es tirado en mi imprenta. Pero cometo un pequeño desliz: el propio documento lo identifico con nuestro pie de imprenta. La acción represiva no se hace esperar, paso a ser un número más a la larga lista de los "enemigos" del cuartelazo.

Junto con otros compañeros formamos una célula secreta dirigida por Pepe Suárez. Se suceden los viajes continuos a la capital, las prácticas de tiro en la Universidad, en "El Pitirre", y en un lugar cerca de Las Cañas. Las tertulias de Prado 109.

Un buen día, en Artemisa, y encontrándome parado en la esquina del café "La Aurora" divisé de "fenómeno" a nuestro compañero Pepe Suárez. Casi instintivamente me acerqué a él, me movía la curiosidad por conocer qué lo traía por allí.

"Ahí está Fidel, el dirigente de nuestro movimiento", me dijo Pepe después de saludarnos. Aquella fue la primera ocasión en que charlé con Fidel.

Las reuniones se sucedían cada vez más continuas, en el local del Partido Ortodoxo, en la Universidad. Unas veces en compañía de Ramiro Valdés, otras con Abel Santamaría y así

con muchos otros compañeros. Esto era el principio, por entonces yo era un miembro más del movimiento. Nuestra labor por aquel tiempo era la captación de elementos jóvenes afines a nuestras ideas.

Hay que destacar como un hecho de enorme importancia, más aún si tenemos en cuenta la inexperiencia nuestra en ese tipo de actividades, la discreción y seriedad que caracterizaban al grupo de jóvenes que integraba nuestro movimiento y que hizo posible que hasta el propio instante del asalto al Moncada la dictadura no conociera de nuestros planes a pesar de los miles de pesos, agentes y chivatos con que ya contaba el régimen.

Llega el veinticuatro de julio. Recibimos la orden de viajar a La Habana. De Artemisa partimos en unión de Julio, Rosendo Méndez y varios compañeros más. Aquella mañana nos hospedamos en una casa de la calle Basarrate, cerca de la Universidad, si no recuerdo mal.

Las órdenes se sucedían vertiginosamente. Allí recibimos los boletines para Santiago. Al amanecer del 25, estábamos alojados en el hotel "Rex", de la capital oriental. Nuestro inolvidable Renato Guitart era el responsable del grupo.

Pasadas las doce de la noche fuimos trasladados para Siboney. Allí hicimos contacto con Jesús Montané. Ya amanecía, habíamos descansado brevemente cuando comenzaron a entregarse las armas. La emoción nos embargaba, Fidel nos comunicó la misión que se nos encomendaba y el objetivo que tendría el ataque al Cuartel Moncada.

Cada minuto parecía un segundo. El tiempo apremiaba, de Siboney partimos con rumbo al Moncada. Los combatientes se distribuyeron en grupos de siete u ocho en las distintas máquinas que poseíamos. Estábamos incluidos en el grupo que tomaría el cuartel.

("Recuerdos del ataque" por el Comandante José Ponce Díaz, revista "Verde Olivo", La Habana, 28 de julio de 1963).

“Conocí a Fidel en una visita que hizo junto con un amigo mio al laboratorio del que era uno de los dueños al final del 1952” —nos dice Oscar Alcalde, uno de los asaltantes al cuartel Moncada y actualmente director de Circulación Monetaria del Banco Nacional— “Aquella fue una entrevista de sondeo”.

“Después del golpe del 10 de marzo yo no encontraba ningún camino. En estas entrevistas lo fui encontrando”.

“Al poco tiempo de haber conocido a Fidel fui participando en las actividades revolucionarias que él lidereaba. Me fui integrando paulatinamente. Un día, después que la policía hizo un registro en la casa de Abel y de Haydée, se llevó un mimeógrafo al laboratorio. El periódico se llamaba “El Acusador”. No pasó mucho sin que la policía rastreara las huellas y fuera allí, pero no encontraron nada”.

“Los vínculos con Fidel fueron haciéndose cada vez más estrechos, al punto que la cuenta bancaria del laboratorio comenzó a utilizarse para efectuar transferencias bancarias a nombre de Renato Guitart, radicado en Santiago de Cuba, y con las que sufragaba los gastos de las actividades revolucionarias”.

“Así, casi imperceptiblemente, llegué a responsabilizarme con las operaciones financieras del movimiento revolucionario que se gestaba”.

“También se emplearon cajas con el rótulo del laboratorio para el traslado de las armas a Santiago”.

“Como soy contador, por aquel entonces trabajaba como Inspector de Utilidades del Ministerio de Hacienda, además de mis responsabilidades en el laboratorio. Fue así como me serví de mis relaciones para uno de los objetivos más importantes de a quel momento: preparar a nuestros hombres en el manejo de las armas. Fue así que me hice socio del Club de Cazadores del Cerro, y en cada ocasión que iba llevaba un grupo diferente de compañeros. No despertábamos sospecha a causa del propio cargo que ocupaba”.

“El día 24 de julio salimos en una máquina alquilada, Almeida, Mestre, dos compañeros más y yo. Al llegar a Santiago me hospedé en el hotel “Rex”. Recuerdo que esa noche comí suculentemente. Tal vez porque pensaba que sería la última vez que lo haría”.

Albertosa y Masfuit

“Del hotel “Rex” nos trasladamos a la finca Siboney. Di varios viajes para recoger a otros compañeros. Ya en la finca todos, se ultimaron los preparativos”.

“De la finca salí con el grupo de Fidel que participó en el ataque y toma de la posta tres”.

(Fragmento de: “Después del asalto”, por Osvaldo Ortega, entrevista con Oscar Alcalde, revista “Verde Olivo”, año V, número 30, La Habana, 26 de julio de 1964). 31

Cuando el Viernes Santo de 1953, tres meses antes del Moncada, Fidel visitó Palma Soriano, ya había allí un movimiento incipiente que se extendía hasta Guantánamo.

La rebeldía comenzó, en los días del 10 de marzo en que un grupo de ortodoxos decidió enfrentarse a Batista bajo el lema de "Vergüenza contra Dinero". Y continuó en los días siguientes con la actividad juvenil de la logia Los Pinos Nuevos y el sector estudiantil. Pedro Aguilera (Tito), Parmenio García y Oscar Alberto Ortega (Nito) andaban en esa época en los trajines de Organización. Nito sólo llegó al Moncada. Incrustado para siempre en la palabra historia.

Por eso cuando ese día Fidel se reunió en casa de Ortega con Rafael Oliva García (Pachi), Tito Aguilera, Nito y otro compañero, no hubo necesidad de comenzar en cero. Todavía el movimiento no tenía nombre. Pero ya era un movimiento.

Unos meses antes, en los momentos en que moría Rubén Batista a manos de los esbirros, habían estado Tito, Parmenio y Nito en La Habana. Hablaron con Fidel. Con él visitaron la Universidad. Vieron a Abel. Y regresaron a Palma con nueva confianza.

La reunión en casa de Nito devino conversación en el bar Topeca, al atardecer. Allí, entre otros, se manejó el tema de la Reforma Agraria. Ya entonces participaba en la discusión Parmenio García, dirigente cafetalero, conocedor y discutiador de lo que a tierra y café se refiere.

Fidel se marchó al día siguiente. Y continuó la actividad de los conspiradores. Propaganda sobre todo era la labor, Renato Guitart, Pepito Tey y otros eran en Santiago de Cuba los que buscaban colaboración. Y Palma se unía a ellos en las tareas de proliferar la lucha. Se iniciaron por ese tiempo los sabotajes y labores de acción en el municipio. Uno de los primeros fue el atentado dinamitero a la Escuela Superior.

(Fragmento de: "Palma: antesala de Santiago". Tomado del periódico "El Mundo").

Como a miles de jóvenes que buscaban oportunidad de trabajo, emigramos del interior del país, hacia La Habana. Vivíamos marginados del acontecer político que existía por aquellos años de principios de la década del 50. Nuestras simpatías políticas, aunque no en forma militante, miraban hacia el Partido que regía Eduardo Chibás. Así las cosas se produce el aciago día del 10 de Marzo de 1952.

Ese hecho despertó en nosotros como en la mayoría de los cubanos una instantánea rebelión y ese día, peregrinamos desde el antiguo Palacio Presidencial, hasta la Universidad de La Habana, donde se decía, es un lugar, que habría resistencia y en el otro, que se repartirían armas para combatir.

Todo fue falso y a partir de aquel instante fuimos asiduos visitantes a Prado número 109 local del Partido Ortodoxo, donde considerábamos que se organizaría la lucha armada.

Allí, conocimos a Fidel y a partir de entonces fuimos un soldado de filas en la preparación de la lucha armada.

Fue en las Lomas de Tapaste, en Madruga, donde hicimos nuestras primeras prácticas con fusiles calibre 22. Habíamos recibido clases teóricas en distintos lugares de La Habana, pero todavía no lo habíamos hecho con fusiles en campo abierto, donde pudiéramos satisfacer nuestras ansias de aprendizaje.

Con antelación nos habían citado a la Universidad de La Habana, donde recibiríamos instrucciones. La organización y más absoluta discreción primó siempre en aquel grupo de jóvenes comprometidos con la Patria y esperábamos con ansiedad el arribo de ese día para recibir orientaciones.

Un hecho familiar me hizo llegar tarde a la cita aquella mañana del 22 de diciembre de 1952, habíamos dado sepultura a mi abuela y mientras corría a la Universidad todavía afectado por lo abatido que había dejado a mis familiares y pensando en lo que habrían de sufrir por mi muerte que creía segura en aquella lucha que emprendía y que aceptaba con total naturalidad llegué al recinto del salón de los Martires de la Universidad cual sería mi desolación al conocer que todos habían partido ya. En ese instante se me acercó el compañero José Luis Tassende, el único que quedó allí de enlace y que apenas conocía. Me miró fijamente a los ojos, me preguntó que ocurría, le expliqué mi tardanza, confió en mi, me describió la ruta a seguir y pude llegar a aquella finca y unirme a mis compañeros en lo que fue nuestra primera práctica con fusiles.

Corrimos en zig-zag un kilómetro, nos arrastramos, tomamos simbólicos reductos enemigos; y, no obstante el cansancio nos sentíamos felices. Al atardecer asamos un lechoncito, reinaba la más grande alegría. Cuando regresábamos a La Habana me acordaba de José Luis Tassende.

Ese mismo compañero, Tassende, semanas atrás, cuando me explicaba el funcionamiento teórico de la pistola, al preguntarle ingenuamente qué haría si en combate se me quedara vacía la pistola, me había mirado fijamente y me había contestado: "Se la tiras al enemigo a la cabeza"; y esa mirada firme, valiente y serena, es la misma que queda para la historia, poco antes de morir asesinado.

Los trajines revolucionarios hacían que la vida transcurriera raudamente. Nuestro empleo como dependiente de un comercio, la adquisición de armas cortas, las reuniones de la célula revolucionaria —compuesta de 18 jóvenes y que habíamos denominado "Los Relámpagos"— las discusiones teóricas de carácter político y militar, las prácticas con escopetas en el Club de Cazadores, el contacto diario con los compañeros de la casa de huéspedes de San Rafael; con Benítez, Carlos, y tantos otros camaradas; los saludos que nos cruzábamos con el inolvidable Camilo Cienfuegos con quien, no obstante también abrazado a los mismos ideales revolucionarios, no nos habíamos identificado en aquella oportunidad.

...Así transcurrió la primera mitad del año 53... y repentinamente, recibimos una citación de la Dirección del Movimiento: "La célula de San Leopoldo debe situarse en forma discreta en la zona de San Lázaro e Infanta, el día 24 de julio a la 8 de la noche".

...En esa orientación no se dio más detalles, cosa lógica por el método discreto y sobrio que siempre se empleaba. Sólo se nos planteó que estaríamos ausentes cuatro a cinco días y que creáramos las condiciones en nuestros hogares y trabajos respectivos, por esa prolongada ausencia. Comprendimos que había llegado el momento tan ansiado de combatir. Nadie tenía dudas de ello.

• ¡Al fin castigaríamos al tirano y a su pandilla de politiqueros, entregados al asesinato y al pillaje en nuestra Patria!

...Efectivamente, esa tarde como a las doce salimos de La Habana, íbamos en distintos automóviles, hicimos algunas paradas en distintos lugares, el compañero Gildo Fleitas era el responsable de ese vehículo. Nos aprovisionamos de suficiente aceite, se recogió una colección de discos, eran marchas que servirían para enardecer al pueblo después del combate.

Eso lo habíamos escuchado muchas veces de labios del compañero Fidel, y reafirmó nuestra convicción de que iríamos al combate y que éste no se efectuaría en La Habana, sino en otro lugar de la República.

...Durante el largo recorrido hacia la región oriental (ya en el auto conocimos el destino final), paramos varias veces en el camino. Por aquellos días, si mal no recuerdo, la "Juventud del PAU", partido fabricado por el tirano, que lógicamente no contaba con juventud alguna que no fueran algunos politiqueros, jóvenes en formación de futuros "manengues" había dado un acto en Oriente y los puentes estaban custodiados por la guardia rural. Al paso por ellos nos detuvieron una vez y para asombro nuestro, con joviales sonrisas nos habían dado libre tránsito: era que el compañero Gildo Fleitas, como por arte de magia, había sacado una banderita del 4 de septiembre y le había dicho a los soldados "Somos de la Juventud del PAU".

Así pasamos sin novedad el resto de las postas y nos reíamos de ellos. Comentábamos el susto que le haríamos pasar pronto....

...Al llegar a Camagüey paramos en una tiendecita rural y al comentarlo que me gustaría tener un sombrero de aquellos de ala ancha, Gildo lo compró y me lo enterró en la cebeza de un golpe, en medio de las carcajadas del resto de los muchachos.

...Así seguimos avanzando, llegamos a Bayamo allí descansamos y estuvimos por la tarde en la casa de la familia de Reinaldo Benítez, todos ellos tan solícitos y tan ajenos a los acontecimientos que habrían de sucederse, en los que nos veríamos envueltos en las próximas horas.

...Al fin arribamos a Santiago de Cuba, jamás había estado en aquella ciudad. Recuerdo que detuvimos el carro frente al parque Aguilera, se estaban celebrando los carnavales y nos vimos envueltos repentinamente por una comparsa, a cuyo compás y ritmo pegajoso se banboleaban los orientales.

Todo era asombro, todo lo queríamos mirar, intensamente, como si fuera a ser la primera y última vez que veríamos aquella heroica ciudad.

...Caminamos juntos y al llegar a la marquesina de un hotel vimos caras amigas, compañeros que nos abrazaban como si hiciera años que no nos veíamos. Se reflejaba en aquellos rostros juveniles una alegría intensa. Un compañero se acercó y me dijo: "Tápanes, ¡ahora sí! ¡Como tenemos armas! En ese momento, que se me quedó muy grabado en la mente, llegó Fidel y se acercó al grupo, nos saludó a todos y habló con el compañero Mario Muñoz. Este le dijo: "Fidel, hoy 26 de julio cumpla 41 años", y Fidel le contestó: "No te preocupes, vivirás muchos más".

...De ahí partimos hacia nuestro cuartel, hacia Siboney, era la una de la madrugada del 26 de julio....

("26 de Julio" por Israel Tápanes, revista "Verde Olivo", año XI, número 30, La Habana, 26 de julio de 1970).

614
GABRIEL:Pues como les estaba diciendo. Este movimiento se empieza a gestar en el año 52, por allá por el mes de abril del año 52. Recuerdo que fue en el mes de mayo, cuando a nosotros se nos vino a hablar para integrar el Movimiento revolucionario éste.

PREGUNTA: ¿Quién le habló?

GABRIEL: Nosotros conocíamos de antes a Fidel, de las luchas conocíamos a Fidel, y más cuando Fidel estaba en la ortodoxia. Conocíamos a Fidel, por eso, por esa vía, por esos medios. Entonces, por allá por mayo nos vienen a hablar del Movimiento que se estaba gestando, un Movimiento revolucionario, nosotros pues, dijimos que sí, que nosotros lo íbamos a integrar. Horacio Matheu, que es mártir y Vega, un compañero que queda vivo todavía. Entonces, en aquel tiempo, vivíamos en Lawton y allí se formó un Movimiento en el barrio, que lo componíamos alrededor de 20 y tantos compañeros, 23 compañeros.

PREGUNTA: ¿Cómo se fue organizando?

GABRIEL: Mira... ese grupo se organiza en base, por ejemplo, de los muchachos, los jóvenes que fueran más.... una gente discreta, que fuera gente que.... gente sencilla, gente que no hablara, sobre todo.... No se podía tener bronca con nadie, nosotros no podíamos caer preso en aquellos momentos. Entonces tenían que ser gente de una línea de conducta, gente de pueblo, pero una gente tranquila.

PREGUNTA: ¿Fue antes del Moncada?

GABRIEL: Antes del Moncada, sí....

PREGUNTA: ¿Qué actividades hacían ustedes?

GABRIEL: ¿Nosotros? pues a partir de ese momento, yo me enrolé al Movimiento 26 de julio. Entonces el contacto directo es con Fidel. En el barrio de Lawton yo era el que tenía que ir donde estaba Fidel; yo trabajaba por la noche. Me acuerdo que era en Consulado No. 109, donde íbamos a hacer el contacto con Fidel y entonces yo traía las orientaciones. Cuando había que ir a la Universidad a hacer prácticas, pues nosotros íbamos allí a la Universidad, hacíamos las prácticas allí, otras veces pues nos reuníamos en Prado 109.

PREGUNTA: ¿109?

GABRIEL: En la última parte de la casa, nos encerrábamos allí. Varias veces tuvimos que salir de allí por la gente. Y la policía trataba de sorprendernos allí. Después, Fidel, por ejemplo, me decía: "Oyeme Gil, el domingo tenemos práctica. Entonces, cítame tantos compañeros". Yo citaba a los compañeros, íbamos a la zona de Madruga, "El Gato" que le llaman; íbamos a la zona de Pinar del Río.

PREGUNTA: ¿De quién era la finca?

GABRIEL: Una finca que era del antiguo dictador que hubo aquí, de Machado.

PREGUNTA: Ah, ¿de Machado?...

GABRIEL: Que era una finca de un comandante del Ejército, en aquellos momentos de Batista, pero nosotros nos metimos allí como gente que iba allí a comerse una lechona, por ejemplo nosotros íbamos a esos lugares y cada vez que íbamos llevábamos una lechona asada, llevábamos congri, comprábamos yuca y entonces parecía otra cosa. Si nos sorprendían en un lugar de esos; pues como hacíamos las prácticas con balitas marca, U, que eran armas de pequeños calibres, pues no se sentían, las hacíamos dentro de las montañas, los ríos, en los lugares...

PREGUNTA: ¿El grupo que iba era de Lawton?

GABRIEL: El grupo de Lawton con el grupo de toda La Habana, por ejemplo: el grupo de Marianao, el grupo de Santos Suárez, de Pinar del Río, que venían hasta aca. Nosotros íbamos hasta allá. Y así los grupos hacíamos las prácticas en conjunto; íbamos 60 ó 70 a hacer las prácticas en esos lugares y así hacíamos prácticas por ejemplo los domingos.

PREGUNTA: Entonces, ¿usted recibía orientación directa de Fidel? ¿No había ningún intermediario?

GABRIEL: No, directamente, yo era el que transmitía las orientaciones en mi barrio, puesto que Fidel me las daba a mí. Una vez, en la zona que era de Madruga, cayó un grupo de compañeros presos allá, porque chocaron allí en Madruga; y entonces me llamaron desde Madruga, que estaban presos. El que iba manejando el carro era Ramón Méndez Cabezón, que es mártir hoy, y me llaman a La Habana: "Oyeme que estamos presos aquí en Madruga". No le encontraron nada porque las armas siempre estaban en el campo, en la máquina no había nada, y creyeron, que este grupo eran gentes que iban a alguna recholata, y no pudieron comprobar nada. Yo fui para allá, entonces fue, recuerdo, Boris Luis Santa Coloma, fue..., primero fui yo sólo. Entonces fueron Boris Luis y Melba, a sa-

carlos allá y estuvimos corriendo detrás de ellos porque los llevaban a un cuartel, los llevaban a otro y los tuvieron hasta el día siguiente que pudimos sacarlos, porque... hasta en eso, no tenían ni la circulación de la máquina. Y así tuvimos una serie de tropiezos.

PREGUNTA: ¿Cuándo usted venía a La Habana, iba también a casa de Melba, es decir de los...?

GABRIEL: ¿A casa de Melba aquí a Jovellar?

PREGUNTA: En Jovellar.

GABRIEL: Sí, yo visitaba la casa cuando aquello; sí, visitaba la casa.

PREGUNTA: ¿La casa de Abel?

GABRIEL: La casa de Abel no, yo no conocía la casa de Abel, la casa de Abel estaba en O, que vivía Haydee allí. De allí precisamente fue de donde partimos para el ataque al Moncada; yo me recuerdo que Fidel esa vez me llamó un jueves, me llamó por teléfono a la esquina donde yo trabajaba y me dijo: "Oyeme Gil, ven que quiero darte una orientación". Entonces yo fui ese jueves. Fui y hablé con él, y me dijo: "Oyeme Gil, mira ¿cuánta gente tú tienes en el barrio?" "Yo le dije: "Mira Fidel, allá tú sabes que hay, no recuerdo el número exacto, eran 23 compañeros"; me dice: "¿Cuántos tú puedes traer?" Digo: los que tu me digas. Díceme: "Bueno 9 compañeros, traémelos a O e Infanta", creo que es ahí O e Infanta, por ahí.

PREGUNTA: ¿O y 25?

GABRIEL: O y 25, por ahí por la zona esa, O y 25. Entonces recuerdo que me dijo: "Mira, dile a los compañeros que vengán con la mejor ropa, si tienen traje que vengán con traje y si no con la mejor ropa, lo mejor vestido posible, que vamos a hacer una práctica". Esto pues a mi me sorprendió porque nosotros siempre que íbamos a hacer una práctica Fidel nos decía: "que vengán con la peor ropa que tengan, con la ropa más sucia que tengan, que nos vamos a arrastrar"; nosotros sabíamos que era arrastrarnos, hacer el entrenamiento de guerrilla y todo eso. Entonces digo yo: Fidel, ¿bien vestido y sin ninguna otra ropa? Me dice: "Si porque es que tenemos que hacer una práctica"; dígole: ¿Cómo, bien vestido con traje? Dice él: "No importa, díles que vengán con esa ropa, que deben de tener, si, porque tenemos que ir a donde está una gente que... para que no sospechen y todo eso" Me dió una evasiva y no me dijo para lo que era. Yo al ver aquello ya sabía que había algo entre manos. Yo no sabía lo que era, ni me imaginaba lo que era; pero yo sabía que había algo entre manos. Entonces, pues, así yo me vine al barrio.

Entonces, recuerdo, todavía recuerdo eso, yo fui y le avisé, dígoles: Manolo mira, tenemos que estar, a Manolito Saínz, mañana a las 4 de la tarde en O y 25, en la casa de.... O y 25, tal número, la casa de Haydée. Manolito era el compañero que me decía: "Oyeme Gil, si hay algo tú no me dejes fuera". Yo le respondía "No, no te ocupes que yo no te dejo". Entonces yo vine y le dije: "Mira Manolo yo sé que es algo, yo no sé lo que hay, pero yo de verdad quisiera que tu no fueras". Porque era un muchacho joven, era un muchacho que cuando aquello tenía 16 años. Entonces me dijo: "No, pero yo voy, yo si voy de todas maneras". Yo le dije: Mira Manolo, yo de verdad que yo no quiero que tu vayas, yo te aviso que vamos pero que tú no vayas. Entonces me dijo: "Yo voy, yo voy". Y tuvimos que llevarlo. Fui y le hablé a los compañeros. Me dijo: "Traeme 9", y uno parece que no encontró la dirección, no supo donde estaba, en definitiva los que pudimos salir fuimos exactamente 8 compañeros, de los 8, pues estamos 2 vivos y murieron 6 del barrio.

PREGUNTA: ¿Y cómo fue cuando ustedes llegaron allí, cómo fueron hacia Oriente?

GABRIEL: Mira, cuando nosotros fuimos.....

PREGUNTA: ¿Iban en ómnibus.....?

GABRIEL: Cuando llegamos a la casa de O y 25 nos reunimos según íbamos llegando; por ejemplo, a mi me citaron a las 4, otro grupo lo citaron a las 4 y media. Bien, las máquinas tenían que partir una de la otra cada 15 minutos y el único que sabía el recorrido de máquina era el chofer. En este caso el chofer nuestro era Montané, el Comandante Montané hoy, era el chofer nuestro, era el que iba al frente de la máquina. Entonces el responsable de ese personal era yo. Es decir, que teníamos que salir una máquina de otra.....

PREGUNTA: ¿No salieron los 8 en la misma, en una sola máquina?

GABRIEL: No, no, no, al llegar nos ponían entre grupos para no salir todos en la misma máquina. Entonces, recuerdo que las orientaciones que nos daban eran que en el camino no podíamos hablar con ninguna otra persona, ni con los compañeros que nosotros conocíamos allí. Es decir, que si nosotros en el trayecto del camino íbamos a parar a un lugar, porque se nos dió dinero para comer algo en el camino, y habían algunas gentes de.... en un bar donde fuéramos a tomar, en un café donde fuéramos a tomar, pues nosotros llegábamos y tomábamos, si un compañero iba a ir al baño pues nosotros teníamos que acompañarle al baño y traerlo otra vez hasta el carro, no se permitía hablar ni hacer llamadas telefónicas de ningún tipo.

Es decir, que todo el camino fue sin que pudiéramos hablar con nadie, con nadie.

PREGUNTA: ¿Cuántos fueron en la máquina....?

GABRIEL: Fuimos seis.....

PREGUNTA: ¿Usted recuerda quiénes.....?

GABRIEL: Iban.... No me recuerdo, yo se que el chofer era Montané, iba un compañero García de apellido,... iba Manolito Sainz, que murió; no me acuerdo exactamente, no me acuerdo los que iban en la máquina.

PREGUNTA: ¿Y el trayecto fue en esa forma hasta llegar a Santiago?

GABRIEL: Hasta llegar a Santiago. Nosotros.....

PREGUNTA: ¿Qué hicieron después?

GABRIEL: Por ejemplo, los muchachos estaban inquietos por que llegábamos hasta Matanzas.... por ejemplo, salimos de La Habana, nosotros nunca habíamos salido de La Habana para una práctica y llegábamos a un pueblo más adelante de La Habana, y le preguntábamos: ¿Y, dónde vamos? No, es allí alante, Montané nos decía, allí alante. Llegábamos a Matanzas y le preuntábamos Montané, dónde es? Allá alante, y llegábamos a Santa Clara; y es allá alante, y llegábamos a Camagüey; y es allá, alante, y así nos fue engañando, en el sentido de que no nos dijo a dónde íbamos, hasta que llegamos a Santiago de Cuba y nos hospedamos allí.

PREGUNTA: ¿A dónde llegaron ustedes, allí, directamente?

GABRIEL: Al hotel, a un hotel que hay frente a un parque grande. Salimos un viernes y llegamos un sábado a las 4 de la tarde, casi 24 horas estuvimos en el camino, porque teníamos que ir despacio, con cuidado para no tener problemas en el camino. Así llegamos al hotel, nos hospedamos allí. Me recuerdo que llegamos como a las 4 de tarde y ya estaba el bullicio ese de los carnavales, no se les permitía a ningún compañero salir. Como a las 8 ó las 9 de la noche recuerdo que nos dieron comida, una buena comida, comimos allí, entonces los....

PREGUNTA: ¿Allí fueron llegando otros grupos?

GABRIEL: Si, pero eran los grupos, que eran como si no fuéramos conocidos, el grupo que iba en una máquina era el que se conocía allí, en el hotel aquel.

PREGUNTA: ¿No entraban en relaciones con ellos?

GABRIEL: No entrábamos en muchas relaciones, no.... como si no fuéramos gentes conocidas. Entonces llegamos allí

y comimos a esa hora, y a las 10, como a las 10 de la noche, pues entonces que preparábamos y recogíamos que íbamos a salir de allí, nos llevaron para la Granja.....

PREGUNTA: ¿Con el mismo Montané, el mismo grupo?

GABRIEL: El mismo grupo, la misma máquina, fuimos entonces para la Granja.

PREGUNTA: ¿Y llegaron allí, cómo?

GABRIEL: Al llegar a la granja, pues vimos lo que había enseguida. Vimos la tonga de trajes, las armas que habían allí y allí estaban esperándonos. Me recuerdo que estaban Haydee, y Melba, estaban Tizol, José Luis Tassende, Renato Guitart y varios compañeros conocidos del movimiento de aquí de la Habana; vimos en la casa enseguida al grupo de compañeros de los..... alrededor de 100 compañeros, fuimos allí a Santiago de Cuba. Allí pues estuvimos allí esperando, que se nos diera la orden de....

PREGUNTA: ¿Y Fidel?

GABRIEL: Fidel estaba por Santiago, después Fidel llegó a la granja como a la una o a las dos de la mañana. A esa hora Fidel mandó a que le dieran la ropa a los compañeros y las armas a los compañeros, a esa hora se empezó a darle ropa a los compañeros. Nos vestimos allí; se nos dio las armas a cada uno, que era un riflecito marca U, un riflecito que ustedes conocen, ese de tiro al blanco. Se nos dio un riflecito a cada uno, se nos dio un uniforme a cada uno.....

(Fragmento de una entrevista hecha al compañero Gabriel Gil. Archivo; Sección Museos de la Revolución, Dirección Política del MINFAR).

Cuando se ventilaba la Causa 37 por los sucesos del Cuartel Moncada en la Audiencia de Santiago de Cuba, el fiscal se refería con insistencia a los gastos en que habían incurrido los revolucionarios y a los supuestos financiadores de los mismos. La prensa de la dictadura desplegaba informaciones en las que se decían cosas como éstas: "De las víctimas, las más se contaron entre los incautos cubanos que se han dejado armar y pagar con el otro extraído de las arcas públicas, para vindicar a los gobernantes prófugos que el pueblo no perdonará nunca".

Las falaces versiones del sumario y las similares informaciones de aquellos periódicos se referían a los enriquecidos políticos que tras el golpe castrense del 10 de marzo huyeron de Cuba, a la cabeza de los cuales estaba Carlos Prío, dos veces traidor. Para aquella "justicia" y su prensa los revolucionarios habían gastado grandes sumas de dinero en preparar a los combatientes del Moncada, adquirir las armas y sufragar la movilización, hacia Santiago de Cuba, de los revolucionarios, y ese dinero había sido facilitado por transfugas. Pero tanta mentira no pudo mantenerse por mucho tiempo, en otras hojas del sumario de la Causa 37 aparecían cheques firmados por uno de los combatientes hecho prisionero junto a Fidel en la finca Sevilla, próxima a la Gran Piedra el primero de agosto de 1953. Eran cheques sin fondos que habrían sido pagados al Banco, de triunfar el movimiento, por el Gobierno revolucionario que asumiría el poder.

Además aparecían otros detalles, documentos que avalaban el constante ejercicio del sacrificio por parte de los del Moncada, talones de casas de préstamos o empeño, por ejemplo. A esas casas, más de uno llevó algún objeto personal para convertirlo en dinero para la Revolución que organizaban.

El movimiento revolucionario gastó en los preparativos del ataque, desde su inicio a raíz del 10 de marzo de 1952, la suma de \$16,480. (Salvando las distancias, compárese con los millones de la CIA o Agencia Central de Inteligencia que sufragara la invasión de los mercenarios de Girón). Ese dinero nunca se reunió en una suma total, fueron los gastos diarios que se relacionaban y en más de la mitad nunca se palpó o manejó en su estado físico. Una centrifuga de angustia fue lo que en realidad existió.

Los jóvenes del centenario del Apóstol, llamémosles así, abrieron dos cuentas en bancos distintos: una en el Banco Agrí-

cola Industrial, frente a la plaza del mercado y otra en la antigua sucursal del Banco Núñez, en Cuatro Caminos. Las cuentas estaban amparadas por un laboratorio farmacéutico: el Laboratorio TION, situado en Línea y J. Este laboratorio era propiedad de Oscar Alcalde, integrante del movimiento revolucionario. Contra el crédito de ese laboratorio giraban los cheques que a diario se expedían para pagar armas y otros gastos del entrenamiento y efectivos militares.

El sistema de la banca capitalista ayudaría a la eliminación del propio sistema en nuestra Patria. La forma de organización de la misma hecho para la explotación y el lucro desmedido en todas sus formas, facilitaba, sin embargo, las operaciones de los revolucionarios a través de las numerosas casas de cambio, ávidas de hacer efectivo cheques para cobrar con exceso por el servicio. Así era fácil que se expidieran cheques sin fondos suficientes, fueron cambiados en aquellas casas y luego a los dos o tres días, cuando se suponía su entrada al banco, se pagara a éste el sobregiro. Siempre se paga el sobregiro, pero con la agonía perenne de quien nada tiene y mucho debe.

Cada vez que podía reunirse alguna pequeña suma entre modestos aportes de los integrantes de la organización, a través de las distintas células, era para pagar un sobregiro de la cuenta del laboratorio TION, que había sido instalado con un préstamo bancario por \$500.00. La venta del automóvil de Abel, el pago de las vacaciones de Montané, el empeño del sueldo de Pedro Marrero, constituyeron las cantidades de dinero más apreciables aportadas al movimiento.

Los gastos que sufragaba el movimiento eran sólo los esenciales: las compras de armas, telas de kaki para los uniformes que se hicieron iguales a los del antiguo Ejército con el propósito de que los combatientes pasaran por las postas del Moncada, alquiler de casas, campamentos de Santiago y Bayamo, pasajes a Oriente por los combatientes que fueron trasladados en tren y ómnibus y que en realidad no pudieron ellos mismos pagar su propio pasaje, como hicieron otros; alquiler de algunas de las máquinas que llevaron el resto del contingente a Santiago y pagos de flete de los paquetes consignados a la Granja de Siboney, donde bajo el marbete de ALIMENTOS PARA AVES se enviaban los uniformes y armas. Los gastos personales de los combatientes nunca se extrajeron de los fondos de la organización clandestina de los jóvenes del centenario; al contrario, del presupuesto familiar aquellos muchachos extraían cantidades para pagar muchos gastos en que incurrián, como comida y transporte cuando iban a entrenarse en las afueras de la capital, y para aportar al precario fondo del movimiento.

El costo de las armas no ascendió a más de \$5,000.00 pagados por todos con su correspondiente parque. Los cartuchos para las escopetas, adquiridos en la armería José Marina y Compañía, de Lamparilla y Cuba, costaron exactamente \$80.00 Ochenta pesos en cartuchos fue el único gasto en parque para el ataque a los cuarteles de Moncada en Santiago de Cuba y Bayamo. Los fusiles calibre 22 que llevaron los combatientes del Moncada costaron también \$80.00 cada uno.

Otro de los gastos que el movimiento debía sufragar era el ocasionado por las prácticas de tiro que realizaban los revolucionarios, en grupo de seis cada día, en el Club de Cazadores del Cerro. La práctica de este "deporte" costaba a ellos hasta \$50.00 diarios, que aparentemente pagaban Pedro Miret y Alcalde quienes aparentaban ser unos burgueses que invitaban a otros amigos a tirar al blanco en el Club de Cazadores. Dos días antes del ataque al Moncada, el 24 de julio, fue la ocasión en que más cheques se expidieron, los mismos se entregaron a responsables de células para dar inicio a la movilización de los compañeros que se dirigían a Oriente, en el apartamento de Abel Santamaría en 25 y O en el Vedado, y fueron los que en definitiva no pudieron situarle los fondos en el Banco porque la Revolución no triunfó en aquel momento como esperaban, sino que fue iniciada con el estallido del 26 de Julio en el Moncada.

El oro nunca lo hubo para financiar el movimiento del Moncada, tampoco existieron las personas enriquecidas que supuestamente sufragaron la acción. Muy puros eran aquellos jóvenes que comandaba el querido jefe de la Revolución cubana, Fidel Castro, para aceptar ayuda de magnates o falsos patriotas.

Ochenta pesos de tiros fueron suficientes para salvar a Cuba.

("Ochenta pesos de tiros. Cómo se sufragaron los gastos para el ataque al Cuartel Moncada", por Marta Rojas, revista "Verde Olivo", La Habana, 29 de julio de 1962). PP. 36-38

—Quizás por nuestro “acoso” y perseverancia, Abelardo Crespo, uno de los supervivientes de la gesta heroica del Moncada, accede a la entrevista. Tiene mucho trabajo y la mejor organización y funcionamiento de los ferrocarriles de Las Villas ocupa indefectiblemente su tiempo. No obstante, en medio de aquel maremágnum de consultas, silbidos de locomotoras e inquieto ir y venir de pasajeros en tránsito, conversamos con Abelardo:

“Soy de Cienfuegos. Me incorporé a las luchas estudiantiles, como todo joven que ansiaba tener una Patria distinta a la que en aquella época nos tocaba vivir. Era pobre, y tenía que combinar el estudio con el trabajo, y por ello, estimo, entendía mejor que otros compañeros los problemas de Cuba. De lleno entré en el Movimiento Revolucionario cuando el funesto golpe de Batista, el 10 de marzo. Ya en La Habana, en la Escuela de Ingeniería, luchaba en unión de Pedro Miret, Léster Rodríguez y otros compañeros de la Universidad....

“Lo más importante no es recordar cuánto se hizo, sino lo que nos queda por hacer y estamos dispuestos a realizar en el futuro” —expresa Crespo, mientras roza su frente con la palma de la mano y contiene la rebeldía del cabello con sus dedos. Sonríe y continúa: “Conocí a Fidel en 1952, en la Universidad, y fue nuestro orientador desde aquellos instantes. Daba charlas, en vibrante exposición de las ideas que sustentaba con respecto a la Revolución del pueblo de Cuba frente a aquel régimen militarista, sanguinario y opresor. Simpatizaba desde niño con las ideas nuevas y revolucionarias de Guiteras y Mella. Y odiaba al asesino del mártir del Morrillo: Fulgencio Batista.

Contacto con los obreros

“Organizábamos grupos que recibían entrenamiento en la Universidad, escogiéndose los mejores compañeros, desde el punto de vista de calidad humana e ideología. Fidel lo recalca, que la ideología era lo fundamental, en cualquier movimiento revolucionario. No se seleccionaron compañeros de un solo sector, sino que comenzó en la Universidad y bajó a la clase obrera en general. O sea, que en nuestro Movimiento Revolucionario tenía representación la masa trabajadora: Almeida era albañil; Chenard, fotógrafo; Muñoz, médico; Fidel,

abogado; Montané, contador; Ponce, tipógrafo y todos los muchachos de Artemisa; otros estudiantes de ingeniería; Vedia, un compañero que cayó en la Sierra, era pintor. Nuestra organización nace en la Universidad, orientada por compañeros de capacidad superior, pero dentro de todos nosotros bullía el entusiasmo de llevar nuestras ideas a la clase obrera. El movimiento tenía varias células. Conocíamos a unos y a otros no. Con Pedro Miret y Léster, yo formaba parte del grupo que entrenaba a los compañeros”.

Destaca Abelardo cómo fueron ahorrando centavo a centavo para fortalecer el nervio de la economía del Movimiento, y de lo cual relató Fidel en su vigoroso alegato “La Historia me Absolverá”.... Explica que no ingerían bebidas alcohólicas y puntualmente asistían a la Universidad. “El día antes de partir hacia Oriente, concurrí a un examen. Ya en el aula, me dije: para qué voy a sacar la asignatura, si mañana vamos a hacer una cosa mil veces mejor”. Fue la única vez que incumplí las instrucciones de disciplina en el estudio....

“Antes de marchar Fidel se reunió con nosotros y habló largo rato. Nos explicó cuanto teníamos que hacer. Recuerdo que allí estaban Raúl, a quien teníamos gran afecto, porque era muy joven. Había estado en fuertes luchas revolucionarias, y creo que en aquel año participó en el Festival de la Juventud y a su regreso lo detuvieron. Todos nosotros hicimos gestiones para sacarlo. Luego cuando vimos en los momentos casi de partida a aquel compañero tan joven, pálido, delgado, nos alegró que perteneciera a nuestro Movimiento. Contagiaba con su entusiasmo para ir al ataque del cuartel; y de ideología, ni blar: Raúl tenía para todos nosotros...”

(“Relatos del 26. Conocí a Fidel en la Universidad en 1952”. Abelardo Crespo, superviviente del Moncada recuerda la odisea y dice que la hora es de trabajar”, por Aldo Isidró del Valle, periódico “Revolución”, La Habana, 23 de julio de 1963).

El Capitán Léster Rodríguez es actualmente director de la Empresa Consolidada de la Metalúrgia Ferrosa. Era estudiante de la Universidad de La Habana cuando Fidel estudiaba y libraba hermosas batallas junto con las masas estudiantiles de la histórica colina del Alma Máter. “Aquí comenzó a gestarse el plan sobre el Moncada con las primeras prácticas de arma —apunta Léster—, en las que en un principio participaban no menos de 4,000 personas, de las que Fidel seleccionó unas 250, que constituirían el grupo al que más tarde sometería a una serie de pruebas físicas y adiestramiento para el combate”.

Explica Léster que a aquellas primeras prácticas en la Colina iba un sinnúmero de gentes de diversas organizaciones: estudiantes agrupados en la FEU, compañeros reclutados por Fidel y Abel en el Liceo Ortodoxo, elementos de Aureliano —estos últimos aparecían en células en espera del cumplimiento de la promesa de insurrección armada, del millonario ex-ministro priísta— “y hasta algunas gentes del Servicio de Inteligencia Militar de Batista (SIM), porque después nosotros comprobamos que el SIM había colado a más de un agente entre aquel innumerable personal que empezó a entrenarse en la Universidad”.

Bajo una rígida selección, teniendo en cuenta esos antecedentes, Fidel junto con Abel fue formando el aguerrido grupo, del que formaban parte pocos estudiantes, explica Léster, y sí muchos obreros y empleados. “Entre los que fueron ligados desde el Liceo Ortodoxo, estaban Almeida, Ameijeiras y Nico López. Este último vendió una pollería que tenía; Chenard vendió un estudio fotográfico, y Alcalde, que trabajaba en un laboratorio, mandaba dinero del mismo a Renato Guitart en Santiago: todo con vista a sufragar los gastos del Movimiento”.

Léster refiere que Pedro Miret estaba responsabilizado con el adiestramiento militar de los hombres y que los 250 compañeros seleccionados por Fidel y Abel siguieron las prácticas en distintos lugares, primeramente en algunas fincas de Calabazar de La Habana y Artemisa.

“En realidad la primera demostración que permitió ver lo que era el grupo de Fidel —pasa a decir ahora Léster— fue cuando el desfile de las antorchas, en el que se marchó desde la Universidad hasta el Rincón Martiano, por ahí cerca de la calle Humboldt. También en los actos de calle que siguieron a

la muerte del estudiante Ruben Batista, oportunidades en que se volcaron autos oficiales. Se vió a un grupo disciplinado, que marchaba compacto dentro de las tumultuosas manifestaciones estudiantiles”.

“Yo me enteré del lugar donde sería el combate porque a mi Fidel me ordenó llevar varias armas a Santiago y a chequear el edificio del Palacio de Justicia: Cuáles eran las entradas al local, los accesos a la azotea, los puntos del Cuartel que se dominaban desde la azotea, y sobre todo cómo silenciar la ametralladora 50 que estaba sobre el Club de Oficiales del Cuartel Moncada. Este último era uno de los objetivos, como lo comprobaríamos más tarde, del grupo que asaltó el Palacio de Justicia, además de proteger uno de los flancos de los compañeros que entrarían al Cuartel”.

Léster va señalando cronológicamente cómo cumplió la misión que le encomendara Fidel en medio de los preparativos del Movimiento para la acción que se acercaba:

“Las armas me fueron entregadas en la casa de Gildo Fleites. Estaban dentro de un baúl y dos maletas. Enviamos el baúl por expreso a Santiago para recogerlo a mi llegada y yo salí por ómnibus con las dos maletas.

“Cuando llegué a la terminal de Santiago me esperaban Abel y Renato..... eran los primeros días de julio. Abel estaba hospedado hacía tiempo en el hotel “Rex” y ya había alquilado la casa de Siboney. Renato había sido quien lo había presentado a Vázquez, propietario de la casa.

“Abel buscó un carpintero e hizo un tablado como para hacer polleras. En realidad eran para ocultar las máquinas que llegarían al lugar en los días anteriores a la acción. También acondicionó un pozo con una maceta arriba, para guardar las armas, y había dirigido otras adaptaciones para hacer más útil la casa a los fines para los que estaba destinada.

“Llegamos Abel, Renato y yo a la granja. Allí estaba Elpidio Sosa, quien se quedaba a dormir todas las noches en el lugar y aparecía como el encargado”.

Léster explica seguidamente que después de entregar las armas a Abel se fue al Palacio de Justicia, en donde pidió a Alomá, hermano del Mártir del 30 de noviembre, Tony Alomá, que le mostrara el Palacio, pues no lo conocía. Alomá era funcionario de Justicia y conocido de Léster y un compañero contrario al régimen batistiano, pero por discreción era obvio que Léster no le explicara el motivo de su visita. Después de los hechos del 26 de julio, Alomá supo por que Léster le había pedido le mostrara el edificio. “Aquel día, en el Palacio de Justicia pude ver los ascensores, las escaleras por donde se subía, dónde estaban situadas las postas —todo esto facilitado por

Alomá—, pero no pude ver la azotea”. “Volví a La Habana, donde se ultimaban los preparativos. Fidel citó el día 24 a un grupo de Artemisa para Basarrate 63, apartamento 10, una pequeña cuartería donde yo vivía. Aquí nos dio personalmente los pasajes para ir en ómnibus a Santiago y algunas instrucciones. Eramos diez”.

Preguntamos a Léster si los diez eran todos los que participarían en la acción del Palacio de Justicia y nos contesta que algunos estarían en esa misión y otros irían con los otros grupos.

Luego continúa su relato:

“Nos bajamos en la Plaza de Marte de Santiago el día 25 al mediodía. Paramos en el hotel entonces situado en las oficinas de la ruta de ómnibus y fuimos hasta un restaurante enfrente de la Clínica Los Angeles para almorzar; recuerdo que almorzamos congrí con chivo, que era un plato que tenía el restaurante ese día con motivo de los carnavales.

“Fuimos en ómnibus hasta la casa que ya habían indicado Abel y Renato para alojarnos. La casa está situada detrás del Stadium Maceo; ya tenía las camas y las colchonetas preparadas. Pedro Miret llegó a la casa más tarde con otro grupo.

“Como a las siete y media de la tarde llegó Renato en su “Mercury” negro a la casa de Sueño (La casa detrás del Stadium, a la que se refirió Léster más arriba). Preguntó si habíamos comido y al contestarle que no, me dijo que subiera al auto; fuimos a la cafetería Ferreiro y compramos jugo y emparedados para los compañeros. Me dijo que regresaría a buscarme a la casa a eso de las diez y media.

“Aproximadamente a las once y media de esa noche regresó Renato. También llegó Abel en un Oldsmobile verde y blanco, del año 50. En los dos carros fuimos todos para la casa campamento de Siboney. Aquí ya estaban Haydée, Melba, el médico Muñoz y Elpidio Sosa.

“Abel decidió situar a Elpidio de posta y ordenó sacar del pozo las armas así como los uniformes de un falso techo, en el cielo raso de la casa. Melba y Haydée se dieron a la tarea de arreglar y planchar los uniformes y un grupo se fue a la habitación del fondo a arreglar las escopetas: por cierto que algunas no quedaron bien armadas y luego Pedro Miret las revisó, armando algunas. Abel y Renato salieron en busca del resto de los compañeros.

“Por la madrugada llegó Fidel. En ese momento Raúl Gómez García nos recitó un poema que había compuesto y se leyó el manifiesto que se iba a publicar para conocimiento del pueblo después de tomado el Cuartel.

“Fidel habló a todos los que estábamos allí a las cuatro de la mañana y salimos con los primeros claros del amanecer. Como era verano, amanecía más temprano. Recuerdo que Haydée, impresionada por el espectáculo de la cordillera de la Gran Piedra que se divisa desde la casa de Siboney, dijo más o menos estas palabras: “Hoy sé por qué los hombres de Oriente son tan valientes: porque se ponen a la altura de esas montañas”.

“Yo fui el último en subir al carro número 3, donde iríamos los seis que tomaríamos el edificio de la Audiencia. Delante del nuestro iban dos carros que llevaban a Abel, Haydée, el Dr. Muñoz y otros compañeros, que tendrían a su cargo la toma del Hospital Provincial, situado frente al Moncada; detrás del nuestro venía el carro que conducía Renato Guitart, responsabilizado con tomar la posta del Cuartel, por donde entraría Fidel, que venía en el quinto carro.

(Fragmento, tomado de “LA ACCION DEL PALACIO DE JUSTICIA”
Relato del Capitán Léster Rodríguez, “Verde Olivo”, Año V, No. 30, La Habana, 26 de julio de 1964).

p. 12
pp. 63 y 64 omitidas

“...Presidio de Isla de Pinos. Sábado 24 de julio de 1954. ...Retorno al mismo día de 1953... En compañía de Pedro Miret y Abelardo Crespo fui anoche a una fiesta familiar y por motivo de unos jaiboles que tomé, ahora me dolía mucho la cabeza y me quedé acostado hasta la media mañana, era un viernes. Miret, que entonces era mi compañero de cuarto en la esquina de Neptuno y Aramburu y ahora también con Crespo somos compañeros de galera, había salido muy temprano y cuando regresó al mediodía y encontrarme con dolor de cabeza y aún en el cuarto, bajó a la calle y regresó con un jugo de manzana insistiéndome en que lo tomara “pues tenía que curarme enseguida”, él se volvió a ir para la calle y a los pocos minutos yo vomité el jugo. No obstante, sus palabras, así como la seriedad de su rostro me hicieron pensar que algo raro pasaba. Al poco rato recibí una llamada telefónica de José Luis Tassende, diciéndome que me mantuviera en la casa y esperara otra llamada de él o que tal vez pasaría a verme. Ya no me quedaba lugar a dudas: la “hora cero”, como solíamos decir, se acerca rápidamente. A media tarde recibo la anunciada visita del compañero Tassende, quien se presentó con una visita relámpago idéntica a la de Miret, abandonando mi cuarto un instante después de darme algunas instrucciones y también a entender que muy pronto tendríamos que actuar sin más datos de ninguna clase. De acuerdo con esta conversación salí a la calle y en una peletería perteneciente a unos polacos en Belascoaín, compré un par de zapatos amarillos. Vuelvo a la casa y me acuesto para esperar, ya que seguía sintiéndome mal. A las ocho de la noche recibo la última llamada telefónica de Tassende, señalándome que me reuniera con él en el punto “L” (casa de Léster Rodríguez, cerca de la Universidad), dirigiéndome inmediatamente al punto indicado, donde con Tassende recogí el último cargamento de armas, dirigiéndome a la estación de ferrocarril, tomando el tren central rumbo a Oriente. Miret, Crespo y Léster se habían ido por otra vía. En la estación de ferrocarril nos reunimos con dieciséis compañeros más, todos subordinados al compañero Tassende.

...1953. Nada dormimos en el viaje, el alba de aquel sábado caluroso se presentaba con esa tranquilidad que precede a los grandes acontecimientos. (En realidad era un amanecer como otro cualquiera, pero a mi se me ocurrió pensar que ese era diferente).

En el coche comedor, donde los componentes del grupo íbamos a almorzar individualmente como si no nos conociéramos, con la excepción de Tassende y yo que llegamos juntos a tomar el tren y por lo tanto, fuimos a comer algo también juntos, allí él me informó del objetivo.

...Se me paraliza el estómago y desaparece el apetito, yo conocía la magnitud y fortaleza de ese objetivo por haber estudiado en Santiago de Cuba durante varios años, Tassende riéndose me decía: "come Raulillo, que mañana no vas a tener tiempo", yo seguía tomando solamente pequeños sorbos de cerveza. Ya el tren avanzaba por la provincia de Oriente y después de pasar por Cacocún y un tramo antes de llegar al entronque de Alto Cedro, mirando hacia la izquierda divisé el Central "Marcané", un poco más a la derecha de este punto, se veían las faldas de las montañas donde empieza la Sierra de Nipe, allí estaban mis padres, en el mismo lugar donde habían nacido todos sus hijos. Con la vista fija y el pensamiento recordando los años de la niñez por esos puntos, estuve con la cabeza fuera de la ventanilla hasta que ondulaciones del terreno los hicieron desaparecer de mi vista. En Alto Cedro, durante la breve parada del tren tuve que cubrirme bien la cara con un pañuelo y fingir que dormía para evitar ser visto por algunas de las personas que por allí conozco. Durante el viaje todo lo miraba con esa avidez que despierta el sentimiento de la última vez. Me agradaba infinitamente volver a ver esos lugares conocidos por mí, y sobre todo, saber que el teatro de los acontecimientos sería Oriente, mi tierra natal. A media tarde llegó el tren a Santiago de Cuba, en la estación esperaban Abel Santamaría y Renato Guitart, los que nos indicaron que atravesáramos la calle que teníamos por delante y fuéramos a hospedarnos al Hotel "Perla de Cuba", que estaba frente a la estación del ferrocarril, donde tenían separadas habitaciones para nosotros. Allí nos repartimos en unos cuartuchos del primer piso, y mientras unos esperaban con paciencia su turno para asearse un poco, aprovechando el único lavabo que había en el piso, otros nos echábamos en las camas para descansar un rato. Alrededor de las siete de la noche, fuimos para el restaurante del hotel, donde el diligente Abel Santamaría había ordenado preparar un succulento arroz con pollo, allí, entre tragos, risas y música, celebraban los carnavales algunos santiagueros. Con sus abigarrados disfraces algunos grupos se veían pasar a lo largo de la calle en forma de pequeñas comparsas, a veces entraban al restaurante donde comíamos, tomaban algo y seguían la fiesta.

Sentados en diferentes mesas comían los compañeros, cuyos rostros estaban alegres, serenos y decididos, se necesitaba ser muy observador para poder ver en los ojos la tensión del momento, y adivino para descubrir que esa alegría era ajena com-

pletamente a las fiestas carnavalescas. Para hacer más normales las apariencias, Tassende a pequeños intervalos depositaba algunas monedas en el tocadiscos, piezas que no llegamos a oír porque eran muchas las que otros habían seleccionado con anterioridad y apenas terminó la comida nos íbamos marchando a nuestras habitaciones a esperar que nos fueran a recoger.

Cada pequeño cuarto sólo tenía una cama y en la que a mí me tocó me recosté con ropa y zapatos y con ambas manos detrás de la cabeza, los ojos fijos en el alto techo del viejo hotel y la cabeza llena de pensamientos esperaba que transcurrieran los minutos más lentos de mi vida. Como las paredes que separaban los cuartos entre sí sólo llegaban a la mitad del espacio que separaba el piso del techo, se percibía con toda intensidad el ruido de los tambores de las pequeñas comparsas que pasaban por la calle, así como el ruido del restaurante repleto de personas que bebían y comían, el tocadiscos seguía chillando canciones de diferentes tipos en forma ininterrumpida. A ratos percibía claramente la conversación que en el cuarto contiguo al mío mantenían un español y una prostituta que se hacían el amor, cuyo diálogo cambió de tono al final sustituyéndose las palabras amorosas por el tono comercial que encerraban las palabras del peninsular por el alto precio del asunto.

Por un instante pensé que no era justo que mientras unos bailaban y tomaban, o se hacían el amor, todos divirtiéndose a su manera, nosotros estuviéramos allí esperando ser llamado de un momento a otro para una acción inminente, ¿para cuántos de los compañeros que hace un momento estábamos sentados en el restaurante sería la última comida? De los 18 que formábamos ese grupo, al frente de los cuales venía el compañero Tasende, creo que sólo tres regresamos con vida.

A medida que pasaban las primeras horas de la noche seguía desarrollándose con creciente intensidad el carnaval santiaguero. Con ritmo frenético sonaban los cueros de los tambores, cuando próxima ya la medianoche, se apareció un compañero enlace de nuestro improvisado Cuartel General, situado en la carretera entre Santiago y Siboney: Fidel nos mandaba a buscar. Minutos después nos encontramos con él y el resto de los compañeros, estaba tocando a su fin el sábado 25 de julio y dentro de pocos minutos comenzaría un nuevo día: el domingo 26 de julio de 1953”.

(Escrito en 1954).....

(Tomado de: “Durante Aquel Amanecer del 26 de julio se inició el fin del Capitalismo en Cuba”, Fragmento de Un Diario Escrito en el Presidio por el Cmdte Raúl Castro. Bohemia, 26 de julio de 1953).

1963, pp. 66-71

Ante el cuadro patético y doloroso de una República sumida bajo la voluntad caprichosa de un solo hombre, se levanta el espíritu nacional desde lo más recóndito del alma de los hombres libres. Se levanta para proseguir la revolución inacabada que iniciara Céspedes en 1868, continuó Martí en 1895, y actualizaron Gúiteras y Chibás en la época republicana. En la vergüenza de los hombres de Cuba se asienta el triunfo de la Revolución Cubana.

Ante la arrogancia desafiante de la dictadura y el conciliábulo y la componenda ridícula de los políticos destacados, se levanta la vergüenza inquebrantable del pueblo cubano en la decisión unánime de reconquistar su constitución, sus libertades esenciales y sus derechos inalienables, pisoteados sin tregua por la usurpación traicionera.

Ante el caos en que ha sumido a la nación el empeño del más ambicioso de todos los cubanos y el interés despiadado de sus congéneres, la juventud cubana que ama la libertad y respeta el decoro de los hombres libres, se alza vibrante en un gesto de rebeldía inmortal, rompiendo el pacto insano con la concepción del pasado y con el presente de duelo y decepción.

Ante la tragedia de Cuba, contemplada en calma por líderes políticos sin honra, se alza en esta hora decisiva arrogante y potente, la juventud del Centenario, que no mantiene otro interés como no sea el decidido anhelo de honrar con sacrificio y triunfo, el sueño irrealizado de Martí.

En nombre de las luchas incansables que han marcado cumbres de glorias en la historia de Cuba, viene la Revolución nueva, rica en hombres sin tachas, para renovar de una vez y para siempre la situación insoportable en que han hundido al país los ambiciosos y los imprevisores y, agarrada a las raíces del sentimiento nacional cubano, a la prédica de sus más grandes hombres y abrazada a la bandera gloriosa de la estrella solitaria, viene a declarar ante el honor y la vergüenza del pueblo cubano.

En la vergüenza de los hombres de Cuba está el triunfo de la Revolución Cubana. La Revolución de Céspedes, de Agramonte.... de Maceo..... de Martí.... de Mella y de Gúiteras, de Trejo y de Chibás. La Revolución que no ha triunfado todavía. Por la dignidad y el decoro de los hombres de Cuba, esta Revolución triunfará.

El Centenario Martiano culmina en ciclo histórico que ha marcado progresos y retrocesos paulatinos en los órdenes político y moral de la República: la lucha sangrienta y viril por la libertad e independencia; la contienda cívica entre los cubanos para alcanzar la estabilidad política y económica; el proceso funesto de la intervención extranjera; las dictaduras de 1929-33 y de 1934-44; la lucha incansable de los héroes y mártires por hacer una Cuba mejor.

Alboreaba en la vida cubana el propósito encendido de encontrar el camino verdadero; estaba la conciencia ciudadana en disposición de dar su mejor fruto, conquistada por el sacrificio de la vida de uno de su más preclaros próceres y por el mandato de su voz admonitoria; cuando, al mando del más ambicioso de los cubanos, una ridícula minoría se apoderó del país, derrochando falaces promesas y mentirosa propaganda. El propósito era hacer creer al pueblo sano que aquel golpe traicionero al corazón de las instituciones, era capaz de engendrar el progreso social, la paz, el trabajo.

Al collar de sangre y de ignominia, de lujuria desmendida y de atraco al tesoro nacional, que estaba atado al nombre del nuevo gobernante, se unía la larga cadena de atentados contra Cuba: institución del "golpe de estado" para asegurar regímenes de fuerza; soborno del Congreso y de los presidentes títeres; destitución física de varios Presidentes; imposición de castas y privilegios; disolución del Congreso; nombramiento ilegítimo de personeros en el Poder Judicial; destitución de Concejales y Alcaldes; atropellos y abusos en la persona física de los ciudadanos pacíficos, y colocación de una bandera sin gloria al lado de la bandera más gloriosa.

El presente reeditó con creces, al poco tiempo del golpe traidor, las calamidades, la angustia, el desalojo y el hambre, de que es signo inequívoco el ambicioso Jefe de Gobierno y sus acólitos principales. La paralización en seco del ansia popular por el abuso de la fuerza, trajo como consecuencia la más grave situación engendrada por un suceso político cubano en todas las épocas: Merma de la producción industrial; disgusto de los obreros y expulsión de sus centros de trabajo; persecución y encarcelamiento de los estudiantes por su protesta cívica contra el Régimen; aislamiento y división de los Partidos políticos; desaparición repentina del dinero de la calle; huida a las arcas, del temeroso capital; presos los que se atrevieron a protestar públicamente por el atropello a la República; disolución del Código y muerte de la Constitución y sus derechos. Sobre la conciencia del autor cae el desprecio de los hombres libres y el filo de la espada justiciera.

En el caos surgido sobre nuestro pueblo, herido, pero jamás muerto, cayeron otras tardías ambiciones. Los que no pudieron hacer del país lo que mil veces prometieron teniendo en sus manos el Poder... los que, si bien no ahogaron la expre-

sión serena de la libertad, tampoco contribuyeron a hacerla justa y eterna para nuestro país, para arrancar de la raíz de nuestra historia el trágico golpe insólito; vinieron entonces a fungir de apóstoles, tratando en vano de reconquistar glorias pasadas. Ni puede triunfar en el ánimo y conciencia popular otra idea como no sea la desaparición total de este estado latente, de este caos infecto donde nos han sumido tanto los culpables del atentado madrugador a las instituciones nacionales, como los que han podido ver en calma el crimen. Ni es honrado ni justo atentar al corazón de la República, ni es justo ni es honrado encaramarse sobre ella para dejar que los demás atenten.

Ante el cuadro político de Cuba se regocijan el dictador infeliz y sus congéneres subidos sobre la frente del pueblo en su afán ansioso de saqueo. Ante el cuadro patético de Cuba los políticos venales se asocian para montar la nueva pantomima. Fósiles de la política cubana sacan al foro público las ideas más retrógradas, los pensamientos más inútiles mientras el ansia popular, que nunca se equivoca, esperaba la clarinada de alerta, la defensa de sus más sagrados derechos, de su bandera tricolor y de la idea eterna por la que han muerto los más ilustres y desinteresados ciudadanos.

Por defender esos derechos, por levantar esa bandera, por conquistar esa idea, en tierra tiene puestas las rodillas la juventud presente, juventud del Centenario, pináculo histórico de la Revolución Cubana, época de sacrificio y grandeza Martiana. Por conquistarla, el ojo avizor tiene la juventud puesto en la entrada de los hombres de verdad, de mente ágil, espíritu gigante, que supieron darlo todo por una Cuba digna de la sangre espontánea de sus hijos, viva en la consolidación de su destino inevitable por el sueño supremo del Apóstol.

A los que prescindieron de los amantes de la libertad para consumir el golpe de Estado, se les levanta en esta hora decisiva, arrogante y potente, la juventud del Centenario, eco de ayer honroso, cuna de un porvenir mejor. Los que no contaron con esa juventud honesta y estudiosa, capaz de escribir con sacrificio y triunfo su momenaje mejor a Martí, ni conocen ni saben que en el corazón de los cubanos todos está el valor y la vergüenza de la Patria y que iremos a ponerla en victoria en los campos excelsos de las palmas. Allí debe estar la justicia del pueblo en este año glorioso. En 1853 con el nacimiento de un hombre luz, comenzó la Revolución Cubana; en 1953 terminará con el nacimiento de una República luz.

A. La Revolución declara que no persigue odio ni sangre inútil, sino salvar la vergüenza de Cuba en su año crucial. Surgiendo de las capas más genuinas del valor criollo, nace la revolución del pueblo cubano, con la vanguardia de una juventud anhelante de una Cuba Nueva, limpia de pasados errores y de mezquinas ambiciones. Es la revolución emanada de nuevos hombres y de procedimientos nuevos preparada con la poten-

cia irredenta y la decisión de los que dedican su vida a un ideal.

La Revolución declara que es el frente meditado de un empeño; arrancando de una vez y para siempre todas las ataduras que nos ligan al pasado corrupto y todos los mitos que nos mantienen en el presente de amargura y de dolor.

B. La Revolución se declara libre de trabas con las naciones extranjeras y libre también de influencias y apetitos de políticos y personajes propios. La revolución es una entidad viril, y los hombres que la han organizado y que la representan pactan con la sagrada voluntad del pueblo para conquistar el porvenir que se merece. La revolución es la decisiva lucha de un pueblo contra todos los que lo han engañado.

C. La Revolución declara que respeta la integridad de los ciudadanos libres y de los hombres de uniforme que no han traicionado el corazón nacional, ni le han sometido su bandera gloriosa ni han abjurado de su Constitución.

Saluda en esta hora decisiva a todos los cubanos de ver-güenza, donde quiera que estén, y abraza con júbilo a los decididos que se cobijen sinceros sobre su arco de triunfo.

D. La Revolución declara su energía y rigor contra los que sólo han sabido tener energía y rigor para arrebatarse al pueblo sus sagrados derechos e instituciones, conculcando la libertad y soberanía al costo del dolor y de la angustia de los hijos de Cuba.

E. La Revolución declara su decisión firme de situar a Cuba en el plano de bienestar y prosperidad económica que aseguren su rico subsuelo, su situación geográfica, su agricultura diversificada, y su industrialización, que han sido explotados por gobiernos ilegítimos y espúreos, por ambiciones desmedidas y por interés culpable.

F. La Revolución declara que reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, y en el Manifiesto de Montecristi; y hace suyos los Programas Revolucionarios de la Joven Cuba, ABC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

G. La Revolución declara su respeto por las Naciones libres de América hermana que han sabido conquistar, a costa de cruentos sacrificios, la posición de libertad económica y justicia social que es el índice de nuestro siglo. Y hace votos, en esta hora decisiva, porque la clarinada cubana sea una estrella más en la conquista de los ideales e intereses latinoamericanos, latentes en la sangre de nuestros pueblos y en el pensamiento de nuestros hombres más ilustres.

H. La Revolución declara su afán y decisión de renovar, íntegra y totalmente, el medio económico nacional, con la implantación de las medidas más urgentes para resolver la crisis y repartir trabajo honrado y dinero equitativo a todos los hogares cubanos, decisión ésta que es una e indivisible en el corazón de los hombres que la defienden.

I. La Revolución declara su respeto por los obreros y los estudiantes como masa acreditada en la defensa de los derechos inalienables y legítimos del pueblo cubano a través de toda la historia, y les augura a ellos y a todo el pueblo, la plasmación de una total y definitiva justicia social basada en el adelanto económico e industrial bajo un plan sincronizado y perfecto, fruto de razonado y metuculoso estudio.

J. La Revolución declara su respeto absoluto y reverente por la Constitución que se dió al pueblo en 1940 y la restablece como Código Oficial. Declara que la única bandera es la tricolor de la estrella solitaria y la eleva como siempre, gloriosa y firme, al fragor del combate, que no hay otro himno que el Nacional cubano reconocido en el mundo entero por la estrofa vibrante:

¡Que morir por la Patria es vivir!

K. La Revolución declara su amor y su confianza en la virtud, el honor y el decoro del hombre y confiesa su intención de utilizar los que valen de verdad, en función de esas fuerzas del espíritu, en la tarea regia de la reconstrucción cubana. Estos hombres existen en todos los lugares e instituciones de Cuba, desde el bohío campesino hasta el Cuartel General de las Fuerzas Armadas; y el ojo avizor de la Revolución los situará en la posición de servicio que Cuba les pide. No es ésta una Revolución de castas.

Cuba abraza a los que saben amar y fundar, y desprecia a los que odian y deshacen. Fundaremos la República Nueva, con todos y para el bien de todos, en el amor y la fraternidad de todos los cubanos.

La Revolución se declara definitiva, recogiendo el sacrificio inconmensurable de las pasadas generaciones, la voluntad inquebrantable de las presentes generaciones, y la vida en bienestar de las generaciones venideras.

En nombre de los Mártires.

En nombre de los derechos sagrados de la Patria.

Por el honor del Centenario.

La Revolución Cubana

Julio 23 de 1953.

(Manifiesto del Moncada. Redactado, en acuerdo y orden de Fidel, por Raúl Gómez García, mártir del Moncada).

“Compañeros:

“Podrán vencer dentro de unas horas, o ser vencidos, pero de todas maneras, ¡oiganlo bien, compañeros!, de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen mañana, se hará más pronto lo que aspiró Martí. Si ocurriera lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba, a tomar la bandera y seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la Isla. ¡Jóvenes del Centenario del Apóstol, como en el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de LIBERTAD O MUERTE!

“Ya conocen ustedes el objetivo del plan. Sin duda alguna es peligroso y todo el que salga conmigo de aquí esta noche debe hacerlo por su absoluta voluntad. Aún están a tiempo para decidirse. De todos modos, algunos tendrán que quedarse por falta de armas. Los que estén determinados a ir den un paso al frente. La consigna es no matar, si no por última necesidad”.

(Orientaciones de Fidel Castro a los asaltantes del Moncada momentos antes de partir de la granjita de Siboney, la madrugada del 26 de julio de 1953).

BAYAMO

La primera vez que Antonio Darío López García habló con Fidel fue para decirle que contara con él en los planes que organizaba entonces el Comandante en Jefe.

Aquella presentación brusca, sin que nadie mediara, era extraña. Fidel dijo al desconocido que ignoraba lo que le decía y preguntó quien era el que había informado tal cosa. Darío le contestó que Sergio Lorenzo, un compañero a quien había conocido en el Liceo Ortodoxo de Prado. No obstante sus dudas, Fidel se interesó por conocer la identidad de Darío, así como el trabajo que hacía, su dirección y otros pormenores; finalmente le anunció que lo visitaría.

Darío le informó en aquella oportunidad a Fidel que él era marino mercante, que había viajado varias veces.

Cuenta Darío que un mes más tarde, al ver que Fidel no lo visitaba, se dirigió de nuevo a éste e inquirió:

- No ha cumplido su promesa. Seguro que no recuerda mi nombre ni en donde vivo.
- Tú te llamas Antonio López y vives en la calle Dragones, número 216 respondió Fidel. Seguidamente le pidió que fuera a verlo al Liceo.

Darío trabajaba en el sector de la construcción. Era ayudante de plomero. Se puso la cosa tan mala, que no había trabajo, nos dice en su casa del reparto “Jesús Menéndez”, antes Mulgoba, ahora que lo entrevistamos. Y agrega:

- Yo visitaba frecuentemente el Liceo Ortodoxo, de Prado, y aquí me conecté estrechamente con Calixto García, Antonio López Fernández —a quién decíamos “Nico el flaco”—, Elpidio Sosa y Adalberto Ruanez.
- En esas visitas al Liceo conocí a Lorenzo, quien me dijo que había un compañero llamado Fidel Castro que estaba organizando un movimiento armado para luchar contra la tiranía. Por eso fui a ver a Fidel.

Darío entra pormenorizadamente en detalles y nos relata:

Ví a Fidel en el Liceo. Me puso en una especie de núcleo que formaban los compañeros que yo conocía. Poco tiempo después empezaron las prácticas en el local de la FEU de La Habana.

—¿Con fusiles? preguntamos.

—De fusiles nada, responde Darío. Con una pistola y un fusil que se le caía el cerrojo.

A continuación nuestro entrevistado cita algunos lugares donde se efectuaban las prácticas: Palos, Catalina de Güines, Lomas de Jamaica (poblado próximo a La Habana), y otros. Y surge una anécdota:

—En Palos nos pasó una cosa “ocurrente”. Ibamos los sábados y los domingos a practicar. Una mañana íbamos en el tren con nuestros paquetes, donde llevábamos envueltas las escopetas calibre 22. En el tren iba un cabo del ejército, quién nos preguntó qué cargábamos. Le contestamos que eran flauta de pan, porque nos íbamos a asar un lechón y nosotros teníamos que poner el pan. Después de la práctica, cuando regresábamos en el tren, nos topamos de nuevo con el cabo. Esta vez en son de guasa nos preguntó: “¿Qué pasó con el pan que lo traen de vuelta?” En el mismo tono le contestamos: Nada, que no quisieron asar el puerco y en represalia nos llevamos el pan”.

Hicimos varias prácticas en distintos lugares hasta que llegó el día; desde luego, casi todos no sabíamos que ese era el día. Había una oficina de un molino arrocero donde trabajaba Gildo Fleites y allí fuimos citados por Nico.

Fidel estaba en el interior del cuarto piso de una casa del Vedado, no recuerdo la dirección exacta, y nos dijeron que fuéramos para esa casa.

Unos días antes Fidel había dado al grupo o célula nuestra, tres pistolas viejas; las mandamos a arreglar. La situación económica de todos nosotros era difícil. Todo el dinero era poco para sufragar los gastos de la empresa que se gestaba. Fidel también pasaba privaciones y a veces cada cual ponía lo que tuviera para tomar café y comprar cigarros; por tanto vendimos las dos pistolas en veinte pesos para los gastos y la tercera no pudimos recogerla.

Recibimos la orden de estar el 24 a las ocho o las nueve de la noche, no recuerdo exactamente, en la calle Villegas, en la casa de un compañero de donde saldríamos en la máquina de un hermano de este último, Mario, asesinado en Bayamo por la tiranía. En la máquina íbamos Nico el flaco, Calixto García, Armando Arencibia, Adalberto Ruanes y yo. Manejaba Mario, quien hacía varios días que no veía a su esposa e hijos. Recuerdo que casualmente la mujer lo vió cuando pasábamos en la máquina, y lo llamó. El detuvo la marcha y ella le preguntó: “¿Mario, a dónde vas?” El le respondió sin apagar el motor: “Voy a la otra cuadra, vuelvo enseguida”. Fue su despedida, porque no volvieron a verse más.

Se nos había dicho que íbamos a unas prácticas y que fuéramos con la mejor ropa que tuviéramos. Al salir de La Habana, pensamos que el viaje no era corto. Se nos indicó que en la carretera, las máquinas marcharan separadas una de la otra por una gran distancia, y que no nos habláramos si nos encontrábamos. Paramos en dos o tres lugares sólo a tomar café.

Llegamos a Bayamo a la una de la tarde del día 25. Otros vehículos siguieron. La máquina nuestra dio varias vueltas, porque era muy temprano. Fuimos a descansar debajo de un árbol en la carretera. Allí estuvimos hasta cerca de las tres, cuando fuimos por unos restaurantes que tenían vitrolas. Íbamos a ver si almorzábamos, pero no encontramos que comer. Algunos parroquianos bailaban; los carnavales santiagueros al parecer también se celebraban en Bayamo. Nosotros comentábamos que parecía que íbamos a bailar también nosotros.

Nos quedamos haciendo hora hasta las cinco de la tarde, cuando fuimos para el hotel, donde ya se había reservado habitaciones, y que estaba a unas cuatro cuadras del cuartel. Lo primero que se ordenó fue detener al encargado del hotel. El decía: "Yo estoy con ustedes".

Por la madrugada nos entregaron uniformes similares a los del ejército del tirano. Eramos 27, si mal no recuerdo. A las 5 y 25 de la mañana ya estábamos en los alrededores del cuartel, rodeado por más de cuadro cercas de alambre de púas y un basurero con más de tres mil latas de envases vacíos.

Nuestras armas eran de calibre 22; a cada uno se no entregó 50 tiros. Nuestro grupo tenía la misión de atacar por la parte de atrás, donde había una caballeriza. Por el frente atacó otro grupo.

("Del Asalto al Cuartel de Bayamo" por Antonio Darío López García, revista "Verde Olivo", año V, número 30, La Habana, 26 de Julio de 1964).

p. 15

Esto es solamente la mitad de la entrevista

El 25 de julio de 1953, Bayamo, la Ciudad Monumento, luce tranquila. Nada indica que en sus entrañas se gesta un movimiento que, dentro de pocas horas, habrá de conmoverla. Un cronista de aquel momento diría que la vida discurre sin relieves. En la calle General García, arteria comercial, el gentío va y viene. En el Liceo, el comandante Gilberto Santiesteban narra episodios de la epopeya independentista. Se "mata el tiempo" en el Círculo Bayamo y en la Colonia Española. Nada altera el ritmo durante la noche. En la cuna de Céspedes, Aguilera y Figüeredo transcurren serenas las primeras horas de la madrugada.....

En los primeros días de julio, Renato Guitart, que había conocido a Fernandito Fernández en el Colegio "La Progresiva" de Cárdenas, visitó a éste en Bayamo.

—Quiero instalar aquí una granja de pollos, le dijo, Consígueme un local.

—¿Tú metido a criador de pollos? Parecía extraño, pero Fernandito creyó al fin todo lo que le dijo su amigo. Pronto se dieron a la búsqueda. El 14 de julio alquilaron una casa propiedad de Juan Manuel Martínez, situada a la entrada de la ciudad, frente al Departamento de Obras Públicas, a dos cuerdas del Cuartel.

—Te dejo este grupo de compañeros que van a atender el negocio. Trátalos como me tratas a mí, expresó un día Guitart, despidiéndose de Fernandito.

Nadie sospechó nada. La casa alquilada se pobló de jaulas para pollos, alimentos avícolas y libros sobre la materia. De vez en cuando llegaban caras nuevas. Eran amigos de Guitart. Con frecuencia se bañaban en el río y hacían fotos de distintos ángulos del cuartel. Tampoco a esto se le concedía importancia porque se estimaba que era una actividad propia de elementos ajenos a la ciudad interesados en lugares históricos. Los amigos de Renato Guitart tuvieron contacto con Fernandito durante veinte días sin que éste sospechara, según confesó después, la tremenda realidad que se gestaba. Los "nuevos muchachos" hacían una vida normal. Consultaban todos sus pasos con Fernandito, quien, por otra parte, los relacionaba en la ciudad con elementos interesados en el negocio. Algunas veces viajaban a Santiago para ver a Renato Guitart, que también

había organizado allí un negocio similar. (Unas seis visitas hizo Guitart a Bayamo en el período preparatorio del asalto).

—Una noche Fernandito fue a ver a los amigos de Guitart. Tocó fuertemente a la puerta:

—¡Abran, que es la Guardia Rural! Era una broma que los muchachos no toleraron....

—¡No digas más eso, que no nos gusta!

—¡Ah, se me van a “caer” ahora por eso!

Otro día, el 24 de julio, Fernandito los visitó de nuevo. Sentados en una cama hablaron sobre distintos tópicos. De pronto uno de ellos lanzó una extraña invitación.

—Fernando, ¿quieres participar en el asalto al cuartel?

El aludido creyó que le estaban devolviendo la broma; que querían tomarle el pelo.

—¡Ah, viejo, para hablar tonterías hay tiempo!

¿Qué significaba aquel diálogo?

¿Era una indagación? ¿Estarían sondeando a Fernandito para saber si Guitart lo había puesto en antecedentes sobre el plan? O por el contrario, ¿intentaban hacer una invitación formal?

(Días después del asalto, Fernandito comentaba con angustia aquella conversación: “Yo no sé cómo hubiera reaccionado si Renato me hubiera confiado sus planes. Tal vez me habría ganado para la aventura, o, al menos lo habría conectado con elementos buenos, conocedores del terreno”).

—¡Queda usted detenido!

—¿Y por qué me detienen?

—¡Quédese tranquilo que no le va a pasar nada!

El último que respondía era un amigo de Guitart, que parecía ser el jefe del grupo. La escena, en la casa de los muchachos, el 25 de julio a las 9:30 de la noche. El “detenido” era Juan Manuel Martínez, que se atrevió a ir a la casa “como de costumbre”, para ver cómo andaban las cosas”. Las cosas andaban a todo tren. El ataque se prepara “a mil”. A Juan Manuel Martínez no le iba a pasar nada.

—¡Siéntese ahí y estése tranquilo!

En torno del inoportuno visitante las cosas tomaban un cariz muy serio. Los amigos de Guitart se paseaban por la habitación con marcado nerviosismo. ¿Qué pasaría con Martínez? Creyó él que se tramaba algo grave, pero sus sospechas eran aún imprecisas. Se llenó de temores cuando vio llegar, a eso

de las doce de la noche, a otro grupo de jóvenes, cargado con maletas y cajas de cartón. Empazaron a cambiarse la ropa por uniformes militares. Sacaron armas de distintos tipos. Las cargaron. Uno de ellos dijo:

—Bueno, muchachos, son las 4:45. Ha llegado el momento ¡Vamos! Faltan algunos, pero no podemos esperar. ¡Adelante!

Martínez oyó temblando una orden:

¡Y usted, no se mueva de aquí, que en ello le va la vida!..

(Fragmento tomado del relato de Rubén Castillo Ramos: "En el Cuartel de Bayamo se escribió otra página heroica").

AGUILERA: Primeramente yo siempre he tenido la preocupación de cuál fue el motivo que nos impulsó a la lucha contra Batista. Y recuerdo dos cosas fundamentales: yo trabajaba en las Minas de Charco Redondo como dentista, además trabajaba en Palma Soriano. Allí, a cada rato veía bajar de la Sierra una procesión de ataúdes blancos, de niños muertos y realmente, pues, era impresionante ver aquello. Las Minas de Charco Redondo era un punto donde confluían distintos lugares de la Sierra y bajaban por ello al cementerio. Estas cosas me impresionaron grandemente; ver el estado en que estaban los campesinos de la zona y el estado en que vivían los mineros. Aquello era una cosa impresionante ver a un hombre bien de salud, fuerte, como era la característica de todos los mineros, y verlos al otro día inclusive, sin que pasaran 24 horas, ya afectados por el mal llamado "del manganeso" en el cual pues a unos les afecta el habla, a otros las piernas, según la posición en que trabajan o según el grado tóxico que pudieran tener. Aparte de esto también me motivó mucho la famosa fracesita aquella de "ESTE ES EL HOMBRE". Aquello parecía una bofetada que le daban a todos los que se sintieran hombres y eso es una de las cosas que nos determinó, junto con Oscar Alberto Ortega Lora, que es un compañero mío de siempre allí, inclusive iba conmigo a las Minas de Charco Redondo, a pensar en la manera de cómo poder organizarnos para luchar contra aquel estado de cosas. Primeramente un compañero llamado Parmenio García, el hoy capitán Carlos Chaín, otro compañero llamado Pacho Oliva, Aldo Soler y otro compañero de apellido Torres, nos reunimos, éramos los compañeros de allí, nos veíamos siempre, era un pueblo chiquito y determinamos pues, empezar la lucha activa allí. Empezamos por sustraer dinamita de la mina de Charco Redondo. Sustraíamos bastante cantidad de dinamita. No era ninguna heroicidad sustraerlas porque de la dinamita allí no se tenía, al principio, ningún control sobre ella. Y más o menos, pues como yo era dentista de allí, pues la sacábamos en los bolsillos, en paqueticos o bien en el maletín que yo llevaba las cosas y también pues, mechas y otras cosas. Entonces empezamos a poner bombas en Palma.

PREGUNTA: ¿Por qué época fue eso?

AGUILERA: Esto fue ya en... se puede decir que en los primeros meses del año 53. Quizás, inclusive, en diciembre del

52.... del 52.... el 10 de marzo del 52 fue el golpe de Estado, entonces ya para los meses de noviembre y diciembre. Entonces ya para empezar a poner bombas era un medio para manifestarnos nosotros en contra de aquello. Cuando el Golpe de Estado, en Palma, pues lo mismo que en Oriente, se tardó bastante tiempo más que en La Habana en rendir la situación. No me acuerdo cómo se llamaba el Coronel que en aquel momento tenía el Regimiento de Oriente; la cuestión es que allí el pueblo y todo estaban dispuesto a luchar ese mismo día. Pero bueno, pararon las cosas y no se luchó. Entonces nosotros empezamos a poner bombas como un simple medio de demostrar nuestra antipatía al régimen y hacer algún tipo de manifiesto.... Y más o menos nos orientábamos en la lucha en ese sentido. Entonces el compañero Parmenio García que conocía a Fidel —es un viejo luchador cafetalero, de la lucha sindical y toda esa serie de cosas en Palma Soriano— pues, nos... hicimos un compromiso con él de que nos llevara a La Habana. Entonces vinimos Oscar Alberto Ortega Lora, que murió en el Moncada, Parmenio García y yo y nos entrevistamos con Fidel.

PREGUNTA: ¿Ustedes eran de la Juventud Ortodoxa?

AGUILERA: Sí, todos eran, más o menos de la Juventud Ortodoxa. Este muchacho, Oscar A. Ortega Lora era de la Juventud Auténtica. Entonces en aquel momento, pues ya pudimos decir que unimos el grupo nuestro al que tenía Fidel en formación aquí. Entonces éramos un grupito bastante grande, ya como de 40 ó 50 compañeros en ese asunto de las bombas y eso, y algunos compañeros de las minas. Entonces vinimos y Fidel....

PREGUNTA: ¿Eso fue en Palma?

AGUILERA: Sí, en Palma Soriano. Entonces Fidel nos mandó a hablar con Abel, con Abel Santamaría. Nos entrevistamos con Abel en la calle 25, en el edificio donde él vivía y fue el que prácticamente nos hizo un análisis —puesto que Abel se dedicaba, tenía la parte esa de.... en el reclutamiento del personal, de las entrevistas, descartando los que él consideraba que no pudieran ser útiles y aceptando a los demás. En esta primer entrevista, pues después hablamos con Fidel otra vez y nos dijo: que estaba bien, que íbamos a formar ya parte disciplinadamente del grupo.

PREGUNTA: ¿Aguilera, usted recuerda la fecha de esta entrevista?

AGUILERA: Yo creo que esto se produjo en el mes de febrero.... Febrero. ¿El viernes santo qué día cae más o menos.... así más o menos.... en qué época, en qué nos cae?

RESPUESTA: Depende, depende, cambia todos los años.

AGUILERA: ¿Más o menos en qué mes?

PERIODISTA: Principios de abril.

AGUILERA: Principios de abril. Esto debe haber sido en enero, en enero y lo digo porque Fidel dio un viaje después a Palma Soriano que fue... el día de viernes santo fue que cayó allí, en mi opinión. Entonces, pues efectivamente, empezamos a trabajar con Fidel. Recibimos orientaciones de él, paramos un poco las cosas de las... el asunto del sabotaje y esa serie de cosas que nosotros hacíamos allí, entramos en un período de reestructuración de los grupos; reforzamos la actividad en las minas —desde entonces él orientó eso, las minas de Charco Redondo... reforzar la actividad, captar el mayor número de compañeros allí. Y ya en el mes de... en el día ese mismo de viernes santo, Fidel estuvo en Palma. Allí durmió en casa de Oscar Alberto Ortega Lora. Fue con Raúl Martínez Ararás. Al otro día fuimos a las minas de Charco Redondo. Fidel se impresionó mucho con el estado en que estaban los mineros, poco faltó para que diera un mitin allí... una cosa que se produjo fácilmente que empezaron a reunirse obreros allí, mineros, y él a preguntar, a indagar él... su medio de vida, y cuál era el motivo de la enfermedad y toda una serie de cosas y prácticamente hubo que llamarle la atención a Fidel, disolver aquel problema, porque podría dar mucha significación al asunto. Entonces Fidel vio la mina, vio las condiciones que habían. Yo no sabía en ese momento por qué él tenía tanto interés en las minas. No imaginaba que era un problema obrero, aparte de que efectivamente, le interesaban las cosas desde el punto de vista obrero; después comprendí que le interesaba la cosa también por lo cercana que estaba la mina de Bayamo. Entonces, después de esto, de que Fidel estuvo allí, entonces Fidel nos comunicó que estuviéramos en Varadero. Entonces yo recuerdo perfectamente que estuvimos en Varadero el día 16 ó 17 de julio. Sobre esa fecha Fidel fue a Varadero, sí, es el 16 ó 17; fue unos días antes. Fidel se entrevistó con...

PREGUNTA: ¿Fue usted solo?

AGUILERA: Yo fui con la familia, se me dio orden de que fuera solo con la familia. Entonces allí en Varadero fue Fidel —me acuerdo que fue con, Mirtha— estuvo un momento allí, habló conmigo y me dio orientaciones de regresar inmediatamente a Palma, dejar a la familia y esperar que se me avisara para que regresara, para que fuera a La Habana. Llegué, dejé a mi cuñado, inclusive que estaba allí con mi hermana de vacaciones, los dejé que siguieran las vacaciones y regresé yo con mi familia para allá y como el día 20 ó 21 ya de julio pasó Renato Guitart y el padre en una máquina, me localizaron en una barbería allí, que yo acostumbraba a jugar ajedrez allí.

Fuimos a casa de Oscar A. Ortega Lora, nos dio instrucciones, me dio un cheque, cambiamos el dinero para el viaje y vinimos para La Habana. Antes, días después de que Fidel estuvo, el día aquel, el día de viernes santo, allí, nosotros le mandamos un compañero, que es el hoy Teniente Teobildo Mitchell, era un compañero que había estado en el ejército antes, no en el tiempo de Batista, antes, entonces vino también como Instructor, para los compañeros de aquí de La Habana. Cuando nosotros recibimos la orden de partir para La Habana, solamente se dio la orden de que fuéramos Oscar A. Ortega Lora y yo, que no fuera ningún otro compañero más. Llegamos a La Habana, nos hospedamos en el hotel "Siboney", ese que queda por ahí por Prado, creo que era de un compañero ortodoxo....

RUANES: Sí, Ernesto Stock.

AGUILERA: Exacto, Stock. Fidel en esos días tenía una gran actividad aquí. Este... Fidel lo mismo te citaba a las 3... había que aclarar si era a las 3 de la tarde o las 3 de la mañana; tenía una actividad muy fuerte, ya en los días 18 por ahí. Nos entrevistamos otra vez con Abel, nos fuimos a casa de Melba Hernández, conocimos a Melba allí, conocimos a Yeyé también. Entonces ya sobre el día 23... 23, se nos mandó a que descansáramos, que durmiéramos, aunque no tuviéramos sueño, que durmiéramos lo más posible, tampoco se nos dijo por qué, fuimos a descansar. Entonces el día 24 ya por la tarde, ya se nos habló concretamente, a mí personalmente, que iba a llevar una máquina, que iba a ir a un lugar....

PREGUNTA: ¿Quién, Fidel?

AGUILERA: Fidel. El lugar de destino era Bayamo, no se nos dijo concretamente a qué íbamos a ir, que íbamos a llevar un grupo de compañeros, que no debíamos decirle a ningún compañero el lugar de destino, solamente lo teníamos que saber nosotros, si había algún contratiempo o cualquier cosa de eso el único que lo sabía era el chofer, pero en la forma que hablamos de que si llevábamos el equipaje nuestro que estaba aquí o no, recuerdo que él dijo: "Bueno, lo pueden llevar o pueden dejarlo, como ustedes quieran. Regresarán héroes o mártires". Entonces ahí, Oscar A. Ortega Lora siguió junto conmigo en todo ese trayecto inclusive yo sé que a las 8 o las 9 de la noche nosotros salimos del apartamento de Abel, de ahí medio nos perdimos, perdimos el contacto y entonces fuimos a parar otra vez a casa de Melba Hernández.

PREGUNTA: ¿Eso fue el 24.

AGUILERA: Sí, entonces con Melba ya otra vez volvimos a hablar con Fidel allí. Entonces quedamos citados para el café "Raúl".

PREGUNTA: ¿Dónde hablaron ustedes con Fidel por primera vez?....

AGUILERA: En el apartamento de Abel. Entonces quedamos citado para el café "Raúl"... yo una de las cosas que quiero aclarar es, si en el café "Raúl", Thompson se fue conmigo. Entonces, después del café "Raúl" fue que yo recogí la gente de Marianao, que fue el grupo que yo llevé. Sí, Thompson estaba conmigo en el café "Raúl" cuando nos entrevistamos con Fidel, lo había recogido primero, pero yo no recuerdo al compañero que nos indicó la dirección donde yo tenía que ir a buscar a los compañeros; no sé quién me enseñó. Sinceramente en estos momentos no recuerdo. Lo que sí sé es que yo salí en la máquina manejando, entonces no conocía a Thompson ni a ninguno de los compañeros de Marianao que iba conmigo, los recogí... los recogí, y sabía que el destino era Bayamo.

Nos dieron la orden de llegar a Bayamo de noche. Posteriormente ya después de la entrevista en el café "Raúl", nosotros quedamos de vernos en una última entrevista con Fidel en el pueblecito de Jamaica, allá donde hacen el panqué. Allí el compañero Oscar A. Ortega Lora, que iba conmigo, pasó para la máquina de Fidel. En la máquina de Fidel iba manejando el compañero de Palma Teobildo Mitchell que es Teniente actualmente. Ese es el que iba manejando el carro de Fidel para Santiago. Ahí seguimos nosotros, llegamos a Bayamo. Momentos antes de llegar a Bayamo, no me recuerdo exactamente, un poquito antes, algunos de los compañeros, porque se nos dijo que cuando llegáramos a Bayamo nos iban a indicar el lugar a dónde íbamos a parar. Sé que un compañero interceptó la máquina y nos señaló el lugar a donde teníamos que ir a parar. Allí llegamos... tuvimos... era un poco temprano, ya era de noche, si mal no recuerdo y entonces dimos un paseo en el coche por ahí. Entonces, deja ver si no se me ha olvidado nada del asunto.

PREGUNTA: ¿La gente que iban con usted en la máquina?

AGUILERA: La gente que iban conmigo en la máquina eso lo dice Car... lo dice Thompson que él sí se acuerda de eso, él conocía a todos los compañeros de Marianao, lo va a decir por sus nombres. Entonces cuando llegamos allí al... ya después de estar todos en el cuartel sobre las 12 u 11 de la noche, según yo recuerdo, yo me encontré con la situación allí de que todos los compañeros estaban desarmados, inclusive todas las armas y ninguno estaba vestido tampoco, y las armas inclusive no estaban cargadas. Entonces sí, cuando yo llegué ya Raúl tenía los nombres de los compañeros que venían de Jefe de grupos, puesto que nos reunió....

PREGUNTA: ¿Ustedes llegaron directamente al hospedaje?

AGUILERA: Sí.

PREGUNTA: ¿Sabía la dirección del hospedaje?

AGUILERA: Hubo un compañero en la carretera que nos paró y nos indicó dónde estaba el hospedaje. Yo me recuerdo porque yo era el que manejaba. En el trayecto todos los compañeros se preguntaban lo mismo, a dónde vamos, vamos a Matanzas, cómo, vamos a esto? Y yo les decía que sí, que no, pero a medida que pasaban provincias pues ellos iban dándose cuenta de que el asunto era más lejos y la práctica se hacía ya en territorios muy separados de La Habana y entonces la idea de que iban ya a pelear, pues los tenía muy contentos, todos muy dispuestos a lo que sea. Entonces, después, efectivamente, todos estaban de acuerdo en cualquier momento en que fuera, entrar en contacto, esto sí es verdad, no cabe la menor duda de eso. El estado de todos los compañeros allí era de euforia a medida que se alejaba la máquina de La Habana, si se imaginaban que efectivamente ya no podía ser una práctica. Entonces cuando llegamos allí yo hablé con Raúl, hablé con Orlando, hablé con "Nico" y hablé con este otro muchacho el alto ese también, Gerardo Pérez Poey. Entonces allí se dijo de que iban a llevar el grado de sargento los compañeros que eran jefes de grupo. De esta parte ya la única intervención que yo voy a hacer es la de aclarar ciertas y determinadas cosas sobre el plan de ataque. A mí se me comunicó el plan de ataque inmediatamente como era. El plan de ataque como yo le dije ahorita, consistió en que Raúl Martínez Ararás, que estaba vestido perfectamente de militar, iría con ese ciudadano de Bayamo que era un individuo rubio, alto, delgado, no sé si los compañeros hacen alguna memoria, y me acuerdo que tenía hasta un maletín, una maleta, no un maletín, sino más bien una especie... un maletín para llevar papeles, un maletín de este tipo. Entonces este ciudadano pues pidió permiso para ir a la casa, lo dejaron ir. Esto trajo como consecuencia que los planes se variaron. Raúl otra vez nos reunió a todos, nos dijo que casi seguramente estábamos delatados. Armamos a todo el personal, se tomaron ciertas medidas porque esa... ese hospedaje tiene cuartos, todos con salida a la calle, tomamos ciertas medidas con los compañeros que estaban allí, los mandamos cada uno para su cuarto.

No sé si los compañeros se recordarán de esta parte, de que a cada uno se le dio orden de que fuera para su cuarto. Entonces nosotros establecimos la discusión con Raúl de que de todas maneras el ataque debía hacerse por delante y por detrás y por distintos lugares y que allí no había 100 hombres, que allí a lo sumo lo que habían 10 ó 15 hombres. Entonces nosotros éramos un aproximado de veintipico, de veinticinco, y yo a señalar concretamente la cifra.

PREGUNTA: ¿La información que había obtenido de ese...?

AGUILERA: La información se había obtenido de un chequeo que se había establecido allí días antes, por los compañe-

ros qué tuvieron a su cargo el alquilar la casa y, más o menos, cierta conversación que tuvieron con Catá que era... nosotros no lo conocíamos en ese momento, pero era un individuo de confianza para Renato y para todos los demás que participaron en esta cosa. Pero la creencia de que como era capitania y tenía un gran número de soldados, es decir, que se componía de 100 hombres, la creencia de un compañero de La Habana que nunca vivió en un pueblo de campo de que los 100 hombres vivían en el cuartel. Eso no es así, no, todo el que había vivido en un pueblo de campo sabe que en el cuartel por lo menos en aquel tiempo se quedaban 8 ó 10 números y los demás viven en el pueblecito, en sus casas particulares; entonces eso dio motivo a que variara el plan. De lo que yo recuerdo, salimos de las máquinas hacia el cuartel. A mi me tocó manejar una máquina que no sé quién se había sentado allí, pero tiene que haber sido una persona muy grande porque yo no alcanzaba ni siquiera a manejar el carro, el asiento lo tenía echado para atrás. Allí se formó un lío con las escopetas y en el momento de salir ya para el ataque queriendo hacer el menor escándalo posible, creo que hicimos demasiado y llegamos al cuartel. Yo sí me recuerdo que yo le dije....

PREGUNTA: ¿En qué máquina tú ibas?....

AGUILERA: La máquina, la misma, debe ser.... no era la misma que yo llevé para allá, pero una de las máquinas que aparecen en la fotografía.

PREGUNTA: ¿Cuántas máquinas, cuántas máquinas?

AGUILERA: Yo recuerdo 5 máquinas en total. Entonces yo sé que tengo mala memoria, pero parece, Cartaya piensa.... Yo recuerdo 5 máquinas. Entonces en verdad que esas máquinas.... yo dejé la mía con las llaves puestas y todo el mundo tenía la orden, más o menos, no, la orden. En ese momento se habló... yo quiero que ustedes sepan que allí muchos compañeros se cambiaron y muchos no se pusieron la ropa militar encima de la ropa civil... Yo por ejemplo. Yo no quiero que Cartaya haga el cuento después ni que lo cuente tampoco —pero yo tuve que vestirme malamente de militar, primeramente malamente de militar, además los pantalones eran tan grandes y las camisas tan grandes.

DARIO: Pero permíteme igualmente decirte que Mario Martínez Ararás iba bien vestido y tú ibas mal vestido, porque tú, al ataque, llevabas zapatos blanco y negro.

AGUILERA: Está bien, O.K., esas cosas después se aclaran. Entonces el problema es que nosotros pasamos generalmente trabajo para podernos vestir de militar en ese momento; pero no llevamos ropa de civil abajo. Entonces fuimos hasta allí, hasta el cuarto...

RUANES: Por mediación de los hermanos Ibrahín Sosa y Elpidio Sosa, conocí al compañero Antonio López "Nico", y me exhortaron que ingresara en la Juventud del Partido Ortodoxo, que estaba formando una especie de Buró Obrero, o séase, que no había que ser estudiante, ni tener esa preparación; porque yo era un muchacho pobre y era obrero y siempre sentía entusiasmo hacia los estudiantes....

PREGUNTA: ¿Dónde trabajaba?

RUANES: Bueno, trabajaba en un café y... en Marianao, entonces fui con él al Partido Ortodoxo y conocí a Antonio López "Nico" y no sé si en esa época el compañero (señala a Darío), en esa época conocí también al compañero Gómez, López García, a Onofre de la Nuez, a Rubén Hernández, que era de aquel grupo, siempre estaban allí en el Partido, a Armando Arencibia.

PREGUNTA: ¿En qué época fue eso?

RUANES: Eso fue como en el 52. La fecha exactamente no me acuerdo.

PREGUNTA: ¿No, un día exacto no, pero más o menos el mes....?

RUANES: A mediados del año 52, empezamos a reunirnos allí en el Partido. Entonces una tarde fue cuando conocí al compañero Fidel, que el compañero "Nico" López me lo presentó.

PREGUNTA: ¿Dónde se reunieron?

RUANES: En el Partido Ortodoxo, en Prado No. 109, el compañero "Nico" me informó que íbamos a tener una entrevista secreta en un cuartico que estaba al fondo del Partido con el compañero Fidel que tenía algo muy importante que decirnos —no sé si el compañero Antonio (se refiere a Antonio Darío López) participó de esa reunión en el cuartico al fondo del Partido—, entonces el compañero Fidel.... Nos reunimos allí, no me recuerdo bien si era Ibrahín Sosa, Elpidio Sosa, Calixto García, no me recuerdo si el compañero Almeida también estaba allí, el compañero Antonio. Entonces, Fidel se reunió con nosotros; nos exhortó, nos explicó que.... el Partido Ortodoxo había optado por seguir la línea política y que era un recuento

que iba a hacer...; cuando eso se había dado el golpe de Estado de Batista y que el Partido Ortodoxo estaba en el problema de que si iba a la política o si iba a la insurrección, entonces pues... que él pensaba combatir a la dictadura de Batista con las armas y que nos exhortaba a nosotros a que cooperáramos con él para realizar esos hechos. Estuvimos de acuerdo, hicimos allí el juramento de que sí, de que estábamos de acuerdo y entre las amistades de nosotros íbamos a escoger a los mejores muchachos que conociéramos, que fueran serios, trabajadores y dispuestos a la lucha. Entonces...

PREGUNTA: ¿Quién les habló a ustedes?

RUANES: Bueno, no, Fidel nos habló a nosotros....

PREGUNTA: ¿Y después de eso a quién te....?

RUANES: Bueno, yo no le hablé a ningún compañero. Dejé esa tarea al compañero Antonio López, "Nico", y a Elpidio Sosa, que eran los que más experiencias tenían, cuando había que escogerse bien a...

DARIO: Y que más confianza tenía Fidel en ellos.

PREGUNTA: ¿Eran los encargados de....

RUANES: Sí, eran en los que más confianza tenía Fidel, entonces yo simplemente pasé a ser uno del grupo.

PREGUNTA: ¿Tú recuerdas si desde el primer momento, si el compañero ese de aquí de La Habana, Joaquín González?... ¿Tú conociste a Joaquín González?

RUANES: No, no, no me suena.

PREGUNTA: ¿Joaquín González era de la Juventud Ortodoxa?

AGUILERA: Sí, yo lo recuerdo.

PREGUNTA: ¿Joaquín González desde el primer momento estuvo en el proceso de desarrollo de la organización del movimiento allí en Prado?

RUANES: Bueno, allí recuerdo que habían otros compañeros: Rubén Hernández y Luis Molina que no llegaron... Onofre de la Nuez que no llegaron... a participar, pero ellos estaban más o menos al tanto de....

PREGUNTA: ¿Y entonces de esa reunión.... usted estaba hablando de la reunión.... qué?

RUANES: Bueno, nos veíamos todas las noches, ya no en el local del Partido, sino frente por frente en el Paseo del Prado, nos sentábamos en unos bancos ahí, entonces pues todas las noches nos reuníamos pequeños grupos que iban a integrar la célula de nosotros que era integrada por: Elpidio Sosa, Ibrahim Sosa, Calixto García, Antonio Fernández, Antonio López "Nico" y Armando Arencibia. Entonces, a partir de ese momento siempre nos dábamos cita el mismo grupo y nos reuníamos en distintos lugares para intercambiar... acordar los planes que íbamos a desarrollar. Entonces viene....

PREGUNTA: ¿Qué tipo de actividades tenían ustedes, además de comentar la situación política y todo eso. Hacían algún tipo de...?

RUANES: Bueno, por el momento... Primeramente íbamos a un bufete donde trabajaba el compañero Fidel a recibir instrucciones de él; iba "Nico", Elpidio Sosa y nosotros lo esperábamos en la esquina de San Lázaro y Prado.

DARIO: Es como un cuchillo que sale de dos cuerdas, Cárcel (se refiere a la calle donde estaba el bufete aludido).

RUANES: Bueno, Fidel trabajaba allí; entonces siempre íbamos a... "Nico" iba a recoger las orientaciones, fue cuando empezaron las prácticas. Las primeras prácticas las hicimos en el tiro al blanco de Prado y Neptuno.

PREGUNTA: ¿En qué época empezaron las prácticas?

RUANES: Bueno, esa práctica venía siendo como una competencia entre nosotros mismos allí, porque era un lugar público y también íbamos al teatro "Martí" y hacíamos pequeñas apuestas y eso de quién pagaba los tiros, quien más puntería tuviera.

PREGUNTA: ¿En "Martí" en aquella época había tiro al blanco? ¿Eso sería a fines del 52?

RUANES: Bueno, ya... a fines del 52.

PREGUNTA: ¿Iban también los de la célula suya?

RUANES: Bueno, íbamos algunos, no todos. Hasta que entonces nos llevaron por primera vez, no recuerdo si fue la primera vez que fuimos a la finca que está por Jamaica.

DARIO: Eran unas lomas ahí...

RUANES: En las lomas de allá de Jamaica.

PREGUNTA: ¿Lomas de Tapaste?

RUANES: Sí, por allá. Entonces Ibrahín, Elpidio, Armando Arencibia, fuimos a la Terminal de Omnibus y nos quedamos por ahí parados por la esquina, entonces apareció "Nico" con Raúl Ararás y otro compañero, creo que era Almeida, nos recogió y nos llevó a esa finca. Cuando llegamos allí ya había varia cantidad de compañeros haciendo práctica allí. Teníamos un blanco en una palma y hacíamos varios disparos y....

PREGUNTA: ¿Y ese día cuántos compañeros más o menos había allí?

RUANES: Bueno, habíamos como veintipico, como veintipico de compañeros.

PREGUNTA: ¿Con calibre 22?

RUANES: Sí, escopeta calibre 22.

PREGUNTA: ¿Estaba toda la célula de usted?

RUANES: Sí. Entonces hicimos como 3 ó 4 prácticas en esa finca y seguimos haciéndolas en el tiro al blanco de Prado; yo practicaba mucho allí, iba casi todas las noches para mejorar la puntería, entonces hasta la última práctica que fue en la finca de este muchacho de.....

DARIO. De Palos.

RUANES: En la finca "Los Palos".

DARIO: "Los Gatos" tenían por ahí una finca.

PREGUNTA: ¿Hidalgo Gato?

RUANES: Sí, Hidalgo Gato. Esa fue la última práctica que yo hice, que estaban todos los compañeros reunidos allí y habían hecho una comida, arroz, no me acuerdo si era moros y cristianos, yuca, lechón y refrescos, muchos refrescos.

PREGUNTA: ¿A esa finca fueron ustedes una sola vez, las otras veces siempre fueron ustedes a la de Jamaica?

RUANES: A la de Jamaica.

DARIO: Nosotros fuimos varias veces.

PREGUNTA: ¿Y de quién era la finca de Jamaica?

DARIO: Yo creo que ahí no había familia porque eso era por medio de un.... había que pasar una cerca y meterse en un monte atrás de la loma.

RUANES: Recuerdo que la última práctica fue bastante divertida porque había llovido mucho; en la forma que nos habían citado era como una fiesta o algo así y todo el mundo

fue limpio con zapatos blancos, muchos fueron de traje y cuando llegamos a la finca lo que nos encontramos que había un fanguero terrible; entonces cuando fuimos a realizar la práctica, el compañero Raúl Martínez Ararás y Fidel estaban allí. "Ñico", Calixto García, bueno, todos los compañeros estábamos reunidos ese día ahí. Recuerdo que a cada uno le daban 10 balitas 22 y la escopeta; nos decían que había que correr cerca del blanco, tirarse en el suelo, cargar la escopeta y disparar al blanco en el tiempo menor posible, a ver con qué rapidez uno lo hacía. Uno de los compañeros primero que la hizo se lanzó y se enfangó toda la ropa, entonces al compañero "Ñico" se le ocurrió la idea de despojarse de la ropa y quedarse en ropa interior y así lo hicimos todos para no.... entonces realizamos esa práctica.

PREGUNTA: ¿Eso sería ya en el 53?

RUANES: Sí.

PREGUNTA: ¿Y esa.... el grupo que fue a esa última práctica era más numeroso que el que iba....?

RUANES: Sí era más numeroso.

PREGUNTA: ¿Entonces...., cómo continuaron las clases de ustedes?

RUANES: Bueno, seguimos viéndonos en Prado y en casa de una muchacha que se llamaba Maruca. Nos reuníamos todas las noches; entonces pues....

DARIO: En la calle O'Reilly.

PREGUNTA: ¿En Prado (se refiere al Liceo Ortodoxo) llegó un momento que Mario Varona le dio una llave a Fidel del cuarto de atrás que ya era de ustedes solos. El cuarto, aquel cuarto de atrás, llegó un momento que la llave el único que la tenía era Fidel?

DARIO: Pero llegó un momento que no se podía meter nadie allí.

RUANES: Ya allí no podíamos reunirnos.

PREGUNTA: ¿La casa esa en que ustedes se reunían, de la mujer, cómo se llama?

RUANES: Bueno, esa estaba en....

DARIO: Esa es la calle O'Reilly.

RUANES: La calle O'Reilly cerca de.... en el 2do. piso en casa de Maruca. Entonces allí hacíamos esperar que llegara el momento que nos llamaran a ver si actuábamos ya, que ha-

bíamos hecho bastante práctica, estábamos dispuestos a . . . , ya era una cosa que era insoportable seguir viendo las cosas que hacía la dictadura de Batista. Hasta que una tarde el compañero "Nico" nos citó para la Manzana de Gómez y me dijo que me iba a comprar un par de zapatos militar. Me compró un par de zapatos militar a mí y él se compró unas botas. A mí me llamó la atención y le pregunté: ¿"Nico", qué pasa que tú estás comprando zapatos militar y estás comprando botas? "No, que vamos a ir al campo a dar un paseo bastante largo, así que ya te avisaré y no puedes decir nada por el momento. Ve para casa de Antonio Darío y espérame allí, que allí irán los demás compañeros", y así lo hice. Llegué a casa de Antonio Darío, ahí estaban Armando Arencibia, Calixto García y Antonio Darío y yo; nada más que faltaban Ibrahín Sosa y "Nico".

PREGUNTA: ¿Dónde era la casa donde tú vivías, Darío?

DARIO: En Dragones No. 216 entre Galiano y Aguila.

RUANES: Entonces . . . al poco rato llegó "Nico" y nos preguntó que faltaba uno, faltaba Ibrahín Sosa que no llegaba; al poco rato se apareció Ibrahín Sosa muy nervioso con un pañuelo en la mano, tinto en sangre; nos explicó que se le había disparado un tiro y se había atravesado la mano; ya eso era cuestión de horas antes de partir, ya nosotros, nada más que faltaba él para salir.

PREGUNTA: ¿El día 24?

RUANES: Sí, estábamos preparados ya para salir para Santiago de Cuba, entonces . . .

PREGUNTA: ¿Era el día 24?

RUANES: El 24.

PREGUNTA: ¿Seguro? ¿Por la mañana?

DARIO: Era el 24 por la mañana, porque nosotros salimos el 24 por la noche a amanecer . . . a llegar a la una del día a Bayamo. Llegamos a la una del día, como no podíamos estar en el pueblo lo pasamos abajo de unas matas, nos alejamos un poco del pueblo de Bayamo y entonces estuvimos debajo de unas matas, pero el calor era tan sofocante, que no había sombra por ningún lado. Decidimos ir para allá, para un . . . es como un garage a la salida de Bayamo . . . o había ¿no sé ahora si se habrá extinguido aquello? Y entonces resulta que en el garage esperando allí, vaya, simulando, tocamos las vitrolas, como habían los carnavales en Santiago de Cuba pues era el despiste, entonces Merilles, que era el que estaba en-

cargado de darnos la dirección, pues él estaba allí, estaba Ernesto Tizol, Fidel, Níco, bueno habían varios compañeros, pero separados de nosotros....

PREGUNTA: ¿En Bayamo?

DARIO: En Bayamo, sí, porque ellos estaban allí, pero después ellos seguían. Después siguieron, Merilles creo que se quedó por allí, Fidel siguió con.... no recuerdo con quien, creo que con Abel, siguieron juntos para Santiago.

PREGUNTA: ¿Entonces Fidel estaba en Bayamo?

DARIO: Sí, Fidel estaba allí; desde luego separado de nosotros; porque allí se nos dijo que el problema era aparentar como si no se conocieran....

PREGUNTA: ¿Qué hora era? ¿O eso fue el mismo día que llegaron?

DARIO: El 25 como a la una del día, llegamos nosotros.

PREGUNTA: ¿Con qué grupo llegaron ustedes de La Habana?

RUANES: Bueno, nosotros salimos de casa de Juan Torres, de Dragones a casa de Raúl Martínez Ararás, fuimos a buscar a Mario Martínez, el hermano, que era el que iba a ser chofer de nosotros. Fuimos a casa de Mario Martínez Ararás, estuvimos en casa de Mario Martínez Ararás y....

PREGUNTA: ¿Recuerda dónde vivía Mario Martínez?

RUANES: En La Habana Vieja, pero no recuerdo el nombre.

DARIO: En la calle.... vivía en la calle Aguacate e/ Teniente Rey y Muralla, frente, cerca de los pantalones X o en los altos, por ahí.

RUANES: Entonces el viaje hacia Bayamo lo hicimos con escala en distintos pueblos para dar tiempo y....

PREGUNTA: ¿En máquina?

RUANES: Sí, en una máquina; y descansados. Por el camino comimos, vaya, demorándonos, un viaje despacio no apurándonos para poder llegar más o menos en el tiempo conveniente.

RUANES: Entonces pues....

PREGUNTA: ¿Ustedes sabían todos que iban para Bayamo?

RUANES: No todos.

DARIO: Bueno, algunos sabían.... nosotros sabíamos.... después que salimos.... por lo menos yo.... después que yo salí de La Habana, yo me imaginé....

RUANES: Pero ya todos sabíamos más o menos a lo que íbamos, pero....

PREGUNTA: ¿No sabían a donde iban, aqué lugar?

RUANES: No sabíamos el lugar. Sabíamos que íbamos a hacer algo, a combatir, a hacer algo, pero no sabíamos el lugar exacto. Entonces lo que hacíamos era, ninguno se atrevía a preguntar, sino que nos mirábamos y nos reíamos y el viaje se hacía largo ya porque pasábamos pueblos y carreteras y era una cosa que nada más que nos mirábamos y nos echábamos a reir, diciendo:

¡Hasta cuándo, hasta dónde vamos a ir! En Cauto Cristo también coincidimos, que paramos en un merendero que hay en Cauto Cristo, como un restaurante campesino, así coincidimos con otros compañeros que iban de La Habana, que eran: Gildo, el compañero Gildo, que habló; fijate, yo no conocía a los que iban en esa máquina, el que conocía era "Ñico", Antonio López... que fue el que conversó con ellos...

DARIO: Antonio López Fernández, más conocido por "Ñico".

RUANES: Sí, "El Flaco", bueno, entonces....

PREGUNTA: ¿Esos iban para Santiago?

RUANES:..Sí, a Santiago. "Ñico" nos presentó y pusimos dos mesas y comimos todos juntos. Entonces nos despedimos y cada cual siguió rumbos distintos. Ellos siguieron para Santiago y nosotros para Bayamo. En Bayamo tuvimos que detenernos y ponernos a dar vueltas por el pueblo para dar tiempo para llegar al lugar, a la casa donde teníamos que ir. Como a eso de las 7 de la noche fue que nos llamaron para que entráramos a la casa.

PREGUNTA: ¿Qué casa es, esa?

RUANES: Bueno.... como....

DARIO: Era como la que se llamaba antes una posada. Era un hotelucho malo, de esos que la gente allí....

CARTAYA: No era tan malo.

DARIO: Aquello, aquello era un hotelucho viejo.

RUANES: Era una casa que tenía varios cuartos, cocina, baño, patio; era bastante grande la casa. Al entrar a la casa, ví a

varios muchachos que yo los conocía ya de hacía tiempo de Marianao. Entre ellos a acá (se refiere a Cartaya), a Angelo, "Nico", que era uno de los que conocía mejor, además habíamos jugado pelota juntos.

PREGUNTA: ¿Qué era él?

CARTAYA: De civil.

RUANES: De civil vaya, los había conocido de muchachos, que habíamos jugado juntos.

AGUILERA: ¿Y a qué hora fué eso?

RUANES: Como a las 7 ó 8 de la noche. Sí, porque es que estuvimos por el parque dando vueltas y después estuvimos cerca del billar, en el billar también.

DARIO: Lo del billar fue como a las 3 de la tarde.

RUANES: Sí, como a las tres y estuvimos dando vueltas.

AGUILERA: ¿Ustedes pasearon en coche también?

DARIO: Nosotros lo que paseamos a pié.

RUANES: No, a pié, no llegamos a pasear en coche.

AGUILERA: Nosotros paseamos en coche.

RUANES: Entonces entramos en la casa y nos distribuímos por distintos cuartos. Había un grupo que se sentó en las camas y otro grupo nos sentamos en el suelo, entonces....

RUANES: Bueno, había unos 28....

DARIO: Allí, todos los del Ataque a Bayamo, creo que eran 25 ó 27.

RUANES: Unos 28

PREGUNTA: ¿Y a esos hospedajes allí, ustedes fueron espontáneo o estaba preparado?

RUANES: Preparado, preparado.

DARIO: No, ya estaba preparado.

AGUILERA: Ya estaba preparado para entrar en acción.

CARTAYA: A nosotros ya nos estaban esperando.

PREGUNTA: ¿Pero Merilles va con ustedes?

RUANES: Merilles, no.

DARIO: Merilles no va con nosotros.

PREGUNTA: ¿Quién iba manejando la máquina de ustedes?

RUANES: . . Mario Martínez Ararás.

DARIO: Mario, Mario Martínez.

PREGUNTA: ¿Ese era el que sabía a donde iban?

RUANES: No, no.

DARIO: El sabía que tenía que ir a Bayamo.

PREGUNTA: ¿Todos sabían que iban a Bayamo?

RUANES: Dos, dos sí. . . .

CARTAYA: "Nico" que era el Jefe de ellos.

RUANES: Sí, y Antonio Fernández y Antonio Fernández.
(Se refiere a "Nico" López).

DARIO: Qué Antonio Fernández, Antonio López Fernández, viejo. . . ya a parecer. . .

RUANES: Yo me confundo siempre con el nombre de este compañero (se refiere a Antonio Darío López Fernández) y. . .

DARIO: Yo me llamo Antonio López García, Antonio Darío López. . .

CARTAYA: . . . Yo no le llamo Antonio López, yo le llamo "Nico" López. . . .

RUANES: Ah, mira una cosa que no la dijimos: cuándo íbamos para Santiago de Cuba, para Bayamo, el compañero (Darío) llevaba una guitarra y yo llevaba una filarmónica, entonces por todos los pueblos que pasábamos cantábamos: "Al Carnaval de Oriente me voy". Entonces pues, en la casa habíamos como 28 compañeros; nos saludamos todos, pero en silencio, no se podía hablar, nada más que hacían señas. . . ; nos sentamos en el suelo. Esperamos. Entonces "Nico" nos exhortaba a que durmiéramos, descansáramos, que íbamos a tener un amanecer bastante ajetreado. Entonces que va, allí nadie pudo dormir. . .

DARIO: A no ser Calixto García que roncaba que parecía un. . . .

RUANES: Sí, Calixto García sí. . . pudo dormir, bueno dos o tres compañeros.

PREGUNTA: ¿Pero estando allí no se les explicó nada que?

RUANES: Bueno no, todavía no.

PREGUNTA: ¿Eso fue el 25 por la noche?

DARIO: En ese momento no se explicó nada.

RUANES: No, no, no.

AGUILERA: Sigue, sigue.

RUANES: Bueno, ya al... éramos 28, entonces pues, en la pequeña célula, porque era por célula, ya más o menos sabíamos, por lo menos yo sabía, de que íbamos a atacar el Cuartel de Bayamo y era el motivo porque habíamos ido....

PREGUNTA: ¿La célula suya?

RUANES: Sí, la célula mía. "Ñico" tenía plena confianza en mí, me dijo que habíamos hecho ese viaje cumpliendo órdenes de Fidel de atacar el Cuartel de Bayamo y....

PREGUNTA: ¿Se lo dijo al grupo de ustedes o por separado?

RUANES: Bueno, por separado, me lo dijo a mí, entonces le dije que estaba muy bien, entonces me dijo: "si sientes algún temor o no quieres hacerlo, pues, no te tienes por que... no te obligamos; puedes regresar a La Habana si quieres, te resolvemos el viaje, puedes regresar. No te lo dijimos en La Habana para evitar que fueras a saberlo y que fuéramos a echar a perder los planes que teníamos.

"Entonces, pues, me quedé. Entonces por la madrugada, al amanecer ya, como a las cuatro de la mañana, me llamaron para un pequeño cuartico que había al fondo, había varios compañeros ya vestidos de uniforme. Ya estábamos vistiéndonos de militares, el uniforme de los soldados de Batista. Entonces me dieron mi uniforme y me lo puse. Me quedaban un poco largos los pantalones, me doble los bajos; las mangas me quedaban un poquito largas, las doble también; me puse las botas, entonces me dijeron que qué armas quería. Había varias escopetas de cartucho, escopetas calibre 22; entonces yo ví una pistola calibre 45 muy bonita, y yo le dije al compañero: oye, no me podías dar mejor la pistola. Yo había tirado con revólveres 45 y sabía tirar perfectamente. Entonces accedieron a darme la pistola 45 con un peine y 50 balas que me las eché en el bolsillo y entonces salí contento....

PREGUNTA: ¿Ruanes, de los uniformes que tenían allí ustedes, habían algunos que tenían grados?

RUANES: Bueno, había varios con el grado de sargento. "Ñico", el compañero "Ñico", el uniforme de él tenía el grado de sargento, los demás éramos soldados. Entonces nos sentamos a esperar ya con el uniforme puesto y las armas. Entonces como a la....

PREGUNTA: ¿Qué cantidad de compañeros llevaban los fusiles calibre 22, y, pistolas, quiénes más o menos llevaban....?

RUANES: Bueno, pistolas había 2 nada más, todo lo demás era escopetas de cartuchos y escopetas calibre 22. Pistolas nada más que había 2. Entonces me dieron a mí una. Como a las cinco de la mañana, cinco menos 20... (pregunta a Dario) ¿"eran las cinco menos 20, no"?

DARIO: Bueno...., llegamos al cuartel a las 5:25 de la madrugada.

RUANES: ¿Sí, porque no era, con anticipación al Moncada?

DARIO: No, era coordinado.

RUANES: Coordinado a la misma hora.

RUANES: Entonces, varios compañeros, al compañero Raúl Martínez, hizo uso de la palabra y nos informó "que a esa misma hora, el compañero Fidel con un grupo más de compañeros, atacaría el cuartel Moncada de Santiago de Cuba y que nosotros a la vez teníamos la misión de tomar el cuartel de Bayamo, exhortar al pueblo, después de tomado el cuartel, a que se uniera a nosotros, a la lucha", porque en Bayamo es un pueblo histórico donde las luchas libertadoras se iniciaron, donde se dieron grandes batallas y el pueblo siempre respondía.... y entonces, después de tomado el cuartel, teníamos la misión de tomar el telégrafo, la emisora de radio para exhortar al pueblo....

PREGUNTA: ¿Raúl Martínez, cuando les habló, les habló de tomar el telégrafo y eso?

RUANES: Sí, aparte de eso, "Ñico" López nos había dado instrucciones también al respecto y había también que cuidar los bancos para evitar que fueran saqueados, en caso de que hubiera habido un batalla grande allí en el pueblo; y también había la misión de volar el puente que va de Bayamo a Holguín para evitar el paso de las tropas del cuartel Pantoja, de Holguín, hacia Bayamo. Después de tomado el cuartel y la Estación de Policía, pues se realizarían todas esas acciones. Después, pues salimos ya a.... todos los compañeros, los 28 salimos para dos máquinas que teníamos parqueadas al lado de la misma casa. Entonces recuerdo que en una de ellas montó "Ñico", como el grupo de nosotros quería estar siempre junto para la misma cosa, pues montamos todos en ellas y entonces no cabíamos todos en las dos máquinas;.... recuerdo que en guardafango iban sentados compañeros y en la parte trasera también iban compañeros parados agarrándose de la máquina.....

AGUILERA: ..inicialmente el plan consistía en que Mario Martínez iría por el frente con un ciudadano de Bayamo, me imagino, muy conocido de las postas, de allí, pues se pen-

saba que Mario Martínez, sólo, podía, en compañía de ese ciudadano, tomar la posta y facilitar rápidamente la penetración nuestra en el cuartel, por detrás.

PREGUNTA: ¿Aguilera, por casualidad sería Fernando Fernández Catá?

AGUILERA: No, ese ciudadano yo más nunca he vuelto a saber de él. Pidió permiso para ir a su casa. Fué un error del compañero Mario Martínez que se lo permitió. Al ir ese compañero a su casa, ese ciudadano, no me atrevo a decirle compañero, y no regresar, los planes variaron. Se pensó, que es lo que quiero aclarar, que era mejor atacar todos por detrás, puesto que ya no tendría ningún objetivo que Mario Martínez se presentara vestido correctamente de sargento en la parte del frente del cuartel, porque la posta no lo conocía. Al faltar un individuo conocido allí que iba a ir a decirle: "este compañero sargento que viene a los carnavales quiere dormir aquí en el cuartel y ahí mismo desarmar a la posta...."

PREGUNTA: ¿Era del Ejército?

AGUILERA: No, este ciudadano era de Bayamo. Se que era de Bayamo porque pidió permiso para ir a su casa y regresar. Como no regresó....

PREGUNTA: ¿Por qué, si lo conocían en el cuartel era....?

AGUILERA: No, lo conoce cualquiera en el pueblo. El cuartel es un cuartel de 100 hombres. El cuartel se compone de una capitanía de más o menos 100 hombres. Pero el cuartel de Bayamo a pesar de ser de una manzana, de ser de mampostería, ahí se conoce todo el mundo.

PREGUNTA: ¿.... yo le voy a indicar tres nombres de personas que estaban ligados a lo de Bayamo y se nombran: Sergio González, Juan Manuel Martínez y Fernando Fernández Catá.

MACHADO,

AGUILERA: Fernando Fernández Cata es el compañero que habla con Guitart y es el que tiene que ver, inclusive, con el alquiler del local, que era una antigua posada que estaba en ese momento desactivada....

PREGUNTA: ¿Qué era de Juan Manuel Martínez?

AGUILERA: Exacto Juan Manuel Martínez era el ciudadano aquel que era el encargado del hospedaje, que nosotros detuvimos allí momentos antes de.... ¿Te recuerdas? que detuvimos al... que él quería salir a buscar café y en definitiva no lo dejamos hasta que tuvimos que decirle: "Está detenido y de aquí no sale",

PREGUNTA: ¿Compañero, y ese compañero que iba a servir de guía para entrar al Cuartel ustedes lo conocieron accidentalmente o ya estaba planificado...?

AGUILERA: No, para mí el vino inclusive de La Habana, yo recuerdo haberlo visto en La Habana. Entonces yo no sé por qué motivo le dieron permiso para ir a su casa, era un individuo de toda confianza. Fue y no regresó. ¿Qué hizo suponer eso a Mario Martínez? De que ése nos había delatado, entonces de todas maneras, se acordó ir al ataque, así nos estuvieran esperando. Pero como el plan era ir por delante, entonces se acordó ir por detrás, todos pensando que si el compañero nos había delatado podíamos entrar en combate por detrás y no por delante, por donde ellos esperarían, puntualmente, la cosa. Entonces, yo tengo dudas de que si por delante se llegó a atacar. Por eso quiero que los compañeros me rectifiquen el problema.

RUANES: Yo tengo dudas también.

AGUILERA: Allí se formó un pequeño Estado Mayor donde se dieron grados de sargentos a determinados compañeros que llevarían al ataque al grupo de 4 ó 5. Habría que ver si los compañeros se recuerdan de eso. Entonces, que yo recuerde tenían grados de sargentos: Raúl Ararás, que era el encargado, el jefe máximo del ataque al cuartel de Bayamo, Orlando Castro, Gerardo Pérez Poey, "Nico" López y yo, (Pedro Aguilera).

CARTAYA: Aguilera perdona la interrupción. ¿Los jefes de grupos eran los únicos sargentos allí en Bayamo?

AGUILERA: No recuerdo exactamente si fueron los únicos sargentos. Creo que sí.

CARTAYA: Los únicos sargentos eran los jefes de células.

AGUILERA: Sí, exactamente, yo no sé si esto tuvo que ver con que fueron los choferes que llevaban las máquinas... porque por ejemplo, yo fui manejando una máquina, entonces yo era jefe del grupo ese, sabía a donde iba y más o menos tenía ciertas orientaciones respecto a lo que iba a hacer allí. Pero bueno, el caso es que cuando se produce el pequeño Estado Mayor y se decide atacar por detrás....

PREGUNTA: ¿Dónde se reunieron, allí mismo?

AGUILERA: Allí mismo, pero aparte de los otros compañeros.

PREGUNTA: ¿Operativamente allí?

AGUILERA: Sí, operativamente nos reunimos todos. Aquí hubo un grave error. El compañero Raúl Martínez Ararás te-

nía una información de como era Bayamo, cómo era el cuartel, era un compañero de aquí de La Habana. El estimó, él situaba 100 soldados, es decir 100, el personal de ese cuartel en el cuartel. Y eso no es así, habría 8 ó 10 no más. Por cierto que yo soy de un pueblo igual que Bayamo, Palma Soriano, allí también hay Capitanía y uno sabe que se quedan a dormir unos cuantos soldados, los que están de guardia, de retén, y el resto duerme en sus casas. Entonces por eso si el hubiera resto duerme en sus casas. Entonces por eso si él hubiera biéramos hecho el ataque en otra forma. Pero que en él pesó mucho la ausencia del compañero de Bayamo. El esperaba que efectivamente, él creía que nos estaban esperando. Que nos iban a estar esperando.

PREGUNTA: ¿Entonces el compañero ése debía esperarlos allí, en el cuartel?

AGUILERA: El compañero ése iba a su casa, venía otra vez para acá, salía, con uno. . . .

PREGUNTA: ¿Al hospedaje de ustedes?

AGUILERA: Al hospedaje. Salía de ahí con Raúl Martínez Ararás, Raúl Martínez Ararás era el compañero que iba mejor vestido —yo no se si ustedes se recordarán de eso—. Se hizo un esfuerzo y creo que él estaba vestido correctamente de militar. Entonces, al ir por la posta de adelante con un individuo de Bayamo— inclusive que conocía las postas pues no había ninguna duda en llegar él: “Fulano, mira, al sargento amigo mio que viene para los carnavales se va a quedar aquí a pasar la noche”. Inmediatamente ese individuo era detenido y nosotros íbamos entonces forzando la entrada por detrás. Pero se cambian los planes, a mi entender, esta fué la última reunión que nosotros tuvimos allí por la creencia de que se nos va a estar esperando de todas maneras y que había una traición. Esperamos al compañero hasta última hora, —al ciudadano éste de Bayamo— y no llegó y de todas maneras nosotros teníamos el deber de atacar el cuartel y lo íbamos a atacar de todas maneras. Entonces yo recuerdo que. . . .

CARTAYA: Perdona la interrupción. Las dudas del compañero Raúl Martínez Ararás surgen después que se efectúa la detención del militar aquel.

DARIO: Hay un militar. . . .

CARTAYA: Hay un militar que está. . . .

AGUILERA: Hay un militar que está de posta afuera, pero no se llegó a detener. Se hablo de mandarlo a detener, pero yo no creo que se llegó a detener.

CARTAYA: Se detuvo el militar.

DARIO: Me permiten hacer una aclaración ahí. Cuando se va . . . , que se está esperando a que el militar, que estaba parado frente a la salida, y entonces ya se decidió, que ya llegaba, se estaba aproximando la hora y entonces cuando el grupo fue a decidirse, mirando por las persianas vio que en ese momento el militar empezó a caminar y cruzó la calle con dirección a un garage que había allí.

AGUILERA: Mira, el militar éste, era un militar que estaba allí guardando creo que unas construcciones o algo allí que había, ¡eh!

CARTAYA: Otra duda que se aclara.

AGUILERA: Toda la noche nosotros estuvimos pensando si deteníamos al hombre ya desde ahora o si no lo deteníamos y entonces se dijo: "No, no lo vamos a detener, porque si viene el relevo y no lo encuentra . . .". Pero ya uno tenía la idea de cogerlo allí mismo. Entonces, el hombre tuvo suerte, echó a caminar en ese momento y

PREGUNTA: ¿Usted dice toda la noche, entonces durante toda la noche ustedes estuvieron en actividad de vigilancia al cuartel?

AGUILERA: No, de vigilancia al cuartel no. Nosotros toda la noche estuvimos vigilando al

PREGUNTA: ¿Entonces desde el hospedaje se localizaba el cuartel?

AGUILERA: Estaba a dos cuadras, a dos cuadras.

RUANES: ¿El cuartel, a dos cuadras?

DARIO: La casa donde estábamos, estaba aquí y entonces aquí, el cuartel estaba a dos cuadras allá, pero estábamos mirando específicamente los movimientos a ver si se veían movimientos, a ver si se veían movimientos sospechosos como de agrupamiento militar o algo así como para copar la casa, ¿usted comprende? Esa era la preocupación de nosotros.

Fragmento tomado de una entrevista a cuatro supervivientes del ataque al cuartel de Bayamo, el 26 de julio de 1953: Pedro Aguilera, Agustín Díaz Cartaya, Adalberto Ruanes y Antonio Dario López; efectuada el 23 de febrero de 1965. Archivo Sección Museos de la Revolución, Dirección Política del MINFAR).

AGUILERA: Vamos a tratar de hacer un recuento rápido para que los demás compañeros puedan hablar también.

Como todos uds. saben el viaje de los compañeros para el asalto al Cuartel Moncada y al de Bayamo, se realizó en máquina, por ferrocarril, por distintas vías. El traslado de las armas a Bayamo se la dejó al compañero Ramiro Martínez que fue quien realizó esa labor. Nosotros salimos en varias máquinas cada chofer era el único que sabía su lugar de destino y algunas contraseñas que teníamos antes de llegar al pueblo. Los demás no sabían el lugar de destino, pero como todos en general estábamos de acuerdo en iniciar la lucha en el momento y el lugar donde se nos dijera. Así llegamos al hospedaje de Bayamo y por cuestión de disciplina los compañeros estaban como si fueran acuartelados en habitaciones.

Allí se dividió el mando en cinco compañeros: Raúl Martínez Ararás —que estaba al frente de la operación—, Gerardo Pérez Poey, Nico López, —que cayó después (en el desembarco del Granma)—, Orlando Castro, y yo. La misión del ataque al Cuartel de Bayamo, específicamente era tratar de apoderarnos del centro de comunicaciones que radicaba en ese lugar, y al mismo tiempo, impedir el paso del Regimiento de Holguín y de las fuerzas de Manzanillo. Para lograr éste, la estrategia que se iba a seguir era tratar de tomar el Cuartel de Bayamo prácticamente sin lucha; tomar posteriormente la Estación de Policía, y me tocaba a mi personalmente trasladarme a las Minas de Charco Redondo, donde existía un gran grupo de compañeros nucleado ya en el Movimiento, —que después fue el 26 de julio— y que vendrían con dinamita que ya teníamos preparada, para volar los puentes y establecer ahí la barrera de defensa de los compañeros que en esos momentos estuvieran asaltando el Cuartel Moncada, o ya hubieran tomado el Moncada. Esa era la misión fundamental que tenía este grupo, y que yo no estoy de acuerdo en que se le llame grupo suicida pues nosotros, al igual que los compañeros del Moncada estamos seguros que de producirse el triunfo nuestro en el Cuartel y en la Estación de Policía, el pueblo, con las armas que nosotros ocupáramos iba a unírseles y establecer las líneas de resistencia contra el Regimiento de Holguín que era tan poderoso como el de Santiago de Cuba.

El ataque al Cuartel tenía originalmente un plan: el compañero que estaba al frente de la operación iba a participar con un compañero del propio Bayamo, y penetrar en la posta

delantera. Ese es un cuartel bastante grande, tiene casi una manzana, es de mampostería; es decir, tiene bastantes fortificaciones, pero nosotros contábamos con que el compañero ese de Bayamo —muy conocido de los guardia— al ir con un compañero nuestro que iba perfectamente vestido de guardia y que las primeras palabras iban a ser de que este compañero viene a pasar los carnavales a Santiago de Cuba y que necesita que se le albergue ahí, la posta pues accediera, inmediatamente desarmarla pasar a la posta de atrás —nosotros estábamos situados en la parte de atrás del Cuartel— entrar, tomar las barracas del Cuartel, si había disparos, pues los había y si no, no los había... el interés nuestro era tratar de evitar por todos los medios que hasta que no hubiera decursado un tiempo grande del Cuartel Moncada, no dar la alarma, para que no diera tiempo, como yo les decía, de ir a las Minas de Charco Redondo, traer los mineros y destruir los puentes que unen a Bayamo con Holguín y con Manzanillo. Esa sí era la estrategia que se iba a seguir en el asalto al Cuartel de Bayamo, que posteriormente fue cambiando por sucesos que incluso estamos en estos momentos tratando de determinar.

El compañero Ramiro Martínez pudiera relatar desde su salida de La Habana, cómo fue que él llevó las armas, quiénes estaban ya en la caas esperando, y la participación de él en el ataque.

RAMIRO: Las armas fueron entregadas en casa de un compañero también combatiente de Bayamo, el comp. Orlando Castro. Fueron entregadas por Fidel a Rolando Rodríguez y a mí. Las armas las llevamos por ferrocarril; nosotros sacamos los boletos; el día antes estuvimos alquilando una serie de automóviles con Gerardo —que era fundamentalmente el contacto que yo tenía— ya después de salir del alquiler de los automóviles esos pues salimos Rolando Rodríguez y yo en tren con las maletas que contenían las armas que íbamos a utilizar. Las armas fundamentalmente eran fusiles calibre 22, escopetas calibre 12 y 16 y algunas pistolas y revólveres que se habían conseguido. Nosotros llegamos a Bayamo por el Cruce de Martí el día 25 a las 10 de la mañana. Allí en los ferrocarriles, pensamos que nos estaban esperando los compañeros allí, no sabíamos a quien nos íbamos a encontrar; al poco rato llegaron Gerardo y Raúl Martínez. No sabíamos donde iba a ser la misión nuestra; fuimos directamente. Nos dijeron “Estas armas uds. las tienen que llevar a Bayamo y entregarlas allí”. Estuvimos esperando un rato y como a la media hora llegaron Gerardo y Raúl. De allí fuimos a la casa de huéspedes que se había alquilado y allí nos mantuvimos dentro de la casa hasta que llegó el asalto. El problema del viejo; y después fueron llegando algunos compañeros que salieron después para el pueblo. Exactamente como plantea Aguilera, nos repartimos en las habitaciones. A

algunos compañeros —los jefes de grupos— los hicieron sargentos, como el compañero Aguilera. De allí salimos al asalto en los distintos grupos; yo fui con Gregorio Pérez Poey.*

ALCALDE: ¿Oye Ramiro, Fidel estuvo esa noche allí?

RAMIRO: Efectivamente, el Cmdte. Fidel estuvo ese día, aproximadamente a las 10 de la noche, porque era la hora en que todavía los compañeros... Para no llenar la casa, porque las máquinas eran cuatro o cinco y en cada automóvil, por problema de antes de llegar a la casa se les avisó para que se quedaran en los parques, en distintos lugares, regados por todo el pueblo; estuvieron hasta montando en el famoso cochero de Bayamo, paseando en coche. Esperamos que se hiciera más tarde para que todos los compañeros regresaran y a eso de las 11 empezaron a llegar todos los compañeros, porque aproximadamente a las 9:30 ó 10 de la noche, ya era oscuro, entró Fidel en la casa. Allí decidió cómo se iban a repartir las armas, los jefes de grupos y como nada más estábamos dentro de la casa, el viejo que estaba allí que era el responsable del hospedaje, de la posada que había allí; entonces se mantuvo al viejo allí sentado que prácticamente oyó toda la conversación nuestra. Fidel le dió las orientaciones a los compañeros Gerardo y Raúl y entonces él se fue. Estuvo allí unos 15 ó 20 minutos y se fue para Santiago. Fue cuando se precisó... que yo me vine a enterar que nosotros íbamos a participar allí, porque yo pensaba que nosotros de allí íbamos a salir para Santiago. Y el mismo grupo, independientemente de que nosotros —aquí en La Habana nosotros habíamos visto distintos grupos de compañeros, unas veces grandes— en las manifestaciones fundamentalmente aquella manifestación grande de enero, que fuimos hasta Prado yo consideraba que era un grupo numeroso y entonces después allí en Bayamo cuando nosotros vimos que éramos un grupo pequeño, entonces nosotros no sabíamos si íbamos a participar en Santiago; y allí fue cuando yo me vine a enterar que era en Bayamo y a las 5:20 ó 5:18, más o menos, de la mañana.

PREGUNTA: ¿Cuándo Fidel estuvo allí, cuáles compañeros estaban?

RAMIRO: Raúl Martínez, Gerardo Pérez Poey y Orlando Castro en la habitación, y yo que estaba allí.

PREGUNTA: A otros compañeros le preguntábamos eso y nos decían que no lo habían visto.

*Se refiere a Gerardo Pérez Poey

AGUILERA: El problema fundamental fue lo que él explicaba. Para tratar de evitar que si había gente allí..., porque ése estaba antes vacío, y la gente se fue a pasear en coche y de verdad que se fueron a pasear pero bastante rato, entre ellos yo, por eso Fidel me cogió fuera de base ahí. Yo no estaba cuando él llego.

PREGUNTA: ¿El responsable del hospedaje ya estaba retenido allí?

RAMIRO: Sí, ya él no podía salir, ya lo teníamos casi medio tumbao.

AGUILERA: El no lo sabía, pero no podía salir.

RAMIRO: El viejo se dio cuenta, de acuerdo a las cosas que nosotros hablábamos allí... fundamentalmente yo tenía mucha confianza con Gerardo porque desde los catorce años yo andaba con él. El era de Oriente y vino aquí a La Habana a estudiar; nosotros vivíamos en la misma cuadra. El hermano también fue dirigente de la Juventud Ortodoxa, y de ahí nos conocíamos nosotros. Entonces él me decía que ya el viejo lo sabía todo, él me decía: "No, el viejo ya lo sabe, lo que pasa es que ya no puede hablar". El viejo estaba en un rincón —que aquello es una especie de posada y había un barcito y el viejo se tomó todo aquello allí, parece que del nerviosismo.

(Tomado de la charla ofrecida el día 20 de julio de 1968, en el local del Museo de la Revolución, por los compañeros Oscar Alcalde, Pedro Celestino Aguilera, Abelardo Crespo, Pedro Trigo, Carlos González, Fidel Labrador y Ramiro Sánchez, participantes en los asaltos a los cuarteles de Santiago y Bayamo).

IMPRESO UM 9565
SEPTIEMBRE 1972
FAR

FE DE ERRATAS

Hemos advertido en la obra diversas faltas de ortografía y omisiones o trasposiciones de letras, unas por erratas y otras por fidelidad al original. A continuación relacionamos sólo las que por su importancia puedan alterar el sentido del texto.

Pág.	Lí- nea	D I C E	DEBE DECIR
32	29	lumbia, esperaban el Capitán Juan Rojas González, como uno	lumbia.
65	6	pero el pueblo	pero era el pueblo
82	6	dificultades	facultades
94	22	Linares	Lineras
111	30		("Bohemia", marzo 19 de 1952)
134	1		mes revolucionarios en la cárcel y el exilio, expedicionarios del
163	16	momento hacia	momento nos orienté hacia
211	8	otro	oro
220	34	Grespo	Crespo
225	33	eco de	eco de un
257	9	Entonces de	o que se había acobardado. Entonces de
258	9	resto duerme en sus casas. Entonces por eso si él hubiera	creído lo que yo le dije, lo que yo le estaba diciendo, pues hu-